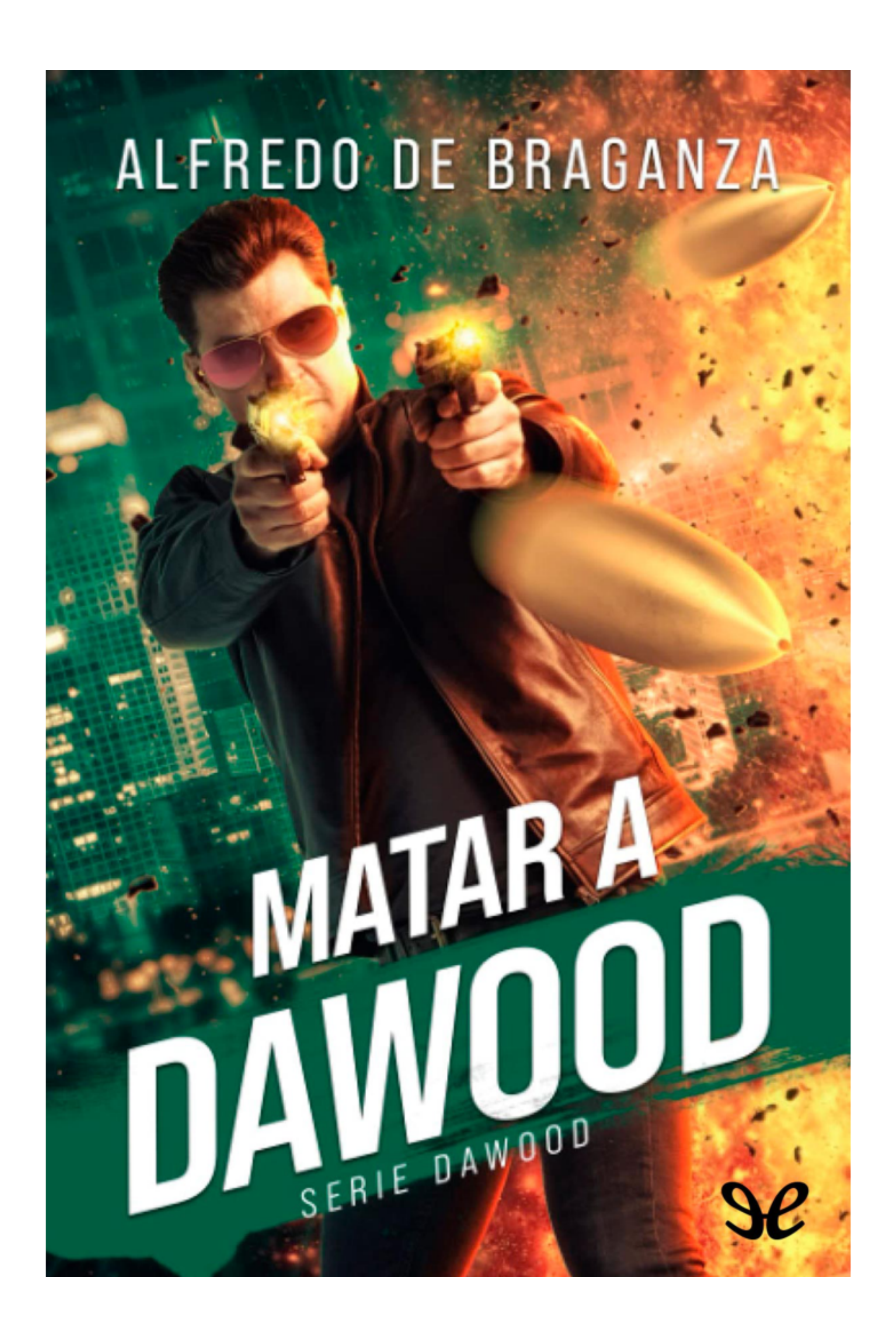

ALFREDO DE BRAGANZA
MATAR A
DAWOOD
SERIE DAWOOD

Novela electrizante cuya historia gira alrededor de la biografía de Dawood Ibrahim (el Al Capone del siglo XXI), actualmente considerado uno de los criminales más buscados en el mundo y cuya inmensa fortuna le ha llevado a ser mencionado en la revista Forbes.

Combinando realidad y ficción, el autor nos narra el pasado del protagonista en la India, cómo cometió su primer asesinato siendo un adolescente y su precipitado ascenso en el crimen organizado, y nos cuenta cómo y por qué lo declararon en busca y captura, así como su exilio de Bombay a Dubái y de ahí a Lahore, Pakistán.

En Londres le proponen que, para poder volver a la India y defenderse de las acusaciones que hay contra él, acepte asesinar a un diplomático iraní en Buenos Aires.

Sin embargo, desde la sombra, cada uno de los cabecillas de ese «crimen de estado» tiene un plan diferente. Un miembro del gobierno de la India tan solo está preocupado por capturar vivo a Dawood, apresarlo y trasladarlo a la India; un norteamericano quiere la información que posee sobre los servicios secretos pakistaníes, y un funcionario argentino tan solo pretende que el indio asesine al iraní porque este posee información comprometedora para su gobierno sobre el atentado terrorista de 1994 contra el centro judío
AMIA
de Buenos Aires.



Alfredo De Braganza

Matar a Dawood

Dawood - 1

ePub r1.0

Café mañanero 11-10-2022

Título original: *Matar a Dawood*
Alfredo De Braganza, 2016
Diseño de portada: Tregolam
Ilustración de portada: ShutterStock

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 2022
ePub base r2.1



MATAR A DAWOOD

Alfredo de Braganza

«En política, querido mío, y vos lo sabéis tan bien como yo, no hay hombres, sino ideas; no sentimientos, sino intereses; en política no se mata a un hombre, sino se allana un obstáculo».

Alejandro Dumas

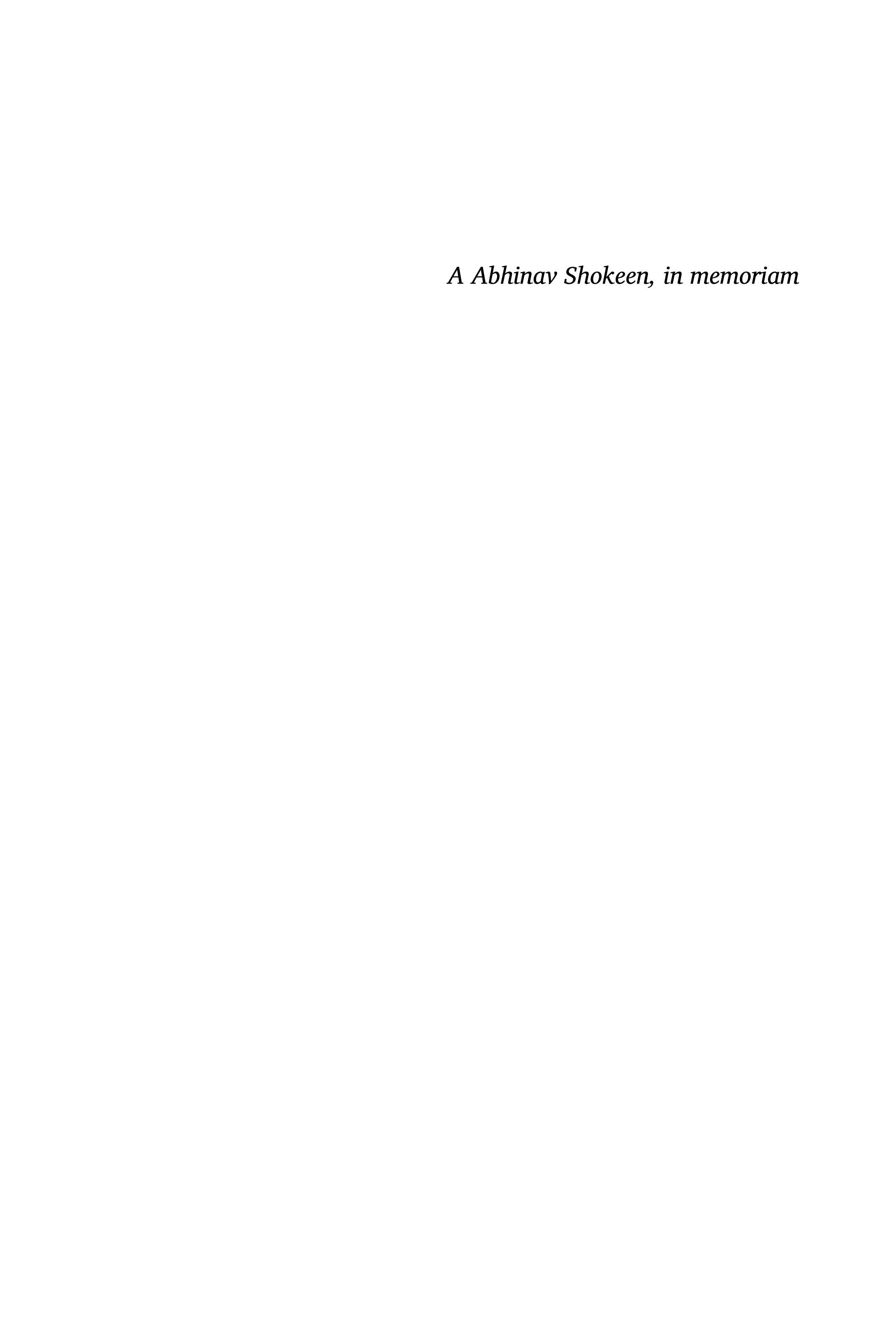
«La mente, oh Krishna,
es inquieta, turbulenta, poderosa,
inquebrantable;
dominarla me parece
tan difícil como dominar al viento».

Bhagavad Gita

«Pathar puje Hari mile / Toh main puju pahaad / Tante te chakki bhali / Pis khaye sansar Kakar pathar jod ke masjid lai banai / Ta chadh mulla baag de kya bahra hua khudai».

(Si Dios se puede encontrar en un ídolo de piedra / entonces yo pido a la montaña: / ¿Por qué no adorar al molino que nos da la harina para comer y sobrevivir? Después de la construcción de la mezquita con rocas y piedras / el imán gritó desde la azotea: / ¿Es que Dios es sordo?).

Kabir



A Abhinav Shokeen, in memoriam

PREFACIO

El 1 de mayo de 2011 las visitas a la Casa Blanca se cancelan sin previo aviso. A las 23:00 p. m., dos helicópteros MH-60 Black Hawk salen del aeródromo de Jalalabad, en el este de Afganistán. A bordo hay una unidad de élite de los SEAL. La misión se denominó «Lanza de Neptuno».

Es una noche de luna nueva, y los pilotos de los helicópteros, con gafas de visión nocturna, vuelan sin luces sobre las montañas que recorren la frontera con Pakistán. Las comunicaciones por radio se reducen y en la nave se instala una extraña calma. Quince minutos más tarde, los helicópteros descienden hacia un valle.

Los Black Hawk recorren 260 kilómetros a seis metros de altura esquivando árboles para no ser detectados. Un avión no tripulado envía una señal en directo a la pequeña sala donde se sigue la operación en la Casa Blanca. A la 1:00 a. m. alcanzan el objetivo: una casa en la ciudad norteña pakistaní de Abbottabad. Los SEAL entran en el edificio principal y siguen su camino por las escaleras, donde encuentran muros que abren con explosivos. Después de hacer frente a alguna resistencia, por fin dan con Osama Bin Laden (nombre en clave durante la operación: Gerónimo) y le disparan a quemarropa, antes de trasladar su cuerpo a uno de los helicópteros y huir de la zona.

A los pocos minutos, en la ciudad de Karachi, una llamada telefónica despertó a un hombre en su mansión llamada «la Casa Blanca», diseñada a imagen y semejanza de la residencia en Washington del presidente de los Estados Unidos. El jefe de los servicios secretos pakistaníes, conocido por sus siglas

ISI
(Inter-Services Intelligence), indicó a su interlocutor que recogiese lo indispensable, ya que en veinte minutos llegaría un convoy para recogerle y trasladarle a un lugar secreto. Le dio a conocer muy brevemente lo sucedido con Osama Bin Laden.

Aquel hombre a quien el gobierno pakistaní protegía con tanto celo por miedo a ser secuestrado por los norteamericanos se llama Dawood. Esta es su historia.

1

Un girón de niebla ocultaba la luna sobre el cielo de Londres. Había dejado de llover hacía escasos minutos, y el asfalto reflejaba la claridad lechosa de una noche sin estrellas. Eran las nueve de la noche cuando un taxi procedente del aeropuerto de Heathrow, tras cruzar Hyde Park Corner, se deslizó en torno a la esquina de Buckingham Palace Road y, por indicación del pasajero, se detuvo en la acera de enfrente del hotel Grosvenor.

Pasados unos segundos, en los que el pasajero estuvo observando atentamente en todas direcciones para asegurarse de que no merodeaba nadie sospechoso ni ningún vehículo les había seguido, la puerta se abrió y el hombre bajó con presteza y se quedó de pie en la acera. Cerró la puerta sin hacer ruido.

Desde donde estaba situado, bajo una escasa luz, se hacía difícil adivinar sus rasgos y procedencia. Mientras el taxi iniciaba su marcha hasta perderse al doblar la esquina, el hombre de estatura mediana se alzaba el cuello de su chaqueta, que le cubría el rostro, y observaba con precaución toda la calle y los vehículos estacionados.

Con prisas y ligeramente agitada, como si llegase tarde a alguna cita, una mujer de unos setenta años, vestida de azul claro, paseaba por la acera hacia él, llevando de la correa un pekinés que, por lo visto, necesitaba tomar el aire. El perro se paró a escasos metros del hombre, y levantó su pata junto al tronco de un árbol para hacer sus necesidades.

—Oh, Baxter, qué malísimo eres —dijo la señora tirando de la correa.

Un muchacho pasó a gran velocidad en bicicleta zigzagueando a la señora y a su perro, y otro joven, con las manos en los bolsillos de sus raídos pantalones vaqueros y guiándose con las rodillas, le cruzó por delante canturreando una canción de rap. Algunos otros

inocentes transeúntes pasaban por la acera de enfrente.

El hombre no vio peligro alguno. Levantó la cabeza. Frente a él, tenía la claridad luminosa del lujoso hotel.

Andando con precisión y ligereza cruzó la calle como alguien acostumbrado a moverse en una conglomerada ciudad cosmopolita. La noche era algo fresca; así pues, se apresuró para entrar en el cálido vestíbulo.

Frente a la entrada del hotel, se encontraba el portero enfundado en un estridente uniforme rojo caldero con distintivos guantes blancos, sombrero de copa alta a juego y el nombre del hotel bordado en negro; le saludó cortésmente, con una sonrisa profesional, antes de dar unas zancadas hacia adelante y abrir con precisión mecánica la puerta trasera de un taxi que llegaba en ese preciso momento, ayudando así a sus pasajeros a salir del vehículo.

Al cruzar la entrada, el hombre pasó junto a un primer mostrador donde un conserje uniformado marcaba direcciones en un plano de Londres para un turista que deseaba asistir en West End al musical de *Los Miserables*. Después, frente a la recepción, donde se apiñaba un nutrido grupo de turistas japoneses que estaban registrándose, atravesó precavidamente el vestíbulo del hotel, con la seguridad del que conoce perfectamente el terreno que pisa, y tomó el ascensor hasta la cuarta plata. Allí cruzó el pasillo y se paró frente al número de la habitación que le habían indicado.

Se quedó quieto escuchando por si pudiese percibir algún ruido inusual que pudiese alertarle de un peligro. Detrás de la puerta se oía a una presentadora de una cadena de noticias norteamericana.

Tras tocar el timbre, un hombre mayor, enjuto y calvo, abrió la puerta invitándole a entrar con un leve gesto de la mano.

—Me alegro de verle, señor Dawood —dijo Ramachandani a su huésped cerrando la puerta tras él, con pestillo.

Ramachandani, era un hombre ligeramente encorvado de unos setenta años de edad y de arrogante aspecto. Era un conocido abogado de la India. Quizá el mejor. Las espesas y enmarañadas cejas daban a su rostro un aire casi agresivo, y la voz era autoritaria. Tenía fama de encargarse de casos de celebridades: entre sus clientes figuraban industriales, políticos, actores de cine de Bollywood y demás personalidades de la elite social que vivían con un pie en el extranjero y otro en la India, todos dispuestos a

gastarse todo lo que fuese necesario para sacarles de algún aprieto con la ley. Sus honorarios no eran de los más económicos, cobraba cifras astronómicas; sin embargo, sus clientes, que poseían una imagen de cara al público, sabían con qué confidencialidad los protegía el abogado.

El huésped cruzó el pasillo de la amplia *suite*, mientras recorrió con la mirada toda la soberbia estancia. En un anexo había un pequeño comedor, y al otro lado, un lujoso salón decorado con muebles de caoba. Cuando hubo terminado su inspección, arqueando elocuentemente el pulgar hacia el salón, una habitación majestuosa, imponente, dijo a Ramachandani:

—Querido amigo mío, hablaremos allí.

Era una voz modulada, casi musical. Podía haber pertenecido a uno de esos locutores de radio o televisión que anuncian productos farmacéuticos con tanta persuasión y simpatía que el oyente casi lamenta no estar enfermo para ir a la farmacia y probarlos.

A la izquierda había un enorme sofá *chaise longue* tapizado de terciopelo, enfrente, sobre la pared, la última gran pantalla plana de televisión del mercado. En un rincón, cerca de la chimenea, había dos grandes sillones orejeros; muebles inicialmente creados para mantener el calor en las antiguas casas inglesas y, actualmente, según los interioristas, para permitir disfrutar de un poco de privacidad y evitar distracciones. A la derecha de la habitación, un bar, una mesa redonda rodeada de sillas de respaldo recto, un piano de cola con su banqueta, y otra mesa de comedor en la que destacaba una gran fuente de plata con fruta fresca.

El abogado Ramachandani, por mucho que hubiese estado acostumbrado a dictar órdenes y a ser obedecido en el acto, ante la presencia de aquel hombre se sentía como un ente insignificante que ha sido llamado para dar explicaciones sobre algo que ha hecho mal; o una idea tonta si se quiere, porque, para Dawood, Ramachandani no dejaba de ser un hombre como los demás.

Sin decir nada, con una cara totalmente impasible, como un hombre que se ha propuesto no extrañarse de nada ni demostrar la menor reacción ante lo que oye o ve, cruzando las piernas con elegancia, Dawood se sentó en uno de los anchos sillones de orejeras tapizado con tejido de suave chenilla. Balanceó el pie derecho. Entonces se inclinó y se fijó en que su zapato negro tenía

una pequeña mancha, posiblemente tras haber cruzado los charcos de agua de la acera. Se giró levemente, y de una bandeja con uvas y chocolates belgas que había sobre una mesita, cogió una servilleta de tela roja y se limpió el zapato. La arrugó haciendo una pelota y la lanzó con maestría, al estilo de los jugadores de baloncesto, hacia la pequeña papelera que había cerca, en el rincón, y la metió en su interior.

—¡Ah, *voilà*! —exclamó sonriendo, alzando los brazos con los puños cerrados.

Fuera comenzó de nuevo a llover. El agua persistente repiqueteó en la ventana del balcón. Dawood se giró y observó a su espalda la danza de gotas de lluvia en los cristales.

El abogado Ramachandani, de pie frente a él, extrajo de sus bolsillos un paquete de pequeños cigarros, encendió uno con una cerilla y una nube de humo denso y amarillento quedó flotando en la atmosfera. Buscó un lugar donde depositar la cerilla. Por un momento pensó en lanzarla dentro de la papelera desde la distancia, pero alzó las cejas al ser consciente de lo tonto de esa acción infantil, se acercó y dejó caer el fósforo apagado en el interior con suavidad.

—¿Le importa que fume? —preguntó el abogado dándose cuenta de que no lo había mencionado antes de encenderlo.

—Es usted de las pocas personas que he visto sostener un cigarro con el índice y el pulgar —comentó Dawood recostándose en el asiento—. Adelante, pero no se ponga nervioso y apague el televisor de la otra habitación, por favor.

Ramachandani hizo lo que le dijo, volvió y se sentó en el sofá frente a él, juntó sus manos palma contra palma y las mantuvo fuertemente apretadas con el cigarro entre medias mientras ambos hombres se miraban a la cara. Tras ese gesto casi furtivo que duró un instante, de pronto el abogado volvió a su serenidad habitual.

—¿Quiere un cigarro? —preguntó Ramachandani tendiéndole un paquete—. Son turcos, como a usted le gusta. Le he comprado una caja en una tienda de importación en Nueva Delhi.

Dawood aceptó uno con cierta reticencia, y el abogado se lo encendió. Desde que leyó en un libro que a Fidel Castro lo habían intentado asesinar envenenando uno de sus habanos, se mostraba reservado a aceptar tales ofrecimientos. Sin embargo, él era

consciente de que aquel no era el momento propicio para ser asesinado.

—Gracias —dijo exhalando una nube de humo perfumado. Las volutas quedaron un instante en torno a él formando un halo gris—. Alabo su gusto, señor Ramachandani; cada caja que usted compra en la India de estos cigarros importados representa varios centavos de beneficio para mí. ¿Lo sabía? No es gran cosa, pero, créame, tampoco es para menospreciarlo, significa una buena suma al cabo del año. La misma suma también por cada paquete pequeño de tabaco de mascar del que recibo grandes beneficios. Pero le informo de que estoy dejando de fumar. Estoy llegando a un punto en el que el tabaco ya no me interesa, quizá sea la edad… Quizá sea por los anuncios de la televisión, no sé…, pero el caso es que ese *marketing* consigue que aborrezcas todo lo que tratan de venderte. Cada vez que un cretino sale en la televisión mostrando un frasco de champú o un tubo de pasta dentífrica, tomo nota para no comprarlo —se inclinó hacia adelante y sonrió, de manera un tanto lobuna—. Ahora hago ejercicio a diario, todas las mañanas, en el gimnasio que he instalado en mi casa. Cuido mi salud. Sí, no ponga cara de tonto, que ya sé que después de esta reunión les narrará a terceras personas cómo me ha visto y los detalles más mínimos; si hay algún cambio en mi físico, de estatura, de pelo y de ojos. Probablemente le preguntarán incluso sobre mi modo de comportarme. ¿Qué les podría decir usted para satisfacerles? ¿Que soy arrogante, peligroso, precavido, minucioso, seguro de su inmunidad en Pakistán…? Quédese con el cartón. Vayamos al grano. Como ya le informé por teléfono durante nuestra breve conversación, quiero volver a la India.

—Antes de reunirnos aquí, en Londres, tenía que hablar con mis contactos en el gobierno indio —dijo clavándole sus ojos negros sombreados por las agresivas cejas—. Pero, dígame, sinceramente, señor Dawood, ¿por qué quiere usted volver a la India? Me dijo que quiere defenderse de la acusación de haber sido quien planeó los atentados de Bombay en 1993, pero ¿no habrá algún motivo más?

—Vamos a ver, mi querido abogado —contestó con una sonrisa que denotaba ironía—. En mis años de juventud, caí rendido de amor ante una mujer, que me dejó, o más bien a quien dejé irse de mi vida ante la presión que, pude darme cuenta, sus padres ejercían

sobre ella. Me juré que jamás confiaría en una mujer, y que nunca más dejaría que me hirieran. Esto significó para mí una época de soledad y frustración, me volví algo más violento con mis enemigos. Desde luego, tuve muchas relaciones de una sola noche, pero sin compromiso, ya sabe…, y sin confiar nunca más en nadie. No me volví a enamorar de una mujer hasta mucho tiempo después. Si en verdad quiere saber si vuelvo por algún tema de faldas, se equivoca. Ni me interesan las *Miss* India ni las *Miss* Mundo ni las actrices de Bollywood —se quitó el cigarro de la boca y expulsó una bocanada de humo; sostuvo con la mano izquierda el cigarro estudiándolo pensativamente. Cuando volvió a hablar, su voz era lenta y suave; peligrosamente suave—. Yo no cometí el atentando de Bombay en 1993. Yo no fui el autor. Quiero defenderme. El gobierno indio no deja de acusarme por todos los atentados y crímenes que suceden en la India. ¡Ya basta! Si estuviésemos en 1947, hasta de la partición me acusarían. Soy un gánster, un mafioso, he levantado un imperio con mis propias manos; de acuerdo, he cometido crímenes, pero no voy por ahí poniendo bombas y matando a mis propios compatriotas como si fuese un loco islamista.

—En la India hay mucha gente que no le considera a usted una fuente de información fiable acerca de lo que ha hecho o ha dejado de hacer. De acuerdo, en la India ciertos políticos le han estado utilizando a usted para criticar a Pakistán y como medio de satisfacer a la opinión pública en busca de un culpable de los atentados. Pero usted sabe quién ejecutó los atentados. Ellos, y todos sus cómplices, que deben de ser muchos, viven en Pakistán, otros estarán en Dubái, pero estoy convencido de que todos ellos, tienen un denominador común: no les hará ninguna gracia que vuelva usted a la India. Los culpables y quienes les hayan prestado ayuda de cualquier tipo no le quieren ver a usted en la India por lo que pudiera decir en contra de ellos y de sus intereses.

—Se olvida mencionar que alguno que dio cobertura a los que pusieron las bombas está actualmente en la India. Si vuelvo, quiero que se cumplan mis condiciones. Como ya le dije por teléfono, no quiero estar preso en una cárcel. Me pueden poner en arresto domiciliario. Desde mi residencia organizaré mi defensa con mi equipo de abogados, que todavía no he designado, pero cuento con usted. No me cansaré de repetirlo: yo nunca he puesto bombas en

Bombay ni atentado contra la India ni sus ciudadanos. Yo no soy un loco musulmán yihadista, ¡por Dios! Lo que hacen esos trastornados es sacar de contexto una o dos frases, distorsionarlas un poco y así fingir que tienen una justificación divina. Mi padre era un buen musulmán creyente. Creía en el respeto a todos, en la solidaridad entre distintas creencias. Él era policía en Bombay, ¿lo sabía usted? De pequeño me leía por las noches el Corán, y aunque muchos años después no he tenido interés alguno en leerlo, soy consciente de que en ninguna página dice que haya que masacrar a mujeres y niños para complacer a Alá. Cuando leo en los periódicos y oigo en televisión la palabra «guerra», me duele, hay algo que me corroe en mi interior y que necesito sacar fuera. Porque yo he estado en guerra toda mi vida, toda mi vida ha sido un conflicto.

—Señor Dawood —habló pausadamente el abogado—, estamos de acuerdo en que se le han atribuido muchos crímenes, entonces ¿por qué no permite que se le relacione con los hechos que hemos estado hablando? Lo deja estar, lo deja pasar, sigue usted su vida llena de lujos en Pakistán, en los Emiratos Árabes Unidos…

—¡Orgullo profesional! —contestó Dawood, sin asomo de humor, con el semblante muy serio—. Lo que sucedió en Bombay el 12 de marzo de 1993 no corresponde a mi estilo. Quiero que se hable de mí cuando sea lo debido. Cuando se escriba la historia de nuestra época, deseo que mi papel se describa con exactitud, o al menos que se intente que así sea…, pero no distorsionando los hechos y presentándome como la encarnación de un diablo, enemigo de la humanidad. ¿Me ha comprendido?

Ramachandani se disculpó, se levantó, fue a la habitación contigua y volvió con un ejemplar de una revista en la mano.

—Mire —dijo exhibiendo la última edición semanal de la revista de tirada nacional *India Today*. En la portada había una prominente fotografía de Dawood con gafas negras de aviador, sentado en un ancho asiento basculante de cuero y con un jersey de pico de color rojo, con las mangas remangadas. En el pie de foto, un título en grandes caracteres decía lo siguiente: «EL TERRORISTA MÁS BUSCADO DEL MUNDO».

—No me han sacado mal… —dijo en tono irónico, y soltó un bufido—. Deberían enmarcar esta portada y, todas las mañanas, con palitos de incienso moviéndolos en círculos alrededor, recitar *Om*

Namaha Shivaya. ¿Ve? ¡Qué le digo! Hasta me utilizan para vender ejemplares. Las mejillas un poco exageradas, tal vez. Esto es lo que le llevo explicando: a la sociedad india le atrae el villano multimillonario. Los medios de comunicación hinchan mi imagen de una manera desorbitada. Mira que les gusta recordar a la opinión pública esta misma foto continuamente… ¡Las veces que han utilizado esta fotografía! La razón es que, como salgo con una expresión perspicaz, quieren dar a entender a sus lectores que represento el apogeo del poder, la maldad calculada. Después de este vómito de perro que debe de ser el reportaje, estoy seguro de que hasta la lucha libre estadounidense que televisan resultaría reconfortante. Y se lo digo yo, que si odio algo en esta vida, esa cosa se llama, te-le-vi-si-ón.

—Pero lo que relatan es, con toda probabilidad, cierto —el abogado le cogió la revista de la mano y tomó de nuevo asiento. Dejando el ejemplar a un lado, sobre una mesita, le preguntó—: ¿Es usted feliz?

—Tengo un montón de dinero, ¿a quién demonios le interesa ser feliz?

—Bueno, imagino que en Pakistán llevará una vida familiar aceptable.

—No tengo vida familiar.

—No lo entiendo.

—¿Qué hay que entender? Digamos que soy una gran producción cinematográfica, pero con falta de argumento sólido, como escriben a menudo los críticos de cine sobre las películas de Bollywood. Sé a dónde quiere llegar, Ramachandani. En su oficio hay un tiempo para hacer preguntas y otro para que el interlocutor hierva hasta salirse de sus casillas, ¿no es verdad? Todo mafioso con experiencia lo sabe. Es como el ajedrez o el boxeo. Usted pretende hostigarme para que pierda el equilibrio. Es usted una vieja rata. No siga con sus circunloquios o terminaremos esta reunión antes de lo que se imagina. No juegue conmigo.

—Si vuelve a la India, algún día me necesitará, y seré yo el único que no tenga una piedra en la mano, aunque lo más probable es que para entonces no dé la talla.

—¡Oh, no me diga! Es usted todo un artista haciéndose propaganda. Ahora comprendo por qué sus honorarios son los más

altos de toda la India, o quizá debería decir del sur de Asia.

—Al día siguiente de nuestra conversación telefónica —dijo el abogado al cabo de un momento—, viajé a Nueva Delhi y me reuní con el ministro del Interior. Después de exponerle el caso ante su gabinete, se mostró bastante reticente en querer cumplir las demandas de un terrorista. Pero en privado, en su residencia, sin embargo…

—Mire, Ramachandani —dijo interrumpiendo al abogado mientras se inclinaba hacia adelante para sacudir la punta del cigarro con el dedo, para que la ceniza cayera sobre un grueso cenicero de cristal—, he sido capaz de pagarle un billete en primera clase hasta aquí, pagar por adelantado esta *suite*, y encima me arriesgo a venir *personalmente* para hablar con *usted* a la cara. Mire, ya me encuentro mortalmente cansado de tanta acusación. Ya me acusan incluso de atentados terroristas en África contra intereses israelíes, y de alianzas con grupos terroristas islamistas. Estoy cansado de toda esta agresividad de la gente, de los políticos, de los periodistas de investigación, corresponsales indios en el extranjero, de que todo el mundo se las tenga que ver conmigo, de recibir golpe tras golpe sobre la cabeza. Ya estoy acabando resentido hasta yo mismo con el mundo entero, y yo no soy así, yo amo la vida, amo a la India, amo viajar, amo a las mujeres. Hasta el momento lo único que he deseado ha sido ocultarme. Primero me exilié en Dubái, donde me dieron refugio; después, cuando corría peligro mi vida, me marché a Pakistán, donde el gobierno me ha estado protegiendo para no ser extraditado. Ahora quiero volver a la India para defenderme y poder dormir en paz diez años enteros. —Después de una pausa, aplastó el cigarro en el cenicero y continuó—: Lo malo de esos políticos retóricos es que solo obran y piensan de acuerdo con su libro de reglamento. A ver, dígame, ¿qué le terminó de decir el ministro *ese*?

—Señor Dawood, comprendo que se sienta excitado, pero tiene que saber que se le ha etiquetado como el terrorista más buscado del mundo. Es usted un incordio para mucha gente en la India. Hay muchos ministros que han estado recibiendo favores de usted y de sus intereses por mediación de terceras personas que no querrían verse expuestos públicamente a escándalos estando usted en la India. Tienen miedo de que usted destape todo el entramado de

corrupción en el que vivían cuando usted estaba en la India hace años y eche a perder el tiempo que han estado trabajando para limpiar sus imágenes. Tiene que comprender que ellos no quieren que usted venga a la India con sus condiciones. Se lo diré claramente: usted pone un pie en la India y lo meten en la cárcel directamente. Lo sentencian públicamente utilizando los medios de comunicación afines, y ya está.

—Pero qué criminal es capaz de decir al gobierno indio: «Oigan ustedes, que por amor a la India estoy dispuesto a volver, pero solo me juzgarán por mis crímenes, por acusaciones como el brutal atentado terrorista de Bombay en 1993 quiero defenderme. Para estudiar mi defensa, quiero estar bajo arresto domiciliario hasta probar mi inocencia».

—No, vamos a ver, yo soy abogado, usted es mi cliente y tengo el deber de hablarle con franqueza. Si alguien me pregunta: «¿Cómo definiría al famoso gánster Dawood?», dejando a un lado mis opiniones personales, le diría: «Es un hombre que desde su miserable origen ha levantado un imperio a fuerza de músculos y del uso de su inteligencia». Y si me preguntasen: «¿Cómo se puede llegar a ser un contemporáneo de Dawood?», aun admitiendo que los éxitos en los negocios siguiendo el método del músculo no conducen más que a una notoriedad no del todo aceptable en ciertas esferas, desde luego hace falta una inteligencia nada común, sin mencionar elementos menos recomendables, como son una falta absoluta de escrúpulos y otros recursos —el abogado apagó su cigarro contra el grueso cristal del cenicero que estaba en la pequeña mesita junto al sofá—. Como persona, admiro su coraje, su actitud y decisión, pero… déjese de patriotismos. La opinión que tienen de usted no la va a cambiar por el simple hecho de mostrarse dispuesto a volver a la India como si fuese un verdadero patriota. Han pasado los años, señor Dawood, y los corruptos dueños de grandes empresas industriales, hombres de negocios de multinacionales y políticos que admitieron grandes sobornos suyos no quieren volver a verle ni por asomo en la India. Por eso han presionado en todos los sentidos en etiquetarle a nivel internacional como un terrorista altamente peligroso. Usted sabe mucho. Usted tira de la manta y puede hacer tambalear el actual gobierno.

—Sin embargo…

—*Sin embargo*, como iba diciendo, hay una posibilidad.

—¿Cuál?

—Ciertas personas con intereses privados pueden hacer que el actual primer ministro firme todas las condiciones que usted quiera exponer para volver a la India.

—¿A condición de que…?

—De que usted viaje a Buenos Aires para asesinar a una persona.

Dawood pegó un respingo en su asiento.

—¿Adónde?

* * *

Se tomó una ducha fría, se afeitó, se envolvió en un grueso albornoz y se dispuso a cambiarse de ropa.

Con el fin de evitar inspecciones de investigadores privados, oficiales, agentes de la inteligencia o la policía, toda su muda había sido enviada directamente al hotel por correo privado desde las *boutiques* más prestigiosas de Londres, Italia y Francia: zapatos, calcetines, ropa interior, su colonia preferida Paco Rabanne, desodorante, camisas… Sabía que en los aeropuertos, tras facturar su equipaje, las oficinas de inteligencia extranjeras eran capaces de añadir en cualquier lugar del tejido de su ropa algún minúsculo aparato por el que podrían localizar su presencia en cualquier lugar y quién sabe si incluso escuchar sus conversaciones con ayuda de algún satélite.

El abogado Ramachandani hacía tiempo que ya se había ido al aeropuerto a coger su vuelo de regreso a la India. Dawood daba vueltas en su cabeza sobre todo cuanto le había dicho. Le había pedido que se trajera consigo un ayudante para asistirle en llevar a cabo la operación. Dawood pensó enseguida en Sultán, su amigo y asistente personal, encargado de sus negocios en la India. Así, le había telefoneado dándole instrucciones al respecto. Se verían en Buenos Aires. Siempre había mostrado la máxima consideración con su ayudante y amigo de la infancia. Ambos sabían que su relación reforzaba a cada uno, y que funcionaba.

Una vez asesinaran a esa persona en Argentina, él se refugiaría en la embajada de la India, donde, con secretismo absoluto, sería

enviado con pasaporte diplomático y vuelo privado a Nueva Delhi. Una vez allí, viajaría a Bombay, donde, en su mansión que había abandonado hacía ya muchos años, quedaría bajo arresto domiciliario hasta que dictasen sentencia por los crímenes que había cometido en el pasado, y, además, podría defenderse de las acusaciones que pendían contra él sobre el atentado de Bombay de 1993. Todo le parecía muy sencillo. Este era precisamente el motivo de su preocupación.

Llamó a recepción. Los pocos vehículos de gama alta reservados para viajar al aeropuerto habían salido. Como le informaron por teléfono, había una fiesta privada en el hotel, y los numerosos huéspedes estaban haciendo uso de los demás vehículos. Prefirió bajar al vestíbulo y esperar pacientemente en el bar. En media hora tendría un coche privado. Aún tenía mucho tiempo por delante. Su vuelo con destino a Buenos Aires no saldría hasta dentro de nueve horas.

* * *

El ascensor se detuvo en la siguiente planta. Con una lentitud asombrosa la puerta se abrió. Una pareja elegantemente vestida entró y se situó en un lado. El hombre quedó impaciente al ver que la puerta aún no se cerraba y profirió un sonoro bufido. No contaría más allá de los cuarenta años. Era alto y musculoso. «Uno de esos tipos que cifran toda su elocuencia en la fuerza de sus puños», pensó Dawood observándolo de reojo desde donde estaba situado. Aquel hombre tenía el rostro agresivo y el cabello rizado oscuro e incipientemente canoso a ambos lados. Vestía un excelente traje con corbata. Sus ojos eran fríos y duros. «Tiene los ojos como los de una rata de alcantarilla. Ya me he visto con sujetos como este en la India. Muestran mucha hombría pero cuando hay momentos de peligro, como las ratas, se quedan indecisos, se mueven frenéticos de un lado a otro buscando qué hacer y por dónde ir, y ahí está su perdición».

—*Maldita sea* —dijo el hombre en español.

La puerta finalmente se cerró y el ascensor de nuevo descendió en dirección al vestíbulo.

El hombre iba acompañado de una joven bellísima, con un caro vestido de noche; su rostro era de una palidez marmórea, su edad parecía oscilar entre los treinta y cinco y los cuarenta años. Su cabello rubio estaba peinado sobriamente, con un moño bajo. El óvalo de su rostro era perfecto y remataba en una barbilla delicada. Había usado para los labios un lápiz de tono apagado, sin duda para restar encanto a su boca que, aun así, no podía ser más seductora. Llevaba un brillantísimo anillo de oro en el dedo anular de la mano izquierda. «Pero en su cara se ven huellas de sufrimiento y oscuras ojeras —pensaba Dawood para sus adentros—. Soy un hombre de negocios. Todo lo que soy lo debo a mi profundo conocimiento de los seres humanos y a ciertas normas básicas. Estoy muy seguro de que este desgraciado de aquí al lado la maltrata físicamente. Si me diese un motivo, por mínimo que fuera, le metería yo una paliza que nunca jamás se le ocurriría levantar la mano a una mujer». A Dawood su accidentada vida le había puesto en contacto con muertes violentas en muchas ocasiones, y un cadáver más o menos no le quitaba la respiración ni por un segundo. Pero el maltratar físicamente a una mujer conmovía hasta el último reducto de su sensibilidad endurecida.

Tras llegar el ascensor al vestíbulo, el indio, manteniendo apretado el botón de apertura, con la otra mano señaló con cortesía la salida mientras pronunciaba con buen acento en español «*Por favor*», a lo que tan solo correspondió la mujer joven, que hizo un elegante pero leve movimiento de cabeza al mismo tiempo que sus ojos azules y luminosos despedían hacia él una radiante expresión de contento por tal detalle.

Cruzó el vestíbulo siguiendo la dirección que tomaba la figura esbelta, alta y exuberante de aquella joven, a quien su acompañante agarraba del brazo. Desde atrás pudo admirar unas piernas esbeltas, muy bellas, atezadas por el sol. Los perdió de vista al entrar en una sala de conmemoraciones por la que se accedía desde un pasillo lateral. Desde el vestíbulo, Dawood pudo oír muchas voces y música proveniente de allí y, lleno de curiosidad, decidió ir con el propósito de serenarse en medio del gentío.

Con asombro vio que aquel espacioso salón privado estaba decorado a imitación de una cervecería alemana. Los camareros llevaban sombrero *tracht* sobre el que tenían colgando un

tradicional cabello decorativo llamado *gamsbart*, sus pantalones eran *knickerbockers*, y vestían un largo delantal blanco. Uno de ellos, llevando una bandeja llena de salchichas, se le cruzó por delante y a punto estuvo de chocar contra él; otro servía altos vasos de cristal llenos de cerveza a un grupo de cuatro hombres octogenarios elegantemente vestidos, que parecían realmente encantados de encontrarse en ese ambiente. Un gran letrero en la pared de un lateral, con litografía gótica germana, decía: «Willkommen Kamerad».

Aquella sala de celebraciones estaba llena de gente, todo el mundo parecía divertirse enormemente. Las camareras iban vestidas con coloridas prendas de un traje tradicional alemán llamado *dirndl*.

Era música wagneriana lo que se escuchaba. Adolf Hitler era un entusiasta fan del compositor que inmortalizara a los héroes de la mitología nórdica. Ya en 1924 afirmó que veía que el futuro de Alemania se manifestaba en la música del compositor. También estaba influenciado por los escritos del yerno de Wagner, el británico y «teórico racial» Houston Stewart Chamberlain, y se hizo amigo de sus hijos, particularmente de su nuera, Winifred. Luego de que Hitler se convirtiera en canciller de Alemania, su fascinación por Wagner pasó a ser una especie de culto nacional.

Entre el babel de risas y voces y la música clásica de fondo, todo el decorado estaba calculado para producir la impresión de un alegre mundo nazi, y no cabía duda de que lo habían conseguido.

Nadie pareció fijarse en Dawood mientras sorteaba obstáculos que a cada paso se interponían en su camino en dirección al bar.

Pronto comenzaron a sonar fragmentos de la ópera *Rienzi*, seguidos de *Die Meistersinger von Nurnberg* (*Los maestros cantores de Núremberg*), la única de las obras de madurez de Wagner en la que no hay elementos o poderes mágicos o sobrenaturales, homenaje a la burguesía de la Alemania medieval, a la música contrapuntística de Bach y al espíritu teutón.

Tratando de no tropezar con nadie, finalmente alcanzó la barra. El barman era el único que había notado su presencia. Quizá porque por su aspecto físico desentonaba con el resto de los invitados. El indio era muy moreno de piel, con unos rasgos faciales muy diferentes a los de los demás. Quien no supiese que era indio, diría

que era mexicano e incluso la viva presencia física del actor Charles Bronson.

—Una cerveza y un bocadillo —dijo.

—Sí, señor.

Sus oídos iban habituándose al confuso rumor de voces, música y risas, empezaba a distinguir unas voces de otras en medio del barullo. Se hablaba en alemán, español e italiano, y hasta había un grupo de árabes con su tradicional atuendo hablando en su idioma.

Alzó el cuello pero no vio a la pareja con la que había coincidido en el ascensor y a quienes había seguido desde el vestíbulo. Sin embargo, un fuerte olor a perfume llamó su atención. Una muchacha estaba de pie cerca de él. Dawood la observó con placer: esbelta y cimbreante como un árbol joven y con hermoso cabello abierto y bronceado, brillaba como oro viejo bajo las potentes luces de la sala.

Al notar la persistente mirada de aquel extraño apoyado en la barra, la joven se giró y le clavó la mirada con enfado.

—Estos empleados asiáticos son despreciables —dijo ella a su acompañante con fuerte acento británico, y ambos se desplazaron al interior del salón, mezclándose entre el gentío.

El barman, que escuchó el comentario justo cuando ponía sobre la barra la cerveza y el plato con el bocadillo, le hizo una mueca de conmiseración al mismo tiempo que alzaba las cejas, como indicando que aquella mujer era de armas de tomar. Dawood se limitó a sonreír. «Es hermosa, fascinadora, y posee una acusada personalidad, —pensó—. En suma, una muchacha de cuidado».

—Usted no es un invitado de esta fiesta. Es huésped del hotel, ¿no es así? —comentó el barman, esperando una propina por haberle desenmascarado.

—Efectivamente, estoy en la *suite* 456 —le contestó enseñando la llave electrónica de la habitación con el numero inscrito.

El hombre cambió de semblante; aquel número de habitación era suficiente como para permitirle cualquier capricho: era la *suite* reservada para jefes de Estado y dignatarios.

—Oh, en todo caso, no se preocupe —dijo el barman con una sonrisa—, puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera, pero limítese a esta área cerca de la puerta, no vaya más adelante, porque hay guardias de seguridad de una compañía privada que

cachean a los invitados antes de entrar en aquel reservado de allá al fondo. Creo que allí se reunirán en privado.

—Tranquilo, hombre. Ahora, en breve, me voy al aeropuerto. Estoy esperando el coche del hotel. Tu acento inglés es diferente.

—Soy escocés —dijo hinchando el pecho con cierto orgullo teatral.

Al compás de la música el barman tableteaba con los dedos la barra. Miró a Dawood con más detenimiento y se dio cuenta de la ropa tan cara con la que iba vestido. Al alzar el brazo para beber la cerveza, notó su predominante y bellísimo reloj de pulsera.

—Es sorprendente lo que un buen vaso de fría cerveza y un bocadillo pueden hacer a un individuo —comentó con ganas de entablar una conversación por muy tonta que fuese.

—Ah, ¿sí? Cuénteme —dijo Dawood tras pegar un buen trago a la cerveza, antes de morder el bocadillo.

—He visto gente que llevaba tres días sin acostarse y que, después de tomarse una cerveza y engullir un buen bocadillo han proseguido una marcha agotadora a través de kilómetros de terrenos cenagosos.

—Pues vaya, si el secreto de ese tratamiento pudiera envasarse y venderse en los comercios a base de pastillas o algo así, yo invertiría en ello. Un hombre emprendedor ganaría millones.

—Ja, ja, ja —rio antes de ir a atender a un grupo de personas.

Dawood se giró, y apoyando la espalda en la barra, con el vaso de cerveza en una mano, observó aquel ambiente festivo. La gente reunida aquella noche tenía algo más en común que el mero hecho de vestir elegantemente, escuchar música y compartir risas y alegrías. Las melodías sincopadas de la orquesta, estaban calculadas para producir un efecto de celeridad en la conversación. Y en la bebida. Una excitación creciente podía notarse en los allí reunidos.

«Aquí estoy, haciendo tiempo para ir al aeropuerto; con una espesa cerveza alemana y un bocadillo de salchichas mientras me persuado a mí mismo de que es maravilloso seguir viviendo un día más. La palabra *afortunado* es la más apropiada dado lo precario de mi situación. Solo falta que alguien me reconozca y me saque una foto rodeado de esta panda de locos y la impriman con el titular: "Dawood financia millones de dólares a grupos neonazis". Valientes desgraciados, qué pandilla de locos. A estos sí que deberían

perseguirlos la Interpol y sus actividades ser vigiladas con lupa por todos los servicios secretos. Estos sí que son un peligro para la sociedad. A aquel que voy a eliminar en Buenos Aires sí que se lo merece; es una mente despiadada causante de un atentado contra un centro judío. Qué irónico, justamente a los que estos desgraciados de esta sala quisieran borrar de la faz de la tierra».

En aquel salón de conmemoraciones todo el mundo hablaba en voz en grito. Cada invitado sujetando una copa o jarra de cerveza alemana o pinta inglesa. Desde donde estaba situado, a su izquierda escuchaba la bella voz de una hermosa y fascinadora mujer que tendría unos cincuenta años de edad, pero muy bien conservada. Estaba enfrascada en una animada conversación con un grupo de señores, pero él solo conseguía entender palabras sueltas, ya que su inglés británico era muy rápido e ininteligible, casi parecía un dialecto: «… Weber». «… meeting». «Oswald Mosley…».

—¡Ah, Mosley! —dijo Dawood interrumpiéndola en voz alta en un arrebato de buen humor, mientras observaba con más detenimiento las piernas desnudas de la mujer—. Ah, Mosley, Mosley. El viejo Mosley…

—¿Usted lo conoce? —dijo ella irritada sosteniendo en la mano una copa que parecía solo utilería.

Un señor al lado de ella dio un paso hacia atrás y alzó el brazo como intentando captar la atención de alguien en el fondo de la sala.

—Sí, he oído de ese prójimo llamado Mosley, y de Irving, y de Hitler… Pero lo que se dice conocerlo, guapa, no lo distinguiría del trasero de una sucia vaca india.

La mujer le dio la espalda.

—Está borracho —comentó en voz baja—. Qué ordinario.

Dos musculosos hombres bien trajeados se acercaron con diligencia acompañados de un señor de mediana edad que tenía una ligera cojera, de aspecto remilgado, delgado, con barba recortada en forma de pera, con el cabello muy engominado y peinado hacia atrás.

—Váyase de aquí —le espetó flanqueado por los dos musculosos.

—Esa mancha negra que lleva usted en la barbilla tal vez podría ser una perilla —dijo Dawood con sorna.

—Usted no es un invitado —añadió con cierta aspereza.

Sus acompañantes permanecían inmóviles. Con los brazos cruzados y el ceño fruncido, esperando órdenes.

—Sí, ya me he dado cuenta…

—Mark, Eric, asegúrense de que el señor sale de aquí.

Dawood dejó sobre la barra una propina excesiva, se llevó el índice a la ceja saludando al barman y, antes de perderse entre los numerosos invitados, seguido por los dos músculos hombres, dijo a la señora y su grupo:

—*Tschüss*. (Adiós).

2

Hacía veinte minutos que habían salido de la zona de la ciudad donde se hospedaban, un hotel dentro de un barrio periférico de Buenos Aires donde se vuelca la hez de su malsano ambiente. Las diversiones de cualquier clase que no se encuentren allí es que no han sido inventadas todavía.

Continuaron en coche por la avenida de Mayo hasta el Congreso, de ahí giraron a la derecha por Callao y su emblemática arquitectura hasta que llegaron a la calle Corrientes, avenida larguísima y eje de la vida nocturna, cultural y bohemia: carteles luminosos que anuncian cines y teatros; vehículos que no cesan en su paso; música, animación, restaurantes, locales y salas de espectáculos; puestos ambulantes de flores y revistas y cafés abiertos a cualquier hora.

La noche había descendido rápida y húmedamente. Había dejado de llover hacía escasos minutos. Atrás quedaban las calles que eran un ascua de luz de entretenimiento y ahora se encontraban circulando en dirección al malecón. Las farolas que iluminaban la carretera refulgían en la superficie mojada del automóvil. El aire era puro y fresco. El cielo era de un azul casi negro, sembrado de rutilantes estrellas, pero la luna aparecía velada por un girón de nubes.

El pasajero del coche negro decorado con multitud de flores alrededor de su carrocería observaba las limpias calles desiertas mientras bordeaban la playa. «Qué distinto es todo esto a mi lugar de origen —pensaba para sí—. ¿Y si me asentara en un país de América del Sur? Aquí, en Buenos Aires, todo parece bonito, las calles están ordenadas, el clima es bueno, y las mujeres, bellas. Además, no existen el ruido ni la contaminación a la que estoy acostumbrado». En el asiento delantero estaba el afanado conductor local argentino, y en el del copiloto, Sultán, su compañero indio,

con un fusil ametrallador bajo sus pies.

Dawood bajó la ventanilla para recibir el aire fresco en la cara.

En la playa, a lo lejos, se percibía el brillo de braseros de barbacoas, donde estarían cocinando carne asada. Tocándose suavemente los bordes del bigote mientras miraba por la ventana del automóvil, quedó sumido en sus pensamientos. Tan solo habían pasado dos días desde que el abogado Ramachandani le había dado la información de la persona a quien tenía que liquidar.

* * *

En Londres, el abogado le había dado unas instrucciones precisas sobre con quién debía reunirse nada más llegar a Buenos Aires.

Había cruzado a pie la avenida Eduardo Madero y pasado por la avenida Independencia. Los escaparates estaban llenos de productos y artículos para el día de la madre, que pronto se celebraría. Se sentía algo exhausto por el viaje en avión y el cambio de horario, tan solo hacia unas horas que había aterrizado en Argentina.

Llegó al restaurante Casa Julio, donde le habían citado. Era un lugar pequeño pero alegre cerca del palacio de Justicia y del teatro Colón. Desde la acera oprimió el rostro contra el cristal. Sus ojos, como pequeñas cámaras clandestinas, fotografiaron el interior. De entre los numerosos comensales, supo identificar al individuo con quién tenía que contactar para recibir instrucciones. Era gordo, parecía norteamericano, de esa clase de hombres que se mueven en la sombra por los pasillos de los despachos de líderes políticos que, por intereses propios, manipulan el destino de países por muy lejos que estén geográficamente. Aquel hombre que sorbía un agua mineral producía la impresión de gran poder.

Nada más entrar pasó entre dos máquinas tragaperras que hacían funcionar dos hombres de edad provecta. Por los pequeños aunque modernos altavoces se oía la canción *No soy de aquí ni soy de allá*, cantada por Jorge Cafrune.

Cruzó el comedor y se acercó a la mesa, cubierta con un impecable mantel a cuadros rojos y blancos, bajo una lámpara improvisada con una rueda de carro. No le sorprendió la arrogancia de aquel hombre que ni se molestó en tenderle la mano ni en

levantarse de la silla. El ancho rostro cuadrado del norteamericano caía en pliegues sobre su cuello; la corbata y el traje le hacían parecer un estadista o, más bien, un hombre de negocios.

—Ah, señor Dawood, siéntese —dijo en voz baja.

El norteamericano pensaba hacia sus adentros sobre la primera impresión que le causaba la presencia del famoso Dawood: «Un hombre no muy alto, pelo muy negro y liso, bigote a lo Charles Bronson, presencia atractiva, de entre cuarenta y cinco y cincuenta años, fuerte; seguro que es capaz de sonreír al dar muerte». Creía que la persona india que tenía enfrente aparentaba lo que era en realidad. De un rápido vistazo vio que tenía las uñas bien cuidadas. Su traje azul claro era de Savile Row, su chillona corbata de seda de Gucci, su reloj de pulsera era un llamativo y bellísimo a la vista Vacheron Constantin y, como remate, inundaba su alrededor con un suave olor a perfume de Paco Rabanne. «No hay duda que este desgraciado indio tiene un aire de buen gusto; de un hombre con dinero en abundancia».

—No tiene por qué saber mi nombre ni intente hacer sus averiguaciones —añadió pausadamente mientras con la mano barría las migas de pan que había sobre el mantel, que hizo caer en la copa que formaba con la otra mano y que, por último, depositó sobre su ancho plato, aún con los restos de un bocadillo de chorizo a la parrilla condimentado con demasiada salsa. El indio dedujo que no sería el primero que se había comido durante la espera—. Viste usted muy elegantemente, señor Dawood. Parece un inversor de bolsa. Supongo que el gerente de su hotel se habrá sentido muy orgulloso en tener como huésped a una persona tan distinguida… No le recomiendo que se adentre usted por determinadas calles de esta ciudad así como va vestido.

Dawood le observó de cerca. Enseguida supo que aquel hombre no era de confianza y que en adelante debería tener mucho cuidado, y endureció la expresión.

—El dinero.

—Está aquí —dijo arrastrando sobre la superficie de la mesa un paquete bajo el pliegue de una servilleta.

Dawood cogió el dinero con una habilidad asombrosa, sin que ni siquiera se notara cómo su mano hacía desaparecer la servilleta en un solo pestañeo.

El norteamericano sabía lo bastante acerca de los hombres violentos como para concienciarse de que el tipo que tenía enfrente era lo que necesitaba. Sin embargo, se mostró cauto. Se inclinó hacia atrás en su asiento, contempló sus manos regordetas colocadas sobre la curva de su barriga y después miró al indio con cierta indiferencia.

—Ahí tiene doscientos mil dólares estadounidenses. El resto se lo daré en este mismo lugar a las 14:15, pasado mañana. Recuerde, tan pronto haya cumplido con su trabajo y recogido el dinero en metálico que le daré, tiene que ir derecho a la embajada de la India. —Después de una pausa, añadió agitando el dedo índice para dar énfasis a sus palabras mientras esbozaba una forzada sonrisa—: Por supuesto, si elimina al objetivo por el cual ha sido usted contratado.

—¿Sabe usted cómo cazan a los tigres en la India?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —preguntó riéndose entre dientes.

—Atan a una cabra a una estaca y luego se esconden.

—Ah, entiendo, y supongo que la cabra con frecuencia no sale bien parada… —dijo con ironía.

—A mí me molestaría la idea de ser yo la cabra. ¿Me ha entendido? Me molestaría mucho. Aquí estaré dentro de dos días, en este mismo lugar, a las 14:15 p. m. —sentenció Dawood—. Usted solo preocúpese de ser puntual y de traer el resto del dinero.

—De acuerdo, como usted diga. A mí me da igual si viene o no. Solo soy un… intermediario, por así decirlo. Mis clientes…

Una camarera servía las mesas mientras cantaba en voz alta la canción que sonaba por los altavoces, provocando más de una sonrisa a los comensales.

> […] Me gusta el vino tanto como las flores,
> y los conejos, pero no los tractores,
> y el pan casero y la voz de Dolores,
> y el mar mojándome los pies.
> No soy de aquí…, ni soy de allá,
> no tengo edad, ni porvenir,
> y ser feliz es mi color de identidad. […]

Dawood le echó un rápido vistazo. El peinado, el rostro y la voluptuosidad de la figura de aquella joven mujer le recordaron de

inmediato a Renée Perle, la joven judía húngara, musa del fotógrafo francés Jacques-Henri Lartigue. No es que Dawood fuese una persona culta ni amara el arte. Fue estando en Londres haciendo compras en Harrods cuando le llamó la atención la portada de un libro muy grueso de fotografías en blanco y negro que vio en un escaparate; aparecía el sensual retrato de Renée Perle. Lo compró, y desde entonces el voluminoso libro ocupaba el centro de la mesa de café en su despacho.

La camarera empujando un carrito con ruedas alegremente sirvió a los comensales de al lado un plato de alfajores con dulce de leche y un plato de milhojas.

Se dio cuenta de que al gordo se le estaba haciendo la boca agua observando el empalagoso postre de hojaldre. Sin duda era un político o un funcionario del gobierno de un estado muy importante, y como buen jefe del departamento que ocupase, con expectativas de llegar a ser más jefe aún.

Dawood le sostuvo la mirada.

—Estaba usted diciendo algo acerca de *sus clientes*… —le interrumpió—. Por cierto, es un bello apelativo.

—Sí… Mis *clients*, los actos de violencia de usted… digamos que los consideran como meras acciones de guerra entre despachos —levantó la mano para llamar la atención de la camarera. Ella se acercó sin dejar aún de tararear la canción.

Dawood olió su perfume, observó la curvatura de sus pechos, su boca, sus ojos.

—*Por favor* —dijo el norteamericano en español—, póngame para llevar dos milhojas. ¡Un momento! —poniéndose el índice y el pulgar sobre el mentón, añadió con tono pensativo—: pero… no añada azúcar por encima…, solo crema batida. *Muchas gracias*.

—Caballero, yo no tengo mucho tiempo —comentó Dawood inclinándose sobre la mesa.

—Muy bien. Hoy por la noche tendrá usted un conductor local a su disposición frente al hotel donde se aloja. Él le hará saber que le está esperando. Para que se habitúe, le conducirá exactamente por el recorrido que el iraní tomará de camino a su residencia, además será él quien le proveerá las armas a usted y a su ayudante, que desconozco quién es y cómo se llama, y poco me importa. Es problema suyo. Otra cosa, no conviene que salga del hotel. Quédese

todo el tiempo en su habitación, viendo la televisión, durmiendo o leyendo hasta mañana por la noche cuando salga en coche para realizar la misión. No se exponga públicamente. Ya el venir hasta aquí es una temeridad. Cuanto más tiempo esté en la calle, más posibilidades puede haber de que alguien le pueda reconocer y echar a perder toda la misión. Que pase usted un buen día.

* * *

A pocos kilómetros de distancia otro coche circulaba por las calles de Buenos Aires. El conductor era un hombre de mediana edad y de fuerte contextura, de tez muy bronceada, pobladas cejas y pelo negro tizón. Se llamaba Muhammad, y justo hacía cinco años que le habían designado como guardaespaldas en la embajada de Irán en Buenos Aires. El otro ocupante del coche, sentado en la parte posterior, era un señor de unos sesenta años de edad, cabello cano, corpulento, pulcramente vestido con traje y corbata. Se llamaba Hamid Farhadi; tenía el aire apacible de una persona que tras salir de una fiesta se encuentra satisfecha de haber realizado amistades con gente influyente de la esfera económica y política argentina. Como de costumbre, se había mostrado galante, coqueto e ingenioso, y sus cumplidos dirigidos a las bellas mujeres presentes habían sido altamente apreciados por ellas.

—Más rápido, Muhammad —dijo el pasajero a su conductor.

Bajó la ventanilla, apoyó el brazo derecho y sintió un complaciente frescor en la cara. Exhaló un suspiro de cansancio, como si hubiera de preocuparse de muchas cosas. «Qué demonios de país. Ojalá me marche pronto. La nuestra sí que es una civilización importante, no solo por su artesanía, sino por su arquitectura, sus azulejos, sus alfombras, ¡su literatura! Y aquí no empezaron sino mucho tiempo después de 1492. ¡Uf! Y todo huele a carne y pescado. Qué asco de comida han servido en la fiesta. ¿A qué debieron de venir aquí esa escoria de los judíos? Aquí no obtengo más que dolores de cabeza. Por fin, dentro de una semana, estaré disfrutando del descanso en mi finca de Isfahán».

Con el aire golpeándole plácidamente el rostro, sintió unos momentos de alivio y quiso olvidarse de las mujeres, el licor, que

aunque poco había bebido, era el causante de su ligero dolor de cabeza; el cúmulo de problemas representados por su patrimonio personal, el poder y de los enemigos. Todo esto le estaba causando una molesta jaqueca.

Hamid Farhadi había salido del palacio Duhau, adquirido pocos años atrás por la cadena hotelera Hyatt, donde había asistido a una fiesta organizada por un hombre de negocios iraní muy acaudalado. Estaba contento por cómo el gobierno argentino estaba poniendo tierra de por medio al asunto del atentado contra el centro judío AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina) el 18 de julio de 1994, donde más de ochenta personas resultaron muertas y trescientas heridas: el mayor ataque sufrido por judíos desde la segunda guerra mundial. Ante todo, los medios de comunicación argentinos tenían que evitar seguir aludiendo a que el atentado había sido perpetrado por Irán además de hacer hincapié en silenciar las pruebas que pudiera haber contra políticos del actual gobierno argentino.

Cuando se encontraban en una avenida prácticamente sin circulación alguna, en el sur de la ciudad, y limítrofe con el mar, un automóvil con una extraña decoración, pero equipado con un poderoso motor especialmente encargado para esa misión, salió rápidamente de las sombras. Aunque aquello no pasó desapercibido para el experimentado conductor iraní, conforme se reducía la distancia entre ambos coches pudo ver a través del espejo retrovisor que ese vehículo estaba decorado con flores, ramos y globos de colores. «Sin duda —pensó el conductor Muhammad— son unos recién casados». Esbozó una sonrisa de complacencia al rememorar su pasada noche de bodas en un pueblo perdido del interior de Irán, dedicado exclusivamente a la ganadería y a la fabricación artesanal de alfombras.

Cualquier pistolero profesional se hubiera pasado días y semanas preparando el escenario del asesinato, la velocidad y la distancia de los coches, midiendo ángulos de tiro, el tipo de arma necesaria para detener al vehículo y, entre otras cosas también, el preciso lugar elegido. Pero no era el caso de Dawood, que se movía por su talento, la paciencia, el instinto, la inspiración espontánea, la astucia y, sobre todo, por su aguzado sentido común. En los momentos más difíciles, cuando se planteaba un problema harto

difícil o cuando el miedo podría apoderarse de la mente, él era capaz de mostrar una concentración pragmática y lógica más eficaz que toda preparación psicológica, entusiasmo pasajero y la violencia descabella del mundo.

En el coche de atrás, mientras se tocaba el bigote, Dawood recordó cómo había tenido la ocurrencia de decorar el coche de aquel modo tan festivo. Hacía muchos años, otras personas habían utilizado el mismo método para no levantar sospechas al acercarse lo máximo posible a su víctima.

* * *

El hermano mayor de Dawood se llamaba Sabir. Había cumplido el segundo aniversario de bodas con su atractiva esposa, que se encontraba de nuevo embarazada. Esto no lo consideraba un impedimento para seguir frecuentando un afamado burdel en el barrio rojo de Bombay, llamado «la Casa del Congreso». Allí, las prostitutas entretenían a ricos clientes. La mayoría habían sido forzadas desde su adolescencia, raptadas en sus pueblos de origen, en el interior de la India, y posteriormente violadas. Mucho antes de cumplir los veinte años acababan siendo conscientes de que tal era su destino en la vida. Tan solo tenían que saber cómo sobrevivir. Mantenerse vivas. A lo largo de un día normal de trabajo podían estar complaciendo hasta a veinticinco hombres. Vivian en apartamentos muy estrechos al lado del burdel. Una de esas chicas, llamada Chitra, esperaba con impaciencia la llegada de un cliente en particular, Sabir. A Chitra le maravillaba escucharle en la cama cómo recitaba versos de la literatura clásica en lengua urdu, y a Sabir el estar con ella le causaba un agradable sentimiento de revivir el pasado, la época de su adolescencia, de impetuoso romance. La vivacidad de Chitra era el antídoto del aburrimiento.

Ambos iban juntos a ver películas en los cines, comían en puestos callejeros, visitaban restaurantes de moda, probaban una pizzería o un restaurante que habían abierto recientemente en el paseo de Marine Drive, y algún fin de semana se iban de *picnic* a las afueras de la ciudad. Todo esto no pasaba desapercibido a los gánsteres de Bombay. Ni tan siquiera cuando Sabir, en un parque

público, le puso a Chitra helado en el rostro, para luego, entre risas, ir chupándoselo sin importarle lo que la gente alrededor pudiese decir o pensar. Se comportada de manera imprudente e impulsiva, y quedaba expuesto públicamente a posibles acciones de bandas rivales, que siempre, al acecho de sus enemigos, esperaban en la sombra a que alguien bajase la guardia para poder atacarle de la forma más audaz en el momento más imprevisto.

Un día llevó a Chitra a pasear por la ciudad con su nuevo coche Mercedes. Ella puso la radio y comenzó a tararear una canción popular de la banda sonora de una reciente estrenada película de Bollywood.

—Una canción bastante sosa —dijo él.

—No seas tonto, querido.

—¿Querido? *Querido, querido…* —pronunciaba Sabir la palabra con distinto tono silabeándola acompasadamente.

—Bueno, y… ¿qué te parece «amor»? —preguntó ella echando hacia atrás sus cabellos negros con un elegante gesto de brazos que hizo tensar bruscamente su pecho firme bajo aquel ligero vestido de verano.

—Ah, ¡no! —dijo fingiendo un rostro de repugnancia—. Suena como si fuésemos colegiales enamorados.

Por el espejo retrovisor vio que le seguía un coche decorado con flores y globos de distintos colores. Sabir esbozó una sonrisa pensando en cómo sería la consumada noche de placer del reciente matrimonio. Chitra no dejaba de tararear la canción y al mismo tiempo le acariciaba la mejilla y le hacía carantoñas. De repente, Sabir se fijó en que el depósito estaba casi vacío. Al pasar de largo una gasolinera, no quiso perder la ocasión y dio marcha atrás.

El coche de los recién casados se había parado a cierta distancia; pero él no le dio ninguna importancia. Giró y entró en la gasolinera.

Cuando aparcó y se dispuso a abrir la puerta, el coche con tan llamativa decoración, frenó en seco y se estacionó de forma paralela. Sabir, esbozando una sonrisa de oreja a oreja dispuesto a felicitar a la pareja, de un vistazo, vio que dentro no había ningún recién casado sino seis hombres fuertemente armados con pistolas y fusiles. Se agachó con rapidez para alcanzar la guantera donde tenía su revólver, pero fue demasiado tarde. Una ráfaga de fuego cubrió el vehículo. Aunque le alcanzaron ocho balas en el cuerpo, Sabir

consiguió salir blandiendo su arma. Los proyectiles le perforaban el pecho como un colador mientras gritaba de agonía y realizaba dos disparos al aire antes de caer abatido sobre el suelo. En el interior del vehículo, Chitra quedaba tumbada sobre un charco de sangre envolviendo la tapicería del nuevo coche Mercedes, mientras la estridente música de la radio seguía sonando.

Tras días de persecución por todo Bombay, Dawood finalmente consiguió vengar la muerte de su hermano asesinando a sangre fría a los culpables.

* * *

—Ya los tenemos —dijo el conductor argentino en inglés señalando hacia el coche de los iraníes.

—¿Listo, Dawood? —preguntó su compañero indio girando la cabeza hacia atrás.

—Claro, que sí. Pero, Sultán, ¿por qué me pones esa cara? ¿Creía que no te preocupaba esta misión? Creía haberte oído decir que estabas tranquilo.

—Bueno… eso fue ayer…

—Ah… —dijo Dawood suspirando profundamente. En tono irónico añadió con una sonrisa—: Se vive deprisa estos días, ¿eh? Pues esta clase de asuntos no viven de amor y besos. No creo que nos den problemas. Encárgate tú del conductor, que estará armado; yo iré a por el objetivo.

Sujetando el hombro del conductor, añadió señalando hacia la carretera:

—Tras aquella curva, antes de que aceleren, te pones a su lado. ¿*Entiendes*?

—*Entiendo, señor* —respondió en español con la mirada fija en la carretera.

Cuando ambos coches estuvieron a la misma altura, tanto Muhammad como Hamid se giraron para observar con complacencia a los pasajeros de aquel vehículo con decoración tan llamativa. Lo que encontraron no fueron reciprocas sonrisas de una pareja recién casada, sino una lengua de fuego que acribilló toda la carrocería. Muhammad frenó en seco.

Tras haberles pasado, a una distancia de pocos metros, el hábil conductor argentino cortó como un cuchillo la oscuridad en semicírculo y con las luces largas de sus faros se aproximó a gran velocidad.

—¡Dame tu arma! —gritó Hamid a su conductor, presa del pánico.

Al inclinarse hacia el asiento delantero, se dio cuenta de que estaba abatido con la cabeza sobre el volante. Desesperado, intentó inútilmente agarrar la pistola Glock que Muhammad siempre tenía guardada en la pechera de su chaqueta, pero la posición en la que estaba tendido y su excesivo peso le impedían moverlo. Levantó la cabeza y vio que del coche de los asaltantes salían dos hombres; uno de ellos con un revólver se aproximaba caminando tranquilamente, mientras que el otro, armado con una metralleta, se quedaba de pie frente al vehículo, haciendo guardia.

Sin más demora, Hamid abrió la puerta con la intención de salir corriendo, pero el hombre del revólver, de mediana estatura, moreno de piel y bigote negro, le empujó con rapidez de vuelta al interior del vehículo.

—*Salam Alaikum* (Saludos). ¿Tu nombre es Hamid Farhadi? —preguntó el desconocido.

—Sí…, sí, pero… —balbuceó intentando ganar tiempo—. Tú… ¿tú quién eres? ¿Eres un sicario? Puedo pagarte. Puedo darte dinero si me dejas libre. Tan solo tendrías que llevarme a cierta dirección… Te daría dólares estadounidenses. ¡Dólares estadounidenses!

El hombre del bigote levantó su arma colocándola a quemarropa. La víctima le miraba con miedo en su rostro. Aquella mirada, según la experiencia de Dawood, la interpretó como que le estaba pidiendo clemencia.

—Un momento, un momento… —suplicó patéticamente el sudoroso iraní—. Dime cómo te llamas…

—*Mazha naav* Dawood *aahe*. (Mi nombre es Dawood).

—¡Tú eres indio! Pero… ¿qué demonios hace aquí un indio? —preguntó con rostro descompuesto, completamente lívido.

—No indio. *Bully Kutta* —contestó sonriendo.

Alzó el arma lentamente hacia su rostro. Apretó el gatillo. El impacto le dio de lleno en la frente y cayó en seco de espaldas sobre

el asiento. Acto seguido, su cuerpo recibió cuatro balas más.

Dawood Ibrahim Kaskar había nacido en el estado de Maharastra, en la India. Allí se exiliaron sus antepasados musulmanes de origen konkaní. En 1498, el portugués Vasco de Gama llegó a la India, más exactamente a Kerala, y posteriormente se dirigió a Goa. Aunque él no fue el primero en desembarcar en aquellas tierras, ya que Marco Polo cita a la India en su *Libro de las Maravillas*, y mucho tiempo antes Alejandro Magno ya se había adentrado en territorio indio según el libro *Indika* escrito por el griego Megástenes. Pero, tras la llegada de Vasco de Gama, Portugal derrotó a los gobernantes del lugar y se establecieron allí como una colonia portuguesa. Con la llegada del cristianismo y con la «ayuda» de la inquisición bajo la cortés invitación de «conviértete o muere» se forzó a los residentes a convertirse a esta religión. Muchos pobladores autóctonos que vivían en aquel entonces tuvieron que establecerse en otros lugares. Otros se quedaron y se convirtieron, y perduró el idioma konkaní, que en la actualidad es la lengua oficial del estado de Goa. Los que decidieron marcharse al exilio se establecieron, en muchos casos, manteniendo su idioma y cultura, en las costas de los vecinos estados de Karnataka, Kerala y Maharashtra. La cultura konkaní recibió mucha influencia perso-árabe, debido a que históricamente Goa fue un importante centro de comercio en el océano Índico.

Debido a sus actividades criminales, al no poder volver a su país de origen, entre el círculo íntimo de sus amigos Dawood hacía referencia de forma irónica a su situación personal. Decía sentirse como un Bully Kutta sin patria; nombre de origen persa de una extraña raza de perro feroz originario de las tierras del Punjab, que utilizaban para peleas clandestinas. Aquel territorio se menciona dramáticamente en los anales de la historia durante la partición de la India en 1947; sus tierras del noroeste quedaron divididas entre las dos naciones recientemente nacidas, la India y Pakistán, lo cual propició el éxodo de millones de personas, y la matanza de hombres, mujeres y niños, a ambos lados de la nueva creada frontera.

* * *

Aquella no fue la primera vez que asesinaba a una persona.

Ya lo había hecho en Bombay a principios de los años setenta.

Estaba anocheciendo. Parecía uno de tantos jóvenes que andaban por la calle de regreso a casa después del trabajo. Solo que él iba a cometer un asesinato. Era consciente de que tan solo era una nueva profesión en la que se iba a iniciar, por fin, iba a cometer tan horrible crimen. La víctima le había dado motivos suficientes. Solo debía tener cuidado de no encontrarse con nadie más, excepto al hombre que se había propuesto matar.

Avanzaba rápidamente a lo largo de la calle como centenares de congéneres. Pasó un autobús de dos plantas, pero no lo cogió. Podría pensarse que era una persona que no tuviese grandes recursos; su indumentaria era más propia de un joven empleado como trabajador manual, quizá de los próximos muelles del puerto. Acaso se dirigía a reunirse con su novia. Pero Dawood, con diecinueve años, nunca había tenido novia.

Un tufo de pescado barato llegaba procedente del vecino mercado bengalí. Desde la acera de enfrente se quedó observando un edificio alto y gris. Uno de los apartamentos del sexto y último piso estaba iluminado. Unas cortinas que ondeaban por el aire fresco proveniente de la proximidad del mar cubrían la ventana para evitar miradas indiscretas, pero por sus aberturas se filtraba la luz del interior, que evidenciaba que el ocupante del apartamento se encontraba dentro.

Cruzó la calle, un trozo de viejo periódico saltó empujado por el viento hacia la entrada del edificio y escapó luego aleteando. Empezó a subir las sucias escaleras. Partes de las paredes estaban cubiertas de un color rojizo, que no eran más que manchas secas de escupitajos de tabaco de mascar.

Había luz encendida en el vestíbulo. Tocó el timbre del apartamento de la izquierda del sexto piso y aguzó el oído. Confiaba en encontrar solo a la persona que quería ver.

En el interior sonaron unos pasos que iban en aumento conforme se aproximaba a la entrada. El joven dedujo que solo había una persona dentro, no se oía a nadie ni nada más. Se abrió la puerta.

Naseeruddin Dada debía de tener unos cuarenta años, era grande físicamente, con un frondoso bigote; su cabello, ligeramente grisáceo, denotaba que hacía tiempo que no se lo había vuelto a

teñir de negro, como solía ser habitual en él. Tenía unas pronunciadas ojeras. Llevaba una camiseta interior blanca y una tela de algodón a cuadros azules, a modo de sarong, denominado coloquialmente *lungui*, que le llegaba hasta los tobillos y que rodeaba su ancha cintura.

Por su aspecto exterior al joven Dawood le dio la impresión de que podía ser un maduro fracasado vendedor de leche de búfala a domicilio, y nada en él indicaba al feroz y temido jefe de la mafia local.

—¡Tú! —exclamó. Sus prominentes dientes exigían una limpieza: había mascado demasiado tabaco y comido demasiados dulces, su aliento era pestilente y ahíto—. *Kya baat hai*? (¿Qué sucede?). Pronto te voy a dar tu merecido. ¿Has venido a suplicarme perdón? No, has venido a pedirme dinero, ¿no es eso? Tu padre se ha convertido en un viejo policía retirado que no tiene ni para alimentar a su familia, ¿verdad? Desgraciado, ¡lárgate de mi vista!

Dawood se quedó en silencio, paralizado, sin saber cómo reaccionar.

Naseeruddin Dada, con un gesto de repugnancia, dio unos pasos hacia adelante.

—*Bewakoof* (¡Idiota!) —le espetó alzando el puño de modo amenazador—. Como no te marches, llamo a mis hombres y acabo contigo hoy mismo. ¡Fuera!

Dawood sabía que aquel día ninguno de sus esbirros estaba en las inmediaciones. Seguía paralizado; sin saber cómo reaccionar. Podía sentir cómo su mano, escondida dentro de su camisa, sudaba la empuñadura del revólver de fabricación casera popularmente denominado *Katta*.

El mafioso no tuvo reparo en escupirle. El coagulo rojizo de su tabaco de mascar cayó en los pies del joven, ensuciando no solo sus sandalias de goma gastadas sino también parte de las pantorrillas.

Aquello lo sentenció.

Dawood dio un paso hacia atrás. Sacó del interior de su camisa el arma. Clavó la vista en el pecho del hombre. La mano que empuñaba el revólver temblaba. Disparó.

El hombre cayó de espaldas al suelo.

Tumbado boca arriba, aún seguía con vida. En el pecho, de la

herida de arma de fuego la sangre manaba en abundancia, manchando la blanca camiseta interior.

Incrédulo por lo que había sucedido, el mafioso alzó la cabeza para ver a su verdugo y comenzó a chillar pidiendo auxilio todo lo que le permitían sus fuerzas.

—¡*Madarchod*! (¡Hijo de puta!) —musitó echando leves coágulos de sangre por las comisuras de los labios.

En pocos segundos sus gritos se convirtieron en débiles gemidos. La baba sanguinolenta comenzaba a fluir de su boca torcida.

Dawood cruzó el umbral de la puerta y se inclinó a observarlo de cerca. Estaba tan próximo que percibía su aliento hediondo, sus latidos, el ritmo irregular de su corazón.

Naseeruddin Dada, con las venas del cuello hinchadas, con mucho esfuerzo, se incorporó ligeramente; miraba al joven con miedo. Incrédulo por las agallas y el atrevimiento de aquel mocoso. Sabía que iba a morir en breve.

El joven se quedó inquieto. Se dio la vuelta, desde la entrada miró hacia el fondo del pasillo, volvió a entrar en el apartamento, se aproximó de nuevo al cuerpo tumbado del mafioso, que no cesaba de sangrar profusamente, y se dirigió con nerviosismo hacia la ventana del interior del piso. Miró de reojo a la calle, por si alguno de sus esbirros hubiese oído el disparo y estuviese entrando en el edificio para socorrer a su jefe. Era un apartamento de dimensiones reducidas, escasamente amueblado: un salón, dos dormitorios, cuarto de baño, una minúscula cocina y un pasillo estrecho y largo que lo cruzaba. Olía mucho a polvo y lobreguez.

No sabía cuánto tiempo tardaría en morir aquel hombre o incluso si podría sobrevivir. «¿Y si la bala no le ha penetrado lo suficiente para matarle? —pensaba para sus adentros—. ¿Y si lo encuentran así herido y lo llevan a un hospital y lo curan? Entonces vendría a por mi padre, a por mis hermanos, a por mis hermanas, ¡a por mi madre! Por más lejos que huyese no descansaría hasta darme caza y matarme de la forma más cruel». Presintió que no había tiempo que perder. Volvió junto al mafioso.

Para hacerlo mejor, se apoyó lentamente sobre el aparador de la entrada. Apuntaba a la cabeza pero no conseguía mantener rígido el brazo, ya que al poner su peso sobre el mueble, este se balanceaba debido a la irregular superficie del suelo. El mafioso le observaba

con los ojos encendidos en pánico, mientras seguía musitando incongruentes sonidos guturales e intentaba inútilmente arrastrarse para poder evitar lo que iba a suceder, pero el dolor del proyectil retenido en su cuerpo le impedía toda movilidad.

El joven fue modificando ligeramente su posición para asegurar la puntería. Volvió a apoyar su codo sobre el borde del mueble y con la otra mano sujetándose con fuerza la muñeca apuntó. Disparó. Logró introducir la bala en la base del cráneo, que lo rompió como si fuese una figurilla de porcelana.

Era hora de irse.

Tras aquella segunda detonación, los vecinos no tuvieron duda alguna de que eran sonidos de disparos. Se encendieron las luces de varios apartamentos y apareció gente en las ventanas del edifico de enfrente interrogándose a gritos de un piso a otro.

Al salir con prisa y nerviosismo al pasillo, se encontró al fondo, delante de la puerta abierta de un apartamento, a una figura corpulenta que permanecía inmóvil observándolo. Inmediatamente, del apartamento de al lado también se asomaron un hombre y una mujer. Tan pronto los vecinos vieron brillar el metal del arma que llevaba agarrada en su mano, entraron de vuelta en sus respectivas casas y cerraron las puertas tras ellos de un golpetazo y colocaron los pestillos. Nadie se atrevió a salir no por miedo de alguna bala perdida, sino por no ser testigos de lo que estuviese sucediendo; no porque la policía les pudiese cuestionar sobre el crimen, sino porque, como solía ocurrir, la mafia podía tomar represalias contra algún testigo de sus actividades.

Protegido por la oscuridad, Dawood salió corriendo. Conforme descendía, por el hueco de las escaleras se hacían eco las murmuraciones y los comentarios de los asustados y temerosos vecinos, que se fueron diluyendo conforme se iban cerrando las ventanas.

Tras llegar al rellano del edificio, Dawood se metió el revólver en el cinto del pantalón corto y lo cubrió con la camisa.

Volvió a caminar, en sentido contrario, siguiendo el mismo recorrido que había hecho minutos antes. El conductor de un *autorickshaw* tocó el claxon y le hizo una señal con un distintivo movimiento de cabeza, como suelen hacer para llamar a sus clientes, pero el joven no le prestó atención alguna, y el vehículo de

tres ruedas siguió su recorrido por entre el concurrido tráfico.

Su paso era ahora más firme y decidido que en un principio. «No debo temer tanto a la muerte —pensaba mientras se abría paso entre los transeúntes—. Es algo súbito, rápido: no duele». En su cara había una sonrisa de complacencia. Encontró la muerte como algo tan maravilloso como la rotura de un huevo; era estúpido asustarse de la muerte en aquel mundo inhóspito. Se sentía sublime, extasiado, invencible, inmortal.

En Bombay, había nacido un gánster.

3

El padre de Dawood se llamaba Ibrahim. Era jefe de policía local en Bombay. Vivía con su mujer e hijos en un barrio de la periferia llamado Dongri. Por entonces, durante los años sesenta, no era muy común ser musulmán y a la vez jefe de policía. Ibrahim era muy respetado entre la comunidad musulmana. Había trabajado toda su vida para conseguir aquel puesto. Provenía de una familia muy humilde; su padre había sido un mísero peluquero de un pueblo ubicado en el interior del país, tuvo tres hijos e Ibrahim fue el único que con determinación quiso salir de aquel pobre lugar y abrirse camino en la capital del estado de Maharastra, Bombay.

Ibrahim era tan respetado que, cuando había alguna disputa en la vecindad, fuese por el motivo que fuese, entre hermanos sobre una herencia, entre dos jóvenes recién casados o entre hombres de negocios, todos acudían al «hermano Ibrahim» para que mediase y les ayudase a buscar una solución. También era muy conocido por su bondad. Donaba ropa usada de sus hijos a los pobres, iba a la mezquita muy disciplinariamente a rezar y repartía comida gratis entre los mendigos que se hacinaban en las inmediaciones. Cuando alguien, de verdad, estaba falto de dinero para sostener a su familia, Ibrahim tenía el valor de dirigirse a los jefes mafiosos locales para pedirles un préstamo. Siempre se lo concedían, ya que era una persona de confianza y de fiar; además, sabían que el dinero no era para él, sino para ayudar a terceros. A cambio, Ibrahim, al ser jefe de policía, hacía la vista gorda con el tráfico de mercancías de contrabando. De aquel modo cubría la devolución de los préstamos. Con esa doble moral de supervivencia crecerían sus hijos.

A pesar de su relación con la mafia, Ibrahim era un policía honesto que cumplía con la ley. Él no pensaba que estuviese incurriendo en ningún delito. Si debía hacer un favor al crimen organizado, lo hacía sin dudarlo, porque los motivos eran

necesarios, y eso bastaba. Los mafiosos no solo no lo dejaban en paz, sino que, cuando uno de ellos era arrestado, hasta cierto punto le protegían y se negaban a revelar dónde y cómo habían conseguido sacar de la aduana la mercancía de contrabando. Tal actitud obedecía simplemente a que Ibrahim les era muy útil.

Aun así, en el cuerpo fue considerado un policía ejemplar. Durante dos décadas detuvo a muchos criminales: violadores, ladrones, vendedores de droga y asesinos. Trabajaba en varias estaciones de policía de la ciudad de Bombay, como en Colaba, Mahim y Malanar Hill. Además, incluso hacia labores extra en el departamento de tráfico.

Se encontraba dirigiendo la circulación en una conglomerada calle, afanándose por buscar un orden en medio de un embotellamiento de vehículos en el que nadie cedía el paso, cuando un vecino llegó corriendo al lugar y le comunicó a gritos que su mujer se había puesto de parto.

Ibrahim corrió hacia su vivienda. En las calles limítrofes se encontró con una aglomeración de gente ocupando completamente las calles. Era la celebración musulmana del Eid-ul-Fitar que marca el final del Ramadán. Eso hizo imposible trasladar a la mujer de Ibrahim a un hospital. El griterío dentro de la vivienda era tremendo. Fuera, en la calle, los ruidos eran aún más ensordecedores, y, además, grupos de niños tiraban petardos y quemaban bengalas en los áticos de edificios colindantes.

—Señor Ibrahim —le dijo la comadrona—, nos encontramos frente a un grave problema. La razón por la cual su mujer tarda tanto en dar a luz es porque, normalmente, un parto se presenta de cabeza, pero este viene del revés.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó con la preocupación reflejada en la cara—. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Cómo puedo ayudar?

—No podemos trasladarla con las calles llenas de gente —añadió una vecina tras asomarse por la ventana—. Además, si corre usted hasta el hospital Ramakhisna para pedir ayuda, la ginecóloga tardará por lo menos cuatro horas en llegar hasta aquí. No dejamos de llamar por teléfono, pero nadie contesta.

La matrona levantó la mano para que la mujer guardase silencio y la dejase a ella hablar.

—Esté tranquilo, la mejor forma en la que puede ayudarme es

quedándose quieto dentro de aquella otra habitación, y rece. Yo ya sé cómo sacar partido de sus vecinas.

Con febril organización encargó a las cuatro mujeres presentes que trajeran sábanas limpias, cuencos con agua caliente y esponjas.

La matrona se inclinó hacia la mujer cuyo rostro estaba distorsionado por el dolor.

—Señora, quiero que confíe en mí. ¿Confía en mí? Muy bien. Cuando le diga que apriete, haga toda la fuerza que pueda. ¿Me comprende?

En otra habitación, Ibrahim, no pudiendo evitar escuchar los gritos de su esposa ensordecidos por el griterío proveniente de las calles y los ruidos de incesantes tambores, no dejaba de pensar qué pasaría si su mujer fallecía por no poder llevarla al hospital a causa de aquella celebración musulmana. Se puso de rodillas sobre su alfombra y se encomendó a su Dios.

La matrona, una señora anciana completamente arrugada, parecía el mismísimo espectro de la muerte. Todos acataban sus órdenes. Ella se puso a trabajar manipulando con delicadeza el interior de la parturienta, porque el primer problema consistía en sacar las piernas del bebé.

—¡Ahora! ¡Empuje!

Volvió a trabajar en su interior, con delicadeza, girando hacia la izquierda. La parturienta boqueaba como un animal, intentando coger aire en los pulmones, mirando hacia el techo donde el ventilador movía sus aspas a toda velocidad.

La matrona comenzó a estirar. De pronto la criatura de color escarlata estaba fuera, libre y segura en sus manos; pero no respiraba. La vieja le limpió los orificios nasales y la boca de mucosidades, y sopló en el interior de la boquita con sumo cuidado y suavidad. Como por arte de magia, el pecho de la criatura se arqueó y rompió a llorar. Ibrahim, en el otro lado de la habitación, con las palmas abiertas al aire, también lloraba.

—¡Un niño, señor Ibrahim! —gritó la matrona riéndose.

La mujer ató el cordón umbilical y cortó el último lazo de unión del hijo con la madre.

Era el 26 de diciembre de 1955.

* * *

Aquel era el nacimiento de su segundo hijo. Un vidente predijo que su recién nacido sería muy poderoso, famoso y rico. Como era un fervoroso creyente de las supersticiones y de la gente que leía el futuro, Ibrahim se lo creyó. Al ponerle un nombre al bebé no se lo pensó dos veces, y dijo:

—Se llamará Dawood, porque tanto en el Corán como en la Biblia mencionan al profeta de Dios; David para los cristianos y judíos, Dawood para los musulmanes.

Según el folclore popular, el profeta Dawood era capaz de doblar una barra de hierro con sus brazos, tal y como hizo el mitológico Hércules. También decían de él que, cuando recitaba los versículos, hasta los pájaros se detenían para escucharle hablar y se quedaban hipnotizados por su melodiosa voz.

El primer vástago fue Sabir; después nació Dawood y más tarde la madre siguió dando a luz a cinco varones más: Aness, Noora, Iqbal, Mustaqeem y Humayun. Pero en medio también fueron naciendo cuatro hijas: Zaitun, Hasseena, Farhana y Mumtaz.

Eran tantos que con el salario mínimo de Ibrahim no llegaba para sostenerlos. Comían solo dos veces al día: por la mañana, un vaso de té aguado con un trozo de pan, y por la noche, lo que hubiese. A pesar de la falta de medios, Ibrahim siempre quiso que sus hijos recibiesen la mejor educación posible.

De este modo, matriculó a Dawood en un colegio donde enseñaban el idioma inglés, y como actividad extracurricular le puso en un curso para niños asociado a la policía de tráfico donde le daban instrucción sobre las normativas de circulación y el papel que desempeñaban los agentes en la carretera.

—Un día llegará a ser un alto cargo en el cuerpo de policía —le dijo a su esposa, muy orgulloso.

—*Inshallah* (Si tal es la voluntad de Dios) —contestó ella—. Yo rezo para ser testigo de ello.

Pero sucedió una hecatombe: Ibrahim perdió su trabajo. Él y sus compañeros más cercanos fueron despedidos del cuerpo. La razón que argumentaron en la oficina central de policía de Bombay fue que no habían conseguido la captura de un criminal en un caso muy importante que, por lo visto, estaba relacionado con gente muy influyente en el gobierno.

Dawood tenía diez años cuando su padre tuvo que sacarle del

colegio, ya que no pudo hacerse cargo del coste de las matrículas. Si no hubiese sido así, su vida hubiese ido por otros derroteros, y habría sido completamente diferente a lo que se convertiría en un futuro no muy lejano.

Su profesor en el departamento de tráfico se quedó muy triste al conocer que el espabilado niño no continuaría debido a los problemas económicos de su familia. Intentó convencer a Ibrahim de que continuase invirtiendo en la educación del pequeño, aun realizando sacrificios, pero verdaderamente no pudo ser.

Dawood era un niño feliz; no tenía que ir al colegio; no tenía que seguir el adiestramiento policial de circulación para menores, ni estudiar, ni hacer deberes. Lo más importante para él era que tenía todo el tiempo libre del mundo para hacer cuanto quisiese y merodear por las calles con sus amigos.

Sin embargo, para Ibrahim fue un momento de gran tristeza. Estaba abatido. Su familia se quedó prácticamente en la indigencia.

A pesar de la disconformidad e impotencia de sus padres, Dawood se pasaba todo el día fuera. Disfrutaba jugando a interminables partidas de críquet, y juntándose con niños musulmanes de la vecindad.

Ibrahim estaba tan ocupado buscando trabajos temporales que no podía saber verdaderamente qué hacían a diario sus hijos.

En el verano de 1966, al no tener otra opción mejor, aceptó un puesto de trabajo bajo el mando del mafioso local, Naseeruddin Dada. Su cometido era llevar de un lugar a otro documentos oficiales debidamente firmados y sellados, sobre todo para el departamento de aduanas. A pesar de las tentaciones que recibía, nunca obtuvo comisiones ni admitió sobornos. Siguiendo sus principios religiosos, Ibrahim se mantuvo siempre honesto, y cobraba el salario mensual estipulado inicialmente por el jefe de la mafia.

Tras ir obteniendo unos beneficios económicos, Ibrahim, queriendo ahorrar, decidió que era hora de mudarse a otra residencia más barata.

Si Picasso, Nerón, Dalí, Gauguin y Van Gogh se hubiesen puesto de acuerdo para establecer en la ciudad de Bombay un lugar de fuerte colorido y contrastes para explotación de turistas y visitantes, hubieran planeado algo parecido a aquel nuevo barrio en el que la

familia se instaló.

Allí cometió Dawood su primer crimen.

Vio a un hombre saliendo de la sucursal de un banco. Inmediatamente observó cómo se quedaba quieto delante del edificio contando el dinero. No se decidía, así que comenzó a murmurar improperios y expresiones para darse ánimos: «Miedica, que eres un miedica…». Entonces, decidido, salió corriendo, se aproximó al adulto, le agarró el fajo de billetes de la mano y desapareció. Sin embargo, su rostro no pasó desapercibido para la víctima, que le reconoció y fue directamente a quejarse a Ibrahim.

Cuando horas más tarde el joven Dawood apareció por la puerta de casa. Su padre le arreó un par de bofetones. No se había gastado nada, si no, la paliza hubiese sido mayor.

Pronto todo el vecindario comenzó a hablar de las fechorías del joven Dawood, que aún no había llegado a la adolescencia. Por otro lado, Ibrahim se sentía avergonzado como policía y como padre.

El chico siguió haciendo de las suyas. Al menor descuido robaba la cartera a alguien, o se apoderaba de la mercancía de algún vendedor ambulante, para luego revenderla en algún otro punto de la ciudad. Los vecinos seguían llegando a menudo a la casa para quejarse al «hermano Ibrahim» de su hijo.

Se convirtió en una rutina: cuando, al final del día, Dawood hacía acto de presencia, su padre le pegaba bofetones increíbles y le soltaba largos discursos sobre la buena conducta que debía tener. Pero el chico no le hacía caso. Además, de su aseo personal se ocupaba poco: las camisas de largas solapas que solía llevar no se las cambiaba a menudo, tan solo lo hacía cuando era demasiado evidente que, por el aspecto que tenían, no habían visto agua y jabón desde hacía mucho tiempo, quizá semanas; y cuando el olfato no engañaba a la gente que le rodeaba le recordaban que ya era hora de lavarse el cuerpo con agua y jabón.

—Hijo, tienes que entender que el poder del dinero es muy difícil de controlar —le dijo a su hijo en un intento más de enderezarlo—. El ser humano ha sido siempre un animal venal. Recuerda, hijo, que no te tiente. Hay algo muy singular en el dinero. No es la codicia. Escúchame. El dinero en grandes cantidades tiende a adquirir vida, incluso conciencia propia. No caigas en su trampa.

Sin embargo, las continuas quejas seguían llegando. Ibrahim dio por perdido su esfuerzo por enmendar la actitud de su hijo y delegó la responsabilidad de sermonearle a su madre.

—¡Estoy hasta aquí, de él! —gritó Ibrahim una noche, colocándose el borde de una mano contra el cuello justo por debajo de la barbilla—. Ya no aguanto más.

Aunque habían existido lazos muy fuertes entre padre e hijo, Ibrahim se libró de ellos, del mismo modo que un ejército en retirada corta los cables y destruye los puentes.

Dawood y su madre compartían una relación estrecha y cariñosa. Ella siempre tenía palabras de cariño hacia él. Nunca le castigó ni le levantó la mano. Era tan buena con él que su hijo, aun dejándose mimar, no hacía caso a sus consejos.

—Hijo mío, lo que estás haciendo no es correcto. Date cuenta de que tu padre ha sido policía, mucha gente en el cuerpo le conoce y tu comportamiento le está arruinando su reputación.

—Sí, mamá… —dijo como era habitual en él; haciendo oídos sordos.

—¿Es que… no eres feliz aquí?

El joven adolescente se encogió de hombros y miró a su madre con un deje de piedad, como sorprendido de que esta pudiese mostrar tan poca comprensión. En la calle había aprendido que ni la ternura ni el buen corazón habrían de sacarle de apuros. En cierta forma estaba orgullo de sus convicciones; no quería ser otro.

—Pero, mamá, ¿no te das cuenta de cómo vivimos y en qué lugar de la ciudad? ¿Crees que me hace ser feliz seguir viviendo en esta casa tan pequeña con tantos hermanos? Aspiro a ser alguien en la vida. De mayor no quiero ser un simple policía que dirige el tráfico durante todo el día.

Aun siendo menor de edad, le encantaba sentir el poder que ejercía su presencia en la calle. Le complacía ver cómo la gente se quedaba aterrorizaba cuando les atracaba en un callejón, o la adrenalina que sentía fluir en sus venas cuando salía corriendo tras robar en una tienda.

Dawood tenía el propósito de ver a sus hermanos y hermanas vestidos con ropa elegante; pero, sobre todo, quería permitirse poder comprarle ropa cara a su madre, para que estuviese valorada en la comunidad de vecinos, para que la mirasen con respeto.

Debido al dinero, los enseres y la comida que traía al hogar familiar, en la casa se ganó el respeto de sus hermanos. Pronto, Sabir, el hermano mayor, representó un segundo lugar en cuanto a las decisiones del mantenimiento del apartamento.

Dawood actuaba de forma independiente con un grupo de amigos, no pertenecía a ninguna banda. Existían varias compuestas de inmigrantes de Cachemira y procedentes de otras zonas del norte y sur de la India.

Su amigo más audaz, Sultán, dos años mayor que él, había sido coronado recientemente Míster Bombay y se estaba preparando para conseguir el título de culturismo de Míster India, que se celebraría al año siguiente. Sus cabellos eran negrísimos y rizados, muy abundantes, tenía una nariz larga y ganchuda, labios gruesos y mejillas flácidas. No estaba acostumbrada su lengua a otro sabor que el amargo. Había sido engendrado por el odio. Su madre le dio a luz mientras su padre moría de cáncer en prisión. Nunca había experimentado ternura por nadie. Tenía fama de ir descamisado por la playa de Chowpatty y el malecón de Marine Drive para atraer la atención de chicas jóvenes, que solían quedarse embelesadas al admirar sus anchas espaldas y abultados pectorales. En los años setenta, en la India, resultaban tan extraños la musculación y el culturismo que ver a una persona como Sultán, dedicado por entero a ello, y con su cuerpo escultórico, era una rareza.

Otro amigo era Sher-Khan. Tenía una voz tan tremendamente profunda que por sí sola constituía un arma intimidatoria. La gente se asustaba al oírle hablar; era un joven de veinticinco años, alto, achulado, con el cabello negro, liso y largo hasta los hombros, y unos brazos largos que asomaban por los puños de las mangas de la camisa, demasiado cortas; a simple vista era, indudablemente, el típico hampón callejero, y al mismo tiempo, un conversador rápido y agudo.

Por último, Abdul Driver, un joven que medía como metro sesenta. Proveniente de una familia que, de generación en generación, habían sido mecánicos, sabía no solo cómo reparar cualquier vehículo con los medios más básicos, sino cómo conducirlos con destreza. Muy delgado, vivaracho, tenía los ojos muy juntos y una nariz pequeña, ancha y con los orificios nasales muy visibles. Cuando tenía que conducir un vehículo, lo hacía

sentado sobre un cojín.

El grupo extorsionaba cobrando dinero a los comercios. Sus víctimas eran sobre todo miembros de la comunidad musulmana chiita de los Bohras. Estos eran principalmente mercaderes y provenían de Yemen. Según cuentan, son descendientes de la hija del profeta Muhammad, llamada Fátima, y de su marido, Ali. Los miembros de esta comunidad son actualmente dueños de restaurantes, agencias de turismo y de viajes; personas de negocios muy prósperas. Los Bohras no querían problemas, eran gente muy tranquila y pacífica. Siempre, sin rechistar, les daban el dinero que les pedían como pago a su protección frente a los ataques de otras bandas locales. Aquella facilidad en extorsionar pidiendo dinero le sedujo tanto a Dawood desde la primera vez que le incitó aún más a exigir pagos a otros comerciantes, como tenderos, vendedores ambulantes de comida, conductores de *autorickshaw* e incluso en las consultas de los numerosos médicos que ejercían en la zona.

Cuando no extorsionaban a la gente, la engañaban, sobre todo en la zona del mercado Mohatta. Si se enteraban de que el dueño de una tienda la había cerrado temporalmente por unas horas, o por algunos días, debido a que se había marchado a su pueblo de origen por la razón que fuera, el fallecimiento de un familiar, el nacimiento y la ceremonia de un nieto o de un hijo, una boda en la familia o una festividad religiosa, entonces, Dawood, junto con su hermano mayor Sabir, Sultán,

Sher-Khan

y Abdul Driver, abrían el local como si fuese de su propiedad, lo limpiaban y decoraban para que estuviese presentable. Con material robado, como relojes de lujo, uno de ellos iba por la calle buscando posibles compradores. Cuando localizaba a una posible víctima, le enseñaba el reloj y comenzaba a engatusarle.

—Mire, mire. Este reloj cuesta en el mercado 5000 rupias. Nosotros se lo dejamos en 2000 y negociable.

—¿Negociable?

—Sí, venga a nuestra tienda, ahí mismo, y negociamos el precio.

La victima llegaba al local y le dejaban el precio final de 1500. En el momento de darle el reloj, Dawood decía con la voz seca como un bizcocho:

—No, un momento, usted de aquí no puede salir así, con el reloj

en la mano o en el bolsillo. ¿Qué pasaría si alguien le ve o un policía le cuestiona? Se lo tengo que envolver, y lo guardaré en esta preciosa caja.

En una caja muy bonita, a espaldas del cliente, Dawood en un abrir y cerrar de ojos, sustituía el reloj por una piedra, y le advertía al comprador de que bajo ningún concepto debía abrir la caja cerca del establecimiento. El cliente se iba tan contento. Si una vez descubierto el engaño, las victimas regresaban, ellos hacían teatro; lo negaban todo, ya que no había habido testigos, y le acusaban al cliente de querer dañar una reputación de un negocio familiar que, de generación en generación, había seguido existiendo sin escándalo alguno.

Algún parsi, comunidad procedente de Persia, actualmente Irán, al sentirse estafado tan tontamente, volvía acompañado de la policía. Entonces, advertidos por sus vigilantes, que tenían dispuestos en el mercado, cerraban el local y, por la puerta trasera, se dividían saliendo cada uno por un lado. La vez siguiente era otro local el centro de sus timos.

Un día eran relojes, otro eran transistores de la marca Philips y otras veces incluso lencería femenina.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo y las habladurías entre los miembros de la comunidad musulmana, sus hazañas no pasaron desapercibidas.

Fue a comienzos de 1973. Dawood y su amigo Sultán acababan de salir del cine de ver la película *Zanjeer*. Caminaban por la calle comiendo una fritura de verdura envuelta en papel de periódico, que habían comprado en un puesto callejero. Un coche Ambassador de color blanco se subió a la acera y frenó justo frente a ellos obstaculizándoles el paso.

Se abrió con violencia la portezuela y Hamid, un gigante de dos metros, se apeó de un salto junto con dos hombres más. Mientras uno de ellos les apuntaba con un revólver, Hamid dio unos pasos adelante y agarró del cuello a Sultán, inmovilizándolo contra la pared del edificio, mientras que el otro dio una zancada y sostuvo a Dawood agarrándolo por la garganta con una mano, mientras con la otra le sujetaba con fuerza el brazo derecho.

Un señor elegantemente vestido se bajó del coche pausadamente.

—No me gusta ver a ladronzuelos de poca monta como vosotros rondando los sitios donde me muevo —rugió—. No quiero verlos cuando voy al cine, ni siquiera donde voy a comer.

—Vaya, yo siempre he pensado lo mismo —consiguió decir Dawood con sorna.

Uno de los hombres lo zarandeó y empujó con más fuerza contra la pared.

—He oído hablar de vosotros. La próxima vez que vuelva a tener noticias de que operáis timando como ladronzuelos estúpidos en tiendas dentro de mi territorio, acabaréis desaparecidos en el fondo del mar. No quiero escuchar ninguna otra queja de los comerciantes de mi zona. Mejor que os quedéis en casa viendo *Mumbai Doordarshan* en la televisión, niñatos.

Hizo un gesto a sus hombres y todos volvieron al coche. Con la misma rapidez con la que se había subido en la acera, el vehículo dio marcha atrás para incorporarse al tráfico que circulaba por la carretera.

Sultán se cayó al suelo tosiendo, mientras Dawood, también con el cuerpo arrugado y tosiendo, no dejaba de soltar imprecaciones.

Aquel hombre se llamaba Naseeruddin Dada.

4

A principios de los años setenta, la ciudad de Bombay estaba dividida en numerosas circunscripciones, en las cuales sus vecinos, la mayoría de ellos inmigrantes, se conocían entre sí. Toda información pertinente sobre quién era quién y quiénes sus amistades era bien conocida. Incluso era sobradamente sabido quién era la mano fuerte de determinado político local, es decir, quién era el mafioso local que había encumbrado a cierto político para representar la circunscripción.

Naseeruddin Dada, era el gánster local de la zona donde Ibrahim se había mudado con su familia. Nadie se atrevía a inmiscuirse en sus intereses. A diario se bebía vasos y vasos de leche de búfala, aparte de ingerir pollo y alcohol. Tenía grandes músculos que ejercitaba en su gimnasio privado. Controlaba aquella circunscripción justo a las afueras de Bombay con el espectro del miedo y del terror, además de dirigir al político local que no era sino una marioneta puesta por él y que hacia lo que al gánster únicamente le convenía y lo que este le ordenaba.

Vivía a cuerpo de rey. Iba a su gimnasio todas las tardes mientras su grupo de matones se quedaba fuera esperándole. Aquel local era una combinación de gimnasio, piscina, lugar donde beber alcohol y oficina de apuestas; una especie de club o lugar de reunión personal, simplemente un sitio donde el mafioso eliminaba grasa, bebía cerveza y *whisky* de contrabando, charlaba un poco de esto y aquello, tomaba decisiones, practicaba el sexo con prostitutas y apostaba a los caballos y amañaba partidos de fútbol.

Aquel día se celebraba un partido de fútbol entre el estado de Kerala y el de Maharastra. Naseeruddin Dada era un apasionado del fútbol. Por entonces, el críquet no se había convertido en el deporte número uno. Otro deporte de moda que se seguía con entusiasmo

era el *hockey* sobre hierba.

Llegó al estadio con su lustroso coche Mercedes último modelo. Tan pronto estacionó y se abrió la puerta, el mafioso hizo acto de presencia poniendo un pie en la acera. Un sirviente se apresuró corriendo hacia él, y, de rodillas, le ató el cordón del zapato derecho, que tenía desabrochado. Naseeruddin Dada se irguió y caminó hacia su lugar reservado para ver el partido. Se descalzó y se tumbó sobre un *charpoy* (cama hecha con cuerdas). Sus sirvientes se inclinaban, se postraban a su alrededor, incluso permanecían de rodillas a la espera de recibir órdenes. El mafioso era un tipo tan avariento y prepotente que vendería a su propia madre por unas pocas rupias indias.

Mientras veía el partido, le gustaba escuchar al mismo tiempo el comentario radiofónico. La radio estaba bien sintonizada en la frecuencia correcta sin sufrir intermisiones. Además, los cócteles preparados y listos para servirlos estaban guardados a la temperatura adecuada dentro de un ancho frigorífico con ruedas.

Con tan solo echar una mirada de reojo intuyó que algo en particular incomodaba a su asistente y dedujo que estaba esperando el momento oportuno para darle alguna mala noticia.

Naseeruddin Dada sabía que en días de campaña electoral siempre surgían problemas a última hora. Aquella vez parecía que las cosas no iban como debieran.

Tras el descanso de la primera parte, haciendo un chasquido con los dedos, mandó ordenar que le sirviesen el pollo tandoori. Tres pollos troceados y bien marinados con masala, según las exigencias correspondientes, le esperaban en pequeñas e individuales bandejas de plata, en cuyos bordes había trozos de pepinillos y aros de cebolla con pimienta.

Alzando una ceja y levantando levemente la cabeza hacia su lugarteniente, para inmediatamente volverse y dedicarse por entero al manjar, prorrumpió:

—¿Qué te preocupa? Dímelo de una vez.

—Dada…, las elecciones municipales se aproximan… y… tenemos un problema en nuestra circunscripción.

El mafioso tiró un hueso de muslo de pollo a un cuenco al mismo tiempo que se reanudaba el partido con el comienzo de la segunda parte.

—¿Cuál?

—Nuestro candidato está actuando de una forma no muy conveniente…

—¡*Achha, achha…*! (Okay, okay…) —exclamó el gánster llevándose a la boca toda la piel del contramuslo a la vez que un gran pedazo de carne blanda—. ¿Sí?

Su asistente le explicó que Syed Rizwan Khan, el candidato del partido musulmán de la comunidad al que el gánster financiaba, pensaba que podía llegar al poder ganando las elecciones por sí solo sin la necesidad de deber en un futuro favores al mafioso.

Naseeruddin Dada se inclinó muy lentamente y se sentó al borde del camastro. Nadie, absolutamente nadie, podía creerse con más poder que él. Debía actuar pronto, inmediatamente, dando un escarmiento a aquel político local engreído: que el castigo fuese referencia pública para que a nadie más se le ocurriese tamaña osadía.

—Bien, bien… —pronunció después de un prolongado silencio—. Haremos una cosa, declararemos de nuevo elecciones internas para elegir un candidato con carisma para las elecciones que se avecinan. Lógicamente Syed Rizwan Khan las perderá. —Volviendo a tumbarse, añadió con parsimonia—: Selecciona a un candidato propicio. Pero, esta vez, que sea alguien más servicial con quien le va a dar de comer. Si nos sale otra vez rana, serás tú quien deba sufrir las consecuencias. Ya veremos ahora el entusiasmo de ese cretino. Va a tener más o menos tanto entusiasmo como un empresario de pompas fúnebres en un funeral de tercera clase.

Al mes siguiente, el nuevo candidato apoyado por Naseeruddin Dada ganó las elecciones y Syed Rizwan Khan quedó humillado. Pero el candidato defenestrado del círculo del mafioso no se quedó conforme. No se amilanó. Como conocía que Ibrahim tenía a sus hijos todo el día en la calle, y especialmente Dawood tenía la amistad de todos los jóvenes del vecindario, acudió a él como en los tiempos no muy lejanos, cuando el patriarca ejercía de policía y la gente iba a su casa buscando consejo por cualquier tipo de problema.

—*Hermano* Ibrahim, todos los jóvenes de nuestra comunidad musulmana se pasan el día entero rondando las calles, jugando al críquet o pegando patadas a un balón sin aire. ¿Por qué no podemos

buscarles una ocupación decente que ayude a todos los musulmanes de la zona en vez de estar perdiendo tanto el tiempo? En esta época nuestra estamos presenciando el deterioro escandaloso tanto de la moral pública como de la privada. Nuestra comunidad está cansada y asustada.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ¿cómo puedo yo ayudarte?

—Unámoslos por una causa común. Tú puedes contribuir ofreciendo la disponibilidad de tus hijos, especialmente de Dawood, un líder entre los jóvenes. Que trabajen para mi partido como un frente juvenil, ¡formémoslo! Nuestro cometido principal será trabajar para nuestra comunidad, ayudar a los necesitados, mejorar la calidad de vida de todos.

—Me parece muy bien. Mis hijos están a tu disposición.

Syed Rizwan Khan quedó muy satisfecho. Era consciente de que Ibrahim no daba su palabra a la ligera, sino que significaba una complicidad seria. Lo primero que hizo fue poner una acusación en la Corte Suprema de Bombay, alegando que las elecciones no fueron limpias y que estuvieron amañadas.

Ibrahim convocó a todos sus hijos y los reunió en el salón de su casa. Les explicó que tenían que trabajar juntos por una causa en común: mejorar las condiciones de la comunidad.

Todos quedaron contentos, ya que pensaron que trabajarían con un mismo propósito. A aquel grupo político lo denominaron «el partido de la juventud». Pronto atrajeron el interés de los hijos de otras familias, y aquella asociación creció rápidamente en proporciones históricas.

Pero las amistades e intereses del mafioso eran muy poderosas. La Corte Suprema de Bombay rechazó la acusación de Syed Rizwan Khan contra Naseeruddin Dada y, no solamente eso, sino que se le acusó de difamación. Defenestrado públicamente y sin confianza en sí mismo para seguir adelante en la política, se desligó de toda aparición pública y eventos sociales, y llegó el día en que decidió retirarse a su pueblo de origen y cuidar de sus tierras y de su ganado.

Sin embargo, quien se había convertido en jefe de «el partido de la juventud» no fue otro que Dawood Ibrahim Kaskar. El joven espabilado no dejó escapar aquella oportunidad y se proclamó líder indiscutible entre los jóvenes de toda la circunscripción. Formó una

red de soplones e informadores por toda la ciudad. No había noticia relacionada sobre los mafiosos de todo Bombay, y de sus actividades, que él no conociera.

Esto causó la envidia y el odio de ciertos criminales locales.

* * *

El tiempo era muy cálido y pegajoso. Dawood iba conduciendo su motocicleta cuando Imran, un joven de su barrio, llamó su atención con el brazo en alto; estaba severamente golpeado, sentado en el borde de una acera. Imran era un joven bajo de estatura, muy delgado y con aspecto granujiento.

Dawood, de inmediato dio la vuelta en sentido contrario y aparcó la motocicleta con rapidez.

—Pero ¿qué diablos te ha pasado? —le preguntó apoyando una rodilla en el suelo, observándole de cerca todas sus magulladuras.

—Hamid, me ha pegado otra vez —dijo entre sollozos.

Hamid era el empleado gigante de Naseeruddin Dada. Le acompañaba la fama de tener un temperamento violento y más de una vez había enviado al hospital a quien no le había obedecido. Además, decían de él que era drogadicto y estaba metido en la venta de cocaína. Medía unos dos metros de altura. Con su sola presencia caminando por la calle, la gente se apartaba a su paso por miedo de poder chocar contra él.

Dawood ya le habría parado los pies hacía ya mucho tiempo, sin embargo, se había contenido debido a que era un empleado del notorio mafioso. Le guardaba un mínimo de respeto a Naseeruddin Dada, no por su persona o por sus actividades, sino por la relación con su padre Ibrahim, a quien le debía el trabajo que desempeñaba hasta entonces.

Dawood le ordenó que se sentase detrás de él, y se agarrase a su cintura. Llegaron a un edificio de apartamentos, algunos de ellos todavía en construcción. Un grupo de palomas, asustadas por los visitantes, revoloteaban torpemente; tendrían un nido en alguna parte, en medio de todo aquel cemento. Había una larga y estrecha escalera de acceso de ladrillos, sin pasamanos, aún a medio construir.

—Tú quédate aquí, no sea que subir todos estos peldaños termine de sentenciar tu muerte.

Al entrar en una de aquellas viviendas, se quedó observando impasible, detrás de una pequeña mesa, cómo Hamid terminaba de tomarse un dulce mojándolo en un ancho vaso de té.

—Por fin te tenemos, estúpido —prorrumpió con la boca llena.

Dawood miró alrededor, pero no vio a nadie más.

Unos pasos sonaron por el pasillo. Se dio la vuelta y vio a Imran cerrando la puerta del apartamento, sin expresión alguna en el rostro, los ojos sin brillo, oscuros, apagados.

—Me tragué tu historia, ¿eh, Imran? —comentó Dawood, como sin darle importancia—. Pero cometiste una equivocación engañándome de tal modo. Los estadounidenses lo llaman *double crossing.*

—¿Los estadounidenses? Ja, ja, ja —rio Hamid—. Pero ¿qué demonios sabes tú de ellos? Como siempre, haciéndote el listo.

Hamid miró de reojo por detrás de Dawood, que captó que le estaba dando una señal a su cómplice, se giró con rapidez justo cuando Imran hacía amago de clavarle una navaja por la espalda. Dawood le propinó una patada debajo de la rodilla derecha. Imran, echándose hacia atrás, golpeó la puerta con la espalda gritando, sintiendo la agonía de dolor. Dawood, con rapidez, le asió por la muñeca derecha con ambas manos, retorciéndosela cruelmente hasta que la navaja se le escurrió. Todavía sujetaba con fuerza a Imran y este chillaba de dolor.

—Tú sí que has sido listo, Hamid —gritó Dawood en dirección a él.

Arrojó a Imran de cara contra la pared, rompiéndole el hueso de la nariz. El joven se deslizó hasta el suelo, dejando un rastro de sangre.

Hamid se puso de pie con toda su imponente altura y retrocedió hasta el extremo opuesto del pequeño apartamento.

—¡*Besharam*! (Sinvergüenza). ¿Por qué no pruebas conmigo, valiente? —le espetó Dawood enfurecido dispuesto a saltar sobre el gigante.

—No, Dawood, ha habido un malentendido… —dijo con miedo en el rostro.

—¡Malentendido, ninguno! ¡Hace ya tiempo que te hubiese

despachado como carne picada si no fuese porque estás bajo el mando de Naseeruddin Dada!

Hamid vio la ira en los ojos de Dawood y dio un respingo pensando que verdaderamente iba a hacerle daño. Sin embargo, al analizar sus últimas palabras, entendió que, por precaución a la represalia de su jefe, no le tocaría ni un pelo por muy violento que se mostrase.

Dándose cuenta de su impotencia por no poder golpearle como quisiera, Dawood salió del apartamento furioso.

Hamid sabía que tarde o temprano su jefe se enteraría de aquel incidente y decidió ir a su encuentro y darle su versión.

* * *

Naseeruddin Dada estaba tumbado en el salón de su bungaló disfrutando una suculenta comida de pollo mientras escuchaba una retrasmisión de un partido de fútbol entre un equipo procedente de Bengala contra otro de Goa.

—Dada, Dawood, el hijo del expolicía Ibrahim, ha estado haciendo comentarios abusivos sobre ti. Por respeto no puedo decírtelo en voz alta.

—Pues, por tu bien, será mejor que me lo digas en voz baja. Acércate y dímelo al oído.

Hamid inclinó toda su altura. El mafioso soltó una sonora carcajada.

—Bien… ¿con que el hijo de Ibrahim, ese Dawood, pregona esa clase de rumores sobre mí, eh?

Hamid sintió miedo y dio unos pasos hacia atrás al mismo tiempo que miraba de reojo a los otros empleados del gánster situados de pie, al lado de la entrada, como buscando una respuesta. Una vez, furioso por una mala noticia, cogió una escopeta y comenzó a disparar a todo su personal dentro de la residencia. Por suerte no mató a nadie, pero si hirió al cocinero, que desde entonces quedó cojo.

El mafioso hizo llamar a su lugarteniente.

—A ese perro de Dawood le gusta ladrar… Despide hoy a su padre.

Ese día a Ibrahim le comunicaron que se marchase a su casa. Sin explicación alguna le ordenaron no acercarse más a ninguna propiedad de Naseeruddin Dada. Aun estando a final de mes, no se le pagó nada de su salario.

* * *

Dawood era consciente de todo lo que aquel gánster le debía a su padre. Grandes cantidades de productos de contrabando habían pasado por la aduana sin declarar gracias a Ibrahim. Todos esos productos le habían enriquecido tanto al mafioso que pudo comprarse su coche Mercedes. Cuando parte de las mercancías se habían quedado retenidas en aduanas por un motivo u otro, había sido Ibrahim quién había estado yendo de aquí para allá con formularios, documentos sellados y plegarias a los funcionarios para que permitiesen a los esbirros del mafioso sacar cajas, fardos y maletas retenidas en los almacenes del puerto.

Su hermano mayor, Sabir, lo intentó calmar. Pero Dawood seguía dando más motivos de cómo Naseeruddin Dada se había beneficiado de su padre, y por tanto era injusto la forma con la que le había dejado en la estacada ahora, cuando más necesitaba un trabajo. No, no era correcto.

—Lo pagará. Sí, pagará por lo que ha hecho.

Sabir y el resto de los hermanos, lo miraron con estupefacción.

* * *

Sabir había estado intentando convencer en vano a su hermano de que era una mala idea hacer daño alguno al mafioso, ya que la represalia por su parte podría ser mayor. Pero sus argumentos cayeron en oídos sordos.

Era mediodía. El sol golpeaba sin compasión a media mañana cuando Naseeruddin Dada salía de la mezquita.

Dawood, con su grupo de amigos, esperaba escondido el momento propicio para atacarle. Sultán se sentía consciente de su propio corpachón. Notaba la presencia de sus bíceps; necesitaba

acción.

—Dawood, ahí salen —dijo Sultán a su amigo poniéndole una mano sobre el hombro—. Está también el gigante Hamid. Ahora verá.

Tan pronto como Naseeruddin Dada salió por el arco del edificio religioso acompañado de sus esbirros y se dirigieron hacia el aparcamiento, donde estaba estacionado su inmaculado y brillante Mercedes, Dawood se puso de pie haciendo una señal a sus compañeros.

Una lluvia de botellas vacías de gaseosas y bombillas usadas comenzaron a caer sobre ellos.

—Pero… ¿qué es esto?

—Señor, son bombillas y botellas de cristal —le contestó Hamid.

—Eso ya lo veo, imbécil, pero ¿qué demonios hacen tirándonos esto?

—¡Corra, jefe! ¡Corra!

Desde la distancia los muchachos seguían lanzando sus proyectiles.

—Es Dawood, el hijo de Ibrahim —gritó Hamid señalando a lo lejos.

—Sí, es él, está allí —gritó otro.

—Ahora verá… —dijo el mafioso remangándose la camisa hasta más arriba de los codos.

El gánster corrió en dirección a Dawood, sin embargo, este comenzó a lanzarle una y otra vez botellas, que le alcanzaron en el estómago. Una le dio de lleno en la cabeza e hizo que se desorientase por unos segundos.

Mientras tanto, un empleado había conseguido llegar hasta el coche, ponerlo en marcha y, a toda velocidad en dirección a su jefe, girarlo haciendo chirriar los frenos, hasta pararlo en seco.

—¡Suba, suba!

Naseeruddin Dada tuvo que saltar por la ventana del copiloto ya que no conseguía abrir la puerta. Los demás esbirros le imitaron saltando por las ventanas traseras sin esperar a subir el seguro de las puertas. Dawood y sus amigos continuaron lanzando botellas. El cristal trasero del vehículo se hizo añicos tras el impacto de una gran piedra lanzada con fuerza por Sultán. El coche a toda velocidad, después de sus zigzags iniciales, huyó de la zona.

Sintiéndose extasiados por aquel triunfo, no satisfechos con lo que habían hecho, se dirigieron en moto al gimnasio del gánster.

Dawood cogió un palo y comenzó a romper todo lo que encontraba a su camino. Mientras sus compañeros destrozaban todo el mobiliario, Dawood entró en una habitación donde estaba la sala de masajes. Las paredes y el techo estaban cubiertos de espejos. Nunca había visto nada igual. Sin esperar un momento más, destrozó todo haciéndolo añicos. Al volver a la sala principal observó todos los destrozos que estaban cometiendo sus compañeros. Para sentenciar aquel espectáculo, cogió una pesada mancuerna y la lanzó contra el enorme ventanal. Los demás lo imitaron tirando discos de acero. Desde fuera del edificio llovían cristales, barras, discos de distintos peso y mancuernas. Los transeúntes se fueron agolpando en la esquina de la calle de enfrente viendo aquel espectáculo que representaba la rotura de la espina dorsal del, hasta el momento, temible e intocable mafioso.

Para Naseeruddin Dada era una temeridad que a alguien se le ocurriese propagar insultos sobre él en público, pero otra cosa era atreverse a atacarle y romper su propiedad. Con tres tiritas en la cabeza, después de ser atendido por un médico, se encontraba comiendo su acostumbrado pollo marinado con masala al horno en el salón de su lujoso bungaló y tiró la bandeja de un manotazo. Haciendo un chasquido con los dedos llamó la atención de Hamid, que con febril diligencia se inclinó tendiéndole un cuenco con agua caliente y limón para que se limpiara las manos. Tras mojárselas, se las secó en la camisa de su empleado.

—Tráeme a Ibrahim, y que venga con sus hijos, incluido *ese* Dawood.

Al cabo de tan solo una hora, Ibrahim y sus hijos, Rahim, el menor, y Sabir, el mayor, entraron al salón escoltados por cinco esbirros.

—Señor, Dawood no está —le informó Hamid—, no pudimos dar con él, el resto de los niños están fuera de Bombay con sus abuelos.

Naseeruddin Dada, sonrió viendo los rostros inquietos del padre y sus hijos.

—Tu hijo Dawood ha estado pregonando en público comentarios irrespetuosos sobre mí —comenzó a decir el gánster—. Según me han contado testigos, ha mencionado cosas muy sucias.

—Es solo un chico, Dada… Ha cometido un error. Ha sido muy imprudente por su parte. Es un chico joven muy bueno. Quizás dijo algo que no debiera en el momento y el lugar menos oportunos. Estoy seguro de ello… Y tu testigo, por accidente, lo ha escuchado y quizás malinterpretado. Estoy seguro de que lo que haya dicho sobre ti no lo cree, ni ha tenido propósito alguno de ofenderte. Estoy seguro de que todo esto ha sido un error…

—¡Un error! —gritó—. Supongo que no te habrás enterado de lo que me ha sucedido hace tan solo dos horas. Me ha atacado con botellas y bombillas. Me ha destrozado un coche, unos daños que serías incapaz de reponer en toda tu miserable vida. No solo esto… Me ha destrozado una propiedad valorada en más dinero del que puedas imaginar. ¡Y me dices que ha sido un error! ¡Que es un niño!

Despreocupadamente, casi sin mirarle siquiera, le arreó un golpe con el puño. Ibrahim lo encajó en silencio, sin moverse.

—¡*Mucrow*, konkaní! (Viejo konkaní) —le gritó—. No vuelvas a ser insolente conmigo.

Ibrahim comenzó a sentir el dolor y el entumecimiento del golpe en el pómulo.

El gánster dirigiéndose a Rahim, el más pequeño de los hermanos, dijo señalándole con el índice:

—¡Yo! Yo ayudé a tu padre cuando no tenía absolutamente nada para alimentarte a ti, a tus hermanos, a tus hermanas y a tu madre. ¡Yo! Le ayudé dándole trabajo para ganarse un dinero para alimentaros cuando por incompetente lo expulsaron de la policía. Y hoy su familia muerde la mano del que le dio de comer.

—Rahim es el más pequeño, no se merece que le hables así, Dada… —dijo Ibrahim.

—¡Pequeño! Yo le hablo según me parezca, Ibrahim. ¡Desleal! ¡Ingrato! Ya te daré tu merecido cuando el momento me sea propicio. Pero en cuanto a tu hijo Dawood, ahora mismo lo están buscando mis hombres. En estos momentos no es más que un perro perdido. Con mis contactos en la policía me resultaría muy fácil que se pasase toda su puñetera vida en una celda de hormigón, como un agujero de cloaca. Pero no. Cuando lo cojamos le daremos el tratamiento del cemento. Sí, tú ya no tienes un hijo. Tienes un cadáver. ¡Fuera de mi casa! ¡Fuera, desgraciado!

Al llegar a casa, el pequeño Rahim tenía los ojos hinchados de

tanto llorar desconsoladamente. Le dolía mucho el haber escuchado al mafioso hablar de tal modo a su padre y más aún que le hubiera pegado. También el haber escuchado la sentencia de muerte dirigida a su hermano Dawood.

—Ha dicho que Dawood es un cadáver. Ha dicho que es un cadáver. Que es un cadáver… —continuó repitiendo mientras sollozaba de manera nerviosa e incontrolada delante de sus hermanos.

Ibrahim estaba desconsolado. Se sentía humillado. Eran una familia numerosa, y aunque en la comunidad la gente conocía las dificultades que tenía para sacar adelante a todos, nadie había dicho nada públicamente sobre ello. Nunca había sido insultado de tal modo, mucho menos delante de sus hijos.

Salió de casa con prisas con la intención de buscar a Dawood a través de sus contactos policiales antes de que lo hiciesen los empleados del gánster.

El tratamiento del cemento consistía en atar los pies a alguien, metérselos dentro de una bolsa o una caja de madera y añadir cemento, transportarlo en una barca a alta mar, y con las manos sujetas a la espalda arrojarlo al agua. De este modo nunca darían con el cuerpo.

Sabir puso el brazo por encima de Rahim con la intención de consolarle, pero este salió corriendo del apartamento.

Al bajar las escaleras se encontró con Dawood. Sorprendido de ver a su hermano pequeño, le preguntó acerca de lo que había pasado.

Escuchó a Rahim en silencio la narración de los hechos y luego la versión de Sabir. Juró vengarse hasta destrozar el imperio de Naseeruddin Dada.

Pasaron las horas, y el mafioso se sentía tan humillado que no quiso salir de su bungaló hasta que sus empleados diesen con Dawood. El destrozo de su gimnasio había conmocionado al vecindario tanto que desde la sombra sus enemigos sintieron que era el momento adecuado para atacarle sin dejar pasar más tiempo. Moviendo contactos con funcionarios influyentes, la policía comenzó a hacer registros en los numerosos inmuebles propiedad de Dada.

Al día siguiente, después del ataque de Dawood al local, la

policía detuvo al mafioso bajo la Ley de Seguridad Nacional. Sin embargo, haciendo uso de sus propios contactos políticos, a las pocas horas estaba en la calle. Decidió permanecer en la sombra antes de contraatacar a sus numerosos enemigos, y se escondió unos días en un apartamento a las afueras de Bombay. Desde allí quiso planificar su vuelta y los ajustes de cuentas contra quienes habían conspirado contra él, además de la muerte del joven Dawood, causante de todos estos males.

Pero Dawood había recibido el chivatazo por parte de sus contactos de dónde se encontraba escondido Naseeruddin Dada, y a qué hora estaría solo en su escondite.

Consiguió un revólver y decidió cumplir con su venganza.

Cometería así, el primer asesinato de su vida.

5

La presencia de Dawood entre los jóvenes de la zona se estaba haciendo cada vez más poderosa.

Con la excusa de recolectar dinero para funerales y bodas de familias pobres, extorsionaban a varias organizaciones musulmanas. Sultán y
Sher-Khan
hacían acto de presencia en los comercios con actitud amenazante, y obligaban a los dueños de los negocios a que contribuyesen para los pobres, para festividades y conmemoraciones, o de lo contrario tendrían que vérselas con la ira de Dawood.

Con veinte años se había dejado crecer el bigote, llevaba a diario sus pantalones vaqueros de campana y camisa con cuello ancho, y daba la imagen de ser un auténtico don; tal y como había visto en las películas de Bollywood donde retrataban estereotípicamente a los gánsteres. Los jóvenes como él se quedaban sorprendidos y admirados de las cosas ilógicas y sin sentido que sucedían en la pantalla; uno apartaba la mirada un momento de aquellas películas y la trama de acción ya había variado hacia un melodrama familiar, para luego convertirse en un musical y así sucesivamente reiniciar la acción donde se dejó, y en medio del argumento se añadían secuencias de humor.

A pesar de la reputación de la que gozaba en su barrio, las bandas rivales lo tildaban de inexperto y decían de él que era tan solo un mero aspirante que «se quedaría por el camino». «Es un pobre diablo —comentaban los más experimentados en contrabando y extorsión—. ¿No veis cómo anda por la calle vestido? No tiene estilo. No tiene personalidad. Solo se dedica a vagar por los barrios pobres a la caza de una oportunidad». «Es solo un chico con ambiciones, ya está, —opinaba otro—. Pronto alguien le parará los pies», auguraba más de uno. «Es un simple ratón que

está estudiando para llegar a rata», decía otro.

Llegó el día en que Karim Lala, mafioso muy poderoso y respetado por entonces en toda la ciudad de Bombay, tras haber oído de la popularidad de aquel joven llamado Dawood, decidió mandar a sus esbirros a dar una paliza a uno de su grupo, simplemente como escarmiento, para darle a entender a aquel joven con aspiraciones quién tenía el poder sobre quién.

—Han entrado en nuestro propio territorio y han dado una paliza a uno de nuestros informantes —dijo Sultán—. Estaba caminando por la calle, cuando lo debieron de reconocer y le dieron la paliza.

A Dawood le irritaba soberanamente la publicidad que se le daba a Karim Lala en los periódicos de Bombay. A mediados de los años setenta, la foto de aquel gánster salía en cada celebración pública durante el estreno de una película de Bollywood. Se hablaba incluso de que estaba cimentando su popularidad en la industria del cine para que realizasen una superproducción cinematográfica basada en su vida.

El crimen organizado de Bombay contribuyó sustancialmente al desarrollo de la industria cinematográfica local, con el suministro de millones de rupias. Los delincuentes utilizaban este canal para el lavado de dinero y para préstamos sin escrúpulos a los productores. Todo jefe de la mafia, como Karim Lala, quería introducirse en la industria cinematográfica.

Dawood consideraba que aquel mafioso no era un hombre de acción, que no se merecía dominar la ciudad de Bombay porque carecía de un mínimo de carisma y no tenía el carácter necesario.

El haber atacado al azar a un joven de su grupo era una prueba para conocer cómo reaccionaría Dawood. Así pues, era un examen, un test que le estaba haciendo para exactamente medir su fuerza e influencia en la calle, según la retaliación que adoptase.

Dawood comenzó a planear cómo vengarse de Karim Lala. Decidió que la mejor forma de herirle sería robarle dinero en metálico. Una vez hecho esto, el mafioso nunca más volvería a adentrarse en su territorio y le guardaría el respeto debido. Se reunieron los cuatro;

Sher-Khan,

Sultán, Abdul Driver y Dawood.

—Karim Lala domina su poder a base de dinero negro que cambia de un lugar a otro continuamente por miedo a que su casa y sus oficinas sean objeto de una inspección inesperada de la policía —expuso
Sher-Khan
a los reunidos.

—Acabamos de enterarnos de que el día 4 de diciembre transportarán 500 000 rupias desde sus oficinas de la calle Masjid Bunder, a su casa —dijo Sultán con una sonrisa de oreja a oreja y brillo en los ojos.

El chivatazo lo había conseguido gracias a la red de informantes asalariados que tenía Dawood. Nunca ninguno de ellos cuatro había visto tanto dinero junto. El mero hecho de oír la cifra les hacía ponerse nerviosos e impacientarse.

—Son tan tontos que ni siquiera llevarán escolta —añadió Abdul Driver.

Realizaron un plan. Esperarían a la salida de un determinado puente que tendrían que cruzar los empleados de Karim Lala durante su recorrido, interceptarían el vehículo, cogerían el dinero y desaparecerían entre la multitud en la calle. Todo parecía muy sencillo.

Aquel puente era un lugar de tránsito por el que cruzaban vendedores ambulantes de frutas y verduras, transportando sus mercancías con pesados carros de madera; pero también pasaban camiones y porteadores con sacos de cebollas y patatas sobre sus hombros. Tal era la actividad frenética en ambas direcciones que raro era el día en que no se formaba un embotellamiento.

Dawood y sus amigos habían visto recientemente muchas películas de Bollywood y querían imitar con todo detalle y precisión el modo en el que actuaban los gánsteres de ficción. Se reunieron en un almacén vacío y desvencijado. El ambiente era tal cual el decorado de una película. Bajo una enorme lámpara, Dawood puso sobre la mesa un minucioso mapa dibujado con anterioridad por Abdul Driver; pero leer aquel mapa era como tratar de descifrar jeroglíficos en un papiro egipcio.

—Tú te situarás en este lado del puente. Pondremos a un chico en esta calle y, cuando los vea venir, se quitará la camisa y la ondeará al aire. —Alzando el índice, añadió con autoridad—: Esa

será la señal por la que sabremos que se aproxima el coche.

—Dawood, perdona… —comentó Abdul Driver a punto de estallar de risa—. Estás leyendo mi mapa al revés.

Todos se quedaron en silencio.

Dawood giró el papel y, al darse cuenta del error, rompió a reír junto con sus amigos con sonoras carcajadas.

—¡Ay! Qué profesionales…, qué profesionales… —dijo Dawood llorando de la risa.

—¿Qué armas llevaremos? —preguntó Sultán.

—Solo yo llevaré el revólver *Katta*. Vosotros utilizareis los palos de hierro y vuestros cuchillos, que solo sacaréis si la cosa se pone fea.

A las 13:00 horas todos estaban en sus puestos entre gallinas, perros, viandantes y el abundante estiércol de vaca. El trozo de carretera mal pavimentada del puente bailaba con el calor del mediodía. Soplaba un aire caliente. Un vendedor de cocos de agua dormitaba en el suelo, mientras a su lado una anciana, posiblemente su madre, comía algo envuelto en papel de periódico.

El ruido era ensordecedor: los cláxones de *autorickswas*, camiones y coches sonaban ante la perezosa velocidad de un caballo que arrastraba una carreta de madera llena de ladrillos.

Dawood, sentado en el suelo, acariciaba a dos perros callejeros. Sacó un paquete de galletas Britannia del bolsillo de su pechera y, tras romperlas en trozos pequeños, las fue distribuyendo entre los animales. Un tercer perro se aproximó.

—Recuerdo una historia que me contó mi padre, durante los días después de la independencia de los británicos. En nuestro pueblo había mucha hambruna. Un señor se lo había comido todo, las últimas provisiones, los gatos que andaban por la calle, los ratones. Le quedaba su perro Tilak. Decidió sacrificarlo también. Lo mató, lo metió en el horno tandoori e invitó a algunos parientes a colación. Mientras comían, viendo los huesos del pobre perro amontonados en los platos, exclamó: «¡Ah, tantos huesos! ¡Qué contento se pondría el pobre Tilak si se encontrara aquí!».

Ambos reían. Dawood acariciaba el torso a un perro, mientras otro se ponía boca arriba para que le rascase.

—¿Sabes por qué en Bombay se trata tan mal a los perros?

—¿Por qué? —preguntó curioso Sultán.

—Por los hindúes. Sí, por los hindúes. Si en sus libros sagrados y mitológicos hubiese habido un dios encarnado en perro, como los hay en otros animales, en elefante, en mono y demás, o si un dios hubiese tenido como fiel compañero a uno de ellos, como Ganesha tiene una rata, y Durga un tigre, entonces los cuidarían y alimentarían como hacen con las sucias y asquerosas vacas a las que veneran. Incluso quizá construirían templos dedicados a ellos.

Sultán lo miró con expresión de curiosidad.

—Nunca lo había pensado, la verdad.

—No solo no los desprecian —añadió Dawood—, sino que encima los odian. ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque los hindúes creen en la reencarnación y según ellos el peor castigo que podrían tener sería reencarnarse en un perro.

—El otro día vi a un hombre blanco en Colaba paseando a un perro bellísimo. Era enorme, me quise acercar al *firangi* (extranjero), pero este, al ver que me aproximaba, se mostró asustado y se marchó con prisas, aunque pude saber que esa raza se llama gran danés. Era magnifico, elegante, fuerte, musculoso, muy bello.

—Un día tendré una gran casa en el extranjero con jardín y muchos perros.

—Yo no quiero irme. Me gusta estar aquí. Estoy orgullo de vivir en Bombay —dijo Sultán con una sonrisa.

—¿Cómo? —le preguntó Dawood sorprendido—. ¿Orgulloso de qué? ¿De la pobreza? En realidad, ¿de qué estás orgulloso?, ¿de la corrupción?

—Todos los países supongo que tienen algo de eso… no solo debe de existir en la India.

—Sultán, te ha afectado el sol. Qué barbaridades dices, comparar la India con el estilo de vida de un país extranjero. De verdad, la sangre no te llega al cerebro, amigo mío. Ponte tú a trabajar para hacer este país perfecto, ¡ánimo! Te deseo mucho ánimo. Por mi parte, cuando tenga la oportunidad, me marcho de este estercolero. —Guardó silencio y al cabo de un momento añadió—: Un poeta mogol de la época del emperador Akbar escribió: «Si todavía tu sangre no hierve de rabia, es que es agua lo que corre por tus venas».

Sultán sonrió y le echó una mirada incrédula.

—Te lo has inventado…

Dawood le pegó una cómplice palmada en el hombro, y ambos rieron.

A la sombra del árbol donde estaban sentados, un lagarto que había estado allí un instante antes desapareció sin dar en absoluto sensación de moverse.

Al cabo de un momento vieron a lo lejos al chico con el torso desnudo ondeando con frenesí su camisa de color rojo. Se lo debió de tomar muy en serio porque, tras unos segundos de estar moviendo en el aire la camisa, esta se desprendió de su mano y cayó al asfalto justo cuando el coche pasó por encima.

El niño saltó del muro de ladrillos en el que había estado subido y recogió con enfado su camisa manchada de barro con la marca del neumático.

Sher-Khan permanecía sujetando una barra de hierro a escasos metros para que ni la policía ni ningún otro coche del mafioso se acercara.

Como estaba previsto, conforme el coche cruzaba con parsimonia el puente debido a la aglomeración de vendedores y demás viandantes, en dirección opuesta Sultán empujaba con fuerza un carro de ruedas lleno de melones. Tan pronto como se aproximó al vehículo, Sultán cogió velocidad y lo estrelló contra la carrocería. Sin dejar tiempo al conductor para que reaccionara, Abdul Driver, que había permanecido sentado al otro lado de la acera esperando la señal, corrió con rapidez, abrió la puerta y, agarrándolo de la camisa, lo sacó fuera del vehículo y lo inmovilizó en el suelo.

Espectadores de aquel suceso eran una pareja de ancianos, un matrimonio de unos ochenta años, sordos, a juzgar por los gruesos aparatos auditivos visibles en ambos. Los dos ancianos contemplaban atentamente aquel suceso con total parsimonia y tranquilidad.

Dawood abrió la puerta trasera y, apuntando el arma al interior, gritó:

—¿Dónde está el dinero?

En el mismo momento Sultán abrió la puerta del otro lado. Ambos se quedaron asombrados viendo a dos viejecitos sujetando dos maletines sobre sus piernas en vez de a esbirros del mafioso

Karim Lala dispuestos a morir protegiendo los intereses de su jefe.

Sultán hinchó su ancho pecho y sus bíceps.

Dawood volvió a la realidad.

—Si gritáis, os dispararé en las piernas y mi amigo os rebanará el cuello a lo *halal*, ¡como a las gallinas!

Sultán sintió la satisfacción de su superior fuerza física: aplastaría la nariz de ambos si desobedecieran.

—Aquí, aquí —dijeron al mismo tiempo los dos hombres moviendo los maletines.

—Y hay más en el maletero —añadió uno de ellos.

Sultán corrió hacia la parte de atrás y volvió con una caja negra. Alzándola en el aire le indicó a Dawood que estaba llena. Sintió que sus músculos se hinchaban de orgullo.

—¡Oiga, joven! —gritó el anciano a Dawood desde la acera—. ¿Sería tan amable de ayudarnos a cruzar la calle?

Dawood miró a Sultán, y este se encogió de hombros. Él cogió al anciano en volandas, y su amigo cogió a la mujer. Después de dejarlos en la otra acera, con los maletines en ambas manos y el revólver escondido en el cinto, Dawood salió corriendo entre la gente seguido de cerca por Sultán,
Sher-Khan
y Abdul Driver.

Una vez que llegaron al almacén, Dawood tiró los maletines al suelo con enfado.

—¿Pero qué ha pasado? Se suponía que eran empleados de Karim Lala a los que teníamos que haber robado.

—¡Hemos robado al Banco Metropolitano! —exclamó Sultán—. Mirad el símbolo del banco en los maletines.

—¡Ya está! —exclamó Dawood—. Debieron de pasar antes.

—O después —apuntó Abdul Driver.

—O cambiaron el recorrido —añadió Dawood.

—¡La que se nos va a venir encima! —exclamó con aspecto consternado
Sher-Khan.

Conforme pasaba el tiempo la frustración de todos ellos se acentuaba y quedaba recubierta por una pátina de preocupación.

Dawood, a sus escasos veinte años de edad, había cometido el crimen más audaz de Bombay. Habían obtenido un total de casi un

millón de rupias en billetes.

Al día siguiente el nombre de Dawood y el dibujo de su rostro de perfil estaban en las primeras páginas de los periódicos; los veteranos empleados del banco le habían reconocido.

* * *

Ibrahim se atragantó tras sorber su primer vaso de té de la mañana y haber leído el titular del periódico sobre el dibujo del rostro de su hijo. Se quedó mudo. Había sido despedido de la policía, lo habían forzado a retirarse y cobraba una mísera pensión. Además, se comentaba que el asesinato del mafioso Naseeruddin Dada había sido obra de su descarriado hijo, pero, a pesar de todas las habladurías, todavía seguía siendo respetado entre los funcionarios y sobre todo entre la comunidad musulmana. A él era a quien acudían para contarle problemas y buscar soluciones, pero las actividades delictivas de su hijo eran el motivo por el cual ya no venía nadie a su casa desde hacía mucho tiempo.

Meditando sobre la situación actual de su hijo, sintió que había sido muy permisivo al haberle dejado tanto tiempo en la calle. Había acabado siendo corrompido moral y éticamente.

—Esto ya ha destruido la mínima reputación que me quedaba —le dijo a su esposa mostrándole el titular—. No pasarán ni dos horas antes de que la policía venga a tocar la puerta.

Por vergüenza, no salió de su casa para evitar ser cuestionado por los vecinos. Tras haber leído la noticia en los periódicos y difundirse la comidilla, varios conocidos y amigos llamaron a la puerta. Sin embargo, él dio orden a su mujer e hijos de no dejar entrar a nadie excepto a la policía.

El vidente había predicho que su hijo sería una persona con gran poder y éxito profesional; pero durante años Dawood había estado dinamitando su reputación, y esto ya era el límite: le había deshonrado públicamente y ahora ni siquiera podía encontrarse con sus amigos ni con los vecinos cara a cara.

Tal y como había dicho, dos policías del departamento criminal hicieron acto de presencia en menos de dos horas. Le ordenaron que les acompañara a la comisaria. Ibrahim sintió que le flaqueaban las

piernas, cayó de rodillas, comenzó a sollozar y golpear incesantemente con las palmas de las manos el suelo.

Una vez en la comisaria, frente al inspector Ranjan Prasad prometió que él mismo atraparía a su hijo y lo traería a la fuerza si fuera necesario.

La mayoría de las historias de fantasmas populares en la India siempre han tenido un escenario ciertamente peculiar: una casa siniestra, un tétrico crematorio, un lúgubre bosque, un tétrico viejo fuerte de siglos pasados de época mogol, una estación de tren abandonada sombra de lo que fue un día, melancólicas fábricas de textiles con el follaje como único inquilino, junto con enormes y antiguas maquinas importadas de Rusia cubiertas de óxido. En todos ocurre una tragedia: una muerte traumática, un accidente mortal, un secuestro, un amor no correspondido que conduce a un triste final a lo Hamlet, un vil asesinato… En el interior de la fábrica abandonada de cables de hierro Mandala Mills, el ambiente que reinaba no podía ser menos inspirador. Sultán y
Sher-Khan
salieron a comprar bebidas y comida; cuando volvieron trajeron también el periódico y todos pudieron leer la noticia sobre el robo. Se quedaron pálidos, como si hubiesen visto la presencia de un fantasma deambulando por los pasillos de aquel polvoriento y sucio lugar.

Durante horas Ibrahim estuvo buscando a su hijo con ayuda de confidentes. Finalmente dio con él. Al entrar en la vieja fábrica abandonada vio a
Sher-Khan
borracho cantando y diciendo incongruencias. Sultán le llamó la atención y Abdul Driver, dejando su botella de cerveza a un lado, lo agarró con fuerza del brazo para poder mantenerlo de pie.

—¡Fuera de aquí todos! —gritó Ibrahim, y sus palabras hicieron eco por toda la nave industrial.

Los acompañantes de Ibrahim blandían *lathis* (palos de bambú) y a medida que los tres salieron de la fábrica intentaron golpearles, pero ellos consiguieron salir corriendo.

Dawood, que estaba sentado, se puso de pie, y dijo de tal forma que denotaba sinceridad:

—Lo siento, papa. Perdóname.

—¿Estas borracho tú también?

—No. Sabes que no tomo alcohol. Tampoco mi amigo Sultán.

—¿Qué clase de amigos son ellos? —le preguntó gritando señalando hacia la puerta por donde habían salido—. Te están echando a perder, demonizándote. ¿No puedes encontrar amigos en tu propia comunidad? ¿No hay suficientes musulmanes konkanís en nuestro barrio? ¿Tienes que buscar amigos desvergonzados para que arruinen el prestigio y la imagen de tu familia? Conozco al padre de Abdul Driver, ya hablaré con él sobre todo esto.

No quiso llevarlo a la comisaria: primero quería ser él quien le castigase severamente, quizá sería el último intento de poder escarmentarlo antes de que entrase en prisión por una larga temporada. Solo pensar en su hijo encerrado durante años en una prisión, se le caía el alma al suelo.

Se lo llevó directamente a la casa. Ordenó a Dawood quedarse de pie junto a la pared del salón, fue a su dormitorio, abrió el armario metálico Godrej, donde tenía guardadas todas sus pertenencias de valor, y sacó su grueso cinturón de cuero con la hebilla del cuerpo de policía.

Aun consciente de lo que se le venía encima, Dawood se mantuvo quieto a la espera de recibir el castigo. Ibrahim le golpeó incesantemente con el cinturón durante tanto tiempo que los golpes y gemidos, tanto de él como de su hijo, se oían por todo el vecindario. Le golpeó de tal manera que la hebilla acabó rompiéndose. La espalda de Dawood quedó con profundos cortes en la piel, y la sangre, que fluía a borbotones, formó un charco en el suelo. Todos sus hermanos y su madre se encontraban al otro lado de la habitación, siendo testigos mudos de aquel brutal castigo.

Conforme transcurrían los minutos, los gritos eran tales que los vecinos se congregaron en la puerta del apartamento. Cuando los amigos más cercanos de Ibrahim decidieron entrar y poner fin a aquel escándalo, lo encontraron golpeando a su hijo agazapado en una esquina de la pared del salón. Dawood ya no podía sostener sus brazos en alto para protegerse y, dando la espalda a su progenitor, recibía los golpes una y otra vez en silencio.

Tuvieron que sujetar a Ibrahim entre varios y quitarle por la fuerza el cinturón de las manos. Pero antes que la madre le pudiese ofrecer agua o los vecinos le socorriesen curándole las profundas

heridas, Ibrahim lo cogió por la fuerza de la muñeca, lo fue empujando por las escaleras abajo y a empujones lo metió dentro de un *autorickshaw*. Fue directo a la comisaría de policía, y cuando estuvo dentro del despacho del inspector Prasad, Ibrahim lo arrojó a los pies de este.

Antes de poder pronunciar palabra, Ibrahim se tapó la cara sollozando. Todos los oficiales se agolparon a la entrada presenciando tan patético espectáculo, propio del drama más melancólico jamás rodado en los estudios de Bollywood.

Una vez recuperada la compostura, Ibrahim, entre sollozos, pidió disculpas en nombre de su hijo. Dando unos lentos pasos hacia adelante colocó encima de la ancha mesa de madera tres bolsas de basura en cuyo interior estaba todo el dinero robado. Dawood, con todo el cuerpo dolorido y ensangrentado, desde donde estaba tirado en el suelo, presenció cómo su padre imploraba para él piedad y perdón.

Cuando finalizó, el inspector Prasad admitió las disculpas de Ibrahim, los dejó marchar y dio por concluido el caso.

* * *

Al día siguiente, el inspector Prasad estaba sentado tras su mesa estudiando unos papeles que su ayudante le había traído aquella mañana. El papeleo era de lo más cargante; le entraban deseos de rebuscar en la base del montón esperando que todo se viniese abajo, llamar al empleado de la limpieza y que lo tirase todo a la basura.

Era un hombre de mediana estatura, con un estómago algo prominente, que denotaba una inminente obesidad; tenía cara de hurón y tez aceitunada, con cabellos aceitosos y muy negros, debido al tinte popular que se aplicaba; y una lívida cicatriz en su mejilla izquierda, fruto de un accidente durante el entrenamiento en la academia de policía.

Se abrió la puerta y entró el oficial de servicio.

Comenzó a narrarle los hechos sobre cómo el dueño de una tienda de flores había sido golpeado por unos gánsteres por retrasarse en pagar la mensualidad con la que desde hacía mucho tiempo le extorsionaban. Cada día sucedía lo mismo, la historia era

la misma, solo cambiaba la víctima.

Quedó pensativo mirando algún lugar en el techo mientras se balanceaba en la silla. Recordó el incidente del día anterior y, señalando con el índice a su ayudante, añadió:

—Ya lo tengo. Tráeme a Ibrahim Kaskar. Después de todo, creo que puede haber una solución.

En menos de cuarenta y cinco minutos Ibrahim entraba en la comisaria y llamaba a la puerta del inspector.

—*Hermano* Ibrahim, ¿por qué está sucediendo toda esta violencia en las calles hoy en día? Simples trabajadores, empleados, ciudadanos…, a todos les quieren sacar dinero. La mafia quiere meterse en todo. Hasta los jóvenes de hoy en día los miran como figuras a imitar. —Por un momento, Ibrahim pegó un respingo en la silla, con ánimo de intervenir, pero el inspector continuó—: No, no hablemos ahora de tu hijo, ya está todo terminado y olvidado. Lo que vengo a decir es que la mafia quiere buscar beneficios en todo: en disputas sobre terrenos, en préstamos que no se devuelven a tiempo y que cobran a grandes intereses, tiendas que se inauguran, la industria del cine… No hay negocio que florezca en la ciudad sin que el crimen organizado quiera extraer algo en su provecho. Si el día de mañana un humilde inmigrante monta un exitoso puesto callejero de cacahuetes, ahí en la esquina, no tardará en presentarse algún gánster para extorsionarle pidiéndole unas míseras rupias, que junto con centenares de *míseras* rupias, al final del mes serán millones de rupias.

»El que más dolor de cabeza me da es Karim Lala. Sus gánsteres no dejan de crearnos incesantes problemas. Ibrahim, quiero que vayas y hables con él. Se está extralimitando, y no podré hacer nada excepto erradicarlo, fulminarlo de una sola vez si sus hombres siguen creándonos problemas. Estoy recibiendo llamadas de mis superiores y quiero solucionar esta situación de la manera más pacífica y tranquila posible. Por este motivo quiero que vayas y le hables. Que por un tiempo deje que sus actividades delictivas no tengan repercusiones, ya sabes… públicas. Que no siga llamando tanto la atención. No dejan de golpear a la gente a plena luz del día. Que lo hagan al otro lado de las paredes o en solitarios lugares… ¡Al menos podían ser un poco discretos! Comunidades de vecinos nos llaman para decirnos que han presenciado peleas en el parque,

que han visto bajar a ciertos jóvenes de vehículos y maltratado a un vendedor de electrodomésticos. A un conocido fabricante textil le quemaron el otro día su tienda. Yo creo que Karim Lala ha llegado a cierto extremo en el que se cree intocable, impune a todo lo que haga, y eso no es así. Tiene que tener un poco más de tacto. Que no llame tanto la atención.

—Hablaré con él. No se preocupe, inspector Prasad, me escuchará todo lo que tenga que decirle. El problema que tiene es que ha estado empleando a gente muy joven proveniente de estados del norte como Delhi, Uttar Pradesh y Bihar. Estos jóvenes iletrados de pueblos del interior carecen de educación, se han criado prácticamente en la pobreza del campo y, como usted sabe, vienen aquí, a Bombay, con la mentalidad de que se puede hacer cuanto se quiera y salir impune; oyen los cantos de sirenas de quienes les reclutan y se creen que tienen libre licencia para todo. Esto ha hecho que su clan esté formado por personas muy violentas que se precipitan en asaltar físicamente a la gente; por nada se vuelven agresivos. La mayoría han sido seducidos por lo que ven en las películas, y creen que trabajar para un mafioso les da luz verde para cometer todo tipo de atropello en público. Hablaré con él. Tiene usted mi palabra.

El inspector Prasad sabía que Ibrahim haría todo lo posible con relación a este caso. Él era su última baza para intentar llamar la atención a la mafia local antes de ser reprimido por sus superiores. Quería buscar una solución pacífica y no ser él, en última instancia, el causante del arresto del jefe de la mafia. Él mismo podía tener repercusiones negativas. Incluso si se decidiese a arrestar de una vez por todas a Karim Lala, podría causar más violencia en Bombay, ya que propiciaría que las bandas contrarias, al ver que las fuerzas del mafioso rival flaqueaban, decidirían atacar sus intereses, y entonces, en su jurisdicción, entre los gánsteres de uno y los de otro, se producirían más tiroteos y asesinatos en medio de la calle a cualquier hora.

6

El inspector Prasad se encontraba inclinado sobre su maltrecho escritorio, con un cigarrillo humeante entre sus dedos manchados por la nicotina y un lápiz en la otra mano. Dos paquetes de cigarrillos vacíos marca Gold Flake estaban arrugados sobre el borde de la mesa. A pesar de que el viejo ventilador de techo funcionaba a alta velocidad, su espalda estaba sudada y una densa voluta de humo flotaba sobre él como una nube.

Se levantó, y de un armario empotrado sacó un pequeño y práctico ventilador, lo colocó sobre la esquina de su mesa, y lo enchufó en la pared. De inmediato los paquetes de cigarrillos vacíos salieron despedidos hacia el suelo, así como numerosos papeles que había en su escritorio.

Después de recogerlos con mala gana, se sentó en la silla. Al principio sintió frescor, y de nuevo comenzó a leer los archivos y a tomar notas. Se devanaba los sesos tratando de encontrar una solución para el trabajo que le había sido encomendado. Debía de parar los pies a los actos criminales de Karim Lala. Pero no sabía cómo hacerlo, sin que la represalia por parte del crimen organizado le pusiese a él como objetivo.

Su clan se sentía intocable debido a los sobornos que pagaban a altos funcionarios; políticos, jueces, abogados y policías. Querían mantener el miedo entre los comerciantes como forma de ganarse el respeto y de tener poder. Cada vez extorsionaban más cantidades de dinero a la gente de a pie, y hacían casi imposible su subsistencia. Karim Lala solía decir a sus subalternos: «*Duniya ko mutthi mein rakhna seekho, haath kholo sirf paisa lene ke liye*» (Aprended a mantener sofocado el mundo entre vuestros puños, abrirlo solo cuando hayáis recibido el dinero).

El inspector Prasad sabía que una de las cualidades de Karim

Lala era la testarudez en no dejarse engañar o intimidar por nadie cuando estaba realizando un trabajo de extorsión o de contrabando. Detrás de su aparente sencillez y suaves modales, había una combinación de astucia e inteligencia que lo habían encumbrado como uno de los mafiosos más poderosos y respetados de Bombay. Hasta policías destinados en aquella misma comisaría estaban bajo su paga mensual. Esto era de sobra conocido. Tenía metido en el bolsillo al mismísimo ministro de Transportes, al que le pagaba todos los meses una cantidad de dinero para que en el puerto de Nava Sheva, al norte de Bombay, la policía aduanera hiciese la vista gorda.

Si Ibrahim le había dicho que intentaría mantener al clan de Karim Lala bajo control, quería decir que el comportamiento del gánster y sus esbirros cambiaría.

Sin embargo, con el transcurso de los días, el inspector Prasad se dio cuenta de que Ibrahim había perdido tacto, y se le estaba escapando de las manos todo el asunto que le había encargado. No estaba dando resultados. Los hombres del mafioso seguían actuando en las calles impunemente e incluso se atrevían a penetrar en territorios dominados por otros gánsteres. Si la policía no actuaba con determinación de una vez, se originarían guerras entre ellos, y la delincuencia en su jurisdicción llegaría a oídos de sus superiores, una vez más.

Aquella mañana llevaron a la comisaria al gigante Hamid Khan, empleado de Karim Lala tras la muerte de Naseeruddin Dada como encargado de extorsionar a comerciantes. Cuando intentaron cuestionar a Hamid, este agarró la mesa del policía que estaba tomando la declaración, la levantó sobre su cabeza y la lanzó contra un armario. Agarró dos sillas con una sola mano y las estrelló contra la pared. Todos los oficiales se quedaron de pie a su alrededor sin saber qué hacer.

El inspector Prasad tuvo que sacar su pistola y amenazarle con disparar.

Después de aquel descomunal alboroto, al entrar de vuelta en su despacho, el inspector Prasad se encontró al periodista y confidente de la policía Iqbal, sentado en una silla y tomando notas.

Iqbal era un periodista hecho a sí mismo. Especializado en sucesos y crímenes, no había ido nunca a la escuela, pero desde

joven había trabajado en una imprenta, para después escribir pequeñas noticias de lo que acontecía en su barrio en folletos para la comunidad. Poco a poco se hizo conocido. Fue empleado como peón en distintos periódicos hasta que llegó el día en que, después de haber acumulado mucha experiencia, decidió dedicarse de forma independiente a la sección criminal y de sucesos, y vendió sus artículos a los mayores periódicos de la India. Durante años, había mantenido una estrecha relación con oficiales de policía y entraba a los despachos sin pedir permiso. En las comisarías de Bombay lo conocía todo el mundo, y sabiendo los contactos que tenía con sus superiores y altos mandos en el cuartel general, le respetaban mucho. Tenía fama de ser un periodista muy escurridizo, y sus conocimientos sobre el contrabando y las redes criminales de Bombay le hacían ser un perfecto aliado. Era uno de los más solicitados entre los reporteros-investigadores del país.

—¡Ah!, Iqbal. Todo esto se me está yendo de las manos —dijo el inspector Prasad sentándose de golpe detrás de su escritorio—. No sé qué hacer para detener la delincuencia de los hombres de Karim Lala. Estoy haciendo un mal trabajo. Debo tomar una decisión de forma drástica y de una vez por todas, o de lo contrario… de lo contrario me relevaran del puesto y acabaré en la comisaria de algún pueblo perdido.

—¿Quieres un consejo? —preguntó Iqbal.

—Lo que quiero es lo que te pedí la última vez que nos vimos —contestó tabaleando los dedos sobre la mesa mientras pretendía estar leyendo un documento de lo más insignificante.

Iqbal sonrió. De su maletín lleno de papeles y periódicos sacó un cartón de Marlboro, se levantó y lo dejó sobre la mesa frente al inspector Prasad. Este lo cogió y de inmediato lo metió dentro de un cajón lateral de su escritorio.

—Muy bien. Ahora, ¿decías algo de un consejo? Dímelo.

—Ibrahim Kaskar —susurró a la vez que se inclinaba hacia el inspector como si estuviese compartiendo un secreto.

—¿Qué? No, por favor. Ya lo he intentado, pensé que era mi última opción y no ha resultado como había pensado. El viejo hizo lo que estuvo en su mano, pero… No lo ha conseguido.

—No creo que sepas a quién me refiero.

—Claro que sí. Al expolicía Ibrahim. «El hermano Ibrahim»,

como es conocido.

—No él —dijo Iqbal sonriendo—. Su hijo. *Dawood* Ibrahim Kaskar.

—¡Alto! No tan deprisa —dijo tamborileando con insistencia los dedos de ambas manos sobre la mesa—. ¿Sabes que su padre lo trajo aquí el mes pasado hecho una esponja? El pobre chico estaba destrozado. Ibrahim le había dado una paliza tan tremenda que no podía levantarse. Lo tuve aquí mismo tirado bajo mis pies. ¡Aquí! Ibrahim lloraba como una mujer sin parar, pidiendo perdón por su hijo, *ese* Dawood. Su estado físico me daba igual, pero menos mal que trajo con él todo el dinero, si no, no hubiese podido cerrar el caso.

»Si quieres que te sea sincero, tan pronto vi el dinero, le dejé a Ibrahim hablar un rato y le dije que se marchase. Él es un buen hombre. Había tanta sangre en el suelo que creía que su hijo se moría, pensé que me lo dejaba muerto aquí mismo, en comisaría. ¡Figúrate tú! La gente fuera de la comisaria pensaría que nosotros le habríamos dado tal paliza de muerte. ¡Uf! Imagínate si se hubiese muerto aquí mismo en mi despacho o al ponerlo dentro de una celda, entonces sí que me relevarían y acabaría en la comisaria de un pueblo perdido en los interiores de Tamil Nadu bajo cincuenta grados al sol.

—Pues yo opino que estás equivocado —comentó Iqbal encendiendo un cigarrillo y ofreciéndole otro al inspector—. He oído mucho acerca de Dawood Ibrahim Kaskar, y te puedo asegurar que es verdaderamente alguien a quien no se debe mantener alejado —le encendió el cigarrillo con una cerilla que tiró después dentro de una papelera pequeña y muy sucia al lado de la pared—. El que tenga ganas de pelea lo pensará dos veces antes de liarse a puñetazos con ese joven. Te convendría tenerlo bajo tu protección. En un mundo como el de los bajos fondos de Bombay, donde un perro muerde a otro perro al menor descuido, el carácter de ese chico te puede favorecer mucho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó inclinándose hacia atrás y expulsando el humo con delectación.

—Que no odia a la policía como el resto de los gánsteres. Él está orgulloso de ser hijo de un policía. Bueno, expolicía. Piénsatelo.

—No, Iqbal —dijo repantigándose en su silla—, esta vez te

equivocas como yo lo he hecho pensando que Ibrahim me solucionaría todo este problema. Ese Dawood es un chico que juega a ser alguien. El típico niño de barrio que después de ver muchas películas de Bollywood no deja de soñar a toda costa con ser un mafioso rico y con una banda de gánsteres a sus pies obedeciendo sus órdenes.

—Pues por lo que he oído en la calle, ese chico posee los tres secretos de la felicidad en el mundo de la mafia de Bombay, y si sigue así llegará muy lejos. Lo auguro.

—¿Los tres secretos de qué? —preguntó el inspector riéndose.

—Sí: no ver, no oír, no hablar.

—Oh, esos tres monos que se venden por ahí. Sí, ya alguien me ha hablado de ellos —dijo de buen humor.

—Amigo mío —dijo Iqbal repantigándose en su asiento y encendiendo un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior—, vivimos en un país que se considera la mayor democracia del mundo. Una democracia, el gobierno de la mayoría. Los ciudadanos eligen durante las elecciones, pero la maquinaria de los partidos nomina a sus candidatos, y la maquinaria de todos los partidos, para ser efectiva y eficaz, para hacer posible que funcionen, querido amigo mío, necesita mucho, muchísimo dinero. Y alguien sin duda se lo tiene que dar. Ese alguien puede ser un grupo financiero, un mafioso en particular, un gánster con un mínimo de dinero negro, un industrial o un complejo sindicato del crimen. Pero todos tienen un denominar común, amigo mío: esperan cierta consideración a cambio cuando los políticos que han apoyado económicamente han llegado al poder. —Señaló con el índice al oficial y añadió—: Utiliza a Dawood para dar a tus superiores lo que quieren, que no es más que satisfacer a los políticos de turno. Ellos les han dicho «Reducid el índice de delincuencia en Bombay, que las elecciones se aproximan». A su vez, tus superiores te han encomendado esta ineludible papeleta. Pues dales lo que quieren…

—El discurso te ha quedado muy bien, Iqbal —dijo interrumpiéndole—. Pero ¿qué me quieres decir con todo esto? Ya sé que me encuentro entre la espada y la pared. Al fin y al cabo a quien tengo que agradar es a mis superiores, pero por otro lado yo no puedo ir directamente en contra de los intereses del crimen organizado. Si fuese así, lo que me encontraría la mañana menos

pensada sería una bomba adosada a los bajos de mi coche que me haría volar en pedazos. Te voy a explicar cómo funciona la democracia en Bombay. ¿Sabes por qué me siguen reeligiendo en el sindicato de policía en el puesto de presidente de honor? ¿Sabes por qué me ascienden cada vez que hay una oportunidad por mínima que sea? Porque soy el vivo testimonio del hecho de que en nuestro país se puede desempeñar un cargo público importante por los siglos de los siglos, aun obteniendo sobornos por debajo de la mesa, sin más títulos que una buena presencia física y una boca bien cerrada. Y si encima un jefe del crimen organizado, con todos sus contactos políticos, se hace amigo tuyo, entonces ya eres invencible. Hoy le haces un favor, otro día te lo devuelve él. Yo ahora voy con ese crío y toco los intereses de Karim Lala, y sus hombres quizás no me matarán, de acuerdo, pero sí me mandarán al hospital. Y ¿qué pasaría? A la larga me pondría bien, volvería a caminar correctamente y volvería a ocupar esta misma silla en esta misma sucia comisaria mal ventilada. Pero…, y ahí estaría la consecuencia de haber errado, yo sería una persona distinta. Me convertiría en la lección ambulante en todo Bombay de lo equivocado que resulta presionar demasiado al crimen organizado. La única democracia que existe en Bombay es saber cómo tener la boca bien cerrada. Lo demás, pamplinas de libros de texto.

—Lo que quiero decir es que Dawood es la persona que necesitas porque no atiende más que a sus asuntos —cambiando su semblante, de forma irónica, queriendo dejar entrever el significado, citó una frase de una película muy popular de Bollywood—: «*Loha lohe ko kaatta hai*» (Usa hierro para combatir hierro).

—¡Muy ingenioso! —exclamó sonriendo—. ¿Y me puedes explicar qué interés tiene un reportero como tú en ese crío? Porque ese periódico en el que trabajas no deja de publicar más que cosas sórdidas. Ya sabes, cosas de sexo, intimidades de actrices de cine… —echándose hacia atrás, sonrió y añadió con ironía—. Una amenaza constante a la poca intimidad que todavía les queda a los ciudadanos de *esa* democracia que tanto alababas. Porque no me dirás que una prensa libre significa honrosas excepciones para vender escándalos, sensacionalismo barato, insinuaciones, y sexo y más sexo.

—Te lo diré. A ti, una persona como Dawood, que no se presenta todos los días, te puede beneficiar tanto como a mí. Es un tipo tranquilo, competente, peligroso. Yo necesito historias, y yo sé que él puede dar de comer a mi periódico. Un periódico es un negocio en el que se trata de ganar dinero gracias a los ingresos que proporcionan los anuncios.

—Y eso depende de los ejemplares que se vendan. Sigue, sigue, que yo te escucho.

—Efectivamente, depende de los ejemplares que se vendan, y ya sabes de qué dependen las ventas, de historias, primicias, escándalos…

—Muy listo —dijo alegremente—. ¿Por qué no te dedicas a alguna profesión más tranquila, como embalsamador? Tal y como está hoy en día Bombay es un oficio muy en demanda entre musulmanes.

—Oh, se tarda demasiado en aprenderlo.

* * *

El inspector Prasad frunció el ceño ante sus propios pensamientos. No estaba del todo convencido. En el primer encuentro con Dawood, no le pareció en absoluto la persona adecuada. No era el perfil que estaba buscando. En su mente comenzó a surgir la posibilidad de contactar con veteranos mafiosos para que hicieran parar los pies a la gente de Karim Lala. Incluso se le ocurrió la idea descabellada de crear un grupo secreto de policías de paisano que actuasen en la clandestinidad. Pero la desestimó, podría ser retroactiva, si alguien cayese herido, fuese apresado o algún policía hablase, ya que muchos estaban sobornados, o el grupo fuese descubierto, su cabeza rodaría sin más dilación.

Los días pasaron y el inspector Prasad ya tenía desestimada y enterrada aquella idea que le había propuesto Iqbal. Se encontraba sentado en su *jeep* realizando una inspección rutinaria alrededor de una zona conflictiva al norte de la ciudad cuando de pronto se encontró metido en un enorme atasco.

—Señor, ¿hago sonar la sirena? —preguntó el conductor.

—¿Para qué? Si no nos ayudará en nada… —contestó mirando

por la ventana, intentando ver qué es lo que sucedía—. No hay espacio para dejarnos paso y volar, no tenemos alas… ¿qué es lo que pasa allí?

Se bajó del vehículo, y se aproximó a la aglomeración de viandantes que había más adelante, a escasos metros. «Disfrutando los curiosos de algún espectáculo, sin duda», se decía a sí mismo.

—Venga, venga, muévanse —gritó abriéndose paso.

Cuando consiguió penetrar en el muro de gente, se encontró dentro de un círculo en el que estaba en medio un chico muy joven peleándose con el gigante Hamid, el gánster de Karim Lala que dos semanas antes había destrozado parte del mobiliario de la comisaría.

Hamid tenía su largo brazo levantado blandiendo un cuchillo. El inspector Prasad calculó las posibilidades del joven: no tenía ninguna, acabaría sangrando en el suelo como una cabra degollada. Sin embargo, el chico avanzó un paso hacia adelante con rapidez imprevista y le dio un puntapié en la boca del estómago. Hamid dobló toda su altura con la respiración entrecortada, y se le cayó el cuchillo. Acto seguido el joven le dio un rodillazo en la cara y lanzó un aullido.

Curioso por saber quién era el más pequeño, lo cogió del cuello de la camisa y lo sacó del círculo. Hamid, al ver al inspector, a duras penas se puso de pie de un salto y salió corriendo entre el gentío. Todos comenzaron a dispersarse.

—¡Eh, tú! ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Dawood Ibrahim Kaskar, hijo de un policía —contestó con cierto orgullo e hinchando el pecho tras ver el uniforme del inspector.

De entre aquel bullicio, sujetando al chico, las ideas comenzaron a fluir, dando vueltas por su cabeza. No habría sido capaz de reconocerlo si no hubiese pronunciado su nombre, ya que la primera vez que lo vio tendido en el suelo de su despacho presentaba un estado deplorable.

—¡Váyanse, todo ha terminado! No hay nada más que ver —gritó el inspector Prasad hacia la gente que comenzaba a dispersarse—. ¿No tienen ustedes casa dónde ir? Venga, venga…

Con un gesto con la mano, llamó a su conductor y este puso la sirena. El tráfico comenzó a fluir con normalidad.

—Ven. Entra en el coche. Quiero hablar contigo.

—Oye —dijo Dawood volviéndose hacia su amigo Sultán, que en silencio les seguía por detrás—. Dile a mi madre que llegaré tarde a comer, que no se preocupe.

El inspector estaba más que sorprendido: «Encima el chico tenía a alguien guardándole las espaldas, por si las cosas se ponían feas, ¿eh?».

—¿Te gusta pelearte con los empleados de Karim Lala? —le preguntó una vez que se pusieron en marcha.

—Bueno…, no es que me guste, es que si no lo hago pronto dominarán nuestro territorio. Ya tienen bajo su mando varias zonas de Bombay y ahora se quieren hacer con la nuestra, y además con la circunscripción de nuestro partido político local.

El inspector intentaba buscar las palabras adecuadas para ir tentando al chico en lo que verdaderamente quería exponerle. Haciendo un gesto al conductor le señaló el aire acondicionado para que lo encendiera.

—¿Y no crees que con tus acciones nos estas ayudando también a nosotros?

Dawood se enderezó en su asiento, pero al mismo tiempo titubeó.

—¿Yo? —alzó sus menudos ojos negros para mirarle a la cara, y adoptó un aire despectivo—. ¿A vosotros, ayudándoos? ¿Cómo es posible?

—Digamos que lo que tú estás haciendo, y tus amigos, tomando la ley en vuestras manos, lo cual es ya un delito, lo podrías hacer bajo el respaldo de la ley y el orden. A nosotros nos interesa poner a raya a los gánsteres de Karim Lala. ¿Sabes? Nos crean muchos problemas a diario. A mí, personalmente me gustaría encontrar la fórmula para poder pararles los pies, hacerles entender que no son ellos los más fuertes, que no pueden ir imponiendo a fuerza de músculos sus designios por todo Bombay, al menos en mi jurisdicción, a la que pertenece mi comisaria.

Dawood se quedó pensativo.

—Si tú te enfrentas a los gánsteres de Karim Lala y los vences, los eliminas, los quitas de circulación, los haces desaparecer…, como quieras llamarlo…, yo te cubriré la espalda. Yo me encargaré del resto. Además, puedo hacer desaparecer tu ficha donde se

detalla todos los delitos que has estado cometiendo. Incluso puedo hacer desaparecer tu nombre del informe sobre el dinero robado al Banco Metropolitano. Ese día la armaste bien gorda. Saliste hasta en los periódicos nacionales. Para mí fue una fortuna que tu padre viniese con el dinero —repantigándose en el asiento, le señaló con el índice—. Si fueses teniendo éxito en asfixiar el poder que actualmente ostenta Karim Lala en las calles, incluso podría hacer la vista gorda respecto a ciertas actividades comerciales que pudieras emprender. ¿Qué opinas? ¿Sí o no? Necesito una respuesta. Por supuesto, esta conversación es privada y confidencial. Bajo ningún concepto debes decir a nadie lo que yo te he comentado. —Alzando aún más el índice, añadió—: Mucho menos a tu padre.

La balanza del poder iba moviéndose en la mente de Dawood. «Parece interesante lo que propone —pensaba el joven—, sin duda me quiere utilizar. Pero ¿quién utilizaría a quién? Me interesa tener a la policía de mi lado. ¿Quién no querría tenerlos como protectores? ¿Qué gánster sería tan imbécil de negarlo? Podría iniciar el negocio de productos de contrabando».

—¿Sabes por qué me hice yo policía? Mi padre me dijo una vez: «Hijo, solo hay dos maneras de vivir esta vida: tolerar las cosas como son… o asumir la responsabilidad de cambiarlas». Estas ropas que llevo puestas me dan poder para poder cambiarlas. Pero necesito ayuda, colaboración. ¿Qué me dices?

—Pare aquí —le dijo al chófer golpeándole suavemente en el hombro—. Aquí me bajo, señor inspector. Tendrá noticias mías.

El inspector Prasad se quedó con una ligera mueca al oír cómo aquel joven se dirigía a él; con determinación, dominio de sí mismo y sin miedo.

«Desde luego este chico tiene agallas —pensaba mientras observaba a Dawood cruzar la calle—, y no es impulsivo, piensa las cosas, lo cual quiere decir que es una persona capacitada para ese trabajo».

En verdad no quería limpiar las calles; no quería ser un inspector entregándose fanáticamente a erradicar el crimen como si estuviese en misión providencial. Prefería sentirse uno de tantos trabajando para un mismo fin. Su objetivo no era el de proteger a los ciudadanos, la seguridad o mejorar la vida de los habitantes de su jurisdicción. Él quería ser premiado en el cuerpo de policía, ser

ascendido y tener una jubilación de oro. Para ello debía ser listo: podía recibir sobornos, pero estos no debían ser vistos ni ser descarados. Sus superiores le habían pedido reducir el nivel de la delincuencia criminal en las calles, y él se había propuesto cumplirlo. El inspector Prasad era solamente parte de una organización, la que se muerde la cola. Lo que desconocía es que un don había nacido de manera oficial.

* * *

Era finales de los años setenta; la década en la cual seguía la lucha por la libertad de expresión y donde sucedieron grandes acontecimientos a nivel mundial: el conflicto árabe-israelí, el fin de la guerra de Vietnam, la aparición del *Walkman*, el popular anuncio de televisión de

Coca-Cola

con la frase de la canción de los New Seekers *Al mundo entero quiero dar un mensaje de paz*, cantada por jóvenes de todas las razas y religiones que transmitían un mensaje de solidaridad, ilusión y esperanza de un mundo mejor; la toma de posesión de presidentes, golpes de Estado, el Watergate… Entre otros muchos sucesos más, que como en todas las décadas afectan la forma de ver la sociedad en general, se estrenó la película *El Padrino*, fallecieron Elvis Presley, Janis Joplin y Jimi Hendrix, y Paul McCartney anunció su separación de los Beatles. Continuaron los procesos de descolonización y el final de algunos regímenes autoritarios. Sin embargo, el desarrollo de los procesos sociales que trajeron consigo la esperanza de una mejor calidad de vida fue ensombrecido por el alzamiento violento de golpes de Estado militares que instalaron regímenes dictatoriales. A finales de la década los fundamentalistas musulmanes tomaron el control de Irán bajo el liderazgo de Ayatolá Ruhollah Jomeini, con lo que este país se retiró de la influencia occidental y se encerró en el más radical de los estados basados en la *sharia* (ley islámica).

En la India, con el liderazgo de Indira Gandhi como primera ministra, durante aquellos años el país se convirtió en una potencia nuclear; además, condujo al país a la industrialización y apoyó la

independencia de Pakistán Oriental, Bangladés. Durante esa década la India tuvo buenas relaciones políticas con la Unión Soviética y, por tanto, sus relaciones con Estados Unidos se tornaron excepcionalmente frías, debido a que Indira Gandhi era una pensadora de izquierda. En 1975 declaró al país en estado de emergencia, censuró las críticas en los medios, ordenó la esterilización obligatoria e impuso así una dictadura que duró hasta 1977.

* * *

Dawood ya no se consideraba un don nadie. No solo tenía a la policía de su lado, sino también a la prensa. Junto con Sultán, Abdul Driver y Sher-Khan formó un grupo de leales jóvenes y comenzó a dar palizas a cada uno de los gánsteres de Karim Lala. Alquiló toda la planta de un edificio de apartamentos, y organizó allí su cuartel general. En uno de esos apartamentos montó su despacho con aire acondicionado, todo un lujo que antes no había podido disfrutar. Desde allí planeaba sus acciones y negocios de contrabando.

Iqbal y Dawood se hicieron grandes amigos. Para el periodista, Dawood era una persona inusual, como caído del cielo, que sabía cómo mantenerse vivo entre los grandes mafiosos veteranos. Solo peleaba cuando consideraba el momento propicio y no por mero divertimento o para mostrar a grupos rivales el poder influyente que poseía.

Para satisfacerle, Dawood mandaba a sus amigos a recoger historietas y cotilleos que contaba la gente en las calles, para luego narrárselos a Iqbal, que acababa teniendo gran material para seguir rellenando sus columnas y artículos en las revistas y periódicos sobre el mundo *underground* de la ciudad. Muchos chismorreos eran infundados. Había días en los que Sultán y Sher-Khan le decían a Dawood que no habían obtenido historias interesantes para el periodista, y entonces el propio Dawood se las inventaba; otro día era Abdul Driver quien, con tremenda convicción, fabulaba

historias y se las contaba a Iqbal.

Las peleas que organizaba Dawood pasaban desapercibidas en los medios de comunicación, porque no había denuncias ni testigos. Sin embargo, hubo un hecho que conmocionó a la opinión pública, aunque nada tuvo que ver con las acciones clandestinas de Dawood.

Dos gánsteres de Karim Lala iban de camino a una antigua fábrica textil abandonada en una zona industrial periférica de la ciudad para esconder un cargamento de tabaco estadounidense de contrabando. Durante el trayecto pararon a comer en un restaurante de carretera. Allí vieron a una pareja de recién casados. Tras salir los jóvenes, los gánsteres les siguieron a un hotel. Una vez que supieron en qué habitación se alojaban, entraron forzando la puerta. Violaron a la chica, pero antes maniataron al joven, que fue testigo de lo que hacían a su esposa, y; luego lo estrangularon con un cinturón y lo dejaron colgado del ventilador del techo. A la chica, después de ahogarla, la mutilaron a cuchillazos.

Por mediación de sus contactos, Iqbal fue de los primeros en llegar al lugar del suceso. No le cabía duda de que el crimen era obra de los hombres de Karim Lala. En la habitación encontró un encendedor metálico de importación marca Zippo con las iníciales «S. B.» rayadas con algún instrumento puntiagudo. Haciendo memoria, recordó que uno de los gánsteres de Karim Lala se llamaba Saeed Baatla. Después de hacer sus averiguaciones preguntando en el vecino restaurante de carretera y en la recepción del hotel, supo que la descripción coincidía con la de ese individuo. Sus confidentes le confirmaron el nombre de la segunda persona que acompañó a Saeed Baatla aquella noche. De ese modo, pensando que tenía una exclusiva, escribió con apremio un artículo para que fuera publicado en el periódico ese mismo día.

En su dramática narración de lo sucedido mencionó a los culpables del crimen: Saeed Baatla y su amigo Ayub Lala. La noticia de aquel suceso conmocionó tanto a la opinión pública de Bombay que al día siguiente su artículo circuló por los periódicos nacionales de toda la India.

«Ya conocemos la hechura de los jóvenes analfabetos que vienen del interior de la India a emprender una nueva vida en la ciudad que nunca duerme, Bombay: trabajan en serio durante unos días, luego se cogen una borrachera en una sucia licorería y no vuelven

al trabajo durante días o semanas. No cabe mencionar que acaban siendo huesos para mafiosos sin escrúpulos, como el notorio Karim Lala, que los utiliza para hacer sus trabajos sucios.

»[…] Lo que presencié, queridos amigos lectores, no tiene parangón alguno con los sucesos que he vivido a lo largo de mi larga carrera periodística de investigación criminal. Nada más llegar al lugar del crimen, el director del hotel me dijo:

»—No quiero inmiscuirme en asuntos personales, Sr. Iqbal, si es usted de sangre fría será capaz de soportarlo, de lo contrario, no me veo responsable de los efectos que pueda causarle, ya que quizá podría necesitar asistencia médica e incluso psicológica. Pero si insiste en ver a los dos jóvenes asesinados, pase usted. Están ahí dentro.

»Por un momento quise desestimar la idea de entrar en el dormitorio, pero mis pies me llevaban casi contra mi voluntad; avancé como un autómata y abrí la puerta de la habitación. Dentro solo había una tenue luz rosada, la de la lámpara de la mesita de noche. El cuerpo de la joven recién casada, estaba tendido sobre la cama. Alguien la había acribillado a cuchilladas. La cama era una bañera de sangre. Sus intestinos estaban fuera del cuerpo así como numerosas partes que el asesino sin escrúpulos había extraído salvajemente. Conforme di unos pasos hacia adelante vi su rostro desencajado por el pánico y el terror. Sus ojos velados por la muerte parecían fuera de las órbitas. Solo unos locos homicidas podían haberse ensañado de tal modo con esa pobre muchacha indefensa; el cuerpo de la desdichada era casi irreconocible como el de un ser humano. Al ver tanta sangre sentí náuseas. Pero bastó con volverme hacia la puerta para ver el cuerpo muerto de su joven esposo. Lo habían ahorcado en la parte de atrás de la habitación. Los oficiales, en ese mismo momento, entraron junto con el equipo médico de los forenses, y descolgaron del ventilador del techo el cuerpo sin vida del recién casado.

»La mutilación horrible de la joven solo podía ser obra de personas como Saeed Baatla y su cómplice y amigo Ayub Lala. Es un hecho horroroso de mentes perversas, enfermas. Una cosa es hablar de un caso como este en la redacción de tu periódico mientras te tomas el té con unos colegas o en la comisaría de policía fumando tranquilamente mientras el oficial de turno te informa

sobre sucesos acontecidos a última hora en tal barrio de Bombay, y otra cosa muy distinta es haberlo visto, haber olido la sangre hasta que una congoja de muerte parece desgarrarle a uno por dentro, destrozando todas las fibras del propio ser.

»Por mi propia experiencia como reportero, escribiendo sobre el crimen organizado, les diré, queridos lectores, que hay asesinos que cometen sus crímenes por odio, avaricia o por simple miedo. Hay asesinos enfurecidos que matan sin pensar en absoluto. Pero también hay criminales que lo planean todo minuciosamente, que quieren convertir el asesinato en algo intelectual, de mentes privilegiadas, y confían en que no los descubran. Pero también están los asesinos enamorados de la muerte, como Saeed Baatla y su cómplice y amigo Ayub Lala.

»[…] Encerrarlos de por vida en la cárcel sería poco castigo para estos dos psicópatas. Los ciudadanos de Bombay no están a salvo mientras estas dos personas sigan libres por la calle. ¿Qué mente pervertida y monstruosa podría ser capaz de una cosa así? ¿No piensan ustedes que estaríamos mejor si ellos estuvieran con toda seguridad encerrados entre rejas?».

Tras ser informado por Iqbal de los nombres de aquellos asesinos, a las pocas horas Dawood, gracias a sus propios confidentes, hizo saber al inspector Prasad del lugar exacto donde se escondían. Fueron arrestados de inmediato, sin prestar resistencia.

Fue el juicio por homicidio más rápido de la historia de Bombay. Los medios de comunicación lo bautizaron como «el crimen de Baatla y Lala». La peculiaridad de este caso estribaba en la sentencia que Iqbal había puesto por escrito antes de que se celebrase el juicio, ya que este no era uno de esos casos relacionados únicamente con pruebas circunstanciales. No: los homicidas habían sido descubiertos casi al mismo tiempo que los cadáveres.

Cuando, en el antiguo y sucio edificio victoriano del tribunal, el fiscal presentó el caso, ninguno de los presentes en la sala creyó que aquellos dos hombres que se encontraban de pie uno al lado del otro en el banquillo de los acusados fueran a tener oportunidad alguna.

Sin embargo, debido a los contactos políticos de Karim Lala,

quedaron en libertad al cabo de pocas semanas. Tras salir, juraron vengarse por haber sido apresados por culpa del periodista, que fue quien al mencionar sus nombres en los periódicos los sentenció.

El 17 de agosto de 1977, a las 03:30 a. m., llamaron persistentemente al timbre de la residencia de Iqbal. Su joven esposa le advirtió que no abriera, que se quedase en la cama. Pero él no hizo caso.

Cuando abrió la puerta se encontró de frente a dos hombres; por la apariencia de ambos supo que eran gánsteres de Karim Lala.

—El jefe te llama —dijo uno de ellos.

Se trataba de un hombre fuerte, corpulento, con los ojos hinchados e inyectados en sangre.

La cara delgada de Iqbal se contrajo perceptiblemente y la preocupación asomó a sus ojos.

—Lo siento, pero no podrá ser. Iré a verlo por la mañana —contestó mostrando cierto nerviosismo.

Intentó cerrar la puerta, pero el desconocido metió el pie para mantenerla entreabierta.

—No. Él te quiere ver ahora mismo.

—Tú estás loco, no puedo dejar a mi esposa sola así… en mitad de la noche. No.

—Bueno, pues que sepas que si no vienes ahora con nosotros por las buenas, emplearemos métodos más persuasivos.

—Ahórrate ese dolor y ven como te decimos —añadió el otro.

Cruzaron la calle. El gánster le señaló el vehículo. Tan pronto como se estaba aproximando sintió que le agarraban por ambos brazos en un apretón brutal, y que sus pies abandonaban el suelo. Intentó desasirse, y la respuesta fue un golpe en la espalda que le dejó la espina dorsal paralizada. Lo tiraron en el asiento de atrás. Los dos hombres comenzaron a golpearlo. Iqbal intentó salir del coche, pero uno de los esbirros le apretó en un punto nervioso situado debajo de la oreja y otro con una mano sucia y callosa le pegó en la nariz y en el estómago incesantemente.

El conductor pisó el acelerador y durante todo el trayecto siguieron golpeándole con los puños.

—¡Pegadle con esto! —dijo un hombre sentado en el asiento del copiloto alargándoles una botella de alcohol medio vacía.

Los gritos de Iqbal eran ensordecedores. Hacía tanto calor que

todos estaban bañados en sudor.

Llegaron a una casa abandonada. Lo sacaron del coche a rastras, y una vez en el interior de la vivienda, en una habitación oscura, lo arrojaron al suelo.

Al cabo de unas horas encendieron la luz. Karim Lala entró acompañado del gigante Hamid, Saeed Baatla y Ayub Lala. El rostro de Iqbal se ensombreció.

—*Dawood ke kutte, bahut hoshiyari karta hain* (Tú eres el perro de Dawood. Te crees muy listo, ¿eh?) —dijo en voz alta Karim Lala—. Mira, te presento a Saeed Baatla y Ayub Lala. ¿No te habrás olvidado de ellos, verdad?

Todos se reían.

Lo levantaron y lo colgaron de un gancho. Comenzaron a golpearle como si fuese un saco de boxeo.

—Traed la máquina —ordenó Karim Lala desde la distancia—. Luego, cuando terminéis, ya sabéis dónde tenéis que dejarlo.

El mafioso, junto con Hamid, salió de la casa y se fue del lugar.

Tan pronto los esbirros oyeron el ruido del motor del vehículo alejarse, enchufaron los cables de la maquina a la pared. Lo tumbaron sobre una mesa y le ataron los tobillos y los brazos. Un ancho cinturón de cuero, utilizado para el ganado, le mantenía el cuerpo tieso contra la mesa.

Le agarraron con fuerza un dedo, y se lo cortaron de un tajo con la máquina de cortar carne.

—Ahora sí que podrás escribir —dijo Saeed Baatla de buen humor.

Iqbal sangraba mucho.

Le cogieron otro dedo y se lo amputaron.

—O tocar el piano, ja, ja, ja —añadió el otro.

Procedieron así con el resto de la mano derecha hasta dejar solo un muñón.

—Coge un hacha y córtale la otra mano —dijo Ayub Lala a su compañero—. Pero esta vez desde la muñeca.

Lo estiraron con más fuerza sobre el tablero de la mesa. Lo agarraron fuertemente y, de un hachazo, Saeed Baatla le hizo un corte profundo y la sangre salpicó alrededor. Sin embargo, la mano no estaba cortada del todo, ya que le habían dado en el hueso del antebrazo.

Iqbal gritaba de dolor. Le volvió a golpear dos veces más con el hacha y ya finalmente la mano quedó separada del cuerpo.

Cuando perdió el conocimiento se lo llevaron de vuelta en el coche.

Lo tiraron en un descampado.

Pensaron que moriría pronto.

Cuando amaneció, Iqbal consiguió arrastrarse de rodillas subiendo la pendiente hasta que llegó a la carretera. Intentó en vano detener varios vehículos, pero estaba en tan mal estado que la gente, como es costumbre en la India, no paraba para socorrerle para no buscarse problemas.

Finalmente un coche frenó, y entre gemidos Iqbal se identificó como periodista y gritó que había sido atacado. Lo llevaron al hospital Jamsetjee Jejeebhoy, conocido popularmente por sus siglas como el JJ Hospital, donde le atendieron de inmediato y lo ingresaron en cuidados intensivos.

El inspector Prasad y Dawood, tan pronto supieron lo sucedido, acudieron enseguida al hospital. Iqbal les dio detalle de todo lo acontecido. A pesar de los esfuerzos de los doctores, dos días más tarde falleció.

Esta fue la primera vez que alguien tan cercano a Dawood, y a quien consideraba verdaderamente como un amigo, era brutalmente asesinado.

De pie, delante del cuerpo sin vida de Iqbal, Dawood juró venganza.

—Te prometo, amigo mío, vengarte de tal forma que los que te han hecho daño, los que han osado infligirte dolor físico, desearán no haber nacido. De la misma forma que ellos te mutilaron el cuerpo, yo los mataré.

El inspector Prasad, tras escuchar el monólogo de Dawood, se adelantó rápidamente para ponerse a su lado, y en silencio, en un gesto protector, le puso un brazo por encima de los hombros, dándole a entender que tendría vía libre sin interferencias policiales para hacer cuanto quisiese.

Dawood giró lentamente el cuello, con los ojos enturbiados. Dijo:

—Nunca vuelva a actuar con circunloquios conmigo; cuanto menos tiempo perdamos de ahora en adelante, tanto mejor. Si debemos echar a andar, hagámoslo sin demora.

Dawood tenía veintidós años.

7

Escuchar el himno *The Star-Spangled Banner* y presenciar la izada de la bandera en las embajadas era todo un espectáculo para George Perkins Adams; sentía que sus hombros se cuadraban un poco más, que su estómago se metía para dentro bajo los pantalones de corte y que un impulso de orgullo le levantaba la barbilla para hacer desaparecer las arrugas de su cuello. Poseía una larga y distinguida hoja de servicios en la diplomacia de varios países. Un historial de ponderación en sus juicios políticos que, aunque a menudo equivocados, se hallaban inevitablemente de acuerdo con los superiores del momento; un *curriculum vitae* del cual podía sentirse ciertamente orgulloso. Era ante todo un patriota estadounidense. Durante sus años de servicio en la diplomacia, y en los pasillos del poder en Washington, públicamente nunca había sido atrapado en error; nunca había tenido demasiada razón hasta llegar a la inconveniencia; jamás había expresado una opinión que no estuviera dentro de la línea de las que prevalecían en las altas esferas.

En el corazón del exclusivo barrio de Recoleta, muy cerca del Museo de Bellas Artes de Buenos Aires, se encuentra el Alvear Palace Hotel. En la *suite* presidencial ejecutiva, al otro lado de la mesa de comedor de estilo Luis XVI, sentado frente a George estaba un señor argentino llamado Eduardo Díaz Timerman. Ambos discutían mientras tomaban café. Las cortinas de grueso tejido y diseño francés estaban echadas, y bajo la amplia lámpara de araña el argentino fumaba un cigarrillo tras otro sin percatarse de que la habitación quedaba llena de humo azulado.

Eduardo era un hombre que había participado activamente en crímenes durante la dictadura militar de Videla, sin embargo, nunca se pudo probar nada. Era un hombre alto, delgado, de anchos

hombros, con frente despejada, el pelo engominado echado hacia atrás, y que vestía muy pulcramente. Tenía los ojos de un extraño azul brillante, debido a los orígenes europeos de su familia, inmigrantes alemanes. Evidentemente, su rostro había sido agraciado en un no muy lejano pasado y su piel conservaba un aspecto saludable. En la actualidad desempeñaba una función relevante en el Ministerio del Interior. Él se había ocupado personalmente de destruir las pruebas que un abogado decía poseer en contra del presidente. El difunto abogado, muerto en un «extraño» accidente de circulación, decía estar en posesión de una serie de documentos en los que se probaba la implicación de varios altos cargos del gobierno argentino en la destrucción de pruebas que involucraban a Irán en el atentado contra el centro judío de la AMIA el 18 de julio de 1994.

Ahora, la mayor preocupación de Eduardo y de George era silenciar a un diplomático iraní, ya que en más de una ocasión había amenazado con revelar su información sobre el atentado. Tal suceso podría destapar un escándalo a escala internacional que conllevaría graves repercusiones y que incluso podría acabar desestabilizando el gobierno ante la presión popular, los medios de comunicación y la oposición.

—Mire usted, creo entonces —intervino el norteamericano sorbiendo el escaso contenido de su taza de café— que la única alternativa que nos queda consiste en contratar los servicios de un pistolero, no de un asesino de poca monta, porque una persona sin el mínimo rigor y seriedad, puede poner en peligro toda la operación con solo una palabra pronunciada en un momento de embriaguez o de descuido.

El argentino, que sabía dónde iba a llegar, le miró con progresiva comprensión antes de hablar.

—No resultaría difícil encontrar pistoleros en Argentina —dijo Eduardo, mirando con cautela al orondo norteamericano— o en cualquier otro país de América del Sur; el problema en cuestión es hallar a un hombre o un plan que posea en su estructura un solo factor, único, lo bastante insólito para cometer el asesinato. Cualquier plan que implicase demasiada planificación y la coordinación de numerosos grupos sería descubierto por los

servicios secretos argentinos antes de que el pistolero pudiera aproximarse a la víctima.

—Sí… un pistolero… —murmuró el norteamericano echándose hacia atrás en su cómoda silla.

—Aquí, en Argentina, tenemos crimen organizado, mafias, y desde luego sería fácil contratar asesinos a sueldo. Somos un pueblo grande en Latinoamérica, rico y desenfrenado, y la delincuencia organizada es el precio que pagamos por la organización. En Buenos Aires, la delincuencia organizada no es más que el lado sucio del poder adquisitivo del peso argentino.

—Ah, la política, querido colega… —dijo con una leve sonrisa.

—Que tengamos políticos corruptos y a sus secuaces en ayuntamientos e incluso en el parlamento no quiere decir que los Estados Unidos u otro país desarrollado en América no los tenga. Quien esté limpio de corrupción que tire la primera piedra. Mire, ambos estamos de acuerdo, pero ¿qué clase de pistolero? Ese hombre fuese quien fuese, tendría que ser extranjero. No me atrevo a decirle que no debemos comprometer para esta misión a personas de origen argentino, ya que pueden estar fichados y existen pocas posibilidades de pasar inadvertidos. ¿Por qué? Porque en la policía, como en grupos antiterroristas, tienen a cada una de las personas que pudieran cometer tal asesinato, fichados. Además, digamos que entre el hampa en Argentina hay que sumar que existen en el círculo en el que se mueven demasiados delatores, demasiados traidores, demasiadas intranquilidades… —dio unas ligeras palmadas sobre la mesa—. Toda la esencia de esta misión estriba en su secreto. Por consiguiente, cuantas menos personas estén involucradas, tanto mejor. Nuestro hombre poco o nada debe saber, conocer o haber oído con anterioridad aspectos relacionados con la política de nuestro gobierno actual.

—Esa persona debe ser como un turista que viaja a un país extranjero sin haberse informado absolutamente nada al respecto. Por tanto, el hombre que debe ser empleado para esta misión debe provenir de fuera.

—Exactamente. Ningún policía argentino debe conocerlo con anterioridad, ni debería existir su ficha en los ordenadores de inmigración en el aeropuerto ni en ningún archivo. Lógicamente, entraría con un pasaporte con nombre falso. Existe un antiguo

axioma según el cual cuantas más personas conocen un secreto menos seguro está ese secreto. Lo que no está en los archivos no existe. Pero, como es lógico, no es absolutamente fácil dar con una persona de esas características. Esa clase de hombres no suelen anunciarse en los periódicos.

—Efectivamente, de nuevo estamos de acuerdo… —dijo George—. El pistolero profesional sería un factor desconocido y, por lo tanto, inexistente. Entonces, ese hombre viajaría con pasaporte extranjero. Realizaría su trabajo y desaparecería; para regresar de nuevo a su país de origen o adonde fuese, pero sin duda muy lejos de aquí. Una vez en su destino, sería asesinado por uno de nuestros agentes en el extranjero o tendríamos que ver de qué forma podríamos silenciarlo.

—No, no y no —prorrumpió el argentino con los brazos en alto—. Ese hombre no debe salir de Argentina. Imagínese, entonces, el aprieto en buscar un culpable del asesinato; además, tendríamos que pensar de nuevo en otro plan paralelo para que nuestro culpable fuese creíble para los periodistas entrometidos que metan sus narices en la investigación. Conviene al gobierno que el asesino no escape. Habrá que culpar a alguien. Si lo dejamos sin esclarecer, los reporteros e investigadores no dejarán de indagar.

—De acuerdo, entonces hay que pensar en alguien que pueda entrar sin ser localizado y sin levantar sospechas, y luego traicionarle y utilizarle como anzuelo para los medios de comunicación.

—Efectivamente. Esto es algo que, como le llevo diciendo, una persona de origen argentino no puede hacer. Y otro factor es que no debe ser de ningún otro país de América del Sur, Central o del Norte, debido a las relaciones políticas de mi gobierno con cada uno de ellos. Nuestro hombre debe venir de la otra parte del mundo.

—Sin duda. Entonces…, europeo no debe ser… ¿Digamos que asiático?

El argentino dio un respingo y una amplia sonrisa apareció en su rostro.

—Sí, asiático. Pasará totalmente desapercibido.

Ambos quedaron sumidos en sus reflexiones, guardaron silencio, mientras el último comentario sobre aquel plan se perfilaba en sus mentes.

El norteamericano se excusó para hacer una serie de llamadas, se levantó y fue al amplio salón adyacente.

Se sentó en el sofá, puso los pies uno encima del otro sobre un grueso libro pintoresco lleno de fotografías de colecciones de Ralph Lauren que servía de decoración en la mesita de centro de café, y marcó un número en su Blackberry. Primero habló con alguien en su embajada, después habló directamente con alguien en Washington de un departamento del gobierno de los Estados Unidos, quien le dijo que le devolvería la llamada dentro de cinco minutos. Pasado ese tiempo, el teléfono sonó, y el estadounidense, después de unos diez minutos durante los cuales estuvo anotando cosas en su libreta que le iba comunicando su interlocutor, colgó satisfecho.

Con una leve sonrisa entró de nuevo al elegante comedor donde el argentino se estaba terminando de comer una manzana.

—Creo que tengo ya al hombre que necesitamos. Al fin y al cabo, entre las personas que ejercen el poder en todo el mundo existe un fuerte lazo por encima de todas las divergencias políticas. Ese lazo se llama el club Bilderberg, el club de los poderosos donde se unen todos contra sus enemigos e intereses comunes. Un miembro muy importante de mi gobierno, a través de un conocido industrial indio, me ha dado a conocer el hombre que necesitamos.

El estadounidense daba golpecitos con el dedo al papel donde tenía apuntado el nombre que le habían mencionado por teléfono.

—¿Un pistolero profesional o un mercenario? Ojo, si nos lanzamos a la acción en este preciso momento…

—Ya no hay marcha atrás —le interrumpió el estadounidense—. Desde el momento en que usted me llamó, comenzó la acción.

—Sí, pero lo que quería decir en este instante es que quiero que sepa que ambos asumimos la responsabilidad. Si después del asesinato algo ocurriera y algún periodista se dedicara a investigar y pasase a dominio público, y llega a la prensa, la noticia se divulgaría por todo el mundo y nosotros estaríamos perdidos.

—Claro, claro. Vamos a ver, querido colega… Nosotros ganamos, no perdemos nada. Porque si nuestro asesino fracasara, no habríamos perdido nada que tengamos ahora. Habrá recriminaciones, se hablará en la prensa de un atentado fallido, desde luego, pero nada más. Si el plan triunfa, estaremos en el

poder dentro de nuestras funciones individuales con nuestros respectivos gobiernos, usted con el suyo, yo con el mío.

—De acuerdo, pero ¿cómo vamos a ponernos en contacto con la persona que tiene usted apuntada en ese papel? Tenemos que buscar otro ángulo, es decir, él no debe saber que nosotros estamos detrás de todo esto. Tenemos que poner a otra persona para desempeñar el papel de mediador, ¿no?

—No nos precipitemos. Desde luego hay que resolver algunos detalles, en principio, lo importante es si acepta usted la idea de que nuestro hombre debe provenir de un país asiático.

—Sí, claro. Ya se lo he dicho. Además, en plena temporada turística en Buenos Aires, un turista asiático sería tan anónimo como las manecillas de un reloj. Quiero decir que nadie lo prevería.

—Bien —George comenzó a leer sus anotaciones—, pues nuestro hombre se llama Dawood Ibrahim Kaskar, nacido en Bombay y actualmente residente en Pakistán. Es un jefe del crimen organizado y terrorista internacional de nacionalidad india. Es el líder del sindicato del crimen. Se encuentra en la lista de la Interpol y se le busca por crimen organizado, falsificación, asociación ilícita y tráfico de armas y estupefacientes. Según las Naciones Unidas tiene vínculos con Al-Qaeda, y es sospechoso de haber organizado y financiado los atentados de Bombay de 1993, lo cual le convirtió en el hombre más buscado de la India, y actualmente del mundo, después de la captura de Osama Bin Laden. Su extradición es uno de los mayores obstáculos para la normalización de las relaciones entre la India y Pakistán. Antes de vivir en Pakistán, vivió en Dubái, ya que tuvo que huir hace unos años porque su vida corría peligro.

Después de leer la breve descripción, ambos se quedaron meditabundos. El norteamericano se levantó y se quedó mirando el exterior a través de la cortina. El argentino cogió el intercomunicador y pidió más café. Mientras, realizó una serie de anotaciones en sus papeles y una llamada telefónica, con el fin de indagar la veracidad sobre aquella persona.

Esperaron a que un miembro de seguridad entrase con la bandeja, que la había tomado en la entrada del botones personal del hotel, y una vez que ambos se hubiesen servido las tazas de nuevo, el argentino, después de encenderse un nuevo cigarrillo, rompió el silencio:

—Un momento, pensándolo fríamente, no veo cómo vamos a hacer que tal criminal, estando en Pakistán, venga a Buenos Aires a cometer un crimen de esta envergadura. Según me han comunicado, ese tipo es multimillonario o incluso billonario, imagínese lo que nos propondrá como honorario, una millonada, y luego querrá la mitad antes de venir hasta aquí y la otra mitad después de la misión. ¿Qué pasaría si se da a la fuga con la mitad del dinero? No es un pistolero a sueldo. Estamos hablando de un criminal exiliado, de un terrorista, de un gánster, un mafioso. Además, por lo que me dice no ha realizado un crimen de esta magnitud, de este tipo.

El estadounidense tomó asiento y se echó ligeramente hacia atrás, cruzando las piernas y poniendo un brazo sobre el respaldo de una silla.

—He informado a mi personal para que la persona correspondiente del servicio secreto de la India venga aquí cuanto antes. Si coge el próximo vuelo que sale de Nueva Delhi con escala en Frankfurt, estará aquí mañana a primera hora.

—¿Cree que vendrá?

—Con el breve comentario que mi asistente le habrá mencionado, vendrá aquí de inmediato. El gobierno indio quiere echar mano a Dawood cuando antes. Dese cuenta de que él no hará este trabajo por dinero.

—Ah, ¿y eso?

—Él quiere volver a la India. Así lo ha pedido hace un tiempo, pero el gobierno indio rechazó su petición porque Dawood exigía ciertas condiciones.

Tras una bocanada de humo, el argentino comentó:

—Aunque no lo haga por dinero, habrá que pagarle para que resulte todo creíble. Para este plan necesito la colaboración activa de usted, cuando el momento lo requiera, como el pagador a *ese* indio.

* * *

El funcionario del gobierno indio se llamaba Deepak Rathore, un hombre que rondaba los cincuenta años, con gafas de fina montura pasada de moda, delgado, alto y con rostro grave y firme. Provenía

de una familia de militares. Había estudiado en una prestigiosa universidad de la ciudad de Dehradun, al norte de Delhi. A su carácter altivo le traicionaban los ojos, que denotaban esa búsqueda incesante de algo, esa lucha continua contra el reposo. El cargo que ostentaba en el
RAW
(Research and Analisys Wing), el servicio de inteligencia indio, era de mucha responsabilidad. Sus hijos se encontraban terminando los estudios universitarios, y poco los había visto crecer. Todo lo había dado al servicio de su país, y ahora, a punto de pedir la jubilación, se encontraba con una próxima mísera pensión para subsistir. Un compañero suyo le había comentado que tras su retiro podía ejercer como profesor y conferenciante en una de las muchas universidades privadas que, como champiñones, estaban floreciendo en los últimos años en Nueva Delhi. En su departamento tenía bajo su responsabilidad la labor de seguimiento de las actividades de Dawood, y el de obtener la cooperación de los servicios de inteligencia extranjeros para conseguir su extradición.

Le habían reservado a Deepak una *suite* contigua. Tras dejar la maleta en su habitación y asearse con rapidez, fue acompañado por el personal de seguridad a la *suite* presidencial ejecutiva, cruzó el *hall* de recepción circular, el salón y entró en el elegante comedor, donde George y Eduardo se levantaron cortésmente para saludarlo.

* * *

El indio miró a los dos hombres, exhaló el humo de su cigarrillo, sonrió y dijo:

—¡Uf! ¿Para esto me han hecho venir hasta aquí? —Miró a ambos ceñudamente y antes de que el norteamericano pudiese replicar, prosiguió—: Creo suponer que existen por ahí hombres que se dediquen a esa clase de trabajos. Más capacitados. Con mayor experiencia. Ustedes deben conocer que Dawood no es un asesino profesional a sueldo. ¿Me pueden decir dónde se encuentra en estos momentos?

—Pero sí con los escrúpulos suficientes para que le denominen como «el terrorista más buscado del mundo» —comentó George.

—Esa es una etiqueta que se le ha puesto desde el atentado terrorista en Bombay de 1993. Pero cualquier otra nos valdría con tal de conseguir la ayuda necesaria para traérnoslo a la India. Bueno… ¿Dónde lo tienen retenido?

Ambos se miraron, y Eduardo decidió tomar la palabra:

—Necesitamos que usted nos traiga a Dawood aquí, a Buenos Aires.

—Por el amor de Dios, ¿qué dice? ¡Dígamelo otra vez!

—Necesitamos que Dawood cometa aquí un crimen —añadió George—, y queremos que usted nos ayude a traerlo.

—Vamos a ver si esto me queda claro. Que quieren que cometa un crimen me lo han dicho hace un momento. Ahora… Escúcheme —dijo señalando con el índice a George—. Su secretario desde Washington me llamó y me dijo que se me entregaría a Dawood aquí. A mí ustedes me han dado a entender que lo habrían secuestrado o lo retenían en prisión, aquí, en Buenos Aires.

—No, le dijo mi secretario que hablaríamos *de la entrega* de Dawood, a ustedes.

—Vamos a ver… dejémonos de circunloquios. Desde hace tiempo tenemos pleno conocimiento de que Dawood reside en Pakistán, pero su actual dirección, hoy en día, la desconocemos. ¿Cómo voy a entregároslo si yo mismo no puedo saber dónde se encuentra?

—Poniéndose en contacto con una persona que le sirva de anzuelo para que Dawood viaje a Buenos Aires —dijo George muy seguro de sí mismo.

—Lógicamente, con pasaporte y nombre falso. Nadie debe saber que tal *personaje* ha pisado suelo argentino —añadió Eduardo.

—Explíquense, por favor —dijo el indio mirando a ambos—. ¿Quieren que Dawood por sí solo venga a Argentina a cometer un crimen? Ustedes no saben lo que dicen…

—Sabemos que Dawood quiere volver a la India —comentó George.

—O sea que han interferido en nuestras comunicaciones. ¿Qué es esto? ¿Sabe que está diciendo usted cosas muy graves? ¿Ustedes están al tanto de nuestros cables?

—Digamos que estamos al tanto de todo con referencia al terrorismo internacional, al islamismo radical y todo cuanto se

cuece dentro de Pakistán. No les damos millones de dólares para luego tumbarnos en una hamaca.

Deepak se quitó las gafas y procedió a limpiarlas ligeramente; parecía que tuviera esa costumbre o tic nervioso, ya que las lentes no estaban sucias. Se secó el sudor bajo los ojos, se volvió a poner las gafas, y dijo:

—Continúe, continúe, porque me imagino que ya tienen un plan pensado, de otro modo no me harían venir hasta aquí solo para decirme que interfieren en nuestros cables, supuestamente secretos…

—Queremos que se ponga usted en contacto con una tercera persona que actúe de mediador, y que le haga saber a Dawood que el gobierno indio admitirá sus condiciones para viajar a la India, solo si antes cumple con un trabajo en Buenos Aires.

—Y… ¿puedo saber qué trabajo es ese? Antes ha mencionado usted la comisión de un crimen.

El argentino y el norteamericano se miraron.

—Asesinar a un dirigente iraní —respondió George.

—¡Ustedes están locos! —empujó hacia atrás su silla y se levantó—. Mi departamento está fuera de esto, lo siento señores…

—Siéntese —le dijo el argentino—. Nada probará que el gobierno indio ha formado parte de esta operación. De hecho esta conversación no ha tenido lugar. Y a usted le borraremos de los ordenadores de entrada en Argentina, todo rastro quedará borrado. Usted no ha estado aquí. Escuche, solo queremos que Dawood cometa este asesinato, él mismo se entregará a la embajada de la India y de ahí, con pasaporte diplomático y avión privado, lo envían ustedes a Nueva Delhi.

—Dawood entrará en Argentina con nombre y pasaporte falso del que su enlace debe proveerle. El enlace tiene que ser suficientemente convincente para que Dawood se interese en el asunto.

—Dawood es más listo de lo que ustedes se imaginan. Yo llevo detrás de él mucho tiempo. Qué tipo de persona podría utilizar yo como enlace se me escapa… Lo siento. Esto no es literatura de ficción. Él no es, ni de lejos, un mercenario que mata por dinero. Además, un ser semejante como Dawood no se entrevistaría en Pakistán con alguien como mediador de un día para otro… Pero es

que, aun así, ¿quién podría convencer a ese hombre de viajar a Buenos Aires? Me parece todo disparatado, señores. El hombre que ustedes buscan debe de tener un entrenamiento y una experiencia adquirida. Por favor, señores, para ser breve les diré que Dawood es un simple criminal del hampa en comparación con el hombre que ustedes necesitan. Busquen a un asesino profesional, no un vulgar matón extorsionista. Necesitan un asesino político, capaz de asesinar incluso a un hombre de Estado bien protegido. No a un mafioso cincuentón.

—En la tragedia de Bhopal, el gobierno indio puso a nuestra disposición a un abogado muy conocido por entonces… —comentó George.

—Sí, el abogado Ramachandani.

—¡Ese! —exclamó—. Ese es el anzuelo que necesita lanzar a Dawood. Digamos que puede citarlo en un país europeo como Suiza o Reino Unido, lo dejo a su elección, y él le propone nuestro plan: si quiere volver a la India, tiene que cometer tal asesinato en Buenos Aires; además será pagado por ello en dólares estadounidenses, que se llevará en su equipaje libremente. Tras personarse en la embajada de la India, será trasladado en vuelo diplomático a Nueva Delhi, de ahí a Bombay, y se le concederán todas las condiciones que proponga. El dinero en metálico que cobraría por el trabajo querría emplearlo en su defensa. Imagínese, una cantidad enorme de dinero en metálico sin pasar por transferencias bancarias. No se negaría.

—Sí, creo que a la única persona en el mundo a la que creería sería al abogado Ramachandani actuando como portavoz no oficial del gobierno. Además, ambos ya se conocen. Sí, creo que funcionaria. Pero…

—Pero ¿y si nosotros no cumplimos parte de nuestro trato? Quiere decirnos esto, ¿no es así? —le interrumpió George.

—No le quepa duda de que somos nosotros los primeros que querríamos que Dawood se marchase fuera del país —añadió Eduardo—, que desapareciese cuanto antes, por si por algún motivo o percance se supiese su identidad en territorio argentino. ¿Cómo justificaría el gobierno que tal personaje buscado en todo el mundo estuviese aquí? A nosotros solo nos interesa que asesine a un hombre de origen iraní. Además, se le podría mencionar que trajese

con él a un ayudante. Nos da igual que sea de origen pakistaní o indio, el caso es que a su ayudante lo detendremos y eliminaremos, a la prensa le presentaremos el cuerpo del asesino acribillado, muerto durante su arresto, y les contaremos cómo intentó seguir matando cuando los policías fueron a apresarle. Algo se nos ocurrirá más adelante.

Deepak se quitó de nuevo las gafas para limpiarlas con la servilleta. A continuación se las volvió a poner, se las ajustó cuidadosamente y miró a ambos.

—¿Ustedes saben los intereses comerciales que la India tiene con Irán? Nosotros no podemos vernos envueltos en la muerte de un alto cargo iraní. ¿Puedo saber quién es?

—No, no es posible —respondió Eduardo sin hostilidad, pero sin condescendencia.

—Lo siento, esto no funciona así —dijo el indio poniéndose de nuevo de pie—. A mí no me dan ustedes una información sesgada a medias. Tienen que decirme la identidad de ese hombre iraní. Quién es y por qué piensan que se le debe eliminar. O ponemos todas las cartas sobre la mesa o… discúlpenme ustedes, traen ustedes a Dawood por sus propios medios o se buscan a otro.

El norteamericano se incorporó ligeramente de su asiento, al tiempo que se bebía lo que quedaba de café en la taza ya fría.

—Siéntese —dijo George al mismo tiempo que hacía un leve gesto con la mano al argentino para que se lo contase.

Deepak volvió a sentarse en la silla tapizada a rayas con respaldo alto.

—Se llama Hamid Farhadi, es químico de profesión, pero se encuentra destinado como agregado cultural en la embajada de Irán aquí, en Buenos Aires; es uno de los principales cabecillas intelectuales del atentado de 1994 contra el edificio de la AMIA, el principal centro judío en Argentina, donde ochenta y cinco personas murieron y unas trescientas resultaron heridas. Hemos recibido información de que muy pronto será transferido a Irán para supervisar las instalaciones nucleares. Hamid Farhadi tiene vínculos muy estrechos con el grupo islámico Hezbolá, además de que sabe mucho de la conexión de ciertas personas del actual gobierno argentino con…

—Vayamos al grano. Digamos que les resulta ciertamente molesto, incómodo, y quieren desembarazarse de él porque sabe mucho, además de tener pruebas fehacientes del papel del gobierno argentino en el atentado contra ese centro judío, ¿no es así? —preguntó el indio.

—Efectivamente —dijo Eduardo.

En la mente de Deepak solo había un atentado terrorista, el sucedido en Bombay, los demás y sus autores le traían soberanamente sin cuidado. Se le acusó a Dawood de ser el terrorista, y desde entonces solo había un objetivo: la caza y captura de Dawood. Era consciente de que los ciudadanos de Bombay aún tenían reciente en la memoria el olor a quemado, la sangre en los rostros de las personas inocentes, las quemaduras, las mutilaciones. La prensa internacional, como la nacional, se hizo eco con rabia sobre aquella masacre sucedida en 1993. Toda la India pudo ver las fotografías e imágenes en televisión de cuerpos boca abajo o desplomados boca arriba en esas posturas desgarradas de la muerte; rostros bañados por el sudor y la sangre, retorciéndose en agonía. Sabía lo que eran las secuelas de un atentado de tal escala, y pudo imaginarse lo sucedido en Buenos Aires, un año después del de Bombay.

El funcionario indio quiso apretar más a sus colegas, y de este modo se mostró en una postura crítica con el fin de que le convenciesen dándole más información, una forma típica de actuar en la diplomacia india, victimizarse para recibir muestras de apoyo sinceras y así conocer de verdad a su interlocutor. El sentimiento de inferioridad a sus colegas extranjeros es bastante predominante entre los funcionarios indios: cuestión de estilo en el vestir, acento al hablar el idioma inglés, el pensamiento de que ellos tienen más privilegios y beneficios personales por parte de sus gobiernos. En un rincón de su mente ya se imaginó un ascenso, y quizás alguna medalla por parte del mismísimo presidente de la India. Ya tendría una muy buena jubilación protegida, sellada.

—Discúlpenme que una vez más critique la elección de Dawood Ibrahim Kaskar. Ustedes necesitan a uno de los más importantes asesinos profesionales del mundo. Un hombre con la calificación de asesino político. Dawood es un gánster asiático. Estamos hablando de un hombre que se ha criado en las calles de Bombay y ha

sobrevivido a base de extorsiones y músculo. Él es un gánster. No pertenece ni de muy lejos a la *yihad* ni se ha incorporado a ningún ejército de locos leales a Alá, ni ha abrazado la religión musulmana. De hecho, yo diría que es secular. No es ningún trastornado mental al servicio del Gran Satanás, ni dispuesto a morir como un *shahid*, un mártir, para subir al paraíso. Me atrevería a afirmar que en su vida ha utilizado un rifle de largo alcance que se necesitaría para llevar a cabo el trabajo que ustedes proponen. Estoy seguro de que los norteamericanos y ustedes, los argentinos, no tardarían mucho en encontrar al hombre adecuado en sus ficheros. Quizá en Europa del Este…

—Si comenzamos a indagar y buscar por ordenadores o ficheros —le interrumpió Eduardo algo turbado por la actitud crítica del indio—, alguien se enteraría de nuestros intereses e indagaría sobre el motivo de nuestra búsqueda, y llegaría a comprender lo que intentamos disimular.

—¿Por qué no le ponen una bomba en el vehículo y acusan al hampa o a un sector islamista radical?

—Tendríamos a investigadores detrás de los explosivos utilizados para encontrar pistas y saber el origen de los culpables…

—Hoy en día el secreto del sabotaje reside en encontrar los materiales más sencillos en cualquier inocente tienda o ferretería: alambres, tornillos, baterías, cola, sierras, soldadores, cables…

—No, no —contestó Eduardo—. Eso quizás funcionase en un país como la India, pero aquí no… Hay cámaras de seguridad en las tiendas, cada producto tiene un número de serie, un código…

—Pero… también está la posibilidad de secuestrarle —añadió Deepak interrumpiéndole—. ¿Qué pasaría, si durante la acción a Dawood lo hieren, y el servicio de inteligencia argentino consigue arrestarlo? Yo me quedo sin traérmelo a la India, y ustedes se verán expuestos a un serio problema. El secuestro en sí no puede resultar demasiado difícil.

—No, no —contestó de nuevo Eduardo, algo más alterado—. El apoderarse de una persona es cuestión de preparación, conocer el programa diario de la víctima, estudiar y evaluar la vulnerabilidad del objetivo, un despliegue de otros medios para despistar, bloqueo de tráfico si se hace durante el día o en cierta zona concurrida… En fin, que se necesita más personal dentro de la operación… El

traslado de la víctima al vehículo de fuga y llevarlo a un escondrijo previamente determinado… Todo esto requiere mucho más tiempo.

—No —añadió George—. Un secuestro no queremos. Un secuestro se realiza cuando se requiere algo a cambio y se realiza una negociación. Lo que usted está sugiriendo, es más peligroso.

—Sin embargo, volviendo a lo que usted había mencionado —intervino Eduardo sin alzar la voz, esta vez desaparecida por completo la aspereza de tono—, eso que usted plantea de que Dawood no sabe utilizar un fusil no nos importa. Lo importante es que sepa cometer el asesinato aunque sea con una navaja o un revólver que nosotros le facilitaríamos aquí, en Buenos Aires.

—Y ¿por qué no contratan a un terrorista como Carlos?

—¿Cómo? ¿Carlos «el Chacal»? —preguntó asombrado Eduardo—. Una persona como ese personajillo acabaría desestabilizándonos el país entero. No, su grupo, aunque activo por algún país de Oriente Próximo, no nos interesa en este asunto.

—Pero vamos a ver… Ustedes necesitan a alguien implacable. Alguien para quien las vidas humanas no signifiquen nada.

—Efectivamente —asintió George dando una palmada en la mesa—. Por eso necesitamos a Dawood.

—Otra vez con lo mismo… —espetó Deepak con un sonoro tono de enfado—. Que no, que Dawood, aunque es un individuo de cuidado, no es como lo fue en su día Carlos. En París, Carlos lanzó una granada en el Drugstore Publicis del barrio de Saint Germain, incendiando el establecimiento y matando a dos personas, más una docena de heridos. En el aeropuerto israelí de Lod, organizó la matanza realizada por el Ejército Rojo japonés. Él organizo el secuestro de un avión de Air France en Atenas que motivó la operación de rescate de los israelíes en Entebbe. Condujo un Peugeot hasta una pista secundaria del aeropuerto de Orly y disparó un lanzacohetes contra un Boeing 707 de la compañía El Al…

—Personalmente —le interrumpió George—, creo que su operación más lograda fue la que efectuó en Viena, allá por mediados de los años setenta, cuando él y su grupo entraron al edificio Texaco y secuestraron a los peces gordos del petróleo y los llevaron a Argel, donde los soltaron una vez que cobraron el rescate.

—Y para lograrlo —añadió Deepak—, necesitaron una gran

planificación y muchos bemoles. Dawood tiene mucho de esto último, pero de planificación… Él va por el mundo como si fuese una versión india de John Wayne… Tiene un cerebro mágico, hay que reconocerlo. Es un profesional en cuanto a la extorsión, sacar dinero de debajo de las piedras… A él y a su equipo no les interesa para nada la política. Solo el dinero, y cuanto más, mejor.

—No, no —interrumpió el argentino—. Esos tipos codiciosos mercenarios como Carlos, así como el Che y demás, empiezan con la simplista interpretación de justicia, y con una megalómana actitud mesiánica. En Latinoamérica ya estamos cansados de tipejos como ellos. Aquellos «ídolos», que no eran sino meros asesinos, eran alimentos que no nutrían, bendiciones que no bendecían, eran placebos que pronto revelaron al mundo entero su inoperancia ante las necesidades más sinceras del ser humano. La codicia de poder y la patanería armada los llevan a liderar pandillas para sembrar un terror que los encumbre. Eso les da una imagen romántica ante determinados sectores, que consideran que las imperfecciones del mundo se arreglan con destrucción. Nos conviene alguien con un mínimo de sentido común a quien no se le ocurra una barbaridad, como lanzar explosivos… Los tiempos han cambiado mucho desde aquella década de terrorismo internacional.

—Chesterton decía algo así como que los hombres, una vez que han pecado, buscan siempre pecados más complejos que estimulen sus hastiados sentidos.

El argentino echó una mirada a George, molesto por ser interrumpido en su diatriba. Continuó mirando con fijeza a Deepak en su afán de convencerle:

—Además, el método irregular de Dawood no levantaría sospechas y podríamos culpar a sicarios o criminales, como a su ayudante asiático, a quien acusaríamos de ser un inmigrante ilegal, drogadicto o alcohólico. Quedaría desechada la posibilidad de que fuera un acto premeditado por un terrorista profesional.

—Dawood vale mucho más de cientos de millones de dólares. No sabría decir cómo los ha ganado, sí en qué tipo de negocios, pero de lo que tanto yo como mi departamento sí que estamos seguros es de que no los habría conseguido sin una organización que llega muy lejos. Sus tentáculos en la piratería y el negocio de contrabando dominan en la India. Desde luego, no es un

blandengue, y es muy difícil averiguar sus debilidades. Es un hombre duro y fuerte, debe de serlo para ganar dinero en esas cantidades. Y desde luego, hace negocios en Pakistán con muy dudosa reputación. No pronuncia discursos, no aparece por la calle dando un paseo o saliendo de compras. Nunca aparece en fotografías. Ni utiliza las redes sociales. Muy rara vez utiliza un teléfono móvil. Reconozco que Dawood tiene ideas muy anticuadas sobre el respecto a su intimidad. Pero es bastante humano, a pesar de todo eso. Yo creo que estará dispuesto a hacerlo. Bien, contactaré con el abogado Ramachandani —sentenció el indio—, y le instruiré sobre cómo debe actuar para convencerlo y evitar cualquier atisbo de duda. Habrá que pagarle una cuantiosa suma, ¿han pensado en esto? Ese abogado cobra una barbaridad, las cifras de sus facturas, si es que las expedita para defraudar a nuestra Hacienda Pública, son astronómicas. Somos conscientes de que tiene cuenta en Andorra y en Suiza.

—Eso no es problema, que le mencione a usted la cifra, y se la abonaríamos en cualquier cuenta que nos hiciese saber —comentó George—. Pero la misión debe cumplirse durante esta semana. Si puede conseguir hablar con él ahora mismo, mejor. A través de mis contactos en su país, hoy se le entregará a Ramachandani un pasaporte con nombre falso, y otro quedará pendiente de entrega una vez que se sepa quién viaja aquí para asistirlo.

—De acuerdo, entonces. Pero respóndame una última pregunta —Deepak se recostó pacientemente en el asiento y se rascó la palma de la mano con un dedo, pausadamente; como si estuviese pintando garabatos—: ¿Qué interés tiene Estados Unidos en todo esto?

—Digamos que el único interés no es solo ayudar a los argentinos a quitarse de en medio a una manzana podrida como Hamid Farhani, o a los indios a apoderarse de Dawood, sino principalmente que los pakistaníes se desprendan de Dawood. En este último aspecto usted estará de acuerdo ¿no es así? Pero sin duda eliminar a Hamid Farhani ya sería un logro. Mi administración tiene datos fehacientes sobre ese individuo y el programa nuclear de Irán. El hecho de que desapareciese retrasaría considerablemente el proceso de Irán para obtener una bomba nuclear.

—Ya. Entendido. La verdad es que considero que si Irán obtuviese armamento nuclear sería un peligro no solo para sus

países vecinos, sino para el resto de la humanidad. Pero hablando claramente, lo que ustedes pretenden es que, una vez que tengamos en la India a Dawood, les permitamos el placer de interrogarle y así obtener valiosísima información sobre los servicios secretos de Pakistán, su arsenal nuclear y sus relaciones con los terroristas islámicos ¿no es eso?

—Podría ser, no le digo que no. Pero después de haberles ayudado a ustedes a obtener a Dawood, no nos denegarían una *simple* colaboración, ¿no es así?

8

Sus confidentes estaban por todas partes; solían recibir preciadas informaciones a través de vendedores, barrenderos, sirvientas de casas particulares, funcionarios, conductores de *autorickshaw* y soplones dentro de grupos del crimen organizado. Todos estaban dispuestos a recibir unas cuantas rupias extras por proporcionar cualquier información relevante acerca de los dos criminales. Incluso había conductores de taxis que se pasaban el día dando vueltas por las calles de la ciudad tan solo para obtener información y así poder venderla.

Tras días de búsqueda por toda la ciudad, aquella red de informadores finalmente le comunicó a Dawood en qué lugar concreto del este de Bombay habían encontrado refugio los culpables de la muerte de Iqbal, Saeed Baatla y Ayub Lala.

Esos dos gánsteres tenían fama de haber sido unos auténticos rufianes en el pasado. Decían que nadie excepto el jefe, Karim Lala, podría soportarlos. No hablaban con nadie y nadie quería tratos con ellos.

Al mediodía, se le comunicó a Dawood que uno de ellos, Ayub Lala, visitaría por la noche un bar cercano a su escondite. Juró vengar personalmente a su amigo.

Tan pronto recibió el chivatazo de que se encontraba dentro del local, Dawood salió de su coche seguido de

Sher-Khan

y Sultán.

Ayub Lala, era un hombre de constitución grande. Se encontraba bebiendo en una esquina de la barra. Cuando se aproximó Dawood, intentó lanzarle el vaso, pero este, apartándose, lo esquivó y dando unos pasos con rapidez hacia delante le dio un puñetazo en el estómago y lo tiró al suelo. Acto seguido comenzó a golpearle

brutalmente con los pies mientras sus dos amigos mantenían vigilados a los demás clientes del bar. Dawood cogió una silla y levantándola con todas sus fuerzas, golpeó con ella en la cabeza a Ayub Lala, que quedó tumbado gimiendo y pidiendo perdón.

—Sher-Khan, tu turno —dijo Dawood.

Sher-Khan sacó su afilado cuchillo y comenzó a cortarle una oreja. Ayub Lala chillaba implorando que parase. Comenzó con la siguiente cuando un chorro de sangre dibujó una línea roja en su rostro. Decidió cortarle las muñecas. En veinte minutos el suelo estaba empantanado de sangre. Ayub Lala yacía medio inconsciente.

Dawood se sentía algo mareado viendo aquella escena; dos manos sueltas llenas de sangre, y aquel hombre gimiendo y llorando sin parar.

—¡Sultán! —ordenó Dawood—. Arrástralo y tíralo en la calle. Que muera fuera como una rata.

Pocos minutos después el gánster sufrió una parada cardiorrespiratoria y murió sobre un desguace, sin que nadie le asistiera ni ayudara.

Aquel asesinato no fue noticia en los periódicos ni medios de comunicación, pero sí que conmocionó al círculo de mafiosos de Bombay. Nunca se había oído de una matanza así, en público, a gánsteres de un mafioso. Ninguna muerte de un hombre del notorio criminal Karim Lala había sucedido de tal salvaje manera. La perversión con la que le habían liquidado dio una imagen pública de Dawood de hombre terriblemente despiadado.

Dawood era consciente de que la noticia habría llegado a oídos de Saeed Baatla; sin embargo, antes de atacar a Ayub Lala, él sabía dónde se encontraba su compañero. Pero se tomó su tiempo para que se confiase. Cuando al cabo de unas semanas le informaron de que Saeed Baatla estaba en la trastienda de su frecuentada licorería, se dirigió de inmediato en coche conducido por Abdul Driver, y acompañado de nuevo por
Sher-Khan
y Sultán.

Saeed Baatla era un hombre con una barriga tremendamente abultada debido a su afición al alcohol y a los fritos. Tenía miedo; desde que le llegó la noticia de la muerte de su cómplice, se

escondía precipitadamente cada vez que pasaba un policía o alguien que creyese que sospechara pudiese pertenecer a la banda de Dawood. Con el paso de los días, se encontraba rendido psicológicamente y acusado por las pesadillas. Se encontraba de pie apoyado en la barra del bar; permaneció allí, con una especie de agarrotamiento nervioso, rondándole las pupilas hasta escondérsele bajo los párpados. Cuando Dawood se plantó delante de él, este comenzó a dar muestras de una intensa agitación. Sus ojos grandes se volvieron rojizos. Dijo algo entre dientes. Parecía rezar. Sus dedos, que se movían espasmódicamente, hicieron derramar el contenido de su vaso. Sus ojos miraron de un lado al otro como los de un animal acorralado, y cayó de rodillas al suelo pidiendo clemencia.

Dawood, confiado, se giró y echó una mirada alrededor de aquel mugriento local, momento que aprovechó el gánster para levantarse con rapidez y huir, pero Sher-Khan le cerró el paso. Dawood le cogió del cuello, y lo arrojó con violencia al suelo.

—Sultán, coge tu cuchillo, y córtale los dedos.

Pusieron a Saeed Baatla tumbado sobre una mesa, le extendieron el brazo y lentamente Sultán le cortó un dedo, después otro y otro. Sultán estornudó accidentalmente y soltó el brazo de Saeed Baatla que no dejaba de llorar y gritar. Pillándoles desprevenidos, dio unos pasos hacia la ventana, y se lanzó al exterior rompiendo el cristal. Dawood, Sultán y Sher-Khan bajaron corriendo por las escaleras.

Abdul Driver, esperando en la calle de enfrente, salió corriendo del coche. Pero Saeed Baatla, a rastras, cogió a un conductor de *autorickshaw* y le ordenó que le llevara a la comisaría, diciendo a gritos que él era policía y que unos gánsteres le querían matar.

El conductor, pensando que estaba ayudando a la ley y el orden, no se lo pensó dos veces y lo ayudó con rapidez a ponerlo en el asiento de atrás. Enseguida arrancó, pero Abdul Driver consiguió agarrarse a la parte delantera del vehículo; con toda su fuerza lo estaba haciendo girar, impidiendo que siguiese hacia delante. El conductor sacó un destornillador de un lateral de la sucia

carrocería, y se lo clavó en la mano. Abdul Driver cayó sobre el asfalto y así pudo huir el *autorickshaw*.

Gritando, llorando y sangrando, se entregó a la policía confesando todos sus crímenes pasados. Pensó que entre rejas estaría más a salvo que en la calle. Sin embargo, estaba muy equivocado al pensar que los tentáculos de Dawood no llegarían hasta la prisión.

Saeed Baatla fue condenado a catorce años de cárcel. Al cumplirse un mes de encierro, un día lo encontraron muerto en la ducha. Le habían abierto el estómago con un cuchillo de abajo arriba.

* * *

Alto y enjuto, el mafioso Haji Mustan, de rostro cadavérico, recordaba en su aspecto al actor inglés Peter Cushing. De hecho una vez alguien se lo había mencionado tras ver una película de Drácula. Su aspecto, devorado por el odio interior, siempre disimulaba sus emociones bajo la máscara de la frialdad. Mantenía económicamente a varias actrices. Había producido películas en las que había puesto a sus amantes en los papeles principales junto con los actores más cotizados del momento en Bollywood. Él era inteligente, sin duda un hombre que sabía cómo tratar a las mujeres y que era afortunado en el amor. Cuando una aspirante a actriz destacaba por su espectacular belleza, los productores se la disputaban para contratarla para sus películas. Si Mustan la deseaba, conseguía poseerla, y volvía a poseerla una y otra vez; más tarde, dependiendo de sus preferencias personales permitía que ella trabajara con tal o cual productor.

Durante los años setenta, Bombay superó a Hollywood en cuanto al número de películas estrenadas, y el término «Bollywood» se acuñó definitivamente. Este crecimiento se debió principalmente a que la industria del cine no estaba subvencionada por el estado. En las películas no dejaban de representar a los funcionarios y políticos como corruptos, dispuestos a cobrar sobornos; la reputación insalubre de la industria del cine había hecho que el gobierno central pusiese fin a las ayudas económicas para los productores, y

las cargas sobre las salas de cine aumentaron con un nuevo impuesto de entretenimiento. Además, entre los inversores privados creció el desaliento por la falta de regulaciones sobre derechos de autor y la distribución de películas; directores y productores se encontraron con la soga al cuello, sin poder encontrar dinero suficiente. Entonces apareció un nuevo inversor: el crimen organizado. Inicialmente, criminales locales ofrecían una cierta cantidad para hacerse un hueco en la industria. Pero desde finales de la década de los setenta, junto con el aumento de las producciones, el crimen organizado finalmente pasó de tener un papel marginal a desempeñar uno central.

La mafia financiaba Bollywood con el fin de ganar legitimidad cultural, de la misma manera que al otro lado del planeta, en los Estados Unidos, el crimen organizado estadounidense ayudó a crear Hollywood y se benefició de su nacimiento. A diferencia de otros países con fuerte presencia de la mafia, en la India el crimen organizado no tuvo, en un principio, una fuerte conexión social con la población.

Pero todo esto cambió progresivamente. Ahora el villano resultaba atractivo y el público sentía por él tanto simpatía como tristeza al ver el trágico desenlace. El personaje creaba tantas explicaciones durante el desarrollo de la historia, que el espectador veía justificado el camino criminal que elegía para conseguir sus metas en la vida. De este modo, a través de la industria del cine, el crimen organizado fue capaz de crear un vínculo y un marco cultural y consiguió ser socialmente aceptable y no menos que permisible.

Para Mustan, hacer el amor con una joven actriz de unos veinte años de edad era algo maravilloso, una íntima satisfacción, pero no era todo cuanto deseaba hacer. No eran sus conquistas su primer objetivo, sino el poder inmobiliario. Sus terrenos alcanzaban precios fabulosos. Existían restricciones para prevenir la compra de solares y edificios; los antiguos propietarios de las zonas residenciales donde vivía la gente millonaria no toleraban en sus vecindades a gente que no fuese de religión hindú y no contase con un pasado suficientemente intachable. Algunos ricos indios que se habían establecido en Bombay, con el paso del tiempo acabaron renunciando a la idea de vivir en aquellas zonas residenciales

exclusivas ante la sorda oposición de aquella plutocracia. Pero aun siendo musulmán y de una reputación ciertamente dudosa, el mafioso Mustan no solo conseguía apoderarse de los terrenos que se proponía comprar, sino que en muchos casos era el constructor. Colmado de millones como estaba, nadie cuestionaba su presencia.

Además de dedicarse por entero a la construcción, vivía cómodamente de las rentas de sus numerosos inmuebles. Nadie sabía cómo recientemente había adquirido una valiosa propiedad valorada en millones de rupias; siempre daba mucho de qué hablar a la gente, pero todo se perdía en conjeturas.

La administración de la ciudad opinaba que Mustan era un visionario hombre de negocios, un industrial hecho a sí mismo, venido de la nada, que de haber nacido al otro lado del mundo habría sido coronado en la prestigiosa revista *Times* como ejemplo personificado del sueño estadounidense, y que construía enormes y modernos edificios solo con la idea de descongestionar las crecientes demandas de una población india que se multiplicaba sin cesar en la capital financiera del país.

Ese día Mustan estaba en su elemento; en un salón privado, magníficamente instalado, con aire acondicionado, y con paredes de cristal a prueba de ruidos y a través de las cuales se podía observar la ciudad de Bombay. Había reunido a los mafiosos más importantes alrededor de su mesa. Desde donde los invitados estaban sentados se podía divisar la zona de Colaba, una de las más fascinantes de la ciudad, situada en el extremo más meridional de Bombay. A escasos metros se podía apreciar el edificio Regal Cinema; un cine de estilo *art déco*, donde la primera película que se proyectó no fue de producción india ni británica sino de Hollywood, una de Laurel y Hardy, titulada *The Brother*
Devil's
en 1933. Las paredes de la habitación estaban decoradas con grandes pósteres enmarcados de películas de gran éxito que él había financiado y que habían recaudado millones de rupias en taquilla.

Fuera, en el pasillo, la seguridad de aquellos hombres estaba guardada celosamente por un grupo de personas armadas. Abajo, en la calle, chóferes armados apoyados en sus vehículos sorbiendo té caliente en vasos pequeños, y otros cobijados en los portales de los edificios de la zona, intercambiaban las conversaciones

insustanciales de quienes pasan la mayor parte de su tiempo de trabajo en espera del capricho de sus señores. Sin embargo, el fiel Abdul Driver, a pesar de mantenerse alejado de aquella alegre cháchara de los chóferes, aguzaba los oídos sobre todo lo que se decía para la obtención de información confidencial sobre sus jefes arriba reunidos. Gracias a su habilidad en obtener información, a sus nervios de acero y a su destreza con el volante, Dawood le había dado el cargo permanente de chófer personal.

Todo aquel ambiente reunido pregonaba la fuerza, el poder y la personalidad de Haji Mustan, un hombre que se había elevado de su miserable origen sin más que la fuerza de sus puños y su inteligencia. Vestía un irreprochable traje blanco con corbata, camisa blanca, pantalón blanco y zapatos blancos. Sostenía entre sus dedos un habano perfumado de los más caros. En el dedo meñique lucía una sortija con una esmeralda del tamaño de un guisante.

Debido a los recientes crímenes, Mustan había decidido convocar a todos los jefes de la mafia con el fin de llegar a una tregua y el cese de la violencia. Entre otros motivos no quería que algunas de sus inversiones en el sector inmobiliario estuviesen afectadas en su revalorización a causa de que un día sí y otro también moría asesinada gente en las calles por disputas entre mafiosos.

A pesar de sus excentricidades era considerado una leyenda entre los mafiosos, al haber sido uno de los pioneros del crimen organizado en la India. En su día había sido el más poderoso y temido criminal de toda la India, siempre tan lleno de vida, con una avasalladora fuerza energética. A su edad era todo un logro que hubiera sobrevivido a toda clase de conspiraciones y atentados contra su vida.

Aparte de a Dawood y Karim Lala, Mustan había invitado a otros cinco prominentes mafiosos que controlaban distintos territorios de la ciudad y sus periferias. Las calles de Bombay estaban llenas de cuerpos de gánsteres, y muy a menudo había tiroteos incluso en espacios públicos.

Dawood y sus hombres no dejaban de liquidar a los gánsteres de los jefes rivales. Especialmente los de Karim Lala, para mantener satisfecha a la policía. Había vengado a Iqbal. Se había convertido

en una persona valiosísima para el cuerpo de policía de Bombay. Había quitado de en medio a criminales perseguidos por la justicia que hasta entonces consideraban intocables y escurridizos.

Lo más notable de Karim Lala era su rostro. Dawood ya se fijó en ello cuando se sentó frente a él, al otro lado de la mesa. Fue la primera vez que ambos se vieron las caras. Crueldad, orgullo, arrogancia, pero, además una mente criminal brillante, de lo contrario Karim Lala no hubiese estado sentado en aquella habitación. De ojos de color de agua sucia, tenía la nariz grande, demasiado grande, convertida en una red de capilares rotos, y de las orejas le salían prominentes mechones negros y grises.

Advirtiendo que era observado por el joven Dawood, pacientemente Karin Lala se encendió un cigarro.

Lo que más contrarió a Dawood fue el fuerte perfume que desprendía. Un pañuelo verde le sobresalía del bolsillo superior de la chaqueta y junto con su cigarro despedía una fragancia tan rica y dulce como un altar de lirios. A Dawood le daban ganas de llevarse el dedo a la nariz.

—¿Un cigarro, señor Dawood? —dijo Karim Lala ofreciéndole una caja abierta de madera bellamente tallada con repujados.

Dawood le miró como si fuera una colilla o una silla vacía, tan solo un objeto en su campo visual, sin interés para él.

—Tome uno —volvió decir sosteniendo en el aire la caja y mirando a todos los presentes para dar a entender su pública muestra de acercamiento al notorio joven—. No se presenta cada día la ocasión de fumar uno como estos. Se llaman ha-ba-nos —pronunció pausadamente, con ironía un tanto destemplada, queriendo dar a entender en público la incultura mundana de Dawood—. Elaborados en Cuba especialmente para mí.

El mafioso seguía manteniendo teatralmente en el aire la caja, que movió levemente arriba y abajo; sin embargo, Dawood, guardando silencio, hacía caso omiso a su ofrecimiento. Con lentitud extrajo de su bolsillo un arrugado paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Bien —dijo Dawood expulsando una larga bocanada de humo—. De modo que somos grandes amigos. Oigamos juntos y en silencio lo que Mustan nos quiere decir.

De pie, Mustan sonreía para sus adentros sobre aquella forma en

la que el joven Dawood había lidiado con el veterano mafioso.

Karim Lala cerró la caja de golpe con el pulgar y la dejó encima de la mesa; sus ojos se achicaron. Se le marcaron los músculos de la mandíbula. No le había gustado que Dawood despreciase sus habanos. Un súbito furor inundó sus pensamientos, como la tinta que proyecta un calamar, tiñendo sus ideas de oscuro veneno: «Este burlesco simio con traje de chaqueta… Más tarde o temprano haré que lo maten». No esperó a la intervención de Mustan.

—Mira, Dawood —en su voz había una nota de enfado—, estoy tratando de ser amable contigo, y espero que hagas lo posible para secundarme.

—¿Por qué? No tenemos ningún interés en común —dijo con cierta nota de sarcasmo—. Por lo menos hasta ahora. Tengo ya bastantes problemas sin necesidad de que otros con su *amabilidad* me compliquen la vida.

La atmósfera se puso tensa.

Varios de los mafiosos invitados echaron una mirada de reojo a Mustan, quien a pesar de no haber cambiado de expresión en su rostro pétreo, entendió que aquel era el momento más propicio para interrumpirlos e iniciar la reunión.

—Bienvenidos —dijo entre bocanadas de humo—. El derramamiento de sangre no es bueno para los negocios. Bien que una guerra no puede hacer daño alguno: enseña a la humanidad lo que cada cosa vale, indica a las gentes dónde tienen que encontrar cobijo para obtener protección. Lo que me preocupa es que todos nosotros somos musulmanes, creemos en la misma religión, al contrario que los políticos del gobierno central, que no dejan de mostrarse hostiles hacia nosotros, *la minoría*. ¿Por qué vamos a satisfacerles matándonos unos a otros? ¡Decidme! Han pasado los años y no hemos cambiado lo más mínimo, nos peleamos como niños al salir de la escuela, apedreándonos unos a otros sin motivos concreto…

Durante los siguientes minutos dedicó unos cuantos cumplidos a cada uno de los presentes y se refirió al éxito particular de sus actividades de negocios. Para Dawood sus observaciones fueron lo suficientemente exageradas como para resultarle irritantes.

—… y por lo tanto, todos nosotros representamos una hermandad. —Hizo un movimiento con una mano, luego una pausa,

una caída suave, como una hoja muerta que revolotea hacia el suelo—. Nuestra amistad debe prevalecer sobre el paso del tiempo, durante generaciones. Esa amistad que debe unirnos tiene que ser tan fuerte como los valores relativos al espíritu…

«Misticismos —pensaba para sus adentros, Dawood—. Qué aburrimiento. Siempre escuchando circunloquios. Parece la conversación de un anciano que va cambiando de tema, siguiendo un hilo subconsciente».

—… la acción fisiológica del corazón, de los nervios y del cerebro están subordinados ¿a qué? Al espíritu. El espíritu lo es todo, como debe ser nuestra amistad, algo más fuerte e inquebrantable de lo que nadie pueda pensar.

—Mustan —dijo Karim Lala poniéndose de pie—, todos los presentes somos hombres experimentados y avezados en los riesgos, así que todo consiste en no olvidarse de filtrar y hervir el agua, para seguir teniendo buena salud. Sabemos que todos nosotros somos como hermanos, y como tal deberíamos comportarnos. Pero hay gente que aun naciendo en una familia musulmana cree en esa estupidez llamada *secularismo*. Entre los presentes hay musulmanes que prefieren comportarse con nosotros, sus hermanos, con la distraída condescendencia con la que un aristócrata británico ya entrado en años da las buenas noches a su mayordomo. Ni siquiera son de nuestra misma comunidad musulmana, y encima pretenden jodernos como si perteneciesen a la realeza británica.

«Patético —pensaba Dawood— un hombre enfermo, empecinándose en sus creencias y su ego».

—No. Claro que no lo vamos a tolerar —añadió un jefe de la mafia afín a él.

Pero otro llamado Laaeq Ansari, un octogenario prominente mafioso del sur de Bombay, se levantó de su asiento con la intención de tomar la palabra. Todos guardaron silencio. Era algo delgado y de tez muy oscura, con la nariz fea, obstinada, muy ancha y llena de pequeños agujeros; tenía la mirada sardónica. Parecía la persona menos susceptible de experimentar un hecho inexplicable. Tenía un tic nervioso en un párpado. Decían que en su juventud había sufrido un *shock* al verse en el abismo de la muerte tras encontrarse encañonado con un revólver por un gánster de una banda rival. Aquel párpado no cesó de agitarse durante toda la

reunión.

—Lo que pasa —dijo dirigiéndose a Karim Lala— es que estás celoso de que alguien más joven que tú, con dinamismo y agallas, esté subiendo tan rápido en esta ciudad. Te tiemblan las piernas. Sí, te tiemblan cada vez que oyes su nombre. Todo es muy fácil. No toques más los intereses de Dawood y estarás en paz, eso es todo. Pero no, tú sigues haciendo lo que quieres, interfiriendo en los asuntos privados de los demás, y metes a tus gánsteres más allá de tu territorio.

Laaeq Ansari era un individuo que hablaba haciendo muchas pausas, como tomándose su tiempo en decir las cosas, para que quedasen claras. Dawood, como muestra de aprecio, cariñosamente puso su mano sobre el antebrazo del veterano criminal.

—Estupideces, si no fuera por respeto a Mustan, ya habría ejercido mi supremacía sobre él —dijo Karim Lala haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Dawood mientras tamborileaba incesantemente los dedos sobre la mesa y sentía cómo gradualmente iba aumentando su cólera.

—¿Supremacía? —interrumpió Dawood—. Ahórrate las energías en pronunciar palabras tan grandilocuentes. Si no fuera porque respeto a los mayores, por mi respeto a la leyenda viva de Mustan, si no fuera porque he respetado los consejos y directrices y opiniones de otros jefes de la mafia, te hubiese podido barrer a ti y a todo tu imperio en cuestión de dos días. Y no tenses la cuerda, Karim Lala. Solo necesitaría dar una orden y comenzarías a caer hasta encontrarte en una acequia con mierda hasta la cintura.

—¡Eres el lameculos de la policía! —exclamó indignado el mafioso Karim Lala—. Escucha soplón, habla como es debido. No consiento que la gente use ese tono conmigo. —Mirando en derredor y alzando los brazos a los presentes, añadió—: Le doblo la edad a este joven mocoso y me falta el respeto. ¿Lo han oído? —y añadió clavando la mirada en Dawood—. Chistoso, muy chistoso. ¿Por qué no decidimos aquí quién de los dos es más fuerte? Probémoslo, venga. Probémoslo aquí, ¡ahora mismo!

Dawood seguía en su asiento impertérrito.

—Debes saber que existen en el mundo hombres que no están dispuestos a obedecerte, cada vez que chasqueas los dedos —intervino otra vez Laaeq Ansari con su característico modo de

hablar entrecortado—. Si un hombre es feo, la suerte no le sonríe. Es algo que empieza en la escuela de primaria, o aun antes.

Karim Lala se levantó con violencia, puso las dos manos sobre la mesa, mientras miraba enfurecido al anciano. Parecía que estuviese dispuesto a saltar y agarrarle del cuello.

Por unos instantes en la sala hubo miedo a que de un momento a otro se derramase sangre. Detrás de cada mafioso estaban sentados sus ayudantes más cercanos; los llamaban *lugartenientes*, otros *asistentes*. Dawood tenía a Sultán y Sher-Khan dispuestos a lanzarse sobre la yugular de Karim Lala y sus hombres como fieras enfurecidas. Solo tenía que ordenarlo con un leve gesto de cabeza.

Dawood se levantó con lentitud, rompiendo aquella tensión.

Más de uno pensó que se dirigiría a la puerta para marcharse dando por terminada la reunión. Caminaba lentamente. Todos lo observaban, expectantes por lo que pudiese pasar. Mustan, de pie, aún seguía fumando con parsimonia. Dawood se aproximó a él, le cogió el cigarro de la mano, se acercó al borde de la ancha mesa donde estaba el grueso cenicero de cristal, abrió su otra mano y lo apagó en su palma, para dejarlo después en el cenicero.

—Señores —dijo frotándose la ceniza y trozos de tabaco de la mano, del mismo modo que un buen actor acomoda su representación según el auditorio—, yo sé muy bien cómo manejar el fuego y cuando destruirlo solo con una mano abierta. No necesito ninguna provocación ni competición. No es que carezca de coraje al enfrentarme con alguno de ustedes, ni que piense que ninguno de los de aquí presentes tiene capacidad para hacerme frente, es simplemente por guardar el respeto a los mayores, según me inculcaron mis padres, por lo que no quiero pelearme ni entrar en ninguna guerra con alguien de ustedes. Podemos dañarnos los unos a los otros, pero no debemos dañar el prestigio de nuestros mayores. Aquí, Mustan nos ha invitado a todos con una propuesta firme, seria y honesta. No debemos rechazarla.

Todos escuchaban en silencio. Por primera vez a Dawood lo consideraron en público como una persona sumamente inteligente y no de carácter impetuoso. Sabía cuándo actuar, cómo y dónde, era excelente conocedor de los caracteres humanos. Aun siendo

provocado, no había tenido una reacción impulsiva, como quizá sí hubiese tenido pocos años atrás. Se mostró inteligente. Su modo de expresarse causó sensación entre los asistentes como si con sorpresa hubiesen visto al mismo Zeus descendiendo del Olimpo.

Mustan, dando la espalda al cristal y al paisaje urbanístico de la ciudad que tanto había ayudado a construir, lo observó ceñudamente con cierta preocupación, frunció los labios y quedó pensativo: «Un día será tan grande que nos hará sombra. Sera él quien tenga el poder para reunir a los demás en su propia casa, como yo he hecho hoy aquí. El día llegará, si no cae por el camino…».

Su madura actuación dejó en una situación embarazosa a Karim Lala, que se había mostrado como un mero criminal callejero al querer pelearse ahí mismo, e incitando a los demás a que lo hiciesen contra Dawood.

Karim Lala se sonrojó al haber desechado durante el transcurso de la reunión su máscara de hombre refinado y cortés y mostrarse tal cual era. Toda su apariencia de respetabilidad fue barrida a un lado y todos veían a un rufián sin escrúpulos que se había abierto camino con uñas y dientes desde las infrahumanas chabolas de la periferia de Bombay. Incluso su lenguaje había sufrido una transformación.

—Quiero que sepan todos que Dawood es para mí como un hermano pequeño, ¡dejemos nuestras disputas! —prorrumpió en voz alta Karim Lala, rompiendo el silencio, en un atisbo de lucidez para intentar en vano no perder el respeto ajeno entre los demás jefes de la mafia presentes—. Estoy de acuerdo en que dejemos claro que la violencia y el derramamiento de sangre no son buenos para nuestros negocios.

Mustan aspiró profundamente con los ojos entornados. Solía hacer eso cuando le apuraban la paciencia o se veía obligado a poner buena cara a alguno de sus subordinados. En este caso optó por poner fin a la reunión. Dijo:

—Resolvamos nuestras diferencias. Por el amor de Alá y el Corán, dad vuestra palabra de que os respetaréis los unos a los otros y os mantendréis alejados de todo enfrentamiento violento.

Dawood asintió en dirección a Sultán y
Sher-Khan,

dando a entender que todo estaba bien, y que se mostrasen calmados. Todos los jefes se miraron unos a otros mostrando sonrisas de satisfacción; unos se abrazaban mientras que otros se estrechaban la mano o se daban palmaditas en la espalda. Karim Lala se inclinó hacia delante y tendió la mano a Dawood por encima de la mesa; este dio unos pasos y se la estrechó. Todos aplaudieron aquel gesto.

Mustan puso sobre la mesa un Corán de exageradas grandes dimensiones con papel de color oro.

—Hagamos todos un juramento sagrado —dijo haciendo un amplio movimiento ascendente con las manos.

Dawood fue el primero en poner la palma de su mano quemada sobre el libro sagrado. Le siguió Karim Lala, cuya mano estaba húmeda y pegajosa. Luego los demás hicieron lo mismo.

Pero en la mente de cada uno de ellos había escrita una agenda. A Mustan, por sus negocios inmobiliarios, le convenía que las muertes cesaran. Dawood quería paz, tener la cabeza despejada respecto a perseguir a tal o cual gánster rival por las calles; quería centrar su tiempo y esfuerzo en ampliar sus negocios de contrabando.

En cuanto a Karim Lala, un ser repulsivo, personificación de todas las infamias a las que puede llegar el mal cuando se apodera del corazón del hombre, nunca odió tanto a un jefe de la mafia como entonces. Las muertes que sus gánsteres habían causado en Bombay no eran más reales para él que las que leía casi a diario en los periódicos. Sus únicos placeres eran la extorsión, el contrabando de electrodomésticos, un poco de lujuria al visitar Filmcity, donde se ruedan las películas de Bollywood, y en los interiores de los camerinos introducir de vez en cuando su peluda mano en la blusa de una jovencita; un poco de avaricia y cálculo al pedir un millón de rupias a cambio de una vida; y un sentimiento persistente de conservación, de supervivencia. Pero Dawood había superado todo aquello.

«Dawood es un zorro —pensaba el mafioso sonriendo a izquierda y derecha tras poner su mano sobre el Corán—. Ya me lo imagino viéndolo retrepado en su despacho, sonriendo burlonamente, y siendo felicitado por esos dos imbéciles que le acompañan. Cuando tenga oportunidad, iré a por él y lo machacaré

como a una cucaracha».

9

Con tan solo veinticinco años, Dawood se había posicionado como uno de los mafiosos más importantes de la India al haber sido incluido en la reunión de Haji Mustan. En tan poco tiempo había cometido robos, se había iniciado en el contrabando y, gracias a la red de personal en las calles que le proveía de logística, estaba ganando una fortuna. Se había vengado de su amigo Iqbal y había mostrado madurez suficiente entre los jefes de la mafia como para prevenirles respecto a lo que se exponían si no tenían buenas relaciones con él. Había conseguido incluso que la policía hiciese la vista gorda sobre sus actividades ilegales. Todo esto eran logros que ningún otro mafioso había conseguido a edad tan temprana.

Su padre, Ibrahim, había fallecido recientemente y Dawood sustentaba a su madre y hermanos. Los negocios iban creciendo de manera vertiginosa. Comenzó a viajar a Dubái para tener contacto con gente opulenta, como jeques multimillonarios. Su ritmo de vida y sus compañías habían cambiado sustancialmente; de rodearse de rufianes con los que jugaba al críquet o estar rodeado de gánsteres a las tres de la madrugada en la aduana sacando fardos que contenían productos de contrabando, había pasado a estar con gente poderosa e inmensamente rica discutiendo cómo vender oro en la India.

Ya que poseía una red de empleados muy amplia en los puertos de descarga de contenedores, se estaba cimentando una reputación de ser la persona del momento con quien realizar negocios. Además, cambiaba de un día para otro su *modus operandi* de contrabando cada vez que un medio u otro se convertía en obsoleto o durante una inesperada inspección conseguían descubrirles en inmigración.

* * *

Mustan y Dawood quedaron en reunirse en un parque público, a iniciativa del primero. El veterano mafioso consideraba toda tardanza un pecado imperdonable; siempre se había enorgullecido de su puntualidad. Por eso Dawood optó por llegar quince minutos antes y esperar.

Mustan apareció justo a la hora acordada, las 18:45. Los guardaespaldas de ambos estaban en las proximidades observándolo todo. Desde lejos Sultán velaba por la seguridad de su jefe y amigo; nunca se podía saber qué era lo que había en la mente de un mafioso como Mustan.

—Dawood, quiero ser breve —dijo algo compungido—. Los tipos tortuosos como Karim Lala no pueden comprender que dos individuos como nosotros se profesen una amistad desinteresada.

Dawood le miró de reojo; conocía lo escurridizo que era el mafioso y le causaba cierto cansancio que la gente no fuese directa y se enzarzase con circunloquios. Tenían razón los que le habían comentado sobre la cirugía plástica del mafioso don. A la luz del día, se pudo dar cuenta de que el rostro de Mustan se había vuelto lechoso, rígido y con un rosario de estrechas, pequeñísimas y delicadas cicatrices, que ahí, al aire libre, tenían un brillo especial. «Una serie de operaciones de cirugía plástica, de las más radicales», pensó Dawood.

—En todo —prosiguió Mustan— ven un fondo oscuro de intrigas, una asociación mercenaria y, en el mejor de los casos, un interés común de ideales, pero siempre algo que justifique, con miras de provecho o de lucro, esa amistad. No entienden que tú y yo nos llevemos tan bien. Para mí, tú eres más que un hermano pequeño. Tú eres… como un hijo al que debo proteger.

Dawood comenzaba a comprender qué es lo que quería hacerle entender.

—Mustan, al grano, por favor —dijo con una mueca.

—Trataré de ser breve —mencionó de nuevo, repantigándose en el banco de cemento y alargando el brazo sobre el respaldo, por detrás de la espalda de Dawood; el gesto no pasó desapercibido por Sultán, que por precaución dio unos pasos más adelante—: Somos más que amigos, porque entre nosotros hay compenetración, por tanto, desde mi punto de vista, tienes que considerar la relación que tienes con Karim Lala. Como amigo mío, intenta ponerte en mi

lugar. Mira, te explico: tengo un negocio de construcción que marcha sobre ruedas, prácticamente legal. Me ha costado mucho esfuerzo llegar a mi posición y ser respetado. Tú conoces todo mi pasado, estoy seguro. Pero te voy a contar una cosa.

»En las películas suelo admirar a esos tipos que montan fiestas alrededor de su piscina privada, son capaces de no apreciar un montón de cosas valiosas, se compran caprichos sin sentido ni lógica o encienden el cigarro con un puñado de billetes de banco. Son gestos magníficos, pero yo ni siquiera desde que gané, tras muchísimo esfuerzo, mi primer millón, no he sentido la menor tentación de imitarlos. La gente tiene distintas formas de pensar, de vivir su vida, ¿me comprendes? Por tanto, yo vivo mi vida a mi gusto. Nadie se mete conmigo desde hace ya dos décadas, y yo no me meto con nadie. Vivo en paz en Bombay y pretendo continuar así en el futuro, ¿me entiendes? —Miró de soslayo a Dawood, que escuchaba en silencio—. Pero los negocios como el mío necesitan una organización. Tengo muchos empleados bajo una nómina mensual, como mis asesores inmobiliarios, abogados y cómo no… también a políticos. A todos les pago muy bien, a algunos más de lo que se merecen. Además de esto, les agrada saber que su jefe, yo, vela por ellos y les respalda, y que en caso de apuro pueden contar con él.

El rostro de Dawood se ensanchó en una amplia sonrisa, pero sus ojos continuaban fríos y duros como el acero. Le estaba resultando todo un parloteo intrascendente.

—Tu punto de vista, querido amigo Mustan, tiene cierta lógica dentro de las tortuosas leyes de la mafia, tanto como que la vida camina hacia la muerte. Esa es la condición humana. Es algo inherente. En lo referente sobre mi persona, y lo que me quieres dar a entender, te diré que el hombre prudente se rige por su propio criterio y vive cien años.

Mustan retiró el brazo del respaldo, se sentó bruscamente en una postura más formal y se giró hacia él quitándose lentamente las gafas de sol. Con la palidez y las cicatrices en su rostro, podía haberse escapado de una película clásica de gánsteres. Estaba ligeramente ofendido, se cruzó de piernas, con paciencia observó el paisaje del parque de derecha a izquierda. Se escuchaba el fuerte graznido de los cuervos, y el claxon de los vehículos y sus

chirriantes frenos. A pocos metros de ellos una mujer jugaba con sus dos hijos pequeños, uno corría en zigzags detrás de un balón, y el otro, de poco más de un año, corría y se caía sobre la hierba, para luego ponerse de pie tambaleándose; su madre le sostenía de los brazos ayudándole a andar y el pequeño se movía graciosamente. Pero para el veterano mafioso aquella era una escena que no percibía; sus pensamientos y su vista se perdían más allá.

Mustan contempló su reloj de pulsera con un fruncimiento de ceño que le arrugaba la cara y hacía que pareciese de más edad.

—Quisiera pedirte un favor, Dawood —por debajo de sus cejas sus ojos penetrantes estudiaban cada músculo de la cara de su joven interlocutor, con la intención de obtener alguna información que le ayudase a maniobrar sus conspiraciones en privado—. No me interpretes mal. Ya sé que vengaste la muerte de aquel periodista, de aquel reportero llamado Iqbal, que era amigo tuyo. Pero quiero que sepas que no me conviene que Karim Lala sufra daño alguno. Haga lo que haga, no quiero que lo toques.

Después de escuchar esas últimas palabras, Dawood pareció dudar. Sin embargo, había aprendido a lo largo de sus años de experiencia en el mundo del crimen de Bombay que hay ocasiones en que conviene discutir, y ocasiones en que el silencio es oro. No asintió con la cabeza ni dijo nada, simplemente guardó silencio.

—Desde luego, predecir tus pensamientos es como tratar de descifrar la piedra de Rosetta.

—¿La piedra de qué?

—Nada, déjalo, Dawood —dijo agriamente.

En silencio pasaron unos minutos eternos.

—¿Sabes? —preguntó Mustan soltando un suspiro de desagrado—. La tuya es la insolencia del diablo, Dawood.

—Hay mucho que opinar respecto al diablo. Después de todo, según dicen, fue un ángel caído.

—Eso es discutible —dijo con enfado Mustan. Después de otro prolongado silencio, en el que ambos estuvieron mirando el monótono paisaje del parque, añadió—: Mira, quiero que lo entiendas bien. En un lado estamos nosotros, digamos que el llamado bando que organiza. En otro, están todos los demás jefes del crimen organizado de toda la India; hay sus genios, desde luego, pero… también están sus traiciones, egoísmos, falsas amistades,

crueldades y orgullos. A mí me gusta estar como estoy. Siempre quiero estar en el bando de la organización. Me molestaría mucho que algo importunase mis negocios, ¿ha quedado entendido?

Dawood guardó de nuevo silencio, observaba a la madre jugar con sus dos hijos pequeños al balón.

—Una persona puede meterse en muchos problemas en esta ciudad —comentó Mustan como si estuviese hablando consigo mismo, alzando la mirada a la copa de los árboles—. Bombay es una ciudad muy dura. Ya no existe el respeto como antaño. ¡Ah, aquellos sí que fueron buenos tiempos! Bien —añadió cansado—. No se me puede culpar por intentarlo.

Miró otra vez de reojo a Dawood. Fuese lo que fuese lo que manifestaba el rostro de aquel joven aspirante a convertirse en uno de los mafiosos más poderosos de toda la India, por primera vez observó que no afectaba a sus ojos. Le dio la impresión de que estuviesen nublados, como de humo del tabaco que solía fumar. «¿O quizás sea el destello del reflejo de los árboles al exponerse a la luz natural?», se preguntó el veterano criminal. Se había mostrado alto y claro, sabía que le había oído, pero aquel aspecto de sus negros ojos almendrados era suficiente para velar toda expresión que asomara en ellos. «Arrogante. Maldito seas», se dijo Mustan para sus adentros antes de levantarse bruscamente y dejar a Dawood solo, sentado allí en el banco contemplando a los dos niños pequeños correr uno detrás del otro, bajo la atenta supervisión de la madre.

* * *

En Dubái, los hombres de Dawood cogían el vuelo a Bombay portando en la maleta de mano cajas de dulces en cuyo interior habían escondido pequeñas tabletas de oro del tamaño de galletas. Cuando llegaban al aeropuerto, antes de pasar inmigración, tiraban las cajas en una determinada papelera tras haber hecho una señal de complicidad a un empleado de la limpieza que esperaba el cargamento. Él cogía la bolsa deprisa y se marchaba por la salida de los empleados de la limpieza, donde estaban situados los contenedores de basura. Allí le esperaba una furgoneta con el membrete de una empresa de servicios de limpieza conducida por

uno de los hombres de Dawood. Así fueron actuando durante mucho tiempo, hasta que alguien de una banda rival dio el chivatazo al personal de inmigración y estos a los oficiales de aduana, que atraparon a los empleados del servicio de limpieza y confiscaron el oro. Cuando los interrogaron, argumentaron que no sabían nada sobre qué había en el interior de aquellas cajas, y que solo recibían órdenes de personas anónimas y estas, a su vez, del gánster Dawood Ibrahim Kaskar.

Debido a aquel incidente en los aeropuertos internacionales de la India, por primera vez, por sus actividades delictivas, Dawood fue arrestado al ser acusado por el departamento de inmigración aeroportuaria bajo el Conservation of Foreign Exchange and Prevention of Smuggling Act (

COFEPOSA

). En 1980 lo metieron en prisión, pero salió al poco tiempo tras mover todos sus contactos con funcionarios del gobierno. La poco grata experiencia durante su estancia en la cárcel hizo de Dawood un hombre más cauto, porque en lo sucesivo se prometió a sí mismo que jamás volvería a ser huésped del gobierno.

Los negocios ocupaban la mayor parte de su tiempo, así pues, no tenía ocasión de estar pensando qué hacían o dejaban de hacer los mafiosos rivales como Karim Lala. Dawood estaba mucho más adelantado en cuanto a contactos y flujo de contrabando que ningún otro mafioso más veterano. Había alcanzado una posición más respetable; no necesitaba cometer sus felonías personalmente; para ello utilizaba a otros, lo que significaba que tenía dinero en abundancia para pagarlos.

Dawood y sus cómplices se inventaron nuevas formas de realizar contrabando de oro. Contrataban a gente humilde para que viajase de Bombay a Dubái y viceversa. Allí se colocaban oro en el ano, y así sorteaban los controles incluso tras los recientemente instalados rayos X en los aeropuertos. Como Dawood pagaba muy bien, muchos jóvenes comenzaron a ganar una cuantiosa suma de dinero al realizar repetidos viajes.

A la policía de Bombay no es que no le gustara nada sus actividades, sino que les traía sin cuidado. Y aun así, tendrían que aguantarse, porque Dawood Ibrahim Kaskar opinaba que debían aguantarse. El señor Dawood tenía en nómina a políticos

provinciales, regionales y estatales, y si alguien se atreviera a oponerse a sus designios, ese alguien lo pasaría muy mal, incluyendo, como no, al cuerpo entero de policía.

La ciudad de Bombay se le estaba quedando pequeña. Buscó otros sitios donde invertir todo el dinero negro que tenía y comenzó a hacerlo en Dubái. En el negocio del contrabando Dawood obtenía cuantiosos beneficios en comparación con otros criminales, porque, entre otras cosas, él controlaba absolutamente todo: negociaba personalmente con los jeques árabes, evitando comisionistas o agentes intermediarios, y tenía una red local en Bombay en la que podía confiar y que él mismo controlaba con hombres de una mínima confianza. Mientras, el resto de mafiosos para sus actividades de contrabando tenía que depender de terceros, además, a diferencia de Dawood, estos trataban con desprecio y arrogancia a sus empleados de a pie, dándoles a entender que eran meras piezas dispensables, de usar y tirar. Dawood en cambio, se conocía todos los nombres de sus empleados, e incluso Sultán le informaba si algún miembro de la familia de estos tenía algún problema, económico, de salud o incluso de escolarización del hijo de alguno de ellos, y él lo resolvía y de este modo se afianzaban la confianza y la lealtad del empleado.

Su éxito, tan ascendentemente rápido, no era ningún secreto, y Karim Lala comenzó a pensar que el haberse comprometido en casa de Mustan para un cese de la violencia y hostilidad entre ellos no solo le había beneficiado a Dawood sino que a él, indirectamente, le había debilitado. Se daba cuenta de que también Mustan había prosperado; se había beneficiado económicamente al adquirir nuevos terrenos para construir unas viviendas de lujo que había bautizado como Mustan Apartments. Se sentía rabiosamente impotente y celoso al conocer cómo Dawood tenía incluso el apoyo de la propia policía tan escandalosamente a la vista, cosa que él nunca podría conseguir. Lo odiaba, odiaba su odio, porque sabía lo que era: envidia.

No estaba bien que, frente al sindicato del crimen, él fuese apartado; más pronto o más tarde le verían débil y le aniquilarían, y tomarían posesión de sus negocios. Tras un periodo de unos treinta años trabajando en la extorsión y el contrabando, no podía permitir ahora que la desesperación y la amargura acabasen con todo.

Durante muchos años había estado escribiendo un guion de cine, y tenía a una serie de productores de Bollywood para llevarlo a la pantalla. La historia era sobre su vida, un *biopic*, como llaman en la industria. Incluso le puso título: *Con los ojos cerrados y los sueños despiertos*. Pero los grandes productores de Filmcity le estaba dando esquinazo. Un día le argumentaban que estaban en localización en el extranjero, otro que estaban en mitad de rodaje y que la discusión sobre su producción tendría que retrasarse. Y así pasaban los meses. Él sabía lo que estaba sucediendo: su nombre estaba perdiendo fuerza, además de respeto.

Sin embargo, había alguna cosa más. Karim Lala era un hombre frustrado por su físico. Pensaba que todos los mafiosos tenían mejor cuerpo que él; además, sufría problemas de indigestión que le retorcían el estómago, razón por la cual había alimentos que no podía tomar, como la carne, la leche y el pescado; y estaba seguro de que su aliento era asqueroso. Esto explicaba el uso desmesurado que hacía de perfume femenino. Era uno de sus secretos más personales.

Desde sus comienzos hasta entonces, había sido un largo viaje, había ganado dinero no solo para él, sino que también otros, como Mustan, se habían beneficiado en su tiempo, pero el mundo actual parecía haber tomado otro cariz.

Aquellos pensamientos le fueron corroyendo. Supo que Dawood incluso había beneficiado en sus negocios a otros mafiosos, haciéndoles partícipes del contrabando de oro, pero nunca a él.

Sumido en sus amargos pensamientos, en su despacho se movía de un lado para otro con impaciencia, fumando su cigarro habano. Él, que se había mantenido firme en cuanto al pacto de no agresión, consideraba injusto el trato que recibía. Frustrado, cada vez más perdiendo su hegemonía en Bombay como un prominente mafioso, comenzó a pensar en la idea de acabar con el feudo de Dawood.

—Dawood me está resultando más cargante que un dolor de muelas —dijo descargando un puñetazo encima de la mesa—. Es como si tuviera una piedra aquí —replicó, golpeándose el pecho frente al dócil Hamid, su guardaespaldas personal. Se inclinó en el asiento y comentó pausadamente—: Cuando llegue el momento, ni siquiera pienso enviar flores para su entierro.

10

No le gustaba nada viajar en avión. Prefería el tren como medio de transporte. Aun así disfrutaba al admirar el espectacular ajetreo de un aeropuerto internacional. El aeropuerto de Heathrow no podía ser menos llamativo.

Después de una larga caminata cruzando diversas terminales, localizó su puerta de embarque. Ya había grupos de turistas tumbados en los asientos. Aún quedaban dos horas por delante antes de que la abriesen, así que fue a una cafetería cercana, pidió un café negro y se lo llevó a un asiento cercano a los grandes ventanales de cristal, desde donde podía observar los movimientos de los aviones. Fuera, la vista era espectacular; estaba amaneciendo.

A su alrededor pasaban pasajeros en busca de sus puertas de embarque, unos con prisa y otros con mucho tiempo de sobra. Se cambió de asiento para situarse de espaldas al gran ventanal, se cruzó de piernas y se quedó mirando a cada uno de ellos viéndolos pasar cargados con equipaje de mano, y otros tirando de maletines con ruedas o de niños; meditaba si su vida habría sido distinta, tal vez si hubiese estudiado, tenido una carrera, o una mujer bella e inteligente que supiese aconsejarle sobre cómo organizar la economía de la casa. «Pero yo soy lo que he llegado a ser. Ya no es posible retroceder. Y, ¡qué diablos!, no me arrepiento de nada».

* * *

Durante el vuelo no le estaba resultando nada fácil conciliar el sueño. Al menos mientras hubiera tantas preguntas sin contestación rebullendo en su cabeza. Era consciente de que podía ser una trampa; sabía que el gobierno indio quizá no guardaría su promesa, pero era aquello, lo desconocido, lo que le atraía como una

montaña imantada. Sabía que no tenía otra elección para volver a la India. Debía intentarlo.

Pensó en su conversación con Ramachandani.

—En la India la justicia humana parece ser un mecanismo muy imperfecto, y quizá deba seguir así, en beneficio de gente como usted, la minoría privilegiada —recordó que le dijo en Londres.

—Querido abogado… —le contestó Dawood—. Es el gran capital, el poder del dinero, el verdadero mecanismo que mueve el país. No tiene nada que ver la justicia humana. Le explicaré. Mañana habrá personas que se queden sin su empleo, como valores en bolsa que serán amañados y bancos que jugarán ilegalmente con los ahorros de los pensionistas. Habrá personas influyentes que a través de grandes firmas de abogados conseguirán que se rechace cierta ley que quería el ciudadano medio pero no los ricos, en razón de que se reducirían sus ingresos. Esta es la pura democracia que existe en la India y en el mundo. Es el sistema. *Un mecanismo muy imperfecto*. El dinero es el gran poder donde uno puede salir adelante si se presionan los botones adecuados y si además tiene suerte… ¿Me habla usted de justicia? Le voy a decir lo que es la justicia en la India. Allí, aún rigen las leyes británicas en los códigos que utilizan los juristas, que no son más que un entramado de párrafos que tienen una doble interpretación, o una tercera o incluso más, según a quién le convenga. Por eso es una profesión muy prometedora la de *chartered accountants*, auditores y, cómo no, abogados. En la India los abogados redactan las leyes para que, a su vez, otros abogados las analicen delante de otros abogados a los que llaman jueces, y así otros jueces puedan decir, a su vez, que los primeros no tenían razón y el Tribunal Supremo de Bombay dictamine que el segundo grupo se equivocó. En fin, que las leyes se modifican según la conveniencia de uno u otro, es decir, de los poderes, y de este modo las sentencias en los tribunales, y todo esto no sirve para otra cosa que para dar trabajo a los abogados. Esta es la justicia que reina hoy en día en la India.

Ramachandani, ligeramente ofendido, torció la boca sarcásticamente.

—Debió de ser usted barítono; habla con una voz bien modulada que ha sido un placer escuchar. Desde luego esta noche no me he aburrido. Mucha suerte es lo que le deseo, señor Dawood.

Al cabo de muchas horas. El capitán de vuelo anunció que pronto aterrizarían en Buenos Aires.

Dawood colocó las manos sobre la bandeja plegable. Se las contempló: fuertes, rotundas, venosas, y miró con detenimiento unas manchas marrones que tenía en el dorso. «Me estoy haciendo viejo —pensó—. Creo que los dermatólogos lo llaman queratosis senil. Estas manchas no aparecen hasta después de los cincuenta. Hay algo que no funciona bien. Quizás me encamine hacia una trampa. Llega un momento en que eres capaz de presentir un montaje que no funciona, incluso aunque sabes que no puedes hacer nada para evitarlo».

La atractiva azafata fue realizando su recorrido por el pasillo, con una sonrisa en los labios, comprobando que todos los pasajeros de primera clase tenían los cinturones ajustados.

—Por favor, suba la bandeja y abróchese el cinturón —le dijo con una dulce sonrisa.

Una vez que se sentó en su asiento situado en la parte trasera, divisoria con la otra sección de categoría inferior, la azafata observó al pasajero de rasgos asiáticos que miraba por la ventana como si fuese la primera vez que observara la tierra desde tal altura.

Contemplando las blancas nubes, a Dawood le apareció escuchar un continuo tictac, pero no había nada a su alrededor que justificara aquel ruido.

El tictac estaba en su cabeza.

* * *

Las

SS

—siglas de Schutzstaffel (escuadras de protección)—, dirigidas por Heinrich Himmler, tenían la tarea concerniente a la seguridad del Tercer Reich. Uniformados en un principio con una corbata y gorra negra en la que aparecía la temida calavera (*Totenkopf*), su lema era «Cree, obedece y pelea». En la hebilla de la correa estaba escrito «Nuestro honor se llama lealtad» (*Meine Ehre heisst Treue*). Estar en las

SS

era pertenecer a una especie de sociedad o clan con un estatus muy superior al del resto del ejército, la Wehrmacht; basaban su vida en torno a ese pensamiento. Disponían de su peculiar catecismo, en el que se recogían creencias basadas en la cuasidivinidad del soldado germano, el sostenimiento de la pureza racial aria y el ensalzamiento de Adolf Hitler como un ser a la altura del mismísimo Dios.

En realidad, el papel destinado a las SS era barrer Alemania y Europa entera de elementos que consideraban «indignos de vivir», y exterminar a todos los judíos de la faz de la tierra, incluyendo enfermos, tanto física como mentalmente, homosexuales, periodistas, comunistas, gitanos, liberales, sacerdotes, personas de conciencia y valor; toda persona apodada enemiga del Reich, fuesen mujeres o niños, jóvenes o ancianos. Organizaron y ejecutaron el asesinato de cerca de catorce millones de personas. Lideraron todas las operaciones más importantes de la «solución final». Fueron los responsables del mantenimiento y funcionamiento de los campos de concentración y de los campos de exterminio, en los cuales murieron millones de personas a causa de los tratos a los que eran sometidos, del sobreesfuerzo, de la malnutrición, de las cámaras de gas o de los experimentos médicos. Crueldad, sadismo y una frialdad muy difícil de comprender eran sus atributos. Después de la guerra, los juicios de Núremberg en 1946 declararon a las SS organización criminal, acusada de crímenes de guerra, genocidio y contra la humanidad.

Influenciado por las obras racistas de Darré y por las brumosas teorías del filósofo Rosenberg, Himmler concibió a las SS como «un centro de irradiación de la raza pura». Debía constituir la aristocracia del nuevo orden para el futuro gran Reich. De este modo las SS eran las encargadas espiritualmente de mantener la pureza racial; así, a mediados de 1935, Heinrich Himmler funda legalmente la Sociedad Lebensborn (Sociedad de la Fuente de la Vida). Esta

sociedad se dedicó a la procreación y expansión de la raza aria mediante el fomento de las relaciones sexuales entre miembros de las SS con sus esposas o mujeres solteras y a procurar una maternidad sana y esmerada en maternidades u orfanatos destinados a acoger a los recién nacidos. Los niños eran protegidos por las SS como herederos del imperio nazi y se les procuraba cuidados, atención sanitaria y educativa acorde con los cánones arios.

Conscientes que la guerra estaba perdida, sus miembros más veteranos comenzaron a prepararse en secreto para desaparecer en una nueva vida, planearon canales de escape y elaboraron falsos documentos de identidad. Grandes sumas de oro fueron depositadas en numerosas cuentas bancarias. Cuando los aliados llegaron a Alemania, la mayoría de estos criminales ya habían huido. Los más poderosos cerebros y responsables del Holocausto, que sin embargo nunca habían apretado un gatillo, desaparecieron en 1945. Antes se aseguraron de que los trenes cargados de joyas, oro, plata, diamantes, rubíes, etc., marchasen con destino a los cuarteles generales, desde donde se enviaban para depositarlos a salvo en los bancos de Suiza, Tánger, Beirut y Liechtenstein; junto con los lingotes de oro que consiguieron fundir tras arrancar de los cadáveres los empastes de dientes de oro con ayuda de alicates.

En Argentina, el objetivo de la sociedad secreta neonazi Totenkopfring (anillo de la calavera), era asegurar a las nuevas generaciones de hijos de ex SS un futuro próspero dentro de la sociedad; tomar buenas posiciones en la industria, en el comercio, en la política y en el estado. Además, realizaban a lo largo del año convenciones en Argentina y en el extranjero, donde se reunían con otros simpatizantes y organizaciones con el fin de sentirse unidos como una familia, recaudar fondos, hablar de nuevos proyectos y propagar a las terceras y cuartas generaciones, descendientes de los exiliados nazis, el punto de vista de que los SS de verdad cumplieron su deber como patriotas del pueblo alemán, y

no debían ser merecedores de la persecución a la que la justicia, por presiones de los judíos y otras naciones, les habían sometido.

La sociedad había cambiado de nombre varias veces, para eludir persecuciones judiciales. Se llamó en un primer lugar Blondi, por el perro pastor alemán de Hitler. Pero existía otra razón más lógica por aquella primera designación de la sociedad. Fue en 1941, cuando Martin Bormann, hombre de confianza del Führer por su capacidad para la contabilidad y, por entonces, también director del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán, le regaló una hembra de pastor alemán que cautivó el corazón del dictador nazi, quien sin dudarlo la bautizó como Blondi (rubita). Tras la guerra, el periodista falangista español Ángel Alcázar de Velasco, que había trabajado para los servicios secretos alemanes durante la segunda guerra mundial, ayudó a Martin Bormann a huir a Argentina, donde se dedicó al negocio de exportación de la madera. Tras la captura de Adolf Eichmann, huyó a la Patagonia chilena, a un lugar llamado Región de Los Lagos, en la localidad de Trumao, perteneciente a la comuna de La Unión, ya que la ciudad está conformada por una gran colonia alemana residente desde 1846, producto de un programa de colonización alemana para esta zona poco poblada en la época, y dirigido por el entonces político y diplomático Vicente Pérez Rosales.

Pocos años más tarde la asociación paso a denominarse sociedad secreta de los *Drachenfels*, en alusión a la Roca del Dragón. Cuenta la leyenda que la personalidad de este dragón es burlona y despreciable hacia los humanos. Cree que estos deben desaparecer y son seres inferiores según él. Por ende, otros opinaban que el nombre de la Sociedad se debía a la roca del Rin donde Martín Lutero, traduciendo la Biblia al alemán, vio al diablo y le echó encima el tintero. Sin embargo, la razón de tal nombre se encontraba en una leyenda alemana; Sigfrido, el héroe del *Cantar de los nibelungos*, mató a un dragón que vivía en una caverna en la montaña, para luego bañarse en su sangre y volverse invulnerable. No invulnerable del todo, porque una hoja de tilo se pegó en el torso de Sigfrido y hubo un pequeño trozo de piel que no cobró la garantía de la inmortalidad. De este modo, a la montaña de 321 metros de altura situada en la cordillera de Siebengebirge, cerca de Bonn, en Alemania, se la llama Roca del Dragón (*Drachenfels*).

Durante más de cien años, ha sido un foco de atracción turística para los alemanes, no ajeno a las modas románticas ni a las ideas nacionalistas. El ascenso es una fiesta para la vista, pues alterna el goce del verdor de los bosques circundantes con las perspectivas sobre el cauce del caudaloso río alemán Rin. Entre quienes han ponderado esta imagen están los poetas Heinrich Heine y lord Byron.

Elena Schickendantz nunca conoció a sus padres, a sus abuelos ni a ningún miembro de su familia. Creció en Buenos Aires bajo el cuidado de institutrices y tutores de origen alemán. En su juventud, estudió en internados en Suiza y Austria. Años más tarde supo que su padre fue hijo de un nazi exiliado en la Argentina de Perón gracias a la obtención de un pasaporte con nombre falso por la Cruz Roja internacional, y la ayuda del obispo Alois Hudal con sus rutas de escape a Sudamérica para criminales nazis.

Le dijeron que sus padres, de origen alemán y dueños de un imperio industrial, habían fallecido en un accidente de tráfico, cuando ella era solo una niña. Elena había heredado una gran fortuna guardada en una cuenta bancaria en Suiza. Debido al pasado nazi de su abuelo, por su seguridad, decidieron cambiarle el apellido en la niñez. Elena no pudo saber nada más de sus padres biológicos ni de sus antepasados; no existían cartas, ni fotografías, ni vídeos, ni ropas, ni ningún otro objeto.

Subvencionada con los fondos secretos de su herencia, podía vivir cómodamente el resto de sus días. Desde que sus padres muriesen misteriosamente a finales de los años setenta, los miembros de la sociedad secreta Totenkopfring habían cuidado de su fortuna y realizado su matrimonio concertado. Solo unos pocos conocían la verdadera identidad de su abuelo; unos argumentaban que era Martin Bormann, pero los más tenaces, debido a su extraordinario parecido con Eva Braun, mencionaban entre susurros que la abuela de Elena fue concebida tras una noche de pasión con Joseph Goebbels; otros opinaban que su abuela fue una hija ilegítima de Fritz Thyssen, el industrial y magnate alemán que financió al partido nazi de Hitler en sus comienzos, y que mucho antes de nacionalizarse argentino produjo armas y municiones para el ejército del Tercer Reich.

Los veteranos miembros de la sociedad guardaban un completo

mutismo cuando ella mencionaba a sus padres y abuelos. Su arcano pasado era incluso desconocido por los funcionarios de la alcaldía de Buenos Aires, cuando un día decidió investigar por cuenta propia. Nada fue lo que pudo entrar. Nada, ni una pista o prueba, existía en ficheros, ordenadores ni en internet. En su día contrató a un afamado investigador privado británico, que llegó incluso a viajar a Suiza para reunirse con los banqueros que custodiaban su acaudalada cuenta bancaria, y no pudo conseguir absolutamente ninguna información sobre su familia.

Tenía el cabello rubio, recogido en un moño en la nuca. Su tez era de color oliva debido a que durante los últimos días se exponía en la piscina a los rayos del sol, y con algunas incipientes arrugas, más que por la edad, por las tensiones y el alcohol.

Había cogido al azar un libro de los muchos, quizás más de cinco mil, de la espectacular librería de su casa. Aquel volumen estaba en una estantería bellamente tallada en la que la mayoría de los libros portaban la esvástica nazi.

—*Agradezco a Dios que me permitiera visitar y confortar a muchas víctimas encarceladas o detenidas en campos de concentración, ayudándolas a escapar con papeles falsos* —leyó en voz alta. Cerró el libro de un golpe, lo volvió a dejar en su balda, y tambaleándose fue al minibar a servirse una nueva copa.

—Ya has bebido suficiente —dijo Jorge.

—Ja, ja —le contestó—. Hubiese preferido que a mi abuelo, quien fuera que fuese, no le hubiese ayudado la gente del Vaticano y lo hubiesen juzgado, ahorcado como se merecía, y así yo no habría nacido.

—Pero ¿qué barbaridades dices?

—¿*Qué barbaridades dices*? ¿*Qué barbaridades dices*? —repitió burlonamente—. ¿No llamaban «la línea de las ratas» a aquellas rutas de huida de los nazis alemanes?

—Por favor, Elena —dijo con aspecto molesto tirando el periódico a un lado del sofá—. No empieces de nuevo con esto.

—Así yo no habría nacido, y tú… —se giró y miró fijamente a su marido— y tú no te habrías casado conmigo. Y… así, Dios no me habría castigado con la infertilidad. Porque es eso lo que lamentas, ¿verdad?, que no pueda procrear un vástago nazi y seguir el linaje…

—Por el amor de dios, Elena —le interrumpió Jorge poniéndose de pie visiblemente enfadado—. Ya está bien. Deja ya el vaso y vete a la cama, inmediatamente. No creo que te encuentres en condiciones…

—¿Qué sucede? ¿No quieres oír lo que quiero seguir diciendo? Porque te has casado conmigo porque quieres tener una línea sucesoria de raza aria nazi, ¿no es eso?

—¡Cállate!

—¿Tienes miedo a que nos oigan los criados?

—Elena, ya es muy tarde. Por favor, vete a la cama.

—*Heil, mein Führer*! Ja, ja, ja…

Jorge dio un paso hacia delante y le pegó un sonoro bofetón.

Elena, acostumbrada a aquellos golpes, cambió el semblante, se giró y caminó balanceándose hacia las escaleras. Subió como una docena de escalones, agarrando el pasamanos, se detuvo y se inclinó sobre él. Desde allí arriba le miró con una sonrisa amarga, y murmuró en voz baja con odio contenido:

—Cerdos.

Mientras seguía su ascenso, continuó prorrumpiendo un largo rosario de epítetos y nombres que expresaban lo que sentía por el pasado de su desconocida familia y de los actuales fervorosos simpatizantes como su marido.

Parecía estar borracha, pero Jorge sabía que no lo estaba. Lo que estaba era saturada de una mezcla de medicamentos. Su cuarto de baño parecía una auténtica botica con tantos frascos, pastillas y medicinas de todos los tamaños y colores. Una persona en tales circunstancias solo reaccionaba de la forma en que ella lo solía hacer; sobre todo lo hacía para irritarle porque era consciente de que su matrimonio había acabado en una farsa.

Su marido también era descendiente de nazis alemanes que habían huido de Alemania tras la guerra a través de la llamada «ruta de las ratas». Pero a diferencia de ella, Jorge se sentía orgulloso hasta el punto de ser un miembro activo de una de las mayores organizaciones internacionales neonazis.

Ambos habían regresado de un viaje de tres días a Londres, donde participaron en la reunión anual internacional de las
SS
en el hotel Grosvenor, promovida por varias organizaciones

neonazis como Stille Hilfe, encabezada por Gudrun Burwitz, hija de Heinrich Himmler, y por la sociedad secreta Totenkopfring de Argentina.

Jorge Wilhelm Müller, comisario inspector del departamento de Policía de Investigaciones e Inteligencia Criminal de Buenos Aires, era conocido como un hombre metódico que odiaba la publicidad y que jamás había concedido la clase de conferencias de prensa sobre las cuales algunos de sus colegas habían levantado el edificio de su reputación. Sus brillantes ojos azules, tórax robusto y rostro implacable le habían merecido miradas de admiración de no pocas mujeres. Su aspecto podría parecerle un sueño hecho realidad a un guionista de películas detectivescas: el oficial de policía todo musculatura pero de escaso intelecto. Pero a él no le preocupaba causar esa impresión; sabía que la gente se muestra menos cauta, menos reservada, ante un policía algo despistado que parece incapaz de decir exactamente qué día de la semana es en tan pocos segundos como los que se tarda en castañetear los dedos. Generalmente los criminales se encuentran entre rejas antes de advertir ese error. Jorge disponía de una mentalidad de primer orden, discurría a una velocidad pasmosa y obraba con la misma rapidez.

Él no era una persona que se irritara fácilmente, pero aquella noche se sentía encorajinado. Gracias a que a lo largo de muchos años había estado participando y dando su apoyo a la causa neonazi, los veteranos socios de honor lo habían encumbrado en el cuerpo de policía, ya que tenían contactos dentro del gobierno y en las más importantes y altas esferas.

En verdad, encontraba abrumadores los problemas que planteaba ostentar un cargo como el suyo. Él había comenzado su carrera como simple agente y tras su ascenso se había pasado el tiempo atrapando a criminales por el simple procedimiento de tener los ojos un poco más abiertos que los demás.

Tan pronto perdió de vista a su mujer, su teléfono móvil comenzó a sonar en algún lugar del interior del salón.

* * *

En Londres no había tenido tiempo de descansar después de haber llegado procedente de Lahore; el vuelo con destino a Buenos Aires había salido con retraso; y en el avión no había conseguido incluso echar una cabezada, a pesar de haberse tomado tres cargados *whiskys* con el fin de adormilarse; por el cambio de horario estaba padeciendo eso que denominan como *jet lag*.

Era ya de madrugada cuando tomaron tierra en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza, la principal terminal aérea internacional de la República Argentina, situado a unos 35 km al sudoeste de la ciudad de Buenos Aires. Pasaron en fila al vestíbulo de inmigración a través de las puertas de cristal. Tras atravesar el control de pasaportes, cruzó un pasillo y las puertas se abrieron de par en par; frente a él numerosas personas esperaban a recibir a los pasajeros, algunos de ellos saludando con alborozo a sus parientes.

Comenzó a llover fuerte. Dawood, con paso rápido, se dirigió hacia las arcadas que conducían a la parada de taxis. Le mostró al conductor la dirección del hotel apuntada en un papel, y con diligencia se puso en marcha.

Tal y como le había informado el abogado Ramachandani, se dirigió a un astroso hotel del barrio porteño de La Boca situado en la desembocadura del Riachuelo en el Río de la Plata. Lleno de conventillos, originalmente fue un barrio que albergó inmigrantes europeos, españoles y principalmente italianos de Génova. Durante el día, por las calles aledañas se solían montar las ferias de artesanos y de *souvenirs*. También, los típicos cafés con un estilo de antaño abrían al público.

Los edificios de la calle eran viviendas desmoronadas y casas de pensiones. El agua del fuerte chaparrón gorgoteaba en los viejos conductos y caía con energía por los desagües. Después de echar un vistazo a aquel viejo edificio, suspiró, pagó al conductor, abrió y cerró tras de sí la puerta del taxi.

Era un edificio de seis plantas. La fachada de la planta baja era de bloques de piedra sin revocar, y de ahí para el ático los ladrillos estaban cubiertos de un cemento grisáceo.

Antes de entrar tuvo que recordarse, con cierta ironía, el motivo de su presencia; «Por la India, mi nombre y mi familia».

Era un vestíbulo pequeño, con solo tres sofás y un mostrador de recepción al fondo. Dawood, un hombre billonario que podía permitirse comprar todo el vecindario, no pudo recordar cuándo fue la última vez que estuvo en un hotel que desprendiese tal podredumbre. En un lado había tres señoritas excesivamente maquilladas. Caminando hacia la recepción les echó una mirada de reojo y dedujo que eran prostitutas. El gerente, detrás del mostrador, bizco y tan gordo como un eunuco oriental, hizo un gesto como preguntándole si quería una.

Dawood negó con la cabeza.

—*No, Carmen, no insistas* —dijo el hombre en español desde detrás del mostrador de recepción—. *El señor no quiere. Quizás mañana.*

El gerente era un hombre de unos cincuenta años, de poblada cabellera con un mechón que le caía sobre los ojos, y que nerviosamente, con gesto afeminado, volvía a su sitio varias veces por minuto.

Una prostituta bajó las escaleras y, cuando cruzaba el vestíbulo para sentarse junto con su compañera, reparó en la presencia de Dawood, dio un silbido en alusión al dinero que tendría, y dijo con gracia, moviendo sus anchas caderas:

—*Hola, pollito…*

Dawood le echó una mirada de arriba abajo. El rostro de la prostituta era cuadrado, de singular fisiología; parecía no haber sido joven nunca, sensación que sus gafas oscuras de cristal pequeño no disimulaban en absoluto, y además resultaba raro que las llevara puestas no habiendo sol. Su edad podría ser cualquiera. «En definitiva —pensó Dawood— una auténtica parodia de mujer, sucia y miserable».

—*El señor está muy cansado. Quizás mañana, preciosa* —se adelantó a decir el gerente, con tono autoritario. Después echó un vistazo a la elegante presencia de Dawood. Le habló en inglés—: Le voy a dar a usted una excelente habitación. Da a la calle, y por las mañanas podrá apreciar el bello amanecer. Según el parte meteorológico mañana y el resto de la semana el tiempo será soleado, estupendo. Se podrá tumbar en el balcón. Además, en su interior tiene cuarto de baño con ducha. Ahora que ha dejado de llover echaré los toldos, y así cuando amanezca la luz del sol no le

molestará.

—Muy considerado —dijo Dawood cortésmente; cansado y con ganas de irse de ahí, y añadió en español—: *muchas gracias, señor*.

—El caballero sabe español y, además, *muy bien*. Le daré una habitación solo reservada para huéspedes con estilo.

—Ja, ja y ja —espetó con tono burlón la prostituta de las pequeñas gafas negras.

El gerente, dirigiéndose a la mujer, alzó la palma de la mano al aire como gesto de enfado.

Aquel hombre hablaba inglés perfectamente, pero el acento era muy español. Como el movimiento de las olas, le parecía simpática a Dawood esa pronunciación del inglés que hace subidas y bajadas, que a oídos de un asiático dan la sensación de no tener nada que ver con el sentido de la frase. Bamboleando femeninamente las caderas comenzó a buscar por los cajones del mostrador de recepción un bolígrafo que pudiese escribir. Probaba sobre un periódico usado uno detrás de otro, pero ninguno funcionaba, hasta que dio con uno de publicidad de una cercana pizzería italiana. Dawood le arrebató con rapidez el bolígrafo de la mano. Encogiéndose graciosamente de los hombros dejó que cumplimentara él mismo la hoja del registro, sin tomarse la molestia de comprobar el pasaporte del nuevo huésped, como exigía el reglamento. Dawood tenía la reserva bajo el nombre falso de Ashwin Srinivas.

Una vez dentro de aquella habitación pequeña, opresiva e impersonal, se tumbó vestido boca arriba en la cama. Podía haber sido un lugar para una despedida o un breve e intenso encuentro lleno de pasión, o para beber unas copas y charlar; no parecía un sitio para turistas extranjeros, sino más bien para darse un revolcón.

Según las instrucciones de Ramachandani, no debía salir del hotel hasta la hora estipulada para la reunión con su enlace, el cual le proveería de la información del trayecto del diplomático iraní y la ayuda logística. Salió al balcón de ornamentales barandas de hierro forjado. El cielo estaba cubierto por una manta oscura. Las calles iluminadas por las farolas. Estaba todo en silencio y no había ruido alguno de vehículos. Había dejado de llover y el olor era fresco. Respiró hondo. Dejó la puerta del balcón abierta, volvió al interior de la habitación y se tumbó vestido sobre la cama. Pudo

escuchar cómo el gerente desde el portal, con ayuda de un largo gancho, bajaba los toldos mientras a voz en grito increpaba a una prostituta sobre el modo de dirigirse a los clientes.

La presencia de aquellas mujeres le había recordado la necesidad que tenía desde hacía ya tiempo de una mujer a su lado. Los recuerdos de su primer amor lo transportaron al pasado.

* * *

Dawood solía frecuentar una serie de tiendas exclusivas en el sur de Bombay donde la gente elitista y con clase solía acudir a hacer sus compras. Solo la flor y nata de la sociedad india, *la crème de la crème*, y la comunidad de extranjeros residentes se podían permitir el elevado costo de los productos puestos en venta.

En más de una ocasión veía a una joven alta y esplendorosa. Se quedaba como un tonto de pie, a un lado del jardín bellamente cuidado, observándola entrar, salir de una tienda y caminar hacia otra.

Se llamaba Priyanka Bedi, de origen punjabi, de religión sij. Su cuerpo era voluptuoso, sus ojos negros eran inteligentes, tenía el pelo negrísimo y el rostro delicadamente modelado; una cara redonda perfecta, unos hoyuelos en los mofletes que cuando sonreía le daban una imagen sensual y atractiva al mismo tiempo. Era en extremo atractiva; tenía esa figura que muchas personas se volvían a mirar. Para ella era tan natural que los hombres la admirasen, como el hecho de que el sol amanece cada mañana por el este y se pone por el oeste.

Pocos hombres no podían sino caer rendidos por su personalidad, y Dawood no fue una excepción. Como un joven enamorado, era capaz de hacer las cosas más tontas y sin sentido. Un día que fue a aquel suntuoso centro comercial para comprar cigarros, se armó de valor para entablar una conversación con ella.

Fue exactamente como cuando el director de una orquesta da unos golpecitos en el atril con su batuta, alza los brazos y los inmoviliza en el aire. Pareció que por un instante cesaban todos los ruidos del tráfico colindante.

En aquel momento Priyanka había terminado sus compras y se

dirigía a la zona del *parking*.

—Es usted una joven muy atractiva —dijo sin más preámbulos, con una sonrisa amable, de un candor exquisito—. Iría más lejos aún en afirmar que es usted una princesa de cuento de hadas.

—¿De veras? —le miró especulativamente, con un atisbo de coquetería. La espontánea vivacidad de aquel hombre le divertía y se dejó cortejar—. Debe de estarse preguntando qué es lo que he venido a hacer aquí —dijo la joven observándole con ojos penetrantes.

Dawood negó con la cabeza, al mismo tiempo que sonreía. Sus dientes blancos y fuertes brillaban al sol.

—No, no me bastan motivos; me basta con saber que está aquí y que puedo contemplarla.

—Es usted muy amable y muy simpático. Nada de lo que me imaginaba.

—Ah, no me diga que se había molestado en pensar cómo sería yo… Eso quiere decir que en algún momento he llamado su atención. Digamos que mi encanto físico es… ¿cómo se podría describir…? ¿Irresistible?

Ella soltó una fuerte carcajada.

—Iré con usted hasta el final del jardín, donde espera mi chófer —dijo con un simpático estadillo de buen humor—. ¿Le importa que le haga una pregunta?

—No, no me importa. Déjeme que le lleve esas bolsas.

Dawood caminaba junto a ella, cargado con la compra de la joven, pero guardando las distancias. Cualquiera que lo viese opinaría que era el chófer quién llevaba las bolsas.

—Dígame, ¿qué tengo de malo?

—¿Qué quiere decir con eso? —respondió Dawood.

—Sabe perfectamente lo que quiero decir. Soy una muchacha normal, más guapa que fea, y en opinión de algunos de mis amigos, bastante atractiva —dijo.

—Opino como ellos: es usted bastante atractiva.

La miró de soslayo para observar su reacción, y añadió:

—Pero no espere que pierda yo la cabeza hasta el extremo de raptarla o algo por el estilo.

Ella rio de nuevo y se quedó con un rubor en las mejillas que enardecía su encanto.

—Lo que quería decir es que me ha visto usted unas quince veces, y hasta hoy no se atrevió a entablar conversación conmigo.

—Ah, eso es porque me gusta usted mucho más de lo que se imagina, por eso me he tomado mi tiempo. Jamás consentiría en hacer el papel de príncipe consorte, ni siquiera para conseguirla a usted. Prefiero quedarme en la orilla del río. Es la orilla de los pobretones, pero también somos felices.

—Pues este sitio no es barato, y por lo visto es usted un cliente muy habitual.

—Bueno…, digamos que, para serle sincero, la mayoría de estas tiendas venden la mercancía que importo yo del extranjero.

—¿No me diga? —preguntó totalmente sorprendida.

Aquel comentario dejó a Priyanka sobreexcitada, impaciente y rabiosamente contrariada.

Un chófer muy delgado, pulcramente uniformado con gorra y chaqueta de botones, conversaba con el guardia de seguridad a la entrada. Tan pronto vio a Priyanka su semblante cambió, desapareció y regresó con un vistoso coche Contessa. Abrió la portezuela y la joven entró. El diligente chófer cerró con tanta delicadeza como si estuviera cerrando la tapa de un joyero. Luego cogió las bolsas que Dawood le tendía, dio la vuelta al coche para dejarlas en el asiento del copiloto y, finalmente, regresó al asiento del conductor. El coche ronroneó educadamente, dio marcha atrás y se incorporó al asfalto.

Ella echó una mirada hacia atrás y vio a Dawood de pie en el borde de la acera, mirándola. De pronto una curva del camino borró su imagen y ya no lo vio más hasta el día siguiente, cuando él estaba esperándola para invitarla a comer.

Desde entonces, la pareja se convirtió en inseparable.

* * *

Siendo un mafioso con aspecto de gánster, y además musulmán, no compaginaba mucho con una joven elegante, con modales educados, mucho más alta que él. Aun así, ambos se sentían enamorados. Aunque juntos, a los extraños no les pareciesen una pareja, sí que existía química entre ellos. Estaban hechos el uno

para el otro.

Dawood adoraba lo organizado en cuestión de amor; como tener un centro de ideas, una certeza; que no fuese un enamoramiento incierto y vago. Él quería el amor sellado y firmado y con la licencia pagada. No era un amante. Saliendo a cenar con Priyanka y a pasear juntos por las calles, entretenidos en conversaciones triviales, ya se sentía como un hombre casado.

De vez en cuando, Sultán y Sher-Khan le oían canturrear entre dientes alguna popular canción de una película musical de Bollywood recientemente estrenada.

La relación duró casi tres años. Priyanka vio en Dawood a una persona que nadie podía ver ni notar que existiera. La gente solo reconocía en él al mafioso violento, astuto y en ocasiones brutal. Pero ella vio en él a una persona cariñosa, detallista, y con un lado romántico.

Con el transcurso del tiempo, llegó el día en que los padres de ella se enteraron de que salía con el famoso gánster. Tenían motivos suficientes para oponerse; en primer lugar, Dawood era musulmán, y en segundo lugar, tenía fama de ser un criminal. Sin demora se dedicaron a buscar, según su criterio, a mejor partido de inmediato.

—Es una persona sin escrúpulos. Un rufián, y de la peor calaña; no es de la clase de caballeros que estamos acostumbrados a tratar tu madre y yo —le espetó su padre—. Lo sé todo acerca del *famoso* gánster Dawood Ibrahim, cuya respuesta para todo es la misma, la violencia.

—Para un hombre de su existencia no resulta difícil embaucar a una muchacha tan joven e inocente como tú —añadió su madre.

—Os seré franco a ti y a mamá. Considero a un mafioso como Dawood menos culpable que los que defraudan a los contribuyentes construyendo puentes defectuosos y hospitales que se caen a pedazos un año después de haber sido levantados.

—¡Por Dios, hija! Escúchame —dijo su madre—. Las madres tenemos un sexto sentido en lo que respecta a los pretendientes de las hijas. De vez en cuando, en el colegio, con las amigas, en un restaurante o en una tienda, conoces a un hombre que no es exactamente lo que aparenta ser. Es normal en la vida de una mujer esa experiencia. Pero Dawood no es que se diferencie físicamente de

los demás, sino que es ese sexto sentido el que advierte a una madre considerada hacia su hija de que no es un hombre absolutamente normal.

—Aún eres muy joven Priyanka. Dentro de un tiempo tendrás más experiencia y sabrás distinguir entre un hombre correcto y decente y los tipos como *ese*. Pero entre tanto, mi deber como padre es procurar por todos los medios que no caigas en manos de rufianes y personas como él.

—Tal vez estéis intrigados al comprender que mi novio procede de otra esfera y es distinto a los que siempre vosotros habéis tratado…

—¡Mi novio! Ya he tenido suficiente —dijo el padre empleando una voz áspera y hostil—. Un hombre con mi experiencia, que ha creado su propio negocio próspero y fundado un imperio industrial con su propio esfuerzo, no se va a dejar influir por nadie, ni siquiera por su propia hija. Tengo ya bastante con mis propios problemas en mis honrados y legales negocios para que además me venga la histérica de mi hija a complicarme la vida por culpa de un indeseable, ¡de un tahúr!

La madre dominaba una agotadora tensión nerviosa y ocultó el rostro entre las manos en un exceso de desesperación. Comenzó a sollozar.

El padre continuó:

—Se habrá pensado que las jóvenes mujeres de la alta sociedad crecen mimadas por sus padres y que están dispuestas a correr pequeñas aventuras, y ya que no ha tenido la decencia de querer mostrar interés alguno en conocernos, a juzgar por esto, lo que ha visto en Priyanka es que no la considera mejor que las otras.

—¡Seguro que tiene otras! —exclamó la madre levantando las manos al aire—. Pues claro… ¡Cómo no! Las chicas que andan pavoneándose por las tiendas no consiguen nunca un noviazgo formal. —La madre dio unos pasos hacia adelante, y con lágrimas en los ojos, prorrumpió con angustia—. ¿Te ha hecho el amor? Dime, hija, ¿eres aún virgen?

—Esto puede dañar muy seriamente un próspero matrimonio —prorrumpió el padre con tono amenazador, blandiendo el índice en el aire, moviéndolo arriba y abajo—. Las mujeres solo son jóvenes una vez.

—En esta ciudad excesivamente consciente del sexo, ¿es que no es posible que un hombre y una mujer se conozcan, salgan a pasear, se rían, vean una película en el cine y hablen sin intervención directa de la cama?

La joven se quedó inmóvil, medio en trance. Nunca pensó que aquel tipo de conversación con sus padres pudiera tener lugar.

—¡Dímelo! ¿Has perdido la virginidad? —preguntó de nuevo su madre.

—Resultaría muy estúpida si lo negase y me comportase de manera tan victoriana. Pero solo te diré que un beso no significa gran cosa en los tiempos que corren.

—Llegará el día en que te engañe con otras. Sí, sí. Que te lo digo yo. Tu padre. Llega un tiempo que un tipo como *ese* ya no aguanta más a la misma mujer. Probablemente ni él mismo lo sabrá, porque es una actitud inherente en una persona de sus características. Un desquiciado. Un psicópata.

Para Priyanka fue como si le echaran un cubo de agua muy fría en pleno rostro. Se levantó hecha una furia. Había estado prestando atención al principio, pero de pronto su semblante quedó demudado. Asumía que sus padres jamás aceptarían a Dawood.

—¡No, no, no, no…! —chilló como una loca, en un acto de rabia espontánea.

Su padre le dio una bofetada que restalló como un latigazo. Quedó inmóvil. Sus dedos habían dejado huella en el rostro moreno de su hija, que respiraba como si le faltara aire. Anteriormente nunca le había puesto la mano encima. Lentamente, Priyanka se llevó una mano a la mejilla y se la frotó con suavidad.

Cuando habló su voz era normal.

—Lo siento —dijo pacientemente—. Por un momento habré perdido la razón. De acuerdo. Subiré arriba a mi cuarto.

Aquel día, para evitar que se reuniese con él, la encerraron con llave en su dormitorio, y le prohibieron que saliera fuera.

A través del chófer de la familia, Dawood se enteró. Hecho una furia, se dirigió a la residencia blandiendo un machete que cogió por el camino a un vendedor callejero de cocos de agua.

Después de destrozar la puerta principal, se dirigió a la habitación cerrada de Priyanka y a golpes la emprendió con la puerta.

Los sirvientes gritaban llamándose los unos a los otros, la madre desde el rellano comenzó a pedir auxilio. El padre subió corriendo y se encaró verbalmente con Dawood.

—Te seré franco, señor Dawood, mi hija pude elegir libremente con quién se quiere casar, será su elección, pero que sepa que si le elige a usted como marido, se quedará huérfana. Mi esposa y yo seremos capaces de tirarnos desde la ventana de un edificio alto o ahogarnos en el mar.

La puerta del dormitorio de la joven estaba destrozada; a través de la madera rota se podía ver en el interior a Priyanka sentada en el suelo, sollozando.

Dawood se calmó. Dijo en voz alta:

—Los comprendo. Habrán escuchado y sobre todo leído acerca de mí. Son cosas que uno lee en la prensa y oye por la radio o a terceras personas, pero siempre se trata de gente desconocida; nunca es uno mismo o gente que uno conoce. Puedo prometerles que mis negocios nunca se interpondrán de manera negativa en la relación de su hija conmigo. Durante el tiempo que Priyanka y yo hemos pasado juntos, no ha habido momento alguno en el que ella corriera peligro, ni nunca sucederá.

Había destrozado la puerta principal y la del dormitorio, hablaba con un machete en la mano y su profesión era la de gánster. Pocos motivos fehacientes tenía para convencerlos, pero él estaba ciego de amor. El padre, determinado en su decisión, movió negativamente la cabeza.

—No, no y no —le espetó.

—Estoy dispuesto a hablar con usted con calma —añadió Dawood—. Aunque el mundo se hundiera, tendríamos que afrontar las circunstancias con serenidad, ¿me comprende? Unos minutos más no representan gran diferencia. ¿Por qué no se sienta? Hablemos como personas educadas. Hagámoslo, por favor. Siéntese.

Tras caerse en pedazos la puerta del dormitorio, la madre entró en la habitación corriendo y se tiró al suelo para abrazar a su hija, que no dejaba de llorar.

Antes de que Dawood y el padre de Priyanka se fuesen abajo a entablar conversación, ella se levantó, y dijo sofocada desde el pasillo:

—¿Cómo personas educadas? No quiero casarme contigo, lo

siento de corazón. No quiero verte nunca más. No quiero estar contigo, no. No quiero verte ¡jamás!

Él la miraba como un hombre que contempla lo que ama pero que nota que se le está yendo fuera de su alcance.

—Pero… no es eso lo que pensabas —dijo paralizado por aquel cambio. Sus ojos la miraron sorprendidos—. ¿Has podido cambiar la opinión respecto a mí en tan poco tiempo?

—¿Quieres saber lo que pienso de ti? —le espetó Priyanka manteniendo su mirada fija en él, con una mirada penetrante a la vez que desencajada. Habló lenta y deliberadamente—: Bien, te lo diré. Pensé que eras un gánster con suerte, y que después de haber ganado un montón de dinero por los procedimientos usuales en esa clase de gente, habías decidido enterrar el pasado y en lo sucesivo vivir como un hombre decente. Pero viéndote con ese machete en la mano, romper mi puerta como un loco y comportarte así delante de mis padres, lo siento, no. ¡No quiero verte jamás!

Ella entró en su habitación y se volvió a sentar al pie de la cama junto con su madre.

Dawood se dejó caer pesadamente en un escalón de la escalera de mármol y se cubrió el rostro con ambas manos. Su cuerpo temblaba visiblemente.

Ahora el padre de Priyanka tenía razones para sentirse exultante, lleno de arrogancia al ver de pronto al temerario gánster y conocido mafioso en tal estado. De pronto sintió que tenía todos los triunfos en la mano y que su antagonista, el millonario mafioso, se hallaba completamente desmoralizado. Pero en lugar de sentirse satisfecho, experimentó una honda piedad por él y optó por guardar silencio.

Durante un momento Dawood estuvo indeciso, no sabía qué hacer, si cogerla del brazo y llevársela por la fuerza. Podría hacerlo, pero era consciente de que nadie debe forzar a una persona para que le ame.

Se puso de pie, dio unos pasos hacia delante y desde la entrada del dormitorio, dijo:

—Bien, voy a serte sincero, Priyanka. Tú no perteneces a mi mundo. A partir de este mismo momento no continuaremos siendo amigos, ni tendremos una relación ni pensaremos en algo más allá. Nunca haré nada por intentarlo. Admito que hemos simpatizado; te

he querido más de lo que sabría expresar, y tú has encontrado en mí a un hombre distinto que te ha atraído y que yo ignoraba que existía dentro de mi ser. Me marcho para siempre, como es tu voluntad y la de tus padres. Ellos no tendrán que vivir ocultándose de nada ni de nadie al avergonzarse de una persona como yo que intime con su única hija. Los respeto. Siento mucho lo sucedido y pido mil disculpas. Mañana mismo vendrán a reparar los destrozos que he causado. Tus padres te aman muchísimo y lo comprendo. Buenas noches.

Con lágrimas a punto de surcar sus mejillas, Dawood bajó despacio las escaleras, soltó el machete y salió por la puerta para nunca más volver.

Priyanka ya no lloraba. Se sentía como si alguien hubiese muerto dejándola sola y asustada; asustada de sí misma, asustada de no poder recordar con claridad lo divino de ser amada.

Caminando sin rumbo por la calle, Dawood no entendía qué le estaba pasando. Era como si le hubiesen apuñalado el corazón. Nunca se pudo imaginar que sería rechazado por algo que pudiese conseguir por dinero, una mujer. No había pensado anteriormente en qué opinión tendrían los padres de Priyanka acerca de él. Incluso en el ambiente tan salvaje en el que vivían sus negocios, no había experimentado jamás aquel dolor interior que le produjo que ella le hubiese hablado como lo hizo al romper la relación.

—Me ha dejado. Me ha dejado. Me ha dejado… —repetía tras salir de la residencia.

Las lágrimas parecían huir voluntariamente de sus ojos. El mundo de Dawood se hizo añicos como un jarrón de porcelana embestido por un tren. Nunca se había considerado un romántico, pero su relación con Priyanka lo había transformado.

Ahora, tras aquel rechazo, quedó concienciado de que las mujeres no debían interferirse en su camino, y que no eran merecedoras de tantas atenciones como él había profesado a Priyanka Bedi. Decidió no amar nunca más a una mujer con esa intensidad.

Prometió no enamorarse de nuevo.

Con el paso de los días, se vio con la terrible sensación de soledad, de haber perdido algo valioso, de haber cometido un error irreparable al haberse presentado en la casa de Priyanka con un

machete en la mano y destrozar la casa delante de sus padres. Ante la sorpresa de muchos que pensaron que le daría a la bebida para olvidarse de aquella amarga experiencia, rehusó beber alcohol. Fe, esperanza, confianza y credulidad, todo desapareció de golpe, en un instante. Solo quedó odio. Odio contra el sistema de clases, contra las religiones, contra la sociedad.

Cuando le ofrecían la posibilidad de pasar la noche con una actriz de Bollywood o una modelo reconocida por su esbelta figura, rechazaba el ofrecimiento. Se convirtió por completo en una persona misógina. No le convencían ni con la convicción que llevaba la frase «Olvídalo, es solo una mujer… Siempre ocurre algo así cuando se trata con mujeres de familias con dinero».

De vez en cuando Sultán le veía con aspecto melancólico canturreando una famosa canción de una película clásica, en la que actuaba el famoso actor Dilip Kumar, de origen musulmán, cuyo verdadero nombre era Muhammad Yusuf Khan; se cambió el nombre por uno de religión hindú para ser aceptado en la industria del cine indio: *Dil Diya Dard Liya: Guzre hain aaj ishq mein, hum uss maqam se, nafrat si ho gayi hain mohabbat ke naam se* […] (Hoy he pasado la etapa de enamoramiento en la que no puedo ya soportar la palabra amor).

* * *

Jorge se dirigió con diligencia al salón para contestar la llamada telefónica.

—¿Diga?

—Comisario… —dijo una voz profunda, inconfundible.

—*Jawohl, herr Hauptsturmführer* —fue la respuesta inmediata tras haber reconocido de quién procedía la llamada.

—El indio ha llegado a Buenos Aires. Su avión procedente de Londres acaba de aterrizar. En estos momentos estará de camino a su hotel. El otro indio, quien le va a asistir, llegará por la noche. Una vez más le comunico muy claramente que si algún detalle o la impresión general del asunto llegan a hacerse públicos, caerá más de una cabeza. Hágalo de la forma más discreta y minuciosa posible. Ya conoce usted las instrucciones. Le deseo buena suerte.

—Zu Befehl, herr Hauptsturmführer.

11

El funcionario indio se encontraba escribiendo en el ordenador portátil, y George atendía el teléfono móvil en la otra estancia, cuando Eduardo entró en la *suite* llamándoles a los dos la atención tras haber recibido una llamada telefónica.

—Señores, todo marcha según nuestros planes —dijo mientras se servía con rapidez una copa de Hesperidina mezclada con agua tónica y se la bebía con rapidez, con cierto nerviosismo—. Les anuncio que nuestro hombre ha llegado a Buenos Aires, se registró en el hotel Princesa del barrio de La Boca, y ahora mismo se encuentra allí. Su amigo llegará en el vuelo de esta noche, y hoy a la hora del almuerzo, según lo previsto, tendrá la reunión con usted, señor George, en el restaurante Casa Julio.

—Vaya, eso sí que se merece un brindis, pero con clase —comentó el indio mientras cerraba su ordenador; se puso de pie con agilidad y se dirigió al armario-frigorífico, cogió un abrebotellas y una pequeña botella exclusiva de vino blanco—. Ya es prácticamente nuestro, caballeros.

El indio ofreció a cada uno un vaso de vino.

—Señores —dijo el argentino tras beber su copa con prisas—, voy a informar de inmediato a mis amigos de la llegada de Dawood, no me gustaría que algún listo con ganas de promoción en los servicios secretos de mi país dé con el terrorista más buscado del mundo aquí en Buenos Aires, y nos lo arresten antes de cumplir su cometido. Aunque todo esté funcionando como lo planeado, tengo una sensación algo especial sobre el tal Dawood. Inquietud. Discúlpenme.

Tras salir Eduardo de la *suite*, George se acomodó en el sofá disfrutando del vino; se sentía hablador.

—Si quiere que le sea sincero —comentó—, Dawood me parece

un hombre de excepción por haber decidido emprender este viaje.

—En mi larga experiencia con los servicios secretos de mi país, querido amigo, le debo decir que algunas personas toman sus decisiones morales sobre la base de la personal evaluación de lo que está mal y lo que está bien. Conociéndole, no creo que le importe asesinar a un hombre, y él cree que hace bien en volver a la India.

—Bueno… frecuentemente, las circunstancias modifican las acciones. Y en nuestro caso quizás la cantidad de dinero que se le ha ofrecido ha podido ser un aliciente en tomar la decisión de venir hasta aquí. Imagínese, todo ese dinero en metálico y sacándolo del país por la vía diplomática.

—En la India, en nuestro departamento, a Dawood lo conocemos muy bien. Es una mente retorcida ese hombre. Pero no, no lo hace ni mucho menos por el dinero. Tenga en cuenta que es una de las mayores fortunas del mundo, y lo tenemos alojado en un antro, en un sucio hotel. ¿Qué persona con tantísimo dinero cometería la temeridad de ir a un país extranjero a asesinar a un hombre? Nadie.

El estadounidense asintió mientras se servía otra copa, se volvió a acomodar en el asiento, y añadió:

—Por otra parte, Dawood hace lo que hace porque no puede hacer otra cosa, ¿no? Si quiere volver a la India, no tiene más opción que la que le hemos puesto en bandeja, venir a asesinar a una persona, alojarse en ese sucio hotel.

El indio se recostó en el sofá y, alzando el cuello, dijo en modo pensativo:

—*Hace lo que hace, porque no puede hacer otra cosa*. ¿No es eso lo que decía Martín Lutero? Gente así puede hacerles la vida imposible a los demás.

El estadounidense, algo confuso, se quedó mirándole sin comprender qué era lo que pretendía decir.

—Justo hará veinte años desde que cometió el asesinato de un prominente gánster en Bombay —comentó el indio—. Vació todo el cargador de su revólver sobre el cuerpo del mafioso Karim Lala. Perseguido por la justicia, aquel mismo día, junto con su cómplice y leal amigo, Sultán, tuvo que huir con pasaporte falso a Dubái. Desde aquel episodio nunca volvió, se convirtió en un proscrito en busca y captura.

—¿Karim Lala? —preguntó con tono meditabundo George—.

No, no me suena.

—Fue un mafioso muy conocido en Bombay durante la década de los años setenta y principios de los ochenta. Utilizaba el soborno tanto como las balas para lograr sus propósitos. Manejaba mucho el contrabando, pero en menor medida que Dawood. No vacilaba en agregar a su vasta lista de pago a ministros y políticos. Hasta en el gabinete de Indira Gandhi había ministros bajo sueldo mensual de Karim Lala. Tenía un pie metido en la industria del cine de la India, Bollywood. Hasta quería que se realizase una película basada en su vida. De hecho estaba obsesionado con ello. Fue un mafioso muy influyente. Hasta que lo eliminó Dawood.

—Y ¿qué es lo que pasó? —preguntó George con el ceño fruncido; se levantó pausadamente, fue al pequeño refrigerador camuflado en el armario empotrado, donde habían dejado la botella y se sirvió un poco más de vino blanco.

—¿Qué es lo que pasó? Pues que Dawood lo cambió todo. Todo el flujo de dinero negro que se movía en la producción de películas de Bollywood. Según dicen, cuando el atentado de Bombay en 1993, la Oficina Central de Investigación inició una campaña internacional contra la delincuencia organizada. El gobierno central renovó su apoyo a la industria cinematográfica y de este modo la financiación a través de subvenciones fue un aspecto crucial en el comienzo de una nueva era en Bollywood. Hasta se redujo considerablemente el impuesto de entretenimiento, y así pues, la inversión privada se incrementó, lo que ayudó a la modernización de la industria en términos de equipos y técnicos especializados. Incluso se firmaron acuerdos internacionales de asociación de coproducciones, que permitió a grandes empresas europeas y estadounidenses a invertir en la industria del cine de la India. Todo esto contribuyó a que el crimen organizado perdiese su posición previamente crucial como el financiador principal de las películas. La mafia estaba invirtiendo dinero en producciones y controlando todo *Filmcity* desde los años setenta. Actualmente existen nuevas fuentes legítimas de financiación, y los jefes de la mafia, como eran en su día personajes como Karim Lala, ya no son figuras centrales, bueno… prácticamente ya son inexistentes.

—¿Y todo esto lo cambió Dawood asesinando a una persona?

Después de un breve silencio, Deepak añadió:

—Sí, tras la muerte de Karim Lala como principal financiador de películas, lo cambió todo. Pero, fíjese, Dawood ha seguido sistemáticamente haciéndonos daño, ha querido dañar a la industria del cine indio mediante la piratería. Análisis recientes nos han demostrado que organizaciones criminales con sedes en Bombay, a través de sus conexiones con Dubái y Pakistán, son capaces de influir en la piratería mediante el fraude sistematizado por empresas distribuidoras localizadas por Oriente Medio. Nosotros, las fuerzas del orden, nos hemos incautado de miles de
DVD
ilegales hechos de copias robadas de las películas, listos para ser exportados por la empresa de la organización criminal de Dawood Ibrahim. La presencia en el mercado negro es cada vez mayor y el daño podría ser devastador si sigue de este modo, especialmente en el mercado internacional, donde las películas de Bollywood obtienen un considerable porcentaje de sus ingresos totales.

—Desde luego hay que admitir que Dawood, para seguir actualmente vivo y coleando, es un fuera de serie…

—Lo que diferencia a Dawood de otros criminales es su cerebro. Es jodidamente listo.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó George con cierto tono de curiosidad—. Quiero decir actualmente, para identificarlo en el restaurante dentro de unas horas cuando me reúna con él. ¿Es según nuestras fotografías?

—Sí, no ha cambiado absolutamente nada, según me dijo el abogado Ramachandani, que lo vio ayer noche. No se ha realizado ningún cambio de cirugía estética; sigue teniendo un rostro redondo y carnoso. Es tal y como sale en la fotografía más difundida de él en internet, esa en la que está meciéndose en un sillón de cuero de color negro y como fumándose su primer cigarro del día; con bigote como si fuese un mexicano y una cara que a simple vista da la impresión de ser una persona simpática y afable. Cabellos lisos muy oscuros. Su color de piel es moreno, nariz pequeña pero ancha, como la de los boxeadores, labios gruesos. Y sus ojos son almendrados y tiene una mirada penetrante. No le resultará fácil identificarlo, aunque él irá directamente hacia usted. Tiene esa cualidad: sabe leer los rostros, interpretar los movimientos corporales de las personas…

—Una buena descripción, querido colega. Tampoco tiene ningún desperdicio ese amigo suyo que viaja hasta aquí, Sultán. He leído su historial y desde luego es para novela. Los tendré que mencionar en mi libro de memorias cuando me jubile. Junto con la galería siniestra de los protagonistas de hechos violentos en todo el mundo.

—¿Cómo quiénes? —preguntó Deepak disfrutando de aquel ambiente distendido, al que ayudaba el alcohol.

—Pues… el profesor Antonio Negri de las Brigadas Rojas. El cadáver de Aldo Moro. El nefasto coronel Gadafi, en Libia. La habitación en la ciudad olímpica de Múnich, llena por todas partes de impactos de bala. Hassan Salameh, de la organización Septiembre Negro. Gabriele Kroecher-Tiedemann, la terrorista de la Alemania Occidental. El revolucionario italiano Feltrinelli, de barbilla huidiza y gafas de profesor. George Habash, el líder del FPLP (el Frente Popular para la Liberación de Palestina). Y por último, ese hombre venezolano de semblante de camarero servicial, o más bien de animador de cualquier fiesta social, el conocido popularmente como Carlos, Ilich Ramírez Sánchez.

—La diferencia de todos ellos con respecto a Dawood es que él es un hombre de inteligencia brillante, un genio o, no sé…, igual es que tiene mucha suerte. —Cambiando el semblante a serio, añadió—: Pero en estos momentos lo tengo cerca. Nos ha evitado durante muchos años. Y ahora, en estas circunstancias, estoy aquí sentado, esperando a que él venga a lamerme las manos como un perro.

* * *

Karim Lala se encontraba sentado en el bar del lujoso hotel Taj Mahal disfrutando de su *whisky* y una animada conversación con un grupo de hombres de negocios cuando su guardaespaldas, Hamid, se aproximó. Notando su impaciente e imponente presencia a escasos metros, se excusó y se acercó.

—Un confidente nos ha dicho que Sher-Khan, el ayudante de Dawood, ha estado hablando muy mal de usted en

público. Dijo en voz alta en un restaurante ante varios comerciantes textiles que si no fuese por Mustan ya le habrían hecho a usted desaparecer con el tratamiento del cemento.

—¿Y para esto vienes aquí? ¿Qué pretendes, imbécil? ¿Por un simple chismorreo quieres que provoquemos una guerra?

—No, jefe. Esa asociación de fabricantes textiles, al escuchar tal comentario, les ha hecho pensar que están mejor bajo la protección de Dawood y de momento ya son dos empresas las que se han negado esta mañana a pagarnos la mensualidad; el parsi de Rhoda Textiles, y el sardarji de Suprint Export Fabrics. ¿Qué es lo que debo hacer, jefe?

Por aquel entonces Karim Lala estaba ya convencido de que el acuerdo de paz realizado en casa de Mustan era para que este se beneficiara de las conexiones que tenía Dawood con la policía. El incidente provocado por
Sher-Khan
fue el agua que colmó el vaso. «Seguro que Laeeq Ansari como Mustan y los demás, se están riendo a mis espaldas —pensaba el mafioso—. Seguro que soy objeto de más bromas por parte de todos. Esto tiene que acabar de una vez».

Según dedujo Karim Lala, Mustan quería dejar acabada una negociación de compra de unos terrenos justo en mitad de Bombay y no quería a ningún departamento de la policía que pusiese sus narices sobre el modo ilegal en que conseguiría el contrato de compra. Para ello, no quería derramamiento de sangre en las calles por una temporada que le fuese propicia, ni que en los medios de comunicación se hablara sobre el crimen organizado.

Al haber escuchado aquello se decidió a tomar una decisión, como si la situación creada por los acontecimientos abriera nuevas perspectivas en su mente. Ya se había quedado con los brazos cruzados desde aquella reunión. Consideraba que todo había sido un complot para dejarle de lado en los negocios de contrabando, debilitarle con el paso del tiempo y ayudar a Dawood a encumbrarlo, a hacerse más fuerte. «¿Hasta cuándo voy a tolerar esta humillación? —pensaba el mafioso—. Ahora son dos comerciantes textiles muy importantes, mañana pueden ser otros dos y al mes siguiente ninguno querrá ya pagarme».

—Lo primero que vas a hacer es ir y darle un escarmiento a ese

Sher-Khan.

Cuando se iba, Karim Lala se acordó de algo. Lo llamó haciendo un chasquido con los dedos.

—Un momento, no. Mejor no —dijo, sonriendo con una mueca, al tiempo que le ponía una mano sobre el hombro—. Lo que vas a hacer es lo siguiente. Diles a nuestros hombres que lo atrapen y lo metan en el barco, una vez allí que esperen mis instrucciones. Ahora tú te vas y llamas a los demás. Los quiero listos para hacer un trabajo.

Hamid se fue de vuelta por el ancho y lujoso vestíbulo del hotel, con paso decidido y satisfecho sabiendo que iba a haber acción. Al cruzar el vestíbulo, un adolescente norteamericano que entraba en el hotel junto con sus padres, ataviados con la indumentaria propia de turistas extranjeros, se le quedó mirando con la boca abierta.

—Papá, mira —dijo señalando a Hamid descaradamente—. Es el malo de *Moonraker*. ¡Es el malo de James Bond!

Hamid, a su paso, no comprendiendo lo que decía el chico en inglés, le sonrió antes de desaparecer por la ancha puerta de cristal, mostrando a la familia todos sus enormes e impresionantes dientes sucios de tabaco de mascar.

—¡Guau! —dijo el chico con la boca abierta viéndolo desaparecer.

* * *

Al día siguiente Dawood recibió una llamada de Karim Lala. Quería verle en el muelle diecisiete del puerto de Nava Sheba a las dos del mediodía.

—Llama a Sher-Khan, necesitaré su ayuda para que me cubra la espalda por si las cosas se ponen feas.

—Dawood, no debes ir —dijo Sultán—. Lógicamente, es una trampa. Si Karim Lala quiere hablar con nosotros debería suceder en un sitio neutral, acorde con las reglas, y ese sitio es en terreno de Mustan, como árbitro. En otro lugar es exponerte a ser víctima de un asesinato. ¿Quieres que llame a Mustan?

—No —contestó Dawood—. Extraño sería que él no supiese que Karim Lala quiere verme y el motivo.

Al cabo de unos minutos Sultán entró en el despacho de modo agitado.

—Dawood, Sher-Khan ha desaparecido. Me han dicho que lo vieron salir de su casa rodeado de tres hombres de Karim Lala y entrar a punta de pistola en un coche.

—¿A qué hora fue eso?

—Hace una o dos horas, no más tarde.

—Entonces, si lo han cogido esta mañana y a mí me cita este imbécil a las dos del mediodía, es que tiene pensado hacer algo. Esto ya estaba planeado con antelación. ¿Y qué es lo que quieren? Querrán nada más ni menos que pedirme algo a cambio de la vida de Sher-Khan. ¿Y qué me va a exigir este imbécil a cambio de la vida de Sher-Khan? ¿Dinero? Las seis primeras letras de su alfabeto. Y según él, ¿qué puedo proporcionarle yo? Me pedirá que sus hombres se hagan cargo de nuestra red de contrabando de Dubái a la India, es decir, la llave de nuestros negocios. Nuestra ruta de contrabando de oro.

Llegaron hasta la verja de entrada del muelle diecisiete. A lo lejos las sirenas del puerto vecino iniciaron un silbido ascendente, como el aullido de un perro histérico.

—Dawood —dijo Abdul Driver sentado frente al volante—, esto no tiene buena pinta. Han quitado al guardia de seguridad que está aquí todos los días y no se ve a ningún trabajador.

Sultán, situado en el asiento del copiloto, salió y abrió la verja de par en par. Volvió a sentarse en el coche.

—Vamos —dijo Dawood sentado en la parte de atrás.

Tan pronto Abdul Driver condujo el vehículo hacia la zona de descarga del muelle, una cadena de hierro con pinchos escondidos bajo tierra salió a la superficie en el momento en que las ruedas delanteras iban a pasar por encima. Se produjo un violento sonido al reventar los neumáticos y los tres pasajeros se golpearon la cabeza con la parte delantera de la carrocería. Abdul Driver, sin perder tiempo, pisó el embrague, hundió la palanca de cambio hacia atrás con tal rapidez que sonó un ruido en la caja de cambios, dio un profundo acelerón que hizo retroceder el vehículo al tiempo que creaba una polvareda mezclada con humo negro. Pero otra

cadena con pinchos salió a la superficie e hizo reventar los neumáticos traseros.

Antes de que ninguno de ellos tuviese tiempo de sacar un arma y ponerse a la defensiva ante un inminente ataque, los hombres de Karim Lala rodearon el coche apuntando a todos con revólveres y fusiles.

—Maldito seas, hijo de puta —gritó Abdul Driver en el mismo momento en que hacía amago de salir del coche con el revólver en la mano.

Antes de que la puerta se abriese del todo, Hamid se adelantó con rapidez y le disparó en pleno rostro. Abdul Driver cayó sobre el costado de Sultán.

—¡Dios mío! —gritó con horror Sultán.

Dawood se inclinó con rapidez hacia el asiento delantero para taponarle el fluido de sangre.

La bala había dado sobre el pómulo izquierdo.

Sultán quiso abrir la puerta.

—¡Será mejor que os quedéis dentro sin salir! —gritó Karim Lala desde la distancia saliendo por detrás de sus hombres—. De lo contrario acabaréis como él.

Ambos lo miraron con tremendo odio.

—Karim Lala —dijo Dawood no pudiendo evitar el fluido de sangre de su amigo—. Te juro que esto no acabará así.

—Ah, ¿no? No creo que estés en condiciones de prometer nada. Eres un ingenuo por venir. Tú no eres un mafioso como Mustan y yo, de lo contrario, hubieses dejado a ese imbécil ayudante tuyo, Sher-Khan, a su suerte. Pero como sé que eres sensible a tus seres queridos y no te gusta prescindir tan fácilmente de ellos…, sabía que ibas a venir.

Por valor a la amistad, Dawood no se había percatado de que se convertía en presa de un animal, como una liebre acosada por perros de caza.

El mafioso hizo un gesto a sus esbirros y estos abrieron la puerta del conductor. Agarraron a Abdul Driver de la pechera y del cuello de la camisa, lo sacaron del vehículo a empujones y lo tiraron al suelo. Abdul Driver gemía, y escupía por la boca sangre. Hacía amago de querer levantarse, pero uno de los esbirros le puso el pie encima del pecho haciendo fuerza para que no se incorporara.

Dawood, manchado de sangre, hizo amago de salir.

—Ni se te ocurra, o recibirás el mismo tratamiento.

—Mira a quién tengo allí —Karim Lala alzó el brazo realizando un gesto como señal.

Dawood y Sultán se inclinaron dentro del vehículo para mirar a través del ancho cristal delantero.

A unos cien metros, en una simple barca de pescadores, se veía a Sher-Khan; de pie, atado con las manos en la espalda y sujetado por dos hombres.

—Esto lo vais a pagar caro —dijo Sher-Khan en la barca a uno de los hombres que lo sostenían de pie—, sucias ratas de alcantarilla.

Sus pies estaban dentro de una caja de madera rellenada de cemento ya seco.

—No estamos lo que se dice muy preocupados —replicó uno de ellos—. Allí, en el muelle, nuestro jefe tiene a Dawood y a dos de tus amigos. Creo que eres tú el que ha de empezar a preocuparse… si no cooperas.

—O me soltáis o…

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer Sher-Khan?

—O Dawood os dará tal paliza a todos que os cortará el pellejo a tiras.

El esbirro apretó el pulgar contra la nuez de Sher-Khan. Cuando vio que lo podría matar, lo aflojó.

—Y ahora escúchame, Sher-Khan; ni tú ni Dawood haréis nada. Te lo diré otra vez: si no colaboras, él y tus amigos tendrán una muerte lenta y a ti te arrojaremos al fondo del mar.

Sher-Khan le miró fríamente y por ultimo movió los hombros en señal de rendición.

En el muelle, Karim Lala se encendió un cigarro.

—Dawood, aún eres muy joven para morir como tus amigos. Este de aquí —dijo pegándole una patada en el costado a Abdul Driver—, en menos de una hora morirá si no es llevado al hospital. Y aquel de allá, en la barca —señaló en dirección a

Sher-Khan
—, morirá en muy pocos minutos una vez que lo tiremos al agua.

—¡Dime qué quieres! —gritó Dawood.

—Quiero el cincuenta por ciento de todas tus ganancias en el contrabando de oro. Desde mañana mismo mis hombres recogerán la mercancía y la transportarán con tus empleados locales.

—Vete a la mierda, ¡hijo de puta! —gritó Sultán.

Karim Lala hizo un gesto a su guardaespaldas. Hamid dio la vuelta al coche, abrió la puerta, agarró a Sultán tirándolo al suelo, este hizo amago de defenderse, pero fue golpeado en la cabeza con el arma.

—Ya basta, Karim Lala —dijo Dawood saliendo del coche—. Deja a mis hombres y te daré cuanto pides.

Hamid dejó a Sultán inconsciente de vuelta en el interior del vehículo y cerró la puerta.

Una campana sonó desde la barca, todos se giraron hacia aquella dirección. Un hombre mostraba en el aire un papel. Karim Lala sonreía satisfecho.

A Sher-Khan, sin conocimiento sobre lo que sucedía en el muelle, le habían dicho que nombrase a cada uno de los hombres de Dawood en la recogida de cargamento alrededor de las costas del estado norteño de Gujarat, donde el oro llegaba procedente de Dubái. Sher-Khan no solo nombró a las personas que colaboraban en la recogida de contrabando, sino que dio los nombres de todos los funcionarios de aduana que obtenían sobornos. Sabiendo toda aquella información, Karim Lala podía reemplazar a Dawood y hacerse con todo el negocio de contrabando de oro en la India.

—Bien, ya no necesito a ninguno de vosotros con vida. ¡Adelante! —ordenó Karim Lala.

Hamid apuntó a quemarropa de Abdul Driver y le disparó perforándole el cráneo. Dawood soltó un grito, y corrió hacia su amigo. Pensando que se abalanzaba sobre él, Hamid, por miedo, levantó el arma y le disparó.

Dawood cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra la carrocería del coche; quedó en el suelo inconsciente y con la camisa bañada en sangre.

—¡Imbécil! —le gritó Karim Lala a su guardaespaldas pegándole un bofetón—. ¿Quién diablos te ha dicho a ti que matases a

Dawood, eh?

—Lo siento jefe, pensé que me quería atacar…

—Bueno, al menos este perro ya no volverá a ladrar —añadió satisfecho.

—Señor, por la carretera viene una patrulla de la policía haciendo su ronda de vigilancia, ¿quiere que vaya para informarles de que no vengan por aquí?

—No, no quiero que nadie sepa que hemos estado hoy en este lugar. —Dirigiéndose a sus hombres, gritó—: ¡Vámonos de aquí, rápido! Meted esos dos cadáveres dentro y tirad el coche al agua.

Dirigiéndose al bote, Karim Lala alzó el brazo manteniendo el pulgar en el aire hacia abajo. Desde el bote captaron la señal, y los dos hombres que sujetaban de los brazos a
Sher-Khan
lo arrojaron al agua. En pocos segundos estaba en el fondo del mar.

En el muelle, entre cuatro hombres empujaron el coche y lo lanzaron al agua desde veinte metros de altura. Por un momento parecía que iba a flotar pero en cuestión de segundos cada vez iba hundiéndose más.

Karim Lala observaba el espectáculo con la boca abierta, entusiasmado con su victoria. Se sacó un cigarro del bolsillo, se lo puso en los labios, lo volvió a coger, lo miró, lo dejó caer sobre el suelo y lo redujo a trozos con el talón de su zapato de cuero marrón.

—Jefe, no lo encendió —le dijo Hamid—. Qué despilfarro.

Karim Lala le miró con el ceño fruncido.

—No es más que tabaco. No se trata de una vida, imbécil —rio con acritud—. ¿Alguna objeción?

—No, jefe. Ninguna.

—Hablas demasiado, Hamid. Y eso no me gusta.

—Sí, jefe.

Karim Lala se sintió irritado, le echó una mirada de arriba abajo con los labios apretados.

—¡Fuera de aquí! —ladró alzando el brazo.

Tras un rato observando cómo el coche se iba hundiendo, entró en su vehículo y junto con sus hombres desapareció del muelle.

Sultán abrió los ojos, el agua fría del mar le había estimulado los músculos. Con horror vio que Dawood yacía inconsciente o quizás

muerto detrás del asiento. El vehículo estaba en posición vertical, el agua llegaba hasta los asientos de la parte trasera. El cuerpo inerte de Abdul Driver yacía flotando sobre el cristal delantero. Con esfuerzo se deslizó hasta atrás, cogió a Dawood del cuello empujándolo hacia arriba; antes de que la puerta quedase completamente hundida consiguió abrirla. Agarrando a Dawood de la pechera lo sacó fuera del vehículo hasta llegar a la superficie.

—¡Dawood! ¡Dawood! —gritaba desesperado Sultán.

Todos sus esfuerzos resultaban inútiles; el peso de su amigo, unido a su estado de agotamiento, hacía imposible mantenerse a flote por mucho tiempo. No sabía si estaba ya muerto, pero aquella idea era la que le impulsaba más a querer llegar al muro del muelle, donde había unas escaleras metálicas oxidadas, formadas por barras de hierro.

Continuó empujando a su amigo e intentó que su rostro no quedase hundido en el agua y pudiese tener posibilidad de respirar. Al llegar al primer barrote de hierro, agarró a Dawood con todas sus fuerzas y poco a poco lo fue aupando hasta llegar arriba. Puso a su amigo boca abajo y le golpeó en la espalda, como había visto que se hacía en esos casos. No obtuvo respuesta alguna. Agarrándolo por la espalda, le presionó con fuerza el estómago. Sintió sus pulsaciones y cómo sus músculos cobraban vida. Le dio un golpe tremendo con los puños, y Dawood comenzó a vomitar arcadas de agua.

12

Dawood se despertó despacio hasta darse cuenta de que contemplaba fijamente las aspas de un ventilador colgado en el techo. Percibió un olor nauseabundo que le era familiar. Aquel olor amargo y penetrante le recordaba cierto alimento que hubo de ingerir de niño; pero, pronto, logró sobreponerse, hasta dejar de percibirlo.

Sus sentidos aún estaban embotados y apenas reaccionaban. Hacía mucho frío. Con sus manos tocó la superficie donde estaba tumbado, una fría camilla metálica de hospital. Reconoció el fuerte olor a medicamentos, como formaldehído. Se tocó un vendaje que le cubría el pecho. Estaba desnudo de cintura para arriba. Los dedos de las manos estaban agarrotados. Abrió y cerró los puños con fuerza. Dedujo que habría perdido sangre y esto ayudaría al flujo en las venas. Se encontraba débil.

—Dios mío, ¿dónde estoy? —murmuró.

A la pálida luz reinante, se estremeció a la vista del cadáver desnudo de una anciana rugosa y nudosa, colocado en una camilla a su izquierda. Pensó entonces que estaba en un depósito de cadáveres. Miró algo más allá y pudo ver un grupo de cuerpos embalsamados, con las cabezas abolladas en tacos de madera y el estómago y el pecho expertamente vendados. Ahora se dio cuenta de que junto a su camilla había primero otro cuerpo, situado a menor altura, de un hombre de mediana edad. Pensando en Sultán, entornó los ojos, hizo un esfuerzo por fijarse en si era conocido suyo, pero no lo era. Aquel hombre había gozado de excelentes condiciones físicas, con unos hombros poderosos y brazos fuertes y musculosos.

Se inclinó levemente hacia abajo y pudo darse cuenta de que aquel cadáver estaba dentro de una especia de bañera. Ahora el muerto tenía una expresión de paz con un rostro cuidadosamente

maquillado, los labios con un toque de carmín, e incluso llevaba las gafas puestas. «¡La solemnidad de la muerte! —le vinieron a la memoria las palabras de su padre, Ibrahim—. No es solemne, es tan solo una piel amarilla como un limón».

Escuchó a alguien que se movía, y se giró a la derecha. Vio a una figura vestida con un delantal largo de plástico y muy sucio. Levantó el cuello y observó que aquel extraño estaba inclinado sobre una especie de bañera limpiando con una esponja el cuerpo desnudo de un anciano rodeado de bloques de hielo.

Dawood se echó más hacia delante y a duras penas consiguió sentarse en el borde de la camilla. Jamás había visto a alguien tan viejo y feo; parecía un personaje siniestro salido de alguna novela de Charles Dickens o Víctor Hugo.

Aquel hombre tendría unos sesenta años de edad, y portaba una poblada barba completamente blanca, salvo por la zona manchada de nicotina en torno a la boca. Llevaba un camisón blanco bajo su sucio delantal y sobre la cabeza tenía un *taqiyah*, gorro blanco musulmán. Estaba remangado y tenía los brazos cubiertos de un espeso vello rizado negro y blanco.

—Señor, yo de usted no haría eso —dijo girándose en dirección a él—. Le traspasó la bala de un lado a otro. Tuvo mucha suerte, pero debe descansar.

Al no llevar el hombre su dentadura postiza, ambas mejillas aparecían hundidas hasta unirse en el interior de la boca produciendo el efecto de un vampiro en un filme de terror.

En un carrito junto a los pies de Dawood, dispuestos en un lienzo blanco, descansaban los utensilios para embalsamar: escalpelos, tubos arteriales, fórceps, agujas quirúrgicas y botes con cantidades de líquido.

—¿Has sido tú quien me ha traído hasta aquí y me ha curado?

—Señor —le contestó con su gran boca funeraria—, he sido yo quien le ha tratado la herida de bala; por suerte, no tocó hueso alguno, pero quien le trajo hasta aquí fue su amigo.

—¿Mi amigo?

—A él también tuve que curarle, pero de una contusión muy fuerte que tenía en la cabeza, y he tenido que ponerle cinco puntos de sutura en un corte profundo a la altura de la ceja. Vino aquí arrastrándole a usted como un borracho. De hecho cuando lo vi ahí

fuera apoyado en la puerta con usted encima, me asusté por un momento. Ay, soy demasiado viejo. Yo creí que usted estaba ya muerto. Una o dos horas más y estaría haciéndole este trabajito.

El hombre señaló al cuerpo desnudo de color amarillento y que el hielo mantenía fresco para retrasar el proceso de descomposición.

Dawood observó el cadáver y notó que su rostro tenía impresa esa mirada de ligera sorpresa que muchas personas reflejan a la hora de la muerte: la boca entreabierta y la mandíbula caída, como reflejando que tal cosa no pudiese sucederles realmente. Los labios tenían un tinte azulado. Unos pocos mechones de teñido cabello negro, largo y lacio, estaban como aplastados en el desnudo cráneo.

Había visto muchas muertes, tanto las de hombres a los que había disparado, como las de amigos, familiares y compañeros muertos, pero nunca había vivido un recuerdo de la muerte como ese.

—¿Crees en Dios? —le preguntó Dawood meditabundo.

—No lo sé —declaró el viejo—. A veces. Rezar es un hábito; no hace ningún daño. Nunca he peregrinado a la Meca. Soy muy religioso, pero… en cuanto a Dios… no lo sé. Para mí, rezar es como lavar este cuerpo desnudo con esta esponja. Un hábito, ya le digo. Ay, soy demasiado viejo.

El cadáver que tenía frente a él parecía algo que había sido expuesto al sol y se había retirado antes de quedar putrefacto, o quizá como sacado de la superficie del mar, mucho tiempo después de haber muerto. La carne del rostro parecía estar a punto de desprenderse como si fuera la corteza de una fruta madura.

Todo esto le recordó un sueño que había tenido hacía algún tiempo, y del que se despertó sudoroso y temblando: estaba de pie en medio de un enorme cementerio; era el cementerio de todo el mundo. A través del subsuelo las tumbas se interconectaban por medio de pasillos, como si fuesen catacumbas cristianas durante la época de los romanos. Los cuerpos andaban por sí solos por aquellos túneles. El mundo tenía un submundo en aquel cementerio lleno de millones de masas de carne fresca bajo el suelo, a las que no les salían gusanos ni se pudrían.

Sentado en la camilla, Dawood se daba cuenta, como si fuera una gran noticia, de que el cuerpo, después de todo, era corrupto.

—¿Y mi amigo? ¿Dónde ha ido?

—Salió fuera a comprar comida.

Dawood observó la estancia, nunca había estado en un sitio como aquel. Las ratas correteaban pegadas a la pared y por debajo de las camillas.

El viejo se dio cuenta de que Dawood observaba a los roedores.

—Ay, soy demasiado viejo —dijo suspirando y alzando el brazo en dirección al lugar donde se encontraba una rata—. Están por todas partes. Por las noches, en cuanto apago las luces, las ratas empiezan a surgir de los huecos a docenas y corretean por encima de los cadáveres. Ay, soy demasiado viejo.

—No me digas… —murmuró Dawood haciendo una mueca de desagrado.

—Pues sí. La semana pasada, ¿sabe usted?, cuando encendí el interruptor, vi el cadáver del padre del dueño de la tienda Singhal, la de electrodomésticos de aquí al lado…, sin la pierna derecha y sin orejas. Se lo habían comido. Mi mujer me dice que ponga a un par de gatos, pero… —dijo con las dos palmas abiertas hacia arriba—. Soy muy religioso y el imán de la mezquita de aquí enfrente, en la que soy habitual, no me permite tener animales como mascotas. Ay, soy demasiado viejo.

Dawood, una persona que podría permitirse los honorarios del mejor cirujano de la India, había sido atendido por el empleado de una funeraria local. Quizá la más sucia y miserable de todo Bombay.

—Ah, se me olvidaba, tenga estas chanclas —añadió poniendo en el suelo dos viejas chanclas de color azul y blanco a los pies de la camilla de Dawood—. No se le ocurra caminar por aquí con los pies desnudos.

—¿Y eso por qué? —preguntó intrigado—. ¿Por las ratas?

—No, por las pulgas que pululan por todas partes. ¿Sabe usted?, estas pulgas son endiabladas, son unos bichos muy inteligentes, esperan una oportunidad para introducirse entre las uñas y depositar allí sus huevos para reproducirse.

—Nunca lo habría pensado… —Sentía un cierto apego por aquel señor tan misterioso, e intrigado. Le preguntó—: ¿Te asusta la muerte? Todo el día aquí dentro rodeado de personas muertas, ¿no te preocupa un día acabar como… tus clientes?

—La oscuridad.

—¿Cómo dices?

—La oscuridad, joven —dijo mientras estrujaba la esponja sobre una palangana—. La muerte es un sueño largo y profundo, nada más. Ay, soy demasiado viejo.

—Lógicamente, no crees en la reencarnación.

—No, desde luego que no. Eso para los hindúes, que les gusta mucho fantasear con mitologías y demás.

—¿Ni en un lugar como si fuera un paraíso donde te reúnes con todos tus seres queridos?

—Pamplinas… En cierto modo morir es como dormirse. Uno no sabe lo que ocurre antes o después. Nada. Solo descanso. Nada de sueños ni pensamientos. Un abrir y cerrar de ojos y se acabó la vida.

Al cabo de un momento de prolongado silencio, añadió:

—Y a mí no me asusta.

—Bueno… —dijo Dawood haciendo una mueca—. Esa es toda una filosofía.

Un niño se asomó por la puerta.

—Tío, dice el vendedor de helado que si tienes hielo para vender.

—Dile que hoy no, que venga mañana por la mañana, que tengo que mantener esta noche a cuatro en buen estado hasta que vengan sus familiares para recogerlos.

El niño, sin decir nada, desapareció.

Dawood alzó los ojos con una sonrisa de cansancio.

—¿Para qué quiere el vendedor de helados tus bloques de hielo?

—Señor, pues del mismo modo que los necesito yo, para mantener su producto fresco…

Sultán abrió la chirriante puerta, llevaba una bandeja con vasos de té, tortillas masala y tostadas con mantequilla. No pudo evitar sonreír de satisfacción al ver a su amigo en buen estado.

—Dawood, no sabes lo contento que estoy de verte así.

—Y yo lo sorprendido de que siga vivo gracias a este profesional —dijo sonriendo al hablar y señalando al hombre que no dejaba de trabajar con el cuerpo del difunto.

—Se llama Aamir Khan. —Viendo el rostro serio de Dawood, añadió—: No tenía alternativa… Lo conozco. Es de confianza. Bebe el té y come algo.

Sultán extendió una manta sobre el suelo y dejó la bandeja.

Dirigiéndose al viejo, dijo:

—Aamir, ven, ponte la dentadura y acompáñanos.

Tras acomodarse muy lentamente, Dawood advirtió que Sultán le estaba mirando con expresión preocupada.

—Si te causo alguna inquietud… No hay motivo para ello —dijo—. Estoy perfectamente, según aquí el especialista cirujano aquella bala entró y salió limpiamente. Tuve mucha suerte.

Los tres, habituados a la muerte, sin decirse nada, se sentaron en el suelo alrededor de la bandeja. Sultán puso un cojín detrás de la espalda de Dawood, que comía apoyado a la pared. Aamir Khan comía con ganas su tortilla y las tostadas.

La puerta principal que daba a la calle había quedado entreabierta. Alguien la abrió de golpe y todos se giraron. Sultán se inclinó con apremio sacando un revólver, pero Dawood le agarró del brazo. Una vaca mugió, y comenzó a restregarse el cuello contra la pared. Ambos rieron. Aamir se levantó y, a pesar de ser un creyente musulmán, masculló algo entre dientes y le dio un trozo de pan al animal sagrado para los hindúes.

Dawood había leído algo en el rostro de Sultán, supo que no era solo la preocupación por su estado de salud, o la certificación de que sus mejores amigos,

Sher-Khan

y Abdul Driver, estaban muertos. Había algo más.

—*Kya baat hai?* (¿qué sucede?) —preguntó casi como un susurro sin apartar la mirada de su tortilla, preparándose a escuchar una tragedia.

—Sa… Sabir —tartamudeó Sultán—. Mataron ayer noche a tu hermano y a su amante, una prostituta de «la Casa del Congreso». Por lo visto se dejaba ver mucho en público con esa chica. Les estuvieron siguiendo durante cierto tiempo…, hasta que acabaron con él acorralándolo en una gasolinera. Le destrozaron el cuerpo a balazos. Está en el depósito de cadáveres de Ghatkopar. Les he dicho que esperen hasta mañana para enterrarlo, ya que pensé que querrías identificarlo y darle tus últimos respetos.

Dawood cogió la tortilla entre sus dedos, alzando el brazo atrajo la atención de una rata escondida en la semioscuridad, como un tímido gato, el roedor se debatía entre si acercarse o no. Dawood le lanzó el trozo de tortilla. Palma contra palma, lentamente, se limpió

las migas de las manos.

—*Achha* (de acuerdo) —dijo soltando un bufido profundo y mirando inerte su plato vacío.

Sultán miró a Dawood, este giro el cuello y se quedó mirándolo moviendo ligeramente la cabeza arriba y abajo. Sultán comprendió que lo importante ahora era concentrarse en matar a Karim Lala.

* * *

Los habitantes de la India, que por lo general son hogareños y de sanas costumbres, solían acostarse antes de las diez de la noche. Pero la programación televisiva cambió aquellos hábitos y la gente tuvo que variar sus horarios desde que la televisión invadió el mercado. Ahora la gente se queda frente al televisor hasta primeras horas de la madrugada. No solo eso, sino que el propio aparato, por las mañanas y durante el resto del día, se ha convertido en un mueble más de la casa, con la peculiaridad de que no cesa de emitir sonidos.

Eran las 7:15 de la mañana cuando Karim Lala se levantó de la mesa mientras terminaba su primer té masala y escuchaba un programa de televisión sobre la lectura del Corán.

Su apartamento estaba situado en un lujoso edificio en la avenida Veer Nariman Road, cerca de la catedral de Santo Tomás, primera iglesia anglicana en Bombay, construida en 1718 para mejorar los «estándares de la moral» en la ciudad colonizada.

Su interior estaba decorado con hermosos muebles. Eran piezas seleccionadas por un experto en interiorismo. Macizas maderas fabricadas en Rajastán: piezas del tipo de muebles que hay que buscar en las casas de anticuarios, de mango, de sheesam y de acacia; todo el decorado del apartamento le hacía sentir a uno como si el reloj del tiempo hubiese retrocedido unos cuantos lustros. La tapa barnizada de un piano, rara vez abierto, presidia el salón. Excepto por algunas banalidades modernas, como un teléfono fijo o la iluminación eléctrica, la casa hubiera podido ser la residencia de algún rico británico durante la India colonial.

Delante de un largo espejo de pared se terminó de atar su corbata, pasó una vez más el peine sobre sus cabellos teñidos de

negro tizón, salió a la terraza con su segunda taza de té, se sentó en un confortable sillón de bambú y encendió su primer cigarro del día.

Desde la altura de su apartamento observó abajo a la gente caminando; todos andaban deprisa aquella mañana, de forma característica, cruzando la calle entre vehículos en marcha como si estuviesen bajo la protección divina de algún Dios indio. La calle paralela del edificio, habitualmente ruidosa, comenzó a atronar de forma inesperada a causa de un denso tráfico que se formó al pincharse el neumático de un motocarro que transportaba algún tipo de mercancía. La retahíla insoportable de bocinazos de los conductores impacientes duró varios minutos. Era el típico espectáculo de un día más de la semana; a la siguiente, sería igual; era el ajetreo de la conglomerada vida urbana de Bombay: vehículos tocando interminablemente el claxon, gritos de vendedores, el tañer de una campana de un vecino templo hindú…

Karim Lala miró hacia el cielo; parecía que iba a llover. El monzón estaba a punto de empezar.

—Maldita ciudad —dijo en tono glacial.

—¿Qué dices, cariño? —preguntó su esposa desde el salón mientras recogía los platos del desayuno.

—¡Que ya tengo ganas de volver a Dubái! —gritó moviendo ligeramente el cuello hacia atrás.

Tenían un bungaló en una zona muy acaudalada de Dubái. En ella solían pasar el verano; cuando en Bombay era la época del monzón, los mosquitos y el calor húmedo.

Se levantó, se agarró a la barandilla del balcón para ver pasar una fila de ambulancias que iban calle abajo con el gemido de sus sirenas como el alma en pena. Aspirando profundamente produjo un tremendo sonido con la garganta formando un coagulo de mucosidad en la boca y escupió con fuerza hacia fuera. Allí abajo, en Bombay, a la gente la robaban, la violaban y la asesinaban, y también la escupían. Los ciudadanos de a pie, acababan mutilados o aplastados a causa de los automóviles o de los pesados neumáticos de los autobuses públicos, cuyos conductores circulan impunemente a gran velocidad, porque cierto político es dueño de varios de ellos; así, cuando cometen un accidente mortal, salen de la cárcel en poco tiempo. Bombay, una ciudad no peor que otras, es una ciudad

perdida y golpeada; una ciudad rica, vigorosa, llena de orgullo patriótico, querida tanto como despreciada y llena de vacío.

Entró en el salón, cogió el teléfono y pulsó de forma impaciente los pequeños botones cuadrados y enumerados de aquel moderno aparado recientemente salido a la venta en el mercado, pero que él ya poseía desde hacía seis meses gracias al contrabando.

—Quiero ver a ese imbécil que no ha pagado atado de pies y manos en menos de una hora. —Sostenía el auricular del teléfono entre el hombro y la oreja mientras con una mano sujetaba un cigarro y con la otra pasaba rápidamente las hojas del periódico *Times of India*—. En el muelle catorce me esperas, y si no ha pagado, le damos el tratamiento del cemento.

Dio las últimas bocanadas a su cigarro y desde donde estaba lo tiró con fuerza por el balcón.

Se retocó de nuevo los cabellos con el peine, y se lo pasó cuidadosamente por los pelos del bigote, que recientemente se había dejado crecer.

—No vendré a comer. ¿Me oyes? Comeré en el club —dijo en voz alta a su esposa, que se encontraba en algún lugar de la casa, probablemente en la cocina.

No iría al club sino a ver a su amante, una actriz de cine a quien le pagaba el alquiler mensual de un lujoso bungaló. Gracias a Karim Lala, la actriz había conseguido recientemente un papel en la película de un afamado director de cine. Él necesitaba una mujer joven, una mujer apasionada, la sensación de juventud, de vigor y de servir para algo. Su esposa se le había apagado hacía años.

Desde el incidente en el muelle, en el que estaba convencido de haber dado muerte a Dawood y a sus dos más cercanos colaboradores, Karim Lala se había mostrado irritable con más frecuencia, sin la menor consideración respecto a los demás, atento solo a sus negocios, a su propia satisfacción y denotando crueldad y violencia en su creciente omnisciencia. Incluso planeaba el modo en que suplantar a Mustan en el negocio inmobiliario de Bombay.

Abrió la puerta y, antes de volver a cerrarla, musitó unas breves oraciones en voz baja con los ojos cerrados. Su gigante guardaespaldas, Hamid, le esperaba fuera. Cruzó el pasillo y tocó el botón del ascensor, al no oír ruido alguno, volvió a oprimir repetidamente el botón de llamada. Miró hacia arriba. Según pudo

comprobar por la lucecita roja que señalaba los números de cada piso, el ascensor estaba detenido en el sexto. Tres pisos más abajo.

—¡Maldita sea! —exclamó Karim Lala girándose hacia su guardaespaldas—. Otra vez se han dejado abierta la puerta.

—Debe de ser la anciana que vive abajo, en el sexto, jefe.

Bajaron por las escaleras. Cuando llegaron al sexto comprobaron que el ascensor estaba parado a causa de una avería técnica.

—¡Maldita sea! —dijo pegando un puntapié contra la puerta de metal.

Se resignó a emprender el interminable descenso a pie. Conforme continuaban descendiendo de nuevo por las escaleras, el ansia de venganza de Karim Lala contra los comerciantes morosos en su territorio se acentuaba. Cuando bajaron un siguiente piso comenzó a murmurar su odio hacia ellos por no pagar a tiempo; cuando bajaron otro más, su odio se había extendido hacia todos los ancianos del edificio y la necesidad de enviarles a un asilo; cuando continuaron bajando los escalones, su odio y antipatías se habían extendido a la mayor parte del género humano.

Tan pronto llegaron a la planta baja, rendidos de cansancio, el guardaespaldas abrió de un empujón la puerta que accedía al vestíbulo de entrada al edificio y vio frente a él a Dawood. Este le agarró del brazo y lo lanzó hacia el interior para que Sultán lo inmovilizara. Dawood apuntó con un revólver a Karim Lala, que se quedó paralizado por el miedo en un rincón de la pared, oliendo la muerte.

—Maldito seas, Hamid —dijo Sultán, al mismo tiempo que le clavaba el afilado cuchillo en el vientre y lo empujaba hacia arriba.

—Arriba hasta el corazón, Sultán —dijo Dawood entre dientes, con rabia contenida.

Karim Lala se agachó cada vez más hacia el suelo presenciando la horripilante y lenta muerte de Hamid, hasta el punto de quedar en cuclillas tapándose la boca con horror.

Hamid cayó al suelo sentado. Sultán retrocedió un paso y se obligó a sí mismo a arrodillarse para ver la cara de Hamid y comprobar si todavía seguía con vida. Lo acomodó en el suelo, con la cabeza hacia atrás. La boca estaba abierta y de ella brotaba un grueso hilo de sangre, sus ojos eran óvalos blancos hundidos en la carne morena, las pupilas casi habían desaparecido y no había

mirada alguna en ellas. Lo había abierto como si fuese carne de cordero en una carnicería. La sangre comenzó a extenderse por el suelo como un paraguas.

—Tu guardaespaldas te aguarda en el infierno —dijo Dawood mientras extraía de su bolsillo un voluminoso silenciador.

—No, por favor —imploró patéticamente postrado de rodillas; e inmediatamente se puso a rezar de forma frenética.

—¡Cómo! ¿Rezando tú? ¡Ajá! —refrendó—. Tú te has creado un mundo, como Mustan y yo. Nosotros solitos, sin recibir ninguna ayuda exterior…, nada de espiritualidades…, ni gurús, ni santones. ¿Ahora esperas recibir ayuda de Dios? Me sorprendes, siempre he creído que había dos clases de hombres en este mundo: los hombres que se enfrentan a la muerte gritando y los hombres que la esperan en silencio. Ahora conozco a un tercer tipo. Al infierno con tus oraciones. ¿A quién demonios estas rezando, imbécil?

Entre tanto había comenzado a llover sobre un universo de piedras, de ladrillos y de hormigón, por el que se deslizaban los millones de seres que habitan la vasta ciudad de Bombay.

Sultán se impacientaba. Miró por el cristal de la puerta de la entrada del edificio y vio a lo lejos el coche aparcado del mafioso con varios hombres dentro.

—Dawood, date prisa. ¡Maar dalo! (Mátalo).

—Te daré cuanto quieras, Dawood —dijo Karim Lala—. Pero, por favor…, no me mates, por favor. Te lo suplico. De musulmán a musulmán, ¿eh?

—¿Sabes lo que es recibir una bala en el vientre? —preguntó terminando de enroscar el silenciador en el cañón de su arma; un viejo revólver ruso Nagant M1895, usado en la guerra de Vietnam por las guerrillas del Vietcong—. Quedas tendido en el suelo sangrando… Es algo así como disparar contra una araña…

—¡No, no! —gritó—. ¡Espera, por Alá, Dawood! ¡Espera…!

Dawood corrió el seguro, rodeó el gatillo con su dedo índice y levantó el arma. Su brazo derecho se alargó por completo, y el revólver se convirtió en una extensión de su mano derecha.

Apuntó hacia el estómago.

—¡Te daré cuanto quieras! —imploró una vez más Karim Lala.

Apretó el gatillo.

Se oyó una especie de zumbido seco y apagado.

El mafioso se retorcía de dolor tras experimentar una sacudida convulsiva; la obscenidad brotaba de sus labios sin esfuerzo; comenzó a chillar pidiendo ayuda. Después de unos segundos, Dawood le disparó de nuevo. Karim Lala se quedó quieto, flácido, trató de encontrar su voz, pero solo un sonido gutural acompañado de una arcada brotó de su garganta; al cabo de un momento Dawood disparó una tercera vez y así hasta vaciar el cargador sobre el cuerpo del mafioso.

Se disponía a cargarlo cuando Sultán le agarró del brazo.

—Vámonos, no hay tiempo que perder.

Antes de irse, Dawood escupió a Karim Lala en la cara y le dio una patada en pleno rostro.

Fuera, frente al edificio, se encontraba aparcado el flamante coche de Karim Lala, un nuevo Mercedes Clase C, recién adquirido. El chófer al ver salir a dos hombres, instintivamente pensó que eran su jefe y en Hamid. Se enderezó en su asiento dispuesto a recogerlos en la entrada para que no se mojasen, pero al verlos pasar de largo y dirigirse a la acera de enfrente, donde había un coche en marcha esperando, los observó más detenidamente y llamó la atención a dos empleados del mafioso que resguardados de la lluvia jugaban a las cartas en el asiento trasero.

—¡Chicos! —exclamó señalando hacia la calle—. ¿Pero no es ese…?

No le dejaron terminar. Los habían reconocido. Los dos hombres sacaron sus revólveres y salieron corriendo; uno hacia el vehículo que ya desaparecía bajo la lluvia tras doblar la esquina, y otro hacia el edificio.

Karim Lala no poseía muchos contactos en el cuerpo de policía, sin embargo, sí que tenía a una red de políticos muy influyentes en el gobierno central, a sueldo. Cuando estos se vieron privados de la fortuna que recibían puntualmente del mafioso para que hicieran la vista gorda frente a sus actividades criminales, sintieron la necesidad de aproximarse a otros grupos del crimen organizado para seguir recibiendo los suculentos y bienvenidos sobornos. Estos, con ganas de echar a Dawood del negocio de contrabando, aprovecharon la oportunidad para instigarles a acabar con él, moviendo todos los medios disponibles del estado.

Ahora más que nunca el gobierno indio fue a la caza de Dawood,

«el criminal más buscado», como comenzaron a tildarle en la prensa nacional.

* * *

Bombay en el mes de junio, como durante el resto de los meses del año, ofrece varios e interesantes alicientes, aunque es indudable que no inspira deseos de realizar el menor esfuerzo. El calor espeso y húmedo flota sobre la ciudad como una enfermedad, minando las fuerzas, empapando todas las cosas, las energías y las voluntades, hasta que solo se sienten deseos de entrar en una habitación con aire acondicionado o con el ventilador de techo a máxima potencia. Había dejado de llover y el calor y la humedad se habían vuelto más intensos.

Cuando la policía llegó a la opulenta oficina de Dawood, no encontraron a nadie en su interior. El único sonido que pudieron oír fue el que producían los aires acondicionados en las ventanas. Habían sido burlados. Aunque su arresto había sido decidido y planeado en secreto, alguien le había informado de ello. El aire olía a cigarrillos y habanos, además de a la colonia que solía utilizar Dawood.

Alguien dentro del departamento de la policía le había dado el chivatazo cinco o diez minutos antes, el tiempo suficiente para poder huir.

El apartamento pronto se fue llenando de gente y en menos de dos horas ya estaban todos tomando medidas en el despacho de Dawood, espolvoreando los muebles y objetos en busca de huellas dactilares y haciendo fotos hasta que todo aquello pareció una auténtica verbena.

Finalmente llegó el comisario Prasad, el antaño inspector de policía, que con el tiempo había sido ascendido gracias a seguir su axioma de supervivencia: mantener la boca bien cerrada. Él era el encargado del arresto de Dawood. Con enfado pegó una patada a una puerta y profirió una maldición.

Era época de elecciones y a todos los jefes de la mafia, la policía, por uno u otro motivo los habían arrestado y puesto detrás de las rejas tras ser sentenciados en los tribunales. Hasta a Mustan lo

arrestaron por blanqueo de dinero, pero consiguió salir tres días después. Dawood se convirtió hasta entonces en el único que no había sucumbido al poder de la ley y el orden, a los dictámenes de los intereses de los políticos corruptos, y esto, a estos últimos les irritaba mucho, porque en un principio habían estado recibiendo muchos sobornos por parte de él. Dawood sabía demasiado.

De una punta a otra de la India, Dawood tenía intereses en oro y en plata y en electrodomésticos. Había crecido demasiado poderoso e incontrolable para la policía. El comisario Prasad había promovido a un gánster para acabar con otros, sin darse cuenta de que habían creado un monstruo de épicas proporciones. Pensaron que Dawood estaría controlado y lo utilizarían a conveniencia de políticos y gobiernos regionales y centrales. Sin embargo, era Dawood quien, sirviéndose del respaldo policial, acababa con gánsteres rivales y salía impune de sus matanzas, mientras en la sombra iba haciéndose cada vez con más poder en el control del negocio de contrabando.

—¿Cómo ha podido saber que íbamos a llegar? —preguntó el comisario Prasad, una vez que volvieron a las oficinas centrales de la policía.

Un grupo de oficiales, entre los cuales se encontraban los inspectores de policía de toda la ciudad, estaban de pie junto a las paredes y había otros sentados ocupando la docena de sillas alrededor de la larga mesa de conferencias.

—Señor, por lo visto fue informado unos minutos antes de nuestra llegada —dijo uno de ellos.

Un oficial de policía entró en el despacho sin esperar a que le diesen permiso.

—Señor comisario, según nos informan, Dawood ha cogido un vuelo a Dubái.

—¡Eso no es posible! —exclamó—. Su pasaporte lo encontramos en uno de los cajones de su despacho.

Fuera el tráfico clamaba sin cesar, lo que incrementaba el estado de frustración del comisario Prasad. Dentro de su cabeza los pensamientos se apelmazaban como moscas sobre una tira de papel pegajoso. «Ahora sí que acabo yo mi carrera en una comisaría del interior del país, a cincuenta grados y sin aire acondicionado. Maldito seas, Dawood».

—Él sabe todo lo que le pasa en toda la ciudad, en todas partes y a todas horas —comentó un joven inspector con ganas de retreparse, capaz de sacar en un instante el arma, disparar y matar a un gánster antes que perder el tiempo en detenerlo—. De dónde saca su valiosa información es cosa que nadie sabe. Tiene soplones en nómina semanal.

El comisario Prasad se levantó y suspiró. Conocía muy bien a Dawood para tener que oír comentarios acerca de él por terceros. Lo que le preocupaba ahora era cómo dar explicaciones convincentes a sus superiores sobre aquel frustrado intento de arresto.

Dawood no tuvo otra opción que salir de Bombay con destino a Dubái bajo la identidad de otra persona. Era la última vez que pisaría la India. Era el año 1986.

* * *

Los años pasaron. El dinero le había proporcionado una residencia lujosa en Dubái. Se podía permitir el lujo de comprarse caprichos tales como coches Ferrari. Además, amante de las mujeres, era el único multimillonario en todo Dubái con una sucesión de jóvenes amantes, discretamente instaladas en lujosos apartamentos y hoteles.

Aun viviendo en el exilio, sus tentáculos en la India eran tan fuertes que, cuando quería celebrar una fiesta, llamaba a actores y actrices de Bollywood, que sin dudarlo viajaban a su residencia, y bailaban y actuaban únicamente para él. Se aseguraba de que las bellezas indias con las que se acostaba no salieran nunca fotografiadas con él en las revistas del corazón ni en los periódicos. Guardaba su intimidad con mucho celo.

En la India, al igual que en otras partes del ensombrecido mundo, la religión es el veneno en la sangre. Las tensiones religiosas afloran constantemente y también dominan las difíciles relaciones con el vecino Pakistán, de mayoría musulmana; ambos países han librado dos guerras por el control del estado fronterizo de Cachemira. Durante la mayor parte del tiempo, la India es la principal democracia secular del mundo. Pero, de vez en cuando,

deja soltar algo de locura religiosa. Como sucedió con la demolición el 6 de diciembre de 1992 de la mezquita Babri Masjid, en el estado de Uttar Pradesh, que conmocionó a la sociedad india y desencadenó una ola de violencia religiosa en los estados septentrionales que terminó con miles de muertos.

Esto no hubiese podido suceder sin la incitación popular que cierto político nacionalista hindú estuvo realizando dos meses antes durante una peregrinación que organizó con sus simpatizantes a la localidad de Ayodya, ciudad donde aquella mezquita estaba construida. El político y futuro viceprimer ministro del gobierno indio, L. K. Advani, lanzó una campaña para construir un templo al dios guerrero hindú Rama, en ese sitio, y argumentó a sus seguidores nacionalistas hindúes que lord Rama nació justo en el terreno donde estaba edificada la mezquita musulmana.

Para el 6 de diciembre una turba de integristas hindúes, unos 70 000, se juntaron en aquel lugar y destruyeron la famosa y antigua mezquita construida en 1528.

Todo sucedió sin que la policía, presente junto a grupos paramilitares, interviniese. Este suceso desató una espiral de violencia en toda la India. En un total de 36 ciudades se decretó el toque de queda y a las fuerzas de seguridad se les dio la orden de que disparasen contra aquellos que no respetasen la medida de excepción. Sin embargo, la población hizo caso omiso y se echó a las calles y protagonizó innumerables enfrentamientos violentos con decenas de muertos, muchos de ellos abatidos por la policía o el ejército por incumplir el toque de queda o por intentar provocar incendios. En pueblos de mayoría musulmana, mujeres y niños fueron quemados vivos por muchedumbres de fanáticos hindúes.

En Bombay la violencia en las calles entre hindúes y musulmanes se acrecentó. Los representantes de la minoría musulmana acusaron a las fuerzas de seguridad de haber dejado a esta comunidad abandonada a su suerte ante los ataques de los grupos de extremistas hindúes, acusándoles de ayudarles por no intervenir cuando estos les atacaban.

Se organizó una comisión de investigación, que acabó revelando la actitud sectaria e injusta de la policía de Bombay en no prevenir ni obstaculizar los ataques violentos contra la minoría musulmana. Se llegó a la conclusión de que la destrucción de la mezquita de

Babri Masjid fue fruto de un plan armado por los líderes del Bharatiya Janata Party (conocido por las siglas
BJP
, partido nacionalista hindú encabezado por entonces por L. K. Advani) y no la reacción espontánea de un grupo de exaltados fundamentalistas.

Las juventudes musulmanas se sintieron oprimidas por el sistema, alienadas, aisladas, y pronto el sentimiento de venganza comenzó a crecer entre ellos.

Espectador en la sombra de todo este suceso se encontraba el servicio de inteligencia pakistaní, conocido por las siglas
ISI
(Inter-Services Intelligence). Los pakistaníes, aprovechando las ansias de venganza de la comunidad musulmana india, comenzaron a reunirse con criminales indios exiliados en Dubái y Europa para realizar un plan de ataque en territorio de la India como represalia por todos los daños causados a la comunidad musulmana tras el ataque a la mezquita de Babri Masjid.

En Londres, Dubái, Karachi, Abu Dhabi y en otras ciudades, el
ISI
organizó reuniones con gente afín a sus intereses con el propósito de buscar financiación y logística; Participaron muyahidines afganos, millonarios de Dubái e incluso la
OLP
(Organización para la Liberación de Palestina). Sin embargo, el propósito del
ISI
era que la culpabilidad de los ataques terroristas que estaban organizando recayese únicamente en los indios. Los ataques debían de tener un sello indiscutible, para que, cuando se buscasen culpables y responsabilidades, los dedos acusadores señalasen solo a los musulmanes indios; estos habrían realizado los actos terroristas como represalia por la demolición de la mezquita.

Agentes secretos pakistaníes en la India sedujeron a varios jóvenes de origen marginal y los llevaron a campos de entrenamiento en Pakistán. Les lavaron el cerebro, por ejemplo impactándoles psicológicamente mostrándoles vídeos de mujeres musulmanas siendo violadas en grupo en ciudades del norte de la

India, en el estado de Guyarat. Fueron instruidos según la yihad islámica y haciendo juramentos de fidelidad a la causa.

Mientras tanto, se estaban enviando a la India sofisticadas armas y materiales utilizando rutas clandestinas de contrabando. En febrero de 1993, una barca motora descargaba en la costa india de Maharastra su último cargamento de ciclotrimetilentrinitramina, también conocida como
RDX
, para la fabricación de bombas.

Estaba todo listo para que en una ciudad del mundo se produjese el mayor acto terrorista que ha tenido lugar hasta la fecha.

El 12 de marzo de 1993, a las 13:30 p. m., en los cimientos del edificio de veinte ocho pisos de la Bolsa de Valores de Bombay, explotó un artefacto instalado en un coche bomba. Cerca de cincuenta personas murieron por la explosión. Treinta coches quedaron calcinados, se rompieron las ventanas en las inmediaciones y en los edificios se produjeron estampidas de gente que intentaba huir; muchas de esas personas murieron aplastadas. Otro artefacto explotó una media hora después en otra parte de la ciudad, y 13 artefactos más lo hicieron en otras localidades entre las 13:30 y las 15:40 p. m. La mayoría de las bombas se encontraban localizadas en automóviles, pero algunas se encontraban en motocicletas tipo *Scooter*.

Los ataques se constituyeron como los más destructivos y más coordinados en la historia de la India; una previa planificación para su ejecución implacable. Otras instalaciones, como bancos, la oficina regional de pasaportes, un centro comercial o las oficinas de la aerolínea Air India, también fueron atacadas. Además, en tres hoteles, blanco de las explosiones, los explosivos fueron escondidos por los terroristas en portafolios dejados en las habitaciones. En uno de esos hoteles, el Sheraton, se encontraba el equipo de *hockey* británico; la explosión y la consiguiente rotura del vidrio de las ventanas produjo leves cortes a los jugadores internacionales.

Un total de 257 personas perdieron la vida y unas mil resultaron heridas.

Las noticias emitidas por radio y televisión inmediatamente anunciaron a la población y al mundo entero titulares como este:

«Los ataques han sido planeados por Dawood Ibrahim, el jefe del crimen organizado con sede en Dubái, considerado en la India como el fugitivo "más buscado". También tiene su nombre prominente en las listas de "más buscados" de los
EE. UU.
y la Interpol».

Tras ser avisado por Sultán, Dawood entró en su despacho corriendo, se dejó caer en su sillón basculante de cuero y examinó el fajo de mensajes telefónicos que su secretaria había dejado sobre su escritorio. En su mayoría procedían de periodistas, industriales indios y muchos otros hombres de negocio de origen indio asentados en Inglaterra, Estados Unidos y demás partes del mundo. Había también muchísimos mensajes anónimos que contenían insultos como «Hijo de puta. Pagarás por ello». Las apergaminadas hojas de fax caían de las tres máquinas que incesantemente no dejaban de escupir papel. Se podía leer en rotulador y a máquina mensajes anónimos como «*Mulk gaddaar* (traidor del país)», «*Deshdrohi* (traidor)», «*Qaum gaddaar* (traidor de la comunidad)».

—Dios mío, Sultán —dijo mirando fijamente su amigo—. ¿Cómo demonios ha sucedido todo esto?

Sultán encendió el televisor.

Dawood puso los codos sobre la mesa y apoyó el mentón sobre sus nudillos.

Ambos veían con estupefacción las imágenes del atentado contra la ciudad que tanto amaban.

Sonó el intercomunicador en su teléfono y enseguida se oyó la voz de su secretaria.

—Señor Dawood, desde Bombay tiene una llamada de una persona que se hace llamar Mustan. No ha dejado de llamar desde los últimos minutos a su número privado. He considerado que sería oportuno informarle. De otras llamadas tan solo estoy recogiendo el recado.

—Bien. Pásamelo —Dawood se inmovilizó por unos momentos mientras repasaba en su mente la magnitud de lo sucedido, levantó el receptor y se arrellanó en su sillón basculante.

—No tienes vergüenza alguna. Eres un desgraciado. Mal nacido. Has manchado el Corán, el islam, la comunidad musulmana de toda la India. ¡Traidor!

—Mustan, estás equivocado… Todo esto ha sido orquestado por alguien que actúa por una causa. Son criaturas políticas, fanáticos. Yo no tendría ningún motivo para hacerlo…

—*Jis mitti par tune janm liye, ussi mitti ko badnaam kiya! Tujhe sharm nahi aati hai?* (Has humillado el país en el que naciste. No tienes vergüenza alguna).

—Que estás equivocado. Déjame hablar. Yo y mis hombres somos hombres de negocios sensatos. Para nosotros todas nuestras operaciones de contrabando representan una manera de ganarnos la vida. Ahora estamos con unos negocios en África. Jamás me metería en terrorismo, Mustan. Habrá habido gente que me ha utilizado para conseguir logística y planear este atentado, mediante alguna vía de contrabando y habrán introducido material explosivo en la India. Pero yo soy inocente. Has de creerme. Pero no ocurre lo mismo con otros musulmanes indios asentados aquí en Dubái, estos sí que se dejarían llevar por el servicio de inteligencia pakistaní. Ellos no son hombres de negocios; son fanáticos religiosos…

—*Madarchod!* (hijo de puta). ¡Ahórrate el discurso! —gritó Mustan de forma histérica al otro lado del teléfono. Antes de colgar añadió—: Ojalá pudiese meterte una bala en la cabeza por todo el daño que has causado. ¡Púdrete en el infierno!

Dawood se quedó unos momentos en silencio con el grueso teléfono inalámbrico Panasonic pegado a la oreja.

Sultán se paseaba de arriba abajo, irritado e impaciente.

Dawood, sentado en el sofá, se contemplaba las manos; hervía de rabia.

La India y el mundo entero acusaron a Dawood. Todos estaban convencidos de que él era únicamente el culpable y cerebro de aquel salvaje acto terrorista, porque su motivo era querer poner de rodillas a la ciudad financiera de la India.

Desde aquel día comenzó a recibir en su residencia de Dubái cajas envueltas en papel de regalo. En ellas había dentro pulseras rotas, que simbolizaban la ruptura de una relación, que podía interpretarse de diferentes maneras. Así, en muchos mensajes junto con las pulseras rotas estaba escrito: «Esto es de parte del hermano que no pudo defender a su hermana», «Esto es de parte del padre y de los hijos que no volvieron a ver más a la esposa y madre», «Esto es de parte de la familia…».

Dos años después, en 1995, el presidente de los Estados Unidos de América, Bill Clinton, tomó la decisión presidencial número 42, designó las actividades de los grupos de actividad criminal la mayor amenaza a la seguridad nacional y una prioridad para los servicios de inteligencia en arrestarlos. Una decisión similar fue tomada al otro lado del Atlántico por John Mayor por recomendación de Stella Rimington, la entonces directora general del M15. También tomaron sus respectivas medidas otros gobiernos europeos.

Por insistencia del gobierno indio, Interpol, con base en la ciudad francesa de Lyon, tomó la decisión de dar la orden de arresto a Dawood y su deportación inmediata a la India si fuese localizado en algún país del territorio de la Comunidad Europea.

El partido nacionalista de L. K. Advani, el que años antes había instigado a los extremistas hindúes a demoler la importante mezquita musulmana de Babri Masjid, ganó las elecciones, y lo encumbró como viceprimer ministro del gobierno indio, cartera que simultaneó con la de Asuntos Internos. Durante sus viajes a los Estados Unidos no dejó de insistir en la captura de Dawood alegando sus contactos con grupos terroristas islamistas como Al Qaeda y LeT. Sin embargo, la administración estadounidense no estaba del todo interesada en la persona de Dawood y sus operaciones anti-India de las que se le acusaban.

Todo fue cambiando en cuanto fueron creciendo los intereses políticos y económicos de ambos países. A partir de la década de los ochenta se desarrolló una política de modernización económica que experimentó un giro más radical durante los noventa bajo el mando del partido del Congreso, lo que conllevó un significativo crecimiento económico. Este dinamismo trajo consigo el desarrollo del sector de los servicios, especialmente la informática, y un auge más reciente del sector industrial, del acero, automovilístico, farmacéutico y de productos petroleros, que benefició el crecimiento del mercado doméstico, pero orientado además a la exportación. Desde entonces, el «elefante indio» ya no se ruborizaba cuando se le comparaba con su vecino chino. La población india, que alcanzaba los mil millones de habitantes, estaba cerca de superar a la china, y podía así aprovechar la diferencia favorable entre su población activa e inactiva. En potencia nuclear el gobierno, hacia la década de los años noventa, realizó ensayos y

puso en práctica enclaves estratégicos y militares que le permitieron hacerse oír en el acuerdo de las grandes naciones. A finales de la década de los noventa y principios de la de 2000, derrotado el partido del Congreso, y con el partido nacionalista hindú
BJP
en el poder, el impacto diplomático y la repercusión geopolítica de esta situación particular le permitieron a la India alcanzar mayor poder.

Es significativo el hecho de que existe una diáspora de millones de indios, instalados mayoritariamente en los Estados Unidos, cuya influencia geopolítica y económica aporta a la India una considerable «rentabilidad de las inversiones».

L. K. Advani siguió insistiendo en la importancia de apresar a Dawood y deportarlo a la India argumentando que estaba atacando intereses israelíes y, por tanto, también de los Estados Unidos. Durante años machaconamente fue dando razones. Finalmente utilizaron como gancho el ataque de Al Qaeda perpetrado en un hotel de Mombasa, en Kenia, donde ciudadanos israelíes estaban alojados, además de un abortado ataque contra un avión lleno de pasajeros israelíes. El gobierno indio presentó pruebas de que empleados del grupo mafioso de Dawood habían participado. Los años de presión diplomática dieron sus frutos como fichas de dominó. En el 2003 el departamento del Tesoro de los Estados Unidos, bajo la orden ejecutiva número 13224, designó a Dawood Ibrahim como terrorista global y, por tanto, todos sus bienes y cuentas bancarias fueran embargadas y se confiscasen los activos. Sus transacciones con ciudadanos estadounidenses fueron prohibidas, las Naciones Unidas lo incluyeron en su lista de terroristas e inmediatamente su nombre fue incluido en la lista de la
CIA
como uno de los terroristas más buscados del mundo.

Peligrando su vida en Dubái, obtuvo asilo en Pakistán. Allí le concedieron la ciudadanía y un pasaporte, número G866537. Con el transcurso del tiempo, Dawood había aprendido tanto del servicio de inteligencia pakistaní, que debido a sus conocimientos se convirtió en una persona indispensable tanto para el
ISI
como para el propio gobierno pakistaní: nunca podrían dejarlo en

manos de los Estados Unidos ni de los indios.

Sus detractores en la India habían presionado a todos los servicios de inteligencia extranjeros, gobernantes y autoridades bajo el siguiente eufemismo, de cara a restringirle sus movimientos: «*Duniya uske liye choti kardo*» (Haced su mundo más pequeño de lo que es ahora).

13

Jorge estaba de pie frente al espejo abrochándose lentamente los botones de la camisa y enderezando el nudo de la corbata. Salió de la habitación y echó a andar por el pasillo en dirección a las escaleras.

Elena, desde su habitación situada frente a la de su marido, saltó desnuda de la cama y corrió hacia él. Lo rodeó con los brazos.

—Oh, querido —prorrumpió con voz quejumbrosa—. ¿Dónde vas tan temprano?, por favor, te suplico que no te marches. Pasemos un rato juntos.

Jorge la agarró de los brazos para desembarazarse de ella.

—Cuando llegué ayer a casa estabas tan borracha que tuve que darte un baño de agua fría antes de desnudarte y meterte en la cama. Estabas tumbada aquí en el pasillo, ¿no te acuerdas? No, si ni quiera te acuerdas…

—Concédeme un poco de tiempo. Te deseo, te necesito…

—La próxima vez acabaras en el hospital.

—Cariño…

Jorge la empujó hacia un lado.

—En este momento tengo cosas más importantes que hacer —contestó él con brusquedad—. Tengo que personarme de inmediato en la central.

A grandes pasos continuó.

—Por favor, te lo ruego… —imploró de rodillas sobre la moqueta del pasillo mientras veía a su marido descender por las escaleras—. ¡No te marches!

Al abrir la puerta principal, Jorge titubeó, como si quisiera decirle alguna cosa.

—¡No me dejes sola! —gimió Elena desde arriba.

Sin pronunciar palabra, Jorge salió dando un sonoro portazo.

* * *

Elena se quedó totalmente desilusionada tras conocer su pasado. No por lo que pudieron hacer a tantos judíos y demás inocentes personas, sino por el mutismo y secretismo que había en ello.

Ingenuamente pensó que su matrimonio enterraría aquellos pensamientos familiares que la afligían. No tardó mucho en darse cuenta de que su matrimonio había acabado en ruina y era simplemente una fachada. Tras darle a conocer la noticia a Jorge, le explicó lo que su doctor le había mencionado, que había otros medios posibles para crear una familia. Pero él, hasta el momento, no veía así las cosas, quedó apenado en un primer momento, luego defraudado y frustrado. Los veteranos de la sociedad secreta tan solo deseaban que pronto hubiese descendencia; pero ninguno de los dos había anunciado que ella no podría concebir.

Durante su internado en el Instituto Le Rosey, en Suiza; considerado el colegio más caro del mundo, aunque sus movimientos y amistades los tenía ciertamente restringidos y estaba bajo continua observación sobre sus amistades, conoció por casualidad a una compañera de origen judío que le narró con todo detalle las horrendas barbaridades que sufrió su familia a expensas de los seguidores de Hitler durante la segunda guerra mundial. Aquello le llevó a investigar en privado, por cuenta propia, sin conocimiento de sus tutores personales, que tenían previo aviso de no dejarle indagar al respecto, ni que le diesen a conocer sobre lo sucedido durante la segunda guerra mundial según la versión oficial de los libros de texto.

Un invierno, durante un viaje escolar a la estación de esquí del pueblo de Gstaad, en el cantón de Berna, fingió que estaba enferma y aprovechó su solitaria estancia en el internado para buscar en la librería libros relacionados con el Holocausto. Aquello fue el comienzo. Desde entonces devoró libros de historia. Aun así, lo encontraba todo ciertamente increíble para ser cierto. Una vez descubierto su interés, sus tutores le fueron dando libros escritos por revisionistas antisionistas.

Las numerosas lecturas de obras escritas por revisionistas históricos le daban la razón, y fue aquella la versión que únicamente creyó. Sobre las llamadas «cámaras de gas» pensaba

férreamente que en realidad fueron duchas, e incluso tenían canales de desagüe en el piso que llegaban al alcantarillado exterior. Además, leyendo fielmente los informes de la «objetiva» y siempre «independiente» Cruz Roja, estaba convencida de que la muerte de judíos durante la guerra fue a causa de los bombardeos de los aliados, en los campos que quedaron incomunicados por la destrucción de las vías y por la epidemia de tifus que mató por igual a todos, alemanes, polacos o judíos.

Aunque no se creía que los nazis hubiesen sido los causantes de tanto mal, debido al oscuro pasado de su familia, no podía pensar en buenos términos acerca de la ideología de aquellos argentinos de origen alemán que la habían estado cuidando desde la niñez, viejos, huraños, distantes e inquisitoriales. Tomando sus propias conclusiones, ella estaba convencida de que aquel llamado patriotismo de las SS era pura patraña, ya que se desmoronó al ver que el avance de los aliados era inevitable, y a expensas del sufrimiento masivo del pueblo alemán cada uno decidió huir, incluso la cúspide de la organización y el propio Heinrich Himmler intentaron negociar un salvoconducto. Todo esto ocurría mientras los nazis y las SS mentían al pueblo para que siguiera luchando en las calles y en los campos contra los aliados, diciendo que existían armas secretas que acabarían de una vez por todas con el enemigo. Engañaban al pueblo no para prometerles una victoria, sino para lograr una demora mientras las SS redondeaban sus planes de fuga; su cómodo destierro mientras que el pueblo no podía evitar por sí solo la inevitable destrucción total de la nación alemana. Dejaron a los ancianos, mujeres y niños defendiendo los últimos reductos del Reich, y a la exhausta Wehrmacht para que borrara lo que habían hecho ellos mismos dentro de los campos de concentración.

Antes del colapso final, los jerarcas de las SS desaparecieron, desertaron de sus puestos, tiraron sus uniformes y se vistieron de paisanos, se metieron en sus bolsillos sus

documentos falsos y se mezclaron entre la caótica masa de gente que vagaba por la Alemania de mayo de 1945. Entonces fue cuando aparecieron sociedades secretas como la Totenkopfring, cuya tarea consistía en dar refugio a los hombres de las SS perseguidos. Estas sociedades nazis ya tenían establecidos muy amistosos contactos con el Vaticano, monasterios, obispos y la Cruz Roja, además de sólidas relaciones con la Argentina de Juan Domingo Perón. Millares de SS consiguieron huir de ser apresados por los aliados; en caso contrario habrían sido condenados a muerte por sus crímenes cometidos. En Roma, a expensas del Vaticano, a través de sus obispos, con documentación proporcionada por la Cruz Roja Internacional, a muchos se les proporcionó pasajes a América del Sur.

Una vez en Argentina, aparte de proporcionar empleos para antiguos SS y financiar casas editoras de ultraderecha, uno de los primeros objetivos de la sociedad secreta, con el respaldo económico de los fondos procedentes de los depósitos de Zúrich, fue la reinfiltración de antiguos nazis en cada faceta pública, como en el servicio civil, despachos de abogados, gobiernos locales, policía, clínicas… En esas posiciones estarían en disposición de protegerse unos a otros, promoviendo los respectivos intereses, si alguno de ellos fuese objeto de investigación o persecución. Nació una nueva generación y después otra, y el comienzo de un nuevo siglo, el XXI; y el interés de los veteranos estribaba en querer mantenerse unidos, y en casar a los jóvenes de familias de origen nazi mediante matrimonios concertados para así continuar el linaje.

Elena, aun abrazando el revisionismo histórico, no estaba de acuerdo con la sociedad secreta Totenkopfring, y los designios de sus oscuros miembros.

* * *

Se había pasado todo ese día tumbada en la piscina mientras

consumía ingentes cantidades de alcohol. Hacía tres horas desde que ella se había echado a dormir un rato en la cama. Tenía una jaqueca que le causaba leves pulsaciones dolorosas acompañadas por prominentes hinchazones alrededor de los ojos. Tenía la boca y la lengua muy secas. Se sentía algo más sobria, aunque no se encontraba nada bien.

Estaba sentada en el borde de la cama de matrimonio. A su lado, sobre la mesita de noche, había una botella de *whisky* vacía, y al pie de la cama un cuenco metálico con hielo licuado; sobre la moqueta había dos botellas de soda vacías, un vaso ancho de cristal y justo al lado de su pie derecho un cenicero lleno de colillas.

Cogió su teléfono móvil, al lado de la lamparita de noche, y decidió llamar a su marido. Quería saber si iría a cenar, porque había algo que deseaba discutir con él.

Cuando el teléfono sonó, Jorge se disponía a salir de su despacho.

—No, cariño, no podré ir a cenar —le contestó él—, tengo mucho trabajo en la oficina hasta bien entrada la mañana. Estoy en medio de un trabajo muy delicado que requiere mi atención. Te veré mañana.

—No es verdad.

Jorge apretó los labios, no quería tener que dar explicaciones por estar evitando tan a menudo la cena en casa y su compañía. No quería escuchar sus quejas sobre la escasa atención que él le dispensaba. Sin embargo le preguntó:

—¿No es verdad el qué?

—No es verdad que te pases todo el tiempo en la oficina. Sé que te reúnes con tu amante. ¡Con esa puta! —añadió alzando el tono de voz.

Los dientes de Jorge rechinaron. «De algún modo se habrá enterado, esta arpía», pensó. Decidió admitirlo, enfocar la cosa desde una perspectiva adecuada, ablandarla con una confesión y así terminar con aquel matrimonio de una vez por todas. Pero antes de que pudiese decir nada, ella habló:

—Sé que te reúnes con esa presentadora de televisión. Esa prostituta de lujo que te espera a diario en el edificio Galaxy.

Ciego de rabia, colgó el teléfono.

—¡No permitiré que me humilles! —gritó ella pensando que aún

seguía al teléfono—. ¿Me oyes?

Dándose cuenta de que le había colgado, tiró el teléfono móvil al interior del cuarto de baño. Algún objeto de cristal cayó al suelo y se hizo añicos.

Permaneció sentada en el borde de la cama, bamboleándose, echándose atrás los suaves cabellos rubios, apretando las sienes con las yemas de los dedos y cubriéndose los ojos con las manos.

Despojada de toda su ropa, se situó desnuda de forma que pudiera verse a sí misma por completo en el espejo que había sobre la mesa escritorio. Paso sus dedos sobre su suave cabellera rubia; inspeccionó sus hombros anchos y un tanto huesudos, suavemente pasó sus dedos por sus labios carnosos, contempló sus pechos erectos, el triángulo del ombligo, las delgadas caderas y los potentes muslos que flanqueaban el montículo triangular cubierto de rojizo vello púbico.

—No sabe lo que se pierde —se dijo a sí misma en voz alta—. No puede seguir tratándome así.

Se levantó de la cama, se puso su bata de diseño japonés, y bajó las escaleras en dirección al minibar de la librería.

* * *

Aquella noche, después de haber asesinado al iraní, y tirado al mar las armas utilizadas, el conductor los dejó en la esquina de la calle paralela al hotel. Primero entró Dawood, haciendo caso omiso de las prostitutas que aguardaban clientes, y al cabo de quince minutos, para no levantar sospechas de que se conocían, entró Sultán.

Dawood se quedó en el bar tomándose una copa. Cuando vio a Sultán cruzar la recepción, observó como una de las prostitutas de la entrada seguía a su amigo por detrás y desaparecía por las escaleras. Pasaron los minutos y ella no bajaba. Suspiró, pidió al orondo gerente un bocadillo de tortilla y una cerveza muy fría.

Después de firmar la factura de su cena y dejar una buena propina, encargó que le despertaran y le sirvieran una taza de café, a las 5:30 a. m.

Se duchó. Mientras se secaba en el cuarto de baño, se miró en el

espejo del lavabo. El rostro que le devolvió la mirada estaba perdiendo su atractivo. Se acercó al cristal y tuvo que reconocer que o cuidaba seriamente de ahora en adelante la alimentación y el físico, o pronto estaría con un aspecto envejecido. Se acercó tanto al espejo que su nariz casi tocó el cristal. Observó con asombro que unas manchas oscuras parecían haberse instalado permanentemente debajo de sus ojos. Giró el cuello y, poniéndose de perfil, vio cómo sus sienes, que antes parecían un elegante tono gris incipiente, se estaban volviendo blancas con numerosas plateadas tonalidades. Se puso de frente y dos surcos le bajaban por los lados de la nariz hasta las comisuras de su boca.

Mientras quedaba tumbado en la cama boca arriba, pensó en aquellos años de juventud en la India llenos de vitalidad. «Tan pronto llegue a la India, contrato a los mejores esteticistas y peluqueros. Quizá el pelo con un toque marrón no me quede mal. ¿Qué digo? El negro me queda muy bien». En su madurez había sido tan atractivo que hasta hizo el amor con numerosas estrellas consagradas de Bollywood, y muchas otras ganadoras de reputados concursos de belleza. «Ah, demasiadas experiencias».

Pensó en Priyanka, su pasado primer amor, pero el recuerdo de los crímenes cometidos le invadieron la memoria. Demasiado conocimiento de las honduras de bestialidad a las que descendió luchando contra gánsteres rivales para sobrevivir.

* * *

A las pocas horas del asesinato, mientras en todo el mundo los periodistas especulaban en torno al motivo y a los culpables, a falta de algo mejor, llenaban sus noticias y columnas para las ediciones de los periódicos del día siguiente con conjeturas personales hechas por dudosos analistas profesionales de televisión y radio que tenían cierto gusto por el sensacionalismo barato.

En la sexta planta del edificio Galaxy, Jorge abrió la puerta del apartamento número 277.

—¿Eres tu *Jorgito*? —dijo una voz proveniente del dormitorio.

Era la voz de su amante, una atractiva presentadora de televisión de una reputada cadena argentina. Años atrás, durante

sus estudios universitarios en la facultad de Diseño y Comunicación de la Universidad de Palermo, en Buenos Aires, había sido portada de la revista *Playboy*.

—¡Sí! —gritó desde la entrada.

Era un acogedor apartamento que Jorge mantenía alquilado mensualmente para ella. Era su nido de amor. Estaba situado en el centro de la ciudad.

Lo que él desconocía era que ella también practicaba el sexo de forma esporádica e impetuosa en los despachos de los altos ejecutivos de la cadena audiovisual. Su única meta era ascender hasta que llegara el día de contraer matrimonio con un millonario hombre de negocios.

Como de costumbre, aquella noche, cuando vio a su amante sintió un estremecimiento de satisfacción al pensar que era únicamente suya y que estaba enamorada de él.

La joven le arrojó sus desnudos brazos al cuello y le dio un largo beso, con la boca abierta. Sabía que solo las provocaciones más burdas, de la lujuria vulgar, podían suscitar en él la pasión incontrolada que ansiaba conseguir. Mientras él la manoseaba de pie, ella le sonreía lascivamente.

A la mañana siguiente, Jorge se levantó muy temprano, se duchó, tomó un café y volvió a la cama junto a su atractiva amante. Abrazado a ella, Jorge fumaba su segundo cigarrillo mientras la chica apoyaba la cabeza sobre su velludo pecho.

—Leí en una revista que la lujuria hace envejecer a los varones pero mantiene jóvenes a las mujeres.

—Eso querrá decir que dentro de poco harás el amor con un anciano —comentó irónicamente Jorge.

—También que los ricos siempre pueden protegerse y que en su mundo siempre es verano.

—He vivido, y, como sabes, vivo con ellos, y te diré y afirmaré que son gente muy pero que muy aburrida.

En el rostro de ella se formó una nube de preocupación.

—¿Qué hay de malo en ser rico?

—Tú eres rica.

—No lo suficiente.

—¿Cómo que no lo suficiente?

—No soy millonaria.

—Mira, no hay nada exultante ni dramático en ser millonario, de acuerdo. Es desagradable, gris, sórdido, macabro. En este país debería haber una dictadura nacionalsocialista que acabase con todo tipo de privilegios y divisiones de clases.

—Tú piensas en tu mujer.

—Gente que maneja cien millones de dólares en cuentas suizas te aseguro que lleva una vida peculiar. Todo lo que lees sobre ellos o escuchas en los programas de chismorreos de televisión ha pasado por el filtro de un equipo de especialistas en relaciones públicas. En muchos casos son agencias las que se encargan de explotar y mantener rentable la imagen de cierta celebridad, es decir, mantener una personalidad utilizable. No hace falta que todo lo que se diga de sus clientes sea verdad. En la mayoría de los casos es mentira. Tú lo sabes, trabajas en televisión.

La joven comenzó a acariciarle más abajo del vientre.

—Me gusta que te enfades. Dime que me quieres, Jorge.

—Te quiero. Te deseo.

* * *

Después de la llamada-despertador, Dawood permaneció un momento acostado, recordando que aquel era el día en que se iba a entregar en la embajada de la India. Esa misma noche se hallaría a bordo de un avión con dirección a la India, en un viaje sin retorno.

Se levantó, abrió la puerta de la terraza y se sentó en una silla que cojeaba de una de sus patas. Se quedó meditabundo. No es que se sintiera asustado, lo que ocurría es que en aquel rompecabezas no encajaba nada, como si todo fuese una historia ficticia de las que escriben los novelistas de *best sellers*.

Solo unos días antes estaba en Lahore, todo su mundo se centraba en el negocio del tabaco de mascar que había emprendido recientemente importando una nueva maquinaria más moderna y adecuada para su elaboración. Además, tenía previsto invertir en ciertos negocios en Europa del Este. Todo era una rutina diaria que llenaba su vida y su tiempo, nada que tuviera que ser nunca sometido a examen. ¿Y ahora? Ya había entregado todas las instrucciones a sus ayudantes y empleados en Pakistán sobre cómo

y dónde llevar a cabo distintas inversiones, y la realización de grandes transferencias de dinero. Mucho iba a necesitar para su defensa una vez que estuviese en la India. Políticos, funcionarios, los mejores despachos de abogados, todos iban a cobrarle una barbaridad, unos lo llamaban honorarios, y otros, remuneraciones.

Todo estaba en silencio. Desde donde estaba viendo el amanecer pudo oír cómo abajo en la calle una brisa suave agitaba las ramas de los árboles. Experimentó la sensación fugaz de lo agradable que podía ser la existencia viviendo en una casa en aquella ciudad, o quizá incluso en algún bello lugar del interior del país. Pero ahora no tenía tiempo para hacer turismo o exploraciones por placer. En unas horas debía reunirse con el norteamericano, coger el dinero restante, meterlo en los forros de su maleta y dirigirse a la embajada de la India; donde con pasaporte de cuerpo diplomático viajaría primero a Nueva Delhi y después a Bombay.

La vista era muy bella, bajo los primeros rayos de sol.

Se levantó, fue de vuelta al interior de la habitación y descolgó el teléfono. Llamó a la habitación cuarenta y ocho.

—Sultán, ¿listo?

—Sí, Dawood, ya salía. Nos vemos en tu casa mañana. Ya tengo ganas de tomarme un buen té masala y comer *bhel puri*.

—Y *chana puri*.

—Y *butter naan*.

—Y *mutton biryani*.

—Ja, ja, ja… y *mutton biryani*, es verdad, claro que sí. Oye, Dawood…

—No tienes que decir nada. Te estaré esperando con una botella de Moet & Chandon Brut Imperial, para festejar mi regreso a la India. Cuídate, y buen viaje, amigo mío —antes de que Sultán pudiese decir algo, colgó el auricular.

Dawood se duchó, permaneció relajado varios minutos bajo el chorro de agua templada, se frotó con fuerza con la toalla vieja y espesa que la noche anterior había dejado tendida sobre un desvencijado radiador. Se sintió con las energías renovadas, viendo esfumarse las preocupaciones. Una vez que se puso la ropa limpia, se sintió seguro y dispuesto.

Se guardó en el bolsillo superior de la chaqueta azul oscuro sus gafas de sol, puso la ropa bien doblada en la maleta de mano y

añadió una bolsa que contenía los artículos de tocador. Se metió en el bolsillo del pantalón el pasaporte y mucho de dinero en metálico. Más billetes metió dentro de los bolsillos de la chaqueta y el resto lo guardó en el forro de la maleta.

Cuando bajó a pagar, notó que el recepcionista se mostraba excesivamente alegre aquella mañana. Canturreaba y tamborileaba con los dedos el mostrador.

—Su amigo tuvo anoche con mi Carmen una agitada actividad, ¿eh? —le dijo el argentino mirándole estrábico.

Dawood le echó una mirada penetrante tras efectuar el pago en efectivo.

—*Tengo lindas mujeres* —le dijo en español, señalando con la cabeza a unas prostitutas sentadas en el sofá en tono provocativo.

El hombre levantó la mano izquierda y formó un círculo juntando el pulgar y el índice, y riéndose a carcajadas paso el índice de la mano derecha varias veces por el centro de la abertura circular para indicar el acto sexual en ejecución.

Una de las mujeres se puso de pie y sin reparo alguno se plantó frente al indio contoneando sus caderas mientras sus dedos pasaban entre las tiras de sus sostenes alzando sus enormes pechos.

—¡Vaya un par, eh, vaya un par! —cloqueaba desde detrás del mostrador de recepción el gerente.

Dawood, sin decir nada, cogió su maleta del suelo y salió del hotel.

El recepcionista hizo una mueca de desagrado en su dirección al mismo tiempo que alzaba la palma de la mano de manera amenazante. La mujer con movimientos autómatas volvió a su sofá y con tranquilidad recogió la revista de chismorreos que estaba leyendo buscando la página donde la había dejado.

El sol ya estaba sobre el horizonte, calentando las calzadas y el aire fresco de la noche. Iba a hacer calor más adelante, pero no como en la India, sino de una manera delicada, selecta, algo refinada; nada del brutal calor y la humedad a los que estaba acostumbrado Dawood en Lahore, o incluso durante su pasado en Bombay; en ambas ciudades no era más que calor de urbe pegajoso y fétido.

Al cruzar varias calles, pensó coger un taxi, sin embargo se sentía con energías y prefirió seguir caminando. Por el camino,

aprendió un montón de cosas, yendo con los ojos abiertos: no era una pérdida de tiempo. Conforme transcurría su paseo se encontraba más alegre consigo mismo y con todo cuanto le rodeaba. Aprendió qué lugar tan agradable sería un restaurante para disfrutar de una velada romántica, un bar donde poder tomar una buena copa en buena compañía, las mejores tiendas más concurridas; descubrió un parque bellísimo, lleno de árboles y plantas muy bien cuidadas.

A media mañana, la ciudad de Buenos Aires estaba atestada de transeúntes que se paraban frente a los numerosos comercios de artículos para señoras, para caballeros, en los restaurantes de pescado y marisco, de asados y en los cafés con mesas en la acera.

Antes de viajar a aquel lugar, había esperado una ciudad algo más austera, pero lo que estuvo viendo era amable y espléndido: coches agradables, aire puro, un mínimo de comportamiento cívico, personas cordiales, perros simpáticos. Pero todo lo que un individuo llamado Dawood quería de aquel sitio era marcharse.

Al cabo de media hora, tras bajar por una amplia escalera de piedra hasta un paseo adoquinado, y, ahuyentando a un enjambre de vendedores de postales turísticas y de baratijas, llegó al malecón. Dirigió una mirada al mar deslumbrante y a unas mujeres que correteaban por la playa y hacia otras que jugaban alegremente al voleibol. Paralelamente por la carretera pasaban coches modernos descapotables con jóvenes en su interior; los ocupantes conducían con un ojo en la carretera y otro en las aceras, en busca de un buen ligue. Era un ambiente animado. Transeúntes desfilaban en ambas direcciones. Gente de todas las edades iba en bicicleta en ambas direcciones, paseando lentamente, unos charlando entre ellos, otros no; unos descamisados, otros no. Había vendedores callejeros con sus artículos a la venta expuestos sobre una sábana en el suelo, y viandantes en bañador por doquier.

De pie, se quitó la chaqueta, la dobló y la puso sobre su brazo; se quedó un momento a un lado admirando a las mujeres andando en bañador hacia la playa. Le despertaba la necesidad física de la pasión. Todo cuanto veía le permitía pensar en términos personales. Se quedó contemplando una docena de cuerpos bronceados tendidos al sol.

Sintió la necesidad de parar el tiempo y meditar, pensar,

analizar, observar más despacio la vida. Se sentó en un banco de cemento. Y aunque se sentía despejado, no formaba parte de nada de lo que le rodeaba. Era como mirar bajo el agua, a cámara lenta. Pero aquello era lo que había deseado durante mucho tiempo, desde los días en Bombay, cuando pegaba su narizota en los escaparates de las agencias de viajes limítrofes al grandioso y lujoso hotel Taj Mahal en Colaba, junto a la puerta de la India.

Consciente era de que si regresaba a la India parte de su lujosa vida quedaría atrás; quizá pudiera hacer uso de tan solo un tercio de toda su fortuna, ya que tendría que pagar muchos sobornos a políticos y funcionarios indios que, debido a la situación en la que se encontraría, se aprovecharían pidiéndole dinero como meros pedigüeños a la entrada de una mezquita.

«Y se necesita dinero para el amor. Para cortejar a una modelo, actriz o mujer inteligente se necesita un buen traje, un coche de gama alta, un apartamento en una buena zona de la ciudad, poder pagar una *suite* presidencial en un hotel de lujo… Lo único que un hombre pobre puede conseguir es lujuria —seguía pensativo mientras observaba todo a su alrededor— Dawood, ya te haces mayor. ¿De verdad todo esto tiene sentido? Piénsalo más despacio. Cuando vuelvas a la India todo esto se habrá acabado. Te has acostumbrado a las comidas caras, a un piso lujoso en el centro de Lahore con todas las comodidades posibles, tienes coches de lujo, seguridad personal, y cómo no, mujeres distinguidas. Volver a la India supondrá renunciar a todo ello. Pero no, debo volver a mi país, quiero quitarme la etiqueta de “terrorista” que me han impuesto. Quiero recorrer las calles donde nací y me crie. Necesito defenderme de unas acusaciones de las que no soy culpable. ¡Cómo iba yo a poner bombas a mi querida ciudad de Bombay! Hice cosas muy malas en aquel tiempo, pero ninguna como aquella. Yo sé los nombres de quienes lo hicieron. Pero no menos culpables son varios políticos indios que propiciaron esa masacre. Durante mi defensa, los nombraré y acusaré a todos. Sí, quiero volver. Sería como volver a vivir».

Al lado de donde se encontraba sentado había una familia con cuatro niños pequeños que no dejaban de alborotar mientras el padre les untaba el cuerpo con crema de protección solar; por otro lado, la madre luchaba con uno de ellos para ponerle el bañador,

pero el niño, desnudo, se mostraba terco mientras comía un helado.

Dawood tenía un instinto que le empujaba siempre adonde había gente, porque por propia experiencia había asumido que era más fácil encontrar solución a problemas y dudas entre una muchedumbre de desconocidos que en habitaciones vacías o lugares desiertos.

Un artista callejero vestido de payaso había terminado su actuación. Un grupo de niños aplaudían sonoramente mientras el hombre, con el gorro en la mano, se desplazaba entre el público pidiendo calderilla. Dawood echó la mano al bolsillo y sacó un billete que puso en el interior del gorro; el artista, al ver la cantidad que había aportado, silbó alegremente, le guiñó el ojo, le sonrió y le dijo en español haciendo una graciosa inclinación:

—Muchas gracias, caballero. Que Dios le bendiga y le proteja.

Nunca había experimentado tan fuertemente un sentimiento, una sensación de ser parte de algo. Sí, quería volver a la India. Eso era lo correcto, pensó. Se levantó y se dirigió a la orilla de la playa. Le pareció lo más natural del mundo desprenderse de la ropa, y ante la mirada de más de un bañista, en ropa interior se introdujo en las aguas.

* * *

Tenía la piel del rostro rojiza tras haberse expuesto recientemente al sol, el pelo mojado estaba algo enmarañado, la camisa en parte dentro de los pantalones y en parte fuera, y el cuello abierto. Una bella música argentina amenizaba el ambiente. Quizá fuese un tango instrumental. Posiblemente de Sexteto Mayor.

Cuando Dawood entró por segunda vez al mismo restaurante donde se había citado con el norteamericano, el local olía a sopa de hierbas y a asado.

Dos jóvenes camareras iban y venían de mesa en mesa. La atractiva camarera que vio la primera vez, limpiaba los cubiertos con un paño blanco diligentemente, y los iba colocando uno a uno en sus correspondientes cajones de madera dentro de un armario empotrado al lado de la entrada a la cocina. Dawood pasó a su lado y la saludó con cortesía en español, haciendo un ligero movimiento

de cabeza y sonriendo.

—Buenos días, señorita.

La joven le respondió de igual modo, y con una sonrisa.

Tuvo tiempo de percibir su perfume y de observar sus manos; «Qué manos más hermosas ¡como toda ella! Unas uñas muy bonitas y bien cuidadas y con un esmalte casi imperceptible. Y encima el idiota del gerente la pone a limpiar la cubertería. A ella le compraba un altar, un templo… o a lo mejor con un pequeño restaurante casero tendría suficiente… je, je, je. Tú sí que eres el idiota ¡Concéntrate Dawood!».

Siguió caminando sujetando la pequeña maleta con la mano izquierda; vio a un hombre grande detrás de un mostrador de cinc. Intuyó que era el dueño por la forma tan cuidadosa con la que servía una copa de vino a una camarera. Aquel hombre tenía la camisa blanca de seda, puños muy ajustados y mangas muy amplias. Al cuello llevaba un pañuelo negro con flecos, y en la cintura una ancha faja de color negro. Iba vestido con un traje folclórico como los gauchos. Aunque estuvo presente en el restaurante la primera vez que Dawood entró en el local, aquella vez le pasó desapercibida su presencia, quizás porque no denotase por entonces un peligro inminente.

Desde dentro de la cocina se oía rebullir a una señora de media edad, posiblemente la mujer del dueño. Mientras continuaba en dirección a la mesa donde le espera el norteamericano, Dawood observaba a todo el mundo. Tenía el presentimiento de que algo iba a ocurrir. De hecho, la mesa elegida por el gordo norteamericano no le pareció que fuera escogida al azar, sino estratégicamente.

Un hombre que acababa de entrar por delante de él se había apoyado en el mostrador al mismo tiempo que levantaba el dedo y pedía una cerveza bien fría. De un solo vistazo notó un bulto dentro del bolsillo derecho, pero inmediatamente supo que no sería un arma sino un paquete de cigarrillos, ya que si hubiese una pistola, debido al peso, el dobladillo del bajo del pantalón cubriría más el talón del zapato que el del lado izquierdo. Sin embargo, si era posible que la tuviera a la altura del pecho. Dawood le echó una rápida mirada. «Nariz rota y orejas de coliflor: huellas de pugilismo o artes marciales —pensó mientras pasaba de largo—. Esta persona desentona sola en la barra. Tengo que tener cuidado. Quizá sea el

guardaespaldas del gordo».

Al llegar a la mesa se sentó en la silla pausadamente. Estaba relajado, pletórico después de aquel chapuzón en la playa.

George vio que los ojos de Dawood no tenían expresión alguna, estaba tan tranquilo como lo vio por primera vez. Sus manos venosas permanecían inmóviles sobre la mesa. «¿Cómo puede estar tan tranquilo este hombre después de matar a un ser humano? ¡Qué dominio de sí mismo! ¿Dónde habrá aprendido a controlar sus sentimientos de tal manera?». El norteamericano jamás había visto persona igual; como hombre formado por reglas, sistemas y esquemas, no le gustaba lo impredecible ni, por lo tanto, lo incontrolable. Sintió dentro de sí el gusano de la inquietud. Le pareció sentir que sus ojos se habían achicado algo más; fuesen cuales fuesen los pensamientos que Dawood albergase en el interior de su cabeza, nada traslucíría.

—Tenía usted razón. Es usted un hombre de palabra —hizo un gesto expresivo con la mano, para después dejarla sobre la mesa—. Cumplió con su cometido y, por tanto, es usted un hombre rico. Aun así, yo quiero invitarle a almorzar. Quién sabe cuándo volveremos a vernos otra vez.

Aquel hombre que tenía enfrente le recordó a Dawood a un mal actor representando un drama muy vulgar. «Hay algo que no funciona aquí —pensaba Dawood—. Pasa algo. Algo no marcha bien. ¿Qué diablos será?».

—No volveremos a vernos —dijo con aspereza el indio.

Por el movimiento corporal del norteamericano, Dawood presentía algo que le impacientaba; no quería continuar con una charla inocua y decidió ir directamente al grano y largarse del lugar cuanto antes.

—Almorzaré, pero antes… el dinero, por favor —añadió con precisión.

—Aquí tiene usted —dijo empujando un abultado paquete del tamaño de una caja de zapatos por un lateral de la mesa.

Con rapidez escondió el paquete en un fondo falso del interior de su maleta.

Los dos guardaron silencio mientras una camarera se situaba junto a ellos con una mesita de ruedas que contenía numerosos platos para servir.

La camarera sirvió a George un plato con una tortilla bien condimentada y con chorizo a la barbacoa. Con impaciencia hundió el tenedor en la comida, pero la ansiedad y la presencia del indio frente a él, sinónimo de muerte y sangre, le había quitado todo el apetito.

—El *omnipotente* Dawood —dijo George, meneando la cabeza y dejando los cubiertos a un lado—. ¿Es que no hay nada imposible para usted?

—Algunas cosas. Incluso el diablo tiene días bajos…

—Dígame, ¿cuáles son sus planes?

—Digamos que iré a visitar a mis familiares durante un tiempo.

—¡Ah! Sí, claro. En la embajada le están esperando —comentó en tono dejado observando los platos que servía la camarera a unos comensales—. Su amigo hizo un buen trabajo. Según me comentó el conductor que les condujo anoche, Sultán liquidó al guardaespaldas del iraní con una magnifica puntería. Estoy seguro que en la India se alegrarán mucho de verle… después de tanto tiempo…

Dawood exhaló un breve suspiro, como si se sintiera ligeramente disgustado al conocer que el hombre que tenía enfrente era parte de un engaño y, por tanto, se había complicado innecesariamente la existencia en este mundo.

Notó que el gordo norteamericano comenzaba a sudar al saber que había cometido un error al mencionar aquel nombre. Poner la exquisita comida argentina como prioridad en su mente le había jugado una mala pasada y había cometido ese desliz. Supuestamente, nadie excepto el abogado Ramachandani conocía el nombre verdadero de Sultán en Argentina. El estadounidense, secándose con disimulo la sien, miró al gánster indio, que parecía sumido en la contemplación de un mundo privado interior.

—Sultán dice usted ¿eh?

Aparte de una leve insinuación interrogativa asintiendo con la cabeza, su tono era notablemente inexpresivo. Su rostro no transmitía nada. El hecho de que el norteamericano que se suponía era un enlace logístico supiese de la presencia de Sultán en Buenos Aires quería decir que planeaban matarle o quizá secuestrarle, pero que todo no era lo que parecía o lo que se suponía que debería haber sido.

—Usted ha hecho un trabajo que debería haber sido realizado

por un profesional con un plan elaborado —dijo George secándose el sudor del rostro y del cuello con una servilleta—, en el que estén pensados todos y cada uno de los detalles. Y esa laboriosa urdimbre de telaraña de fragmentos forma el todo, es decir, cómo se ejecuta el trabajo y, cómo no, la huida. Porque, dígame usted, ¿cómo piensa salir de aquí? ¿Ha sido usted tan ingenuo como para pensar que los indios le iban a dar tan fácilmente un billete de primera clase con destino a la India y vivir cómodamente el resto de sus días en su amada Bombay?

—Conozco a los tipos como ustedes. Servirían a Hitler, su tipo, si les conviniera. O a cualquiera. Ahora ayudan al gobierno de este país a quitarse de en medio a un iraní que tiene pruebas implicatorias de políticos argentinos al haber ayudado a Hezbolá a cometer aquel atentado con bomba en el centro judío en 1993. Políticos corruptos argentinos que han ayudado a los criminales islamistas a borrar pruebas del atentado…

—Vaya, le he subestimado, señor Dawood —le interrumpió llevándose la servilleta a los labios y volviendo a colocarla bien doblada sobre sus rodillas. Aquel gesto de nerviosismo no le pasó desapercibido a Dawood—. Ya veo que se informó bien de quién era su víctima y de por qué teníamos interés en que fuese eliminada. Pero tenga en cuenta que hoy en día las guerras ya no las ganan los hombres, como hacia usted en Bombay durante las décadas de los setenta y ochenta. Ahora estamos en el siglo XXI. Son las grandes corporaciones, las multinacionales, las que manipulan, lo mismo que los negocios importantes.

George hizo una señal al hombre situado de pie en el mostrador. Este, sacándose una pistola del sobaco se acercó por detrás con rapidez en dirección a Dawood, pero el indio se levantó con agilidad y, dándose la vuelta, le pegó una patada en los testículos. El hombre, que no había podido prever aquel movimiento tan inesperado, se inclinó hacia delante, lo cual Dawood aprovechó para doblarle el brazo, apretarle la muñeca para que el arma cayese al suelo, golpearle en una pierna para hacer que se pusiera de rodillas en el suelo; con el brazo derecho, le rodeó el cuello agarrando el bíceps de su propio brazo izquierdo al tiempo que apoyaba la mano izquierda en la nuca del hombre para imprimir un violento giro al cuello de su víctima hacia los lados y, tras sonar un

crujido, dejarle caer al suelo. Todo ocurrió en tan pocos segundos que los presentes en el local quedaron estupefactos, sin poder reaccionar.

Dawood cogió la pistola y apuntó a George.

Así como se desagua un lavabo tirando de un tapón, el color desapareció del rostro del norteamericano. Su mirada no perdía de vista el cañón de la pistola que casi rozaba su ancha nariz y la mano firme que la sostenía. Su flácida boca, como la de un bulldog, la tenía caída.

—El lugar en el que me crie era lo peor de la ciudad: gánsteres, asesinos, ladrones… ¿Sabe lo que aprendí? Que nunca hay que darles la espalda. Dígame lo que le va a pasar a mi amigo o le vuelo aquí mismo la cabeza.

—En el aeropuerto será arrestado.

—¿Qué más? ¿Dónde se lo llevarán?

—Lo matarán y la policía argentina lo utilizará como cebo para los medios de comunicación como el criminal que causó la muerte del diplomático iraní.

Los comensales y empleados del restaurante salían corriendo del local, con sus prisas chocaban contra las sillas, que caían al suelo. Un cliente patoso golpeó una mesa y todo lo que estaba sobre ella se cayó estrepitosamente al suelo: vasos, platos, bandejas, cubiertos…

—¿Seré yo deportado a los Estados Unidos? Dígame, ¿qué me espera?

—Señor Dawood. Lo mejor que puede hacer es presentarse en la embajada india. No tiene usted ninguna otra posibilidad de salir de aquí y de volver a la India como usted siempre ha querido. ¿Qué pretende? ¿Salvar a su amigo? ¿Para qué? Váyase de aquí antes de que la policía se presente y complique aún más todo esto.

—Como dice el Talmud, «Quien salva una vida, salva al mundo entero».

—¿El Talmud? Por Dios, un musulmán como usted citando el Talmud. Está usted verdaderamente loco.

—Se lo vuelvo a preguntar: ¿seré yo deportado a los Estados Unidos?

—No a los Estados Unidos. Pero el gobierno indio nunca cumplirá ninguna de las condiciones que usted expuso a través de

su abogado. Ha sido para ellos como quien oye llover. Según tengo entendido, será usted encerrado en una prisión de máxima seguridad en Nueva Delhi. No viajará usted a Bombay. No le dejarán defenderse ni por supuesto hacer declaraciones a la prensa. Ni siquiera sé si darán a conocer públicamente que le han detenido. Después de sacarle toda la información que mi gobierno y el gobierno indio quieren saber de usted acerca de los servicios secretos pakistaníes, le mataran, y, a lo mejor solo anunciarán su muerte argumentando que se produjo durante su detención en algún siniestro lugar en Cachemira. Me imagino que idearán una historia ficticia para satisfacer a la opinión pública y así el gobierno central quedará bien —cogió la servilleta, se limpió con rapidez el sudor de la frente y se la pasó pausadamente por su abultada papada—. ¿Es que no llegó a pensar en lo absurdo que sería conocer públicamente que el famoso Dawood estuviese en la India? Usted sería material para la primera página de los mayores periódicos. Sería como el juicio a Eichmann. Saldría usted en televisión las veinticuatro horas. Los corresponsales de prensa se pelearían por viajar a Nueva Delhi y escribir sobre usted. Organizaciones humanitarias pedirían explicaciones sobre las condiciones de su encarcelamiento. Desde la CNN a la BBC, todos se pelarían por una exclusiva. ¿Ha sido usted tan ingenuo como para creer que el gobierno indio permitiría que sucediese todo ese espectáculo de circo en su propio detrimento? Ni hablar. De manera que han optado por una discreta desaparición de su persona —George se encogió de hombros—. Por mi parte solo soy un enlace de mi gobierno que solo quiere la información que usted posee, no he pretendido crearle a usted ningún daño…

—A ustedes hay que echarles de comer aparte. Urden sus planes y conspiraciones en la sombra. Todo lo que les apetece realizar a instancias de sus gobiernos o no, por muy desagradable que sea, es perfectamente correcto, ¿no es así? —y añadió entre dientes—. Yo cumplí con mi palabra.

—Efectivamente. Lo que hizo usted, mantener su palabra, es algo que ni siquiera un tonto hace dos veces.

Bajó su brazo y se guardó la pistola en el cinto. No quería preguntar nada más por miedo a que la ira se apoderase de él y le hiciera disparar. Sabía que aquella no era ocasión de tiros. Con rapidez le pegó un puñetazo. George, sentado en la silla, describió una voltereta en el suelo desplazándolo unos metros hasta golpearse la cabeza contra la pared y quedar inconsciente.

Cogió su chaqueta y salió tranquilamente del restaurante ante el estupor del gerente del local, que se encontraba agazapado a un lado de la máquina tragaperras.

Buscó frenéticamente con la mirada algún taxi. Vio que uno se había detenido en la acera contraria para que bajara un pasajero, que había pagado ya y se disponía a cerrar de un portazo la puerta trasera cuando Dawood llegó corriendo.

—*Por favor* —dijo en español, con la ira hirviendo dentro de sí.

Al subir al interior del vehículo y dejarse caer en el asiento a la vez que cerraba la puerta, el conductor, un hombre de poblado bigote, cara morena, pelo negro engominado peinado con esmero hacia atrás, se volvió hacia él y lanzó un torrente de protestas en español sosteniendo un palillo entre la comisura de los labios:

—¡Ah, no, no y no! ¡Fuera de aquí! ¡Ya he terminado mi jornada! ¡Tengo que irme a casa a comer!

Dawood se inclinó hacia delante, lo cogió por las solapas de la camisa y lo sacudió, haciendo que el palillo se le cayera de los labios. Le gritó en español entrecortado:

—¡Urgencia! ¡Avión! ¡Aeropuerto!

Dawood lo soltó de inmediato y echó mano a su bolsillo. El conductor iba a hacer amago de abrir la guantera y coger el revólver que tenía guardado bajo licencia en caso de robo, cuando vio que el pasajero le mostraba un puñado de billetes.

—¡Aeropuerto! —gritó en español señalando hacia delante con el brazo tras dejar una cantidad exorbitada en el asiento del copiloto—. *Más dinero, luego. Aeropuerto*.

—¡Sí, señor! —gritó el conductor tras coger el dinero y metérselo dentro de la camisa—. ¡Al aeropuerto vamos!

14

Para Elena, la soledad era la peor maldición, y ella se sentía sola en el mundo, abandonada a sus propios medios, aislada de toda la humanidad. Tenía muchísimo dinero heredado, podría vivir como quisiese.

—Y, ¿en qué me he convertido? —dijo en voz alta, de pie, contemplando su espaciosa librería—. En una borracha, en una alcohólica simpatizante nazi.

Su mirada solo podía captar objetos inanimados. Allí nada latía, no existía ninguna cálida presencia humana, no había vida más allá de su insignificante y solitaria persona, de pie, tambaleándose frente al espejo situado al lado del minibar. Las gruesas cortinas estaban echadas para evitar la fuerte luz natural de la mañana. Apuró el resto de su bebida y lanzó el vaso contra el cristal haciéndolo añicos.

—¡Eres un hijo de perra! —gritó descontrolada—. ¡Eres un miserable malnacido!

Se acercó al bar, cogió otro vaso, dejó caer un puñado de cubitos de hielo, algunos de los cuales fueron a parar al suelo, y vertió una generosa ración de *whisky*.

Alzó el vaso, color ámbar y, examinándolo, comenzó a reírse como una loca.

—Es bonito el color del *whisky* —dijo, y se puso seria—. Como diría Keats: «Perecer a medianoche sin sufrir». ¿Cómo podría continuar el verso? ¿Ahogándose en un diluvio dorado…? No, esto no lo dijo Keats, no… Pero así es como voy a acabar yo…

Se subió encima de una silla y comenzó a recitar:

¡Perderme lejos, lejos! Pues volaré contigo,
no en el carro de Baco y con sus leopardos,

sino en las invisibles alas de la Poesía,
aunque la mente obtusa vacile y se detenga.
¡Contigo ya! Tierna es la noche
y tal vez en su trono esté la Luna Reina
y, en torno, aquel enjambre de estrellas, de sus Hadas;
pero aquí no hay más luces
que las que exhala el cielo con sus brisas, por ramas
sombrías y senderos serpenteantes, musgosos!

Se bajó de la silla y por un instante a punto estuvo de caer de bruces contra el suelo, de no haberse apoyado a tiempo con una mano.

Decidió que se había mostrado mezquina con la dosis, que merecía más, y añadió más *whisky* hasta desbordar el vaso; el líquido cayó sobre la alfombra de seda.

Se bebió de un trago el vaso.

Ansiaba cerrar los ojos y descansar, descansar para siempre.

* * *

El sol inundaba la calle dándole un vibrante colorido. Un descapotable rojo pasó por al lado del taxi. Lo conducía una atractiva mujer morena, sin sombrero. Era una mujer deliciosa, bronceada, con los brazos al aire; «Cualquiera con un mínimo de sentido común estaría en la playa en un día como este», pensó Dawood.

—Dios mío, ¡qué hermosa! —dijo el conductor tras soltar un silbido; asomando la cabeza por la ventana, gritó—: ¡Vos con esas curvas y yo sin frenos!

La mujer le miró con indiferencia mientras pisaba el acelerador en dirección a la playa.

—¡Dese prisa, *por favor*! —gritó Dawood al taxista con indisimulada desesperación.

Cuando llegaron al aeropuerto, tiró unos cuantos billetes al conductor y salió corriendo al interior de la terminal. Una vez dentro miró por todas partes. A lo lejos observó a un grupo de hombres con una banda amarilla reflectante en sus chalecos, dedujo

que era la policía, corrió hacia ellos.

Sultán vio que Dawood se aproximaba a lo lejos y gritó en hindi:

—*Nahi, nahi* (No, no) Vete, no te acerques. Es una trampa. Vete.

Lo sacaron esposado del aeropuerto y lo metieron dentro de un furgón. En cuanto Sultán se sentó en el vehículo le aplicaron sobre la boca y la nariz una compresa de algodón empapada de éter. Quiso hacer un último esfuerzo, trató de resistirse con todas sus fuerzas, pero cuatro policías de paisano lo inmovilizaron mientras la mano de uno de ellos ejercía presión sobre la gasa de algodón.

La resistencia de Sultán cedió paulatinamente, su cuerpo se aflojó y se derrumbó sobre uno de ellos, que lo depositó en el suelo del vehículo.

—¡En marcha! —gritó el jefe de la operación.

* * *

El teléfono móvil sonó sobre la mesita de noche. Jorge se apresuró a cogerlo. Había terminado de comer en el apartamento de su amante, y estaba pendiente de esa llamada.

Su ayudante, Ricardo, había detenido al indio en el aeropuerto y lo llevaba a la comisaría, donde le retendrían hasta que él llegase. Sobre el segundo indio, le comunicó que habían rodeado el acceso a la embajada de la India, pero ningún sospechoso había accedido al edificio desde primera hora de la mañana. Eso quería decir que tal vez no se entregara en la embajada, como estaba previsto, y habría huido.

Ricardo Gómez era un hombre bajo y obeso, de ojos pardos y de párpados gruesos, bigote castaño de puntas caídas, y un rostro curtido e inexpresivo, con una calva redonda circundada por un halo de ralos cabellos, y una cara carnosa y también redonda. De unos cuarenta años parecía extraído de una película de gánsteres de Edward G. Robinson rodada en la década de los cuarenta. Había nacido y crecido en el barrio Villa 31, detrás de la estación de tren de Retiro, a unos kilómetros al norte del aeroparque Jorge Newbery. Allí desde muy pequeño vio cómo la vida de sus hermanos mayores bullía con los cartoneros escarbando en los vecinos vertederos de basura, y a sus padres, vendedores

ambulantes saliendo muy de mañana para concentrarse en su trajín diario. Aquella miseria y aquella pobreza contrastaban con el elegante distrito financiero que brillaba a la distancia, como si fuese un lugar inalcanzable, solo reservado para unos pocos privilegiados. Sin embargo, supo salir adelante con mucha determinación y no menos esfuerzo. Estudió en la academia de policía, donde conoció a Jorge, que vio valiosas cualidades en él, y gracias a sus contactos le dio a Ricardo un trabajo en un puesto que, por los cauces normales, habría tardado quince años en conseguir. Desde entonces Ricardo había estado próximo a otro ser humano por primera vez en su vida, y desde un principio Jorge había percibido que Ricardo le quería, incluso reverenciaba, y que hubiera hecho cualquier cosa para complacerle. A su vez, Jorge, estaba contento de disponer de un subordinado que podía ser un aliado, un eficaz consejero y un comodín para toda clase de trabajos, aunque fuesen procedimientos clandestinos e ilegales.

Por primera vez en su carrera Jorge notó una sensación de intensa anticipación, la misma que puede tener un jugador de fútbol antes de un partido crucial. Pero también había algo en su interior; una curiosidad impulsiva por ver en persona a unos terroristas indios, aunque no terroristas en realidad, pero sí criminales notorios y temidos; como aquel Dawood, del que había oído y leído mucho en los ordenadores y ficheros, un hombre que habitaba un mundo secreto al margen de la ley.

* * *

Cuando Sultán abrió completamente los ojos, su cabeza comenzó a aclararse y a permitir enfocar la visión. Vio a Jorge sentado frente a él, y constató que le habían amarrado a una recia silla, con las muñecas atadas detrás del respaldo y los tobillos también atados a las patas delanteras.

Sintió la boca pastosa; con gran esfuerzo consiguió articular una pregunta:

—¿Dónde estoy?

Volvió la cabeza en ambas direcciones. Vio la figura de Ricardo, que le pareció amenazante por la mirada que le dirigía. Logró

formular otra pregunta:

—¿Quiénes son ustedes?

Sus manos permanecían inmóviles a lo largo de los brazos de la silla.

Las oficinas policiacas no solían tener un aspecto muy impresionante. Y el despacho del comisario Jorge no constituía una excepción a esa regla. Era sorprendentemente reducido y estaba atestado de un montón de cosas. Había dos mesas, una para él, situada de espalda al alto ventanal, y otra junto a la pared, para su ayudante, llena de papeles. Un lustroso último modelo de ordenador iMac yacía sobre una pequeña mesita de ruedas en una esquina. La puerta se hallaba frente a la ventana. La papelera, situada en un rincón, estaba llena y a sus lados se apiñaban papeles arrugados, rotos en pedazos e incluso papel de aluminio utilizado para envolver comida para llevar del vecino restaurante chino. Entre sus estanterías se agolpaban innumerables gruesos archivadores. También había una hilera de libros de leyes y de consulta. Unos estantes situados a ambos lados de la ventana estaban atiborrados de almanaques y más archivadores grises. Al lado del teléfono fijo, sobre el escritorio de Jorge, como detalle doméstico, había una bella foto enmarcada de su esposa vestida elegantemente.

Jorge le miró con la misma fijeza que un pez en una pecera. Sin embargo, el rostro del indio no reflejaba ningún temor. Tenía una taza de café en la mano cuando el teléfono comenzó a sonar; consultó su reloj y soltó una palabrota. Hizo un gesto a Ricardo, y este tapó la boca del indio con una tela ancha especial de nilón, que le ató en la nuca.

Al descolgar el aparato, echó una mirada furtiva hacia Sultán; no reflejaba nada, miraba impasible hacia la ventana. «Imposible adivinar lo que piensa este tipo», pensó Jorge. Sultán se había quedado mirando el alféizar de la ventana, donde una abeja con las alas destrozadas se arrastraba por la madera. Habría volado en demasiadas misiones; sus esfuerzos eran inútiles, a pesar de estar zumbando de una manera cansada; Sultán sabía que ya no volvería a la colmena.

—Discúlpeme que le llame a esta línea, comisario —dijo una voz que le resultaba muy familiar y que correspondía a un periodista muy conocido de la cadena de televisión del gobierno—. Me

imaginé que se encontraría usted en su despacho y pensé…

Anteriormente ambos habían intercambiado informaciones confidenciales. En alguna ocasión el periodista le sopló el nombre y la descripción del camello que proporcionó droga a cierto político cuando a este lo estaban maquillando en el camerino, antes de una intervención en un debate televisivo. Con aquella información, las influyentes personas allegadas a Jorge consiguieron sobornar al político con aspiraciones ministeriales. El comisario sabía que le debía una.

—… Me he enterado de la muerte del diplomático iraní…, y mi intuición me dice que se trata de algo muy especial…

Jorge alzó las cejas y suspiró irritado. Ahora solo cabía esperar. Tenía que explicarse. Aquel periodista crónicamente padecía la necesidad de explicar por qué llamaba a tal hora, pregunta sobre esto o aquello, como si se sintiese culpable.

—Dese cuenta de que aún no sé nada, bueno… casi nada. Acababa de llegar por así decirlo a mi redacción y mi asistente me comunicó lo acontecido… —dejó pasar unos interminables segundos, como esperando la intervención del comisario, pero este se sentía cada vez más irritado y agarraba el auricular con todas sus fuerzas; sentía ganas de colgarlo bruscamente—… y por este motivo le he llamado…

—Mire, señor Gonzalo —le contestó Jorge con una voz que dejaba traslucir su irritación—, esta mañana se dará en los periódicos la misma versión que emitirán el canal nueve, el cinco y Bahía Blanca: Un diplomático iraní sufrió un ataque al corazón en un hotel. Sin embargo este ataque fue de una intensidad menor. El hombre ya había sufrido tales achaques; por lo visto, su salud no era muy buena. Tanto él como su acompañante rechazaron su traslado a un hospital en ambulancia, y decidió ir él mismo con su coche oficial. Durante el trayecto debieron de encontrarse en fuego cruzado de dos bandas de sicarios rivales. También estamos barajando la posibilidad de que algún criminal, con intención de cometer un robo, abriese fuego contra los ocupantes del vehículo. Pero ya le digo, Gonzalo, de momento son suposiciones abiertas, aunque dentro de muy poco estaremos capacitados para confirmar qué es lo que verdaderamente sucedió. Pero si quiere que le dé alguna primicia, según nuestros especialistas, por las huellas

tomadas en el lugar del suceso se está estudiando la posibilidad de que el homicida haya podido estar asociado al cartel de Sinaloa. Y aunque el diplomático iraní ya había fallecido por causas naturales durante el trayecto, según el informe del forense, su cuerpo recibió impactos de bala, y su chófer falleció tras ser alcanzado en el cuello por un proyectil. Esto es todo, Gonzalo.

—Estos sicarios son una banda de cerdos —murmuró el periodista, no sin cierto tono incrédulo respecto aquellos argumentos, y esperando una reacción a su comentario.

—Cierto —dijo Jorge sin cambiar su altiva voz, consciente de que el periodista sería capaz de estar grabando la conversación telefónica—. Le puedo asegurar que se trata de un asunto de suma urgencia y que requiere, además, un alto grado de discreción antes de que arrestemos a los culpables. —Se echó hacia atrás y después de unos segundos continuó—: Vivimos en unos tiempos horripilantes, mi querido Gonzalo. Hoy en día contratan a mercenarios de Colombia o México para cometer crímenes de este tipo en suelo argentino. Una de mis metas en este departamento es, sin duda, erradicar este incremento de la delincuencia común. —Se tomó un respiro y añadió—: Vivimos en unos tiempos en los que las personas más insospechadas cometen los delitos más sorprendentes, ¿verdad? De repente un día se descubre que empleados de bancos con muchos años de historial impecable en realidad son unos estafadores a largo plazo. Ancianas encantadoras envenenan al perro del vecino porque orina en sus plantas. Adolescentes de apariencia inofensiva cometen robos y provocan tiroteos. En fin, Gonzalo. Ahora estoy ocupadísimo con mis hombres. Estoy convencido de que dentro de poco podremos cerrar el caso. Me tiene que excusar, ya que me espera mucho trabajo y no quiero que me acorte excesivamente mi ración de sueño.

Tras colgar la llamada, durante unos segundos clavó sus ojos con intensidad en el hombre que tenía delante. Jorge era un experto en hombres y lo que vio en Sultán le disgustó; porque supo que era un hombre con mucha experiencia en el crimen. «Tendrá entre cuarenta y cinco y cincuenta años de edad. Se le nota que es un tipo ágil y atlético. Es un tipo duro».

Jorge se levantó, hizo un gesto a Ricardo para que se llevasen al prisionero cuando su teléfono móvil sonó desde el interior de su

bolsillo.

—¿Dígame? —dijo recostándose en el asiento.

—Estamos vigilando muy de cerca sus progresos, comisario Jorge. —La voz sonó opaca, desprovista de tono; él sabía quién era; un miembro muy importante del grupo neonazi que le había hecho subir todos los escalones dentro del cuerpo de policía—. Recuerde que con el que ha detenido en el aeropuerto puede hacer usted cuanto quiera, es prescindible, tiene que morir, ya tiene usted instrucciones al respecto. Pero al otro tiene que encontrarlo y llevarlo a la embajada de la India. Debe salir de territorio argentino. No oficialmente. Cuando lo encuentre, dróguelo y haga que unos policías se personen con él en la embajada alegando que ha estado vagabundeando por las calles y solo han entendido de él que es de nacionalidad india.

—Tranquilo, ese indio no es un profesional. Conseguiremos atraparlo.

—Comisario Jorge, la definición que tiene usted de profesional es diferente a la de ese gánster indio. Ese hombre es un profesional, usted también, a su modo. A un maduro gánster como él no creo que le divierta abandonar a un amigo en una operación.

Jorge sabía que no poseía la agilidad verbal que caracterizaba a muchos jóvenes oficiales de la nueva hornada, capaces de confundir a un testigo hasta hacerle llorar. Y no lamentaba esa falta. Él conseguiría sus propósitos a través de sus métodos tradicionales que tanto le habían dado efecto anteriormente en otros casos. «Confinamiento en solitario —recordaba que les habían dicho durante las clases de psiquiatría—, así es como empezaban las torturas durante la dictadura militar de Jorge Rafael Videla a finales de los años setenta y principios de los ochenta, contra los subversivos; obreros, universitarios, comerciantes, profesionales, intelectuales, sacerdotes, empresarios y más… Y en completa oscuridad. Privación sensorial conducente a la total alineación del individuo».

* * *

Al cabo de unas horas difundieron a la prensa la noticia del

asesinato del diplomático iraní. La oficina del Ministerio de Seguridad de Argentina distribuyó a los periodistas, durante una breve rueda de prensa, la fotografía de un sicario con antecedentes de tráfico ilegal de cocaína líquida de México a Argentina, y con fuertes vinculaciones al cartel de Sinaloa; era la foto de Sultán. La radio, la televisión y los periódicos narraban, no sin mencionar cierto heroísmo a la policía federal, que durante el arresto hubo un tiroteo en el que acabó muerto el criminal por disparos de los agentes. Dieron una larga descripción sobre su pasado con las drogas, mencionaron que era un experto en química y, debido a sus problemas con el alcohol, se había dedicado al crimen. Cruzando la avenida, vio que el coche del diplomático iraní se paraba ante un semáforo en rojo, cuando el criminal se aproximó con el arma con la intención de cometer un robo; se produjo un forcejeo con el conductor que acabó siendo disparado e inmediatamente, queriendo desembarazarse de un testigo, sucedió lo mismo con el diplomático sentado en la parte trasera y que minutos antes había tenido un ataque al corazón.

La Policía Federal Argentina (PFA), añadió el siguiente parte a los medios de comunicación: «Aunque no está claro en qué medida el homicida estaba involucrado con el cartel de Sinaloa, hay indicios de que los carteles mexicanos están empezando a tener un mayor interés en el país. El mes pasado se detuvo a un químico mexicano, lo que sugiere que el grupo pudo haber estado proporcionando asistencia técnica, y que no solo participó comprando los envíos. También han estado involucrados con el cartel de Sinaloa varios funcionarios corruptos, lo que también apunta a una operación profesional. No solo esto, sino que es una prueba más de que la nación sudamericana es cada vez más un centro para los sofisticados narcotraficantes transnacionales.

»El uso de cocaína líquida parece ser cada vez más popular entre los grupos criminales de Latinoamérica, ya que es más fácil de ocultar en los controles aduaneros. Las actividades de este grupo en la producción y exportación de cocaína líquida —que requiere conocimientos en química, como tenía el homicida, tanto para diluir como para extraer la droga al finalizar el viaje— es otro ejemplo de la evolución del crimen en Argentina.

»En casos anteriores, hemos podido observar cómo ha sido impregnada en la ropa o congelada, mientras que una redada en Bolivia en enero destacó su uso por parte de las mulas de drogas, en lugar de las cápsulas tradicionales de polvo».

* * *

Dawood había seguido en taxi al convoy hasta la comisaria. Al sorprendido conductor argentino le dijo que era su abuelo al que estaban trasladando debido a un problema surgido en inmigración al ver que su pasaporte había caducado el día anterior. El argentino, conmovido al pensar que se trataba de una familia de inmigrantes, como lo fueron sus antepasados europeos, se mostró diligente en seguir al furgón policial. Cuando el vehículo paró, y Dawood hubo pagado con una excesiva propina al taxista, de pie en la acera, se debatía sobre cómo acceder a la comisaria y liberar a Sultán.

Había terminado de dar una vuelta completa al edificio, tenía los zapatos empapados, ya que el jardinero había puesto los rociadores en marcha y los chorros de agua salpicaban por todas partes al caer sobre la amplia zona de suave césped, cuando vio que de una puerta lateral sacaban a su amigo esposado de vuelta al furgón.

Con apremio Dawood miró por todos los lados intentando encontrar un vehículo que pudiese ser arrancado con facilidad. Vio una motocicleta Vespa 150 parecida a la popular *Scooter* de la India. Quitó el cable de masa de la bobina situado en la parte izquierda y, desconectando el cable de dos colores, fue empujando con las piernas la moto por la carretera hasta que arrancó tras hacer puente.

Quiso la suerte que dos semáforos le permitieran mantenerse a la vista del furgón y de un coche oficial que circulaba delante. En alguna ocasión aminoró la marcha para no ser visible por el conductor a través del espejo retrovisor. Durante largo tiempo los estuvo siguiendo desde la distancia, zigzagueando entre vehículos, pero acabó perdiéndolos dada la velocidad que emprendieron.

* * *

Sultán había tratado de calcular el tiempo empleado en su recorrido, pero la oscuridad le desorientaba y sobre todo le impedía pensar. Nunca antes nadie le había vendado los ojos ni mucho menos había estado secuestrado.

Después de un viaje cruzando la ciudad durante algo más de una hora, el vehículo se detuvo. A lo largo del trayecto había oído ruidos callejeros durante una media hora, luego no, por lo que dedujo que le estaban conduciendo a las afueras de la ciudad.

Cuando el motor se detuvo, se había dejado levantar y sacar de la furgoneta. Apresuradamente, le condujeron a través de lo que parecía ser un suelo pavimentado y cruzaron una especie de entrada. Sintió frío, y supo que aquel lugar era especial, distinto, a juzgar por aquel brusco cambio de temperatura.

Subió varios tramos de escalones con ayuda de sus captores; le obligaron a detenerse varias veces, y escuchó los crujidos de una puerta. Lo empujaron hacia el interior y le quitaron la venda que le cubría los ojos.

Sultán se sentó en el camastro de aquella celda en el interior de un edificio secreto a las afueras de Buenos Aires. Las paredes estaban cubiertas de manchas de humedad, de obscenidades y jaculatorias piadosas. El aire no circulaba y olía a una mezcla de orín, sudor y acido fénico. Pero aquellos olores intensos quedaban ahogados por uno más fuerte que todos aquellos juntos: el hedor inconfundible del miedo y el dolor.

* * *

El radiante día había caldeado las calles de Buenos Aires; la mañana había pasado. Los cafés y restaurantes estaban llenos, con el bullicioso hervidero de las conversaciones, risas, ruidos de copas y olor a carne asada.

Pero en un edificio no muy lejos de allí no reinaba la misma despreocupación.

El antiguo convento jesuita era utilizado como centro clandestino de detención y tortura. Era un laboratorio del horror donde habían asesinado a muchos ciudadanos argentinos durante la dictadura militar. Existieron unos 340 puntos de tortura

distribuidos por todo el país, incluso en el centro de las ciudades. Edificios civiles, dependencias policiales o de las propias fuerzas armadas fueron acondicionados para funcionar como centros clandestinos. Estas cárceles secretas tenían una estructura similar: una zona dedicada a los interrogatorios y tortura, y otra, donde permanecían los secuestrados. Ser secuestrado o «chupado», según la jerga represora, significaba ser fusilado o ser arrojado al río desde un avión o helicóptero. Una desaparición encubre la identidad de su autor. Si no hay preso, ni cadáver, ni víctima, entonces presumiblemente nadie es acusado de nada. Conforme a esta premisa hubo miles y miles de desaparecidos.

Aquel convento era un edificio enorme rodeado de altos muros. Durante la década de los cuarenta y cincuenta se preparaban allí maestros de enseñanza elemental. Hacía décadas en las que había sido abandonado, y los jesuitas con una hipoteca de tamaño comparable al de su enorme fe, se instalaron en él, durante muchos años, hasta el golpe militar, cuando estos últimos inquilinos supieron cómo sacar partido del interior de aquellos gruesos muros. Era un lugar frío, húmedo, donde alternaban las luces y las sombras.

Un guardia entró en la celda y ató de nuevo la venda en sus ojos. Entre dos guardias lo sacaron fuera. Después de cruzar el angosto pasillo, lo metieron dentro de una habitación y finalmente le forzaron a sentarse en una silla de madera y le quitaron la venda de los ojos.

En toda la estancia no había más que un islote de luz, que procedía de una vulgar lámpara metálica de sobremesa pero con una bombilla de potencia y brillo extraordinarios. Además, en aquel sótano cerrado no había ventilación alguna y reinaba una humedad sofocante, que hacía el ambiente agobiante. La pantalla móvil enfocaba directamente a la silla donde estaba sentado Sultán.

—Dime dónde está tu amigo —le dijo Jorge en inglés, con autoridad en su tono de voz tras aquella luz mortecina y amarillenta—. ¿Por qué no se presentó en la embajada de la India?

El indio alzó la mirada y Jorge pudo ver en sus ojos negros una vez más que era una persona poseedora de un notable dominio de sí mismo. «¿Dónde habrá sido entrenado tan excelentemente esta persona?». Sintió envidia, rabia interior, celos. Se inquietó. A lo

largo de su larga carrera había visto los ojos húmedos de los hombres débiles, los sombríos de los psicópatas, los opacos de los asesinos, pero aquellos ojos del indio no tenían expresión alguna.

Jorge hizo un gesto con la cabeza a uno de los hombres que tenía al lado. Este comenzó el tratamiento de presionar los tímpanos.

Sultán comenzó a gritar de dolor.

—¿Y bien? —preguntó Jorge sentado frente a él, cabalgando sobre una silla y apoyando los brazos en el respaldo.

A cada lado de Jorge, detrás de él, Sultán pudo entrever vagamente las siluetas de otras personas.

—Yo solo soy un turista —contestó.

Tan fuerte era la luz que el resto de la habitación estaba en tinieblas. Los cinco hombres, más Jorge, eran casi invisibles. Para verlos Sultán habría tenido que levantarse y pasar a un lado fuera del foco de luz.

—No nos quieres decir dónde está tu amigo, ¿verdad?

Jorge, al igual que los policías a su alrededor, estaban en mangas de camisas, remangadas y empapadas de sudor.

—De acuerdo —añadió Jorge, y dirigiéndose a sus subalternos, ordenó—: Ricardo y Alberto, dadle el tratamiento eléctrico.

Lo amarraron a una silla eléctrica y le aplicaron corriente tras corriente hasta que sus dientes castañeteaban. Tenía tantísima fuerza en los brazos que, de repente, rompió las amarras de cuero de la silla e hizo tanta fuerza con las piernas para desprenderse de las fuertes ataduras que se partió el hueso de las rodillas y se fracturó un tendón en una de sus piernas.

Sultán provenía de una familia de campesinos dedicada principalmente al cultivo de la caña de azúcar y de lo que producía la ganadería. No conoció a su padre, que murió enfermo de cáncer en prisión tras ser condenado por no poder pagar una deuda al banco del gobierno tras pedir dinero para comprar un tractor. Desde pequeño, por la mañana muy temprano, acompañaba a su madre a vender la leche que producían sus dos búfalas. Sus clientes no solo utilizaban la leche para beber con té, sino que hacían queso fresco casero, llamado *paneer*. Su madre, con el propósito de que fuese un joven robusto y fuerte, diariamente le daba grandes vasos de leche con bloques de mantequilla. Sintiendo la necesidad de querer

independizarse y buscarse la vida lejos de aquella zona tan pobre, decidió viajar a Bombay. La persona que más influyó en su vida fue Dawood. Tras numerosas e infructuosas experiencias para encontrar un trabajo, un día en la playa robó un puñado de plátanos de un vendedor callejero. Aquel incidente no pasó desapercibido para Dawood, que lo había visto desde la acera de enfrente. Dio con él y le invitó a vivir en un almacén vacío en su barrio. Se ejercitaba los músculos a diario con lo que pudiese haber a su alrededor. Si encontraba un tubo largo de metal, se lo ponía detrás de la nuca, lo agarraba con los dos brazos, y realizaba sentadillas. Durante el día se tiraba al suelo y hacía flexiones y abdominales.

Pero en aquellos momentos, detenido en un lugar desconocido, aunque Sultán tenía unos cincuenta años de edad, sus ojos negros continuaban desbordantes de vida, y aún mantenía el aspecto de un luchador profesional y un físico acorde. Todo lo debía a la alimentación que había recibido desde pequeño y al ejercicio físico; pero pese a la buena salud y gran fortaleza física, su cuerpo se fue convirtiendo poco a poco en una ruina lamentable.

* * *

En el interior del convento, en la habitación de torturas, pusieron un cubo sobre la cabeza de Sultán. El cuerpo ya no le dolía en forma tan terrible porque el dolor se había establecido. Los policías se turnaban para golpear con unas barras de acero el cubo. Era una técnica que Jorge sabía que la habían empleado en el campo de concentración nazi de Auschwitz. El constante golpeteo causaba tan fuerte impacto en el cerebro y en los oídos que solía provocar la locura al cabo de unas horas.

Jorge, terminándose un cigarrillo, dijo, con calma:

—Déjenlo, enciérrenlo en la celda, dentro de veinte minutos hablaré con él.

Nada de aire fresco penetraba en la celda. Para poder respirar Sultán se arrastró por el sucio suelo hasta poner el rostro en el fondo de la puerta de la celda.

Al cabo de ese tiempo, lo trajeron de vuelta en volandas.

—¿Dónde está tu amigo? —le volvió a preguntar Jorge—.

¿Piensa huir del país por carretera? ¿Cuáles son sus planes? No se ha presentado en la embajada de la India. ¿Dónde está?

—No lo sé. Yo soy un turista —contestó Sultán—. No sé de qué me está hablando. No sé quién es Dawood.

Jorge se levantó de la silla e hizo un gesto a los guardias para que prosiguiesen, se dirigió a un rincón de la habitación y se encendió un cigarrillo. Los guardias le ataron en la pared con los tobillos y muñecas atadas con cuerdas gruesas de cuero. Le bajaron los pantalones. Le ataron una cuerda a los testículos y le preguntaron de nuevo dónde estaba Dawood, su compañero indio. Él seguía sin contestar.

Jorge había aprendido numerosas técnicas de tortura por agentes militares que las habían implantado durante el Proceso de Reorganización Nacional, nombre con el que se autodenominó la dictadura cívico-militar en Argentina desde 1976 a 1983. A su vez, militares argentinos las habían adoptado tras aprenderlas a través de veteranos agentes de la «era de Trujillo» en la Republica Dominicana. El militar dominicano Rafael Leónidas Trujillo sumergió su país, durante 31 años, hasta 1961, en un estado de pánico y «respeto», donde una muerte podía ser encubierta como un «accidente», y cualquier persona sindicada como desafecta podía ser encarcelada y torturada en una de las cárceles clandestinas destinadas a esa práctica.

Le pusieron un dispositivo para que los testículos no se desprendieran o rasgaran; pero el dolor era insoportable. Acto seguido le administraron choques eléctricos en los genitales.

—No sé si llegarás a decirnos dónde está tu amigo indio, pero lo que te puedo asegurar es que nunca tendrás hijos.

Jorge vio que movía los labios. Hizo una señal a Ricardo para que no le diese más choques. Parecía que Sultán iba a decir algo.

—Bueno… si los tengo… serán ingenieros electrónicos —dijo riéndose.

—Encima gracioso, ¿eh? —comentó Ricardo.

Jorge hizo una señal con la cabeza para que continuase.

Al cabo de poco tiempo, sus testículos acabaron tan inflamados a causa del tratamiento de choques eléctricos que no podía estar de pie sino con las piernas desagradablemente separadas.

Jorge era consciente de que si seguían así lo matarían en pocos

minutos.

—No le deis más tratamiento. —Dirigiéndose a un guardia, le ordenó—: Tú, dale el tratamiento del látigo.

Era un látigo pavorosamente efectivo en remover la piel en tiras delgadas y precisas.

—Dentro de diez minutos cosedle los párpados a las cejas. Quiero que mantenga todo el rato los ojos abiertos.

—Jefe —le dijo su ayudante Ricardo—, en el momento de su detención gritó en su idioma en voz alta. Me dio la impresión de que llamaba la atención a alguien. Me giré pero no supe quién podía ser el otro indio. Había mucha gente observándonos en aquella terminal de aeropuerto.

—Las cámaras de seguridad. Tenemos que verlas, tiene que estar ahí. Si gritó, es que quiso prevenirle, es decir, que estaría muy cerca de vosotros durante la detención; por su movimiento físico podremos identificarlo. Ahora tendrá miedo al verse traicionado, y no querrá moverse de donde está. No volverá a su hotel porque sabrá que lo tenemos vigilado; si no se ha presentado en la embajada de la India, su única alternativa para salir de inmediato del país sería quedarse en el aeropuerto y coger un vuelo.

—Pero no podrá hacerlo —añadió Ricardo—, ya informamos de que no dejaran embarcar a un pasajero indio bajo el nombre de Ashwin Srinivas. Estará confiado esperando algún vuelo a Europa que salga esta noche. Si hace esto, nos lo detendrán en inmigración, y entonces tendremos que dar explicaciones.

Sin más demora, salieron hacia el aeropuerto, Jorge delante, en un coche oficial, y detrás, Ricardo, en el furgón policial en cuyo interior estaban seis miembros del cuerpo de élite antiterrorista, vestidos de paisano, y con un chaleco que llevaba escrito en horizontal la palabra reflectante y amarilla «policía». Aquellos hombres eran lo más aproximado que cabe hallar en la vida real a los tipos duros del cine y de la literatura. Todos ellos eran expertos en lucha con armas cortas, artes marciales, seguían cursos de explosivos, sabotajes, comunicaciones por radio, rapto, asesinatos y demás arte de la destrucción.

* * *

Dawood circulaba por los alrededores de una ancha avenida a las afueras de Buenos Aires mirando en derredor. Había aparcado la moto dejándola encendida y se acercaba por segunda vez a los alrededores de un edificio para inspeccionar si pudiera ser una prisión de seguridad, cuando observó que en sentido contrario circulaba el mismo coche policial y el furgón detrás. Se agachó detrás de un vehículo y el convoy pasó justo por delante de él a toda velocidad. Esto le dio a entender que habrían puesto a Sultán bajo arresto en alguna prisión algo más lejos y volvían a la ciudad a por él.

Esperó a que desapareciesen de vista para emprender el camino opuesto. Pasó un espeso bosque cuando vio a cierta distancia de la carretera un edificio de piedra muy grande y antiguo. Paró la moto, la escondió entre el follaje del bosque, cruzó la carretera y se adentró corriendo por entre los árboles bordeando el sendero que llegaba hasta la entrada.

Se encontró con un enorme cartel colgado: SE PROHÍBE LA ENTRADA. CAMINO PARTICULAR. Dawood lo traspasó y siguió el camino de grava.

El aire era tibio y tranquilo. Arqueó las cejas. Presintió que aquel lugar era un sitio tenebroso. Al llegar al edificio, vio frente a él un complejo de aspecto desolador. Parecía un hospital antiguo de los años treinta o cuarenta. La entrada tenía cuatro columnas de piedra a cada lado. Era la construcción más rara que había visto: una caja enorme cuadrada y gris. De hecho, le recordó un edificio victoriano de los que aún quedan en Bombay. Todo era de piedra. Dio una vuelta a las inmediaciones. Había árboles ornamentales de todas clases aquí y allá. Todas las ventanas, por pequeñas que fuesen, estaban cerradas a cal y canto. En aquel absurdo arquitectónico casi se sentía el espesor del polvo en los alféizares. No se oída nada. Aquel lugar parecía tan muerto como los faraones.

* * *

Tanto George como Deepak, presintiendo que la misión se les escapaba de las manos, habían dejado el hotel, se habían refugiado en sus respectivas embajadas y blindado ante cualquier sospecha

que hipotéticamente pudiese existir contra ellos. Esperaban dejar Argentina a la mayor brevedad posible.

Ahora todo quedaba en manos de Eduardo en el modo sobre cómo acabar con la presencia de aquellos dos indios en suelo argentino. Por un lado estaban satisfechos de cómo el iraní había sido eliminado, pero ahora la prioridad máxima era hacer desaparecer a los dos indios cuanto antes.

Si las fuerzas de seguridad del estado daban con Dawood, probablemente sería el fin de la carrera política de Eduardo y se verían seriamente comprometidas las personas afines a él y a aquella operación secreta. Así pues, cuanto antes los indios desapareciesen de Argentina, vivos o muertos, mejor. El argentino se apresuró a llamar a sus influyentes contactos.

15

Abrió la puerta de la entrada sin dificultad alguna. Cruzó el vestíbulo. El suelo era de mosaico y las ventanas con vidrieras de colores. Después comenzó a atravesar una serie de habitaciones en penumbra adentrándose cada vez más en el interior de aquel siniestro edificio.

El ruido del agua que brotaba del grifo impidió al policía oír cómo se abría la puerta; y apenas sintió cómo los dedos de la mano izquierda de Dawood se deslizaban alrededor de su mandíbula inferior, por detrás. El crujido de los nudillos debajo del hueso mastoideo, en el lado derecho de su cabeza, exactamente detrás de su oreja, fue completamente inesperado. El cuerpo inerte se deslizó silenciosamente hacia el suelo.

Dawood abrió la puerta metálica situada al otro extremo de la habitación, y caminó sigilosamente hasta el fondo de un pasillo.

Parecía estar dentro de un edificio medieval; todo era de piedra. Había varios angostos pasillos laterales. Le pareció oír un sonido. Se detuvo a escuchar para determinar de qué lado procedía. Comenzó a silbar el estribillo de la popular canción india *Zindagi Milke Bitayenge* con el fin de llamar la atención de su amigo. Al cabo de unos segundos escuchó desde el fondo del pasillo derecho unos golpes y gemidos.

Se dirigió hacia allí, pero al doblar el pasillo, un hombre uniformado de cuerpo de élite apareció frente a él. Al ver a Dawood levantó su arma, pero el indio dio un rápido paso hacia él y le golpeó la cabeza con su pistola. El hombre soltó un gruñido, cayó de espaldas junto a la pared y comenzó a derrumbarse. Dawood lo sostuvo, le despojó del arma y dejó que el cuerpo inanimado se desplomara.

Cuando llegó al final de aquel pasillo se encontró en una sala

con monitores de cámaras de seguridad. Al otro lado de la habitación, un policía tenía ante sí a Sultán moribundo; lo sujetaba con un brazo, y con el otro sostenía una pistola al costado. Tenía los párpados cosidos sobre las cejas, apenas se mantenía de pie y sus ropas, hechas jirones, estaban empapadas en sangre; su estado era deplorable.

—Deje el arma o su amigo morirá.

—No sabes con quién estás hablando —prorrumpió jadeando Sultán, casi en un murmullo, prácticamente inaudible.

—Tú, cállate —dijo el policía hundiendo más la pistola en su costado.

Dawood comenzó a tararear la canción mientras apuntaba con su arma al policía:

> *Zindagi Mil Ke Bitayenge*
> *Haale Dil Gaa Ke Sunaayenge*
> *Hum Tho Saat Rang Hai*
> *Yeh Jahan Rangeen Banayenge […]*

Este era el tipo de situaciones que no se le deberían presentar a una persona como Dawood, porque sabía cómo actuar en su favor.

Desde la distancia, pacientemente, levantó el brazo y le disparó en la cabeza al instante; la parte superior del cráneo salió fragmentada por el aire, y el oficial cayó como un pelele sobre una puerta metálica.

Sultán, sin fuerza para continuar de pie, se desplomó en el suelo.

Dawood corrió junto a él y se arrodilló.

—¡Sultán!

—No vayas a la embajada, te encerrarán o tal vez te maten —musitó entre dientes.

—Bueno, querido amigo, cada día de la vida se corre un riesgo distinto…

Sultán sonrió. Tenía la boca llena de sangre, se asfixiaba.

Después de un silencio en el que Dawood examinó el lamentable estado físico de su amigo, añadió:

—Mira, Sultán, no puedo llevarte ni a un hospital ni traer aquí a un médico para que te cure antes de que te pongas peor.

Su amigo no podía mantener la cabeza derecha. Ambos se

observaron durante unos segundos. Unas lágrimas salieron de los ojos de Sultán surcando su rostro para caer al instante en el suelo como con cuentagotas.

—Hazlo, Dawood —murmuró jadeando—. Estoy listo.

El sonido de un disparo resonó por los angostos pasillos.

Un hombre desconocido para el mundo acababa de morir. Aun así, la quietud de aquellos parajes seguía intacta.

* * *

Cruzaron la embajada de los Estados Unidos en la pequeña zona residencial de Palermo Nuevo. Sus jardines y la estética limpia y pulida diferían mucho a los del edificio convertido en centro de tortura que habían dejado atrás.

Jorge, sentado en el asiento del copiloto mirando por la ventana, divisó el balcón del apartamento de su amante. Se sentía celoso de su extraordinaria belleza y cuerpo sensual. Más de una vez le asaltó la idea de que ella no le fuese fiel y tuviese otros amantes a sus espaldas. A ella le parecían divertidos sus temores, incluso se rio una vez que se lo comentó.

Al cruzar a gran velocidad por las inmediaciones, vio con sorpresa el coche deportivo de ella aparcado. A esa hora debería de estar en la cadena de televisión. «¿Y si estuviese enferma?», pensó. Marcó su número en el móvil, pero no obtuvo respuesta. Comenzó a sentirse inquieto.

—Para en este lado —ordenó al conductor.

Inmediatamente, el furgón policial que iba detrás, también paró a cierta distancia en la cuneta de la carretera.

Jorge salió con prisas y se acercó a la ventana del vehículo de su ayudante.

—Ricardo, tengo que hacer unas gestiones. Dirígete tú al aeropuerto, y me esperas allí.

Una vez que el furgón policial prosiguió la marcha, Jorge mandó a su conductor dar la vuelta.

Llegaron a los apartamentos Galaxy.

Con apremio cruzó el lujoso vestíbulo de la entrada y cogió el ascensor. Una vez que llegó a la sexta planta, atravesó el pasillo

hasta el apartamento número 277.

Al sacar la llave del bolsillo, escuchó risas tras la puerta, lo cual le causó inquietud e hizo que le cambiase el semblante. Con sigilo abrió la puerta. Cruzó el comedor. Con el rostro lívido comenzó a escuchar unos jadeos profundos de placer provenientes del dormitorio. Conforme se acercaba se hacían cada vez mayores los sonidos, suspiros y gritos de su amante: «¡Fuerte! ¡Más fuerte! ¡Sigue!».

Jorge se asomó por la puerta; desde donde estaba situado no podía ser visto. Su amante estaba tumbada boca arriba con los brazos y piernas extendidos. Sobre ella un hombre la penetraba con ímpetu.

—¡Para! —gritó ella.

Echándose a un lado, se inclinó, puso una mano hacia atrás, se apoyó en el tórax y se sentó sobre él, pero dándole la espalda; con la otra mano cogió el miembro del hombre y se sentó a horcajadas. Sintiendo dentro el calor y el placer comenzó a mover las caderas suavemente en forma circular para acto seguido levantarse ligeramente y volver a sentarse.

Jorge, como un espectro fantasmal, dio unos pasos hacia delante. Con los ojos cerrados ella se levantaba y se sentaba con rapidez jadeando y gritando de placer. Su suave largo cabello le caía por delante del rostro sin que pudiera darse cuenta de la presencia de Jorge a escasos metros frente a ella. Siguió moviendo las caderas, hasta que se sintió poseída por un frenesí. Solo cuando consiguió el orgasmo, e inclinó el cuerpo hacia atrás y levantó la cabeza, vio, como si fuese una aparición, a Jorge. Este levantó el brazo apuntando su arma hacia ella.

El desconocido se giró con rapidez e intentó cubrirse con la sábana.

—¡Por Dios! —gritó el hombre, rodando por el colchón hasta caerse por un lado de la cama; y exclamó patéticamente—: ¡No dispares, por favor! ¡Te lo suplico! ¡Por Dios!

Ella, desnuda, permanecía callada, con la mirada inerte, sentada de rodillas sobre la cama. Sus ojos carecían de vida. Su rostro había perdido el color.

Jorge, rígido como un poste telefónico, bajó el brazo. Dio unos pasos hacia atrás y se dirigió hacia la puerta. Era uno de esos

momentos en los que todos los movimientos maquinales, aunque funcionen desde hace tiempo, se convierten en actos voluntarios singulares, como el tener poliomielitis y aprender de nuevo a andar. Dejó la puerta abierta tras salir al enmoquetado pasillo en dirección al ascensor.

Ella salió desnuda detrás de él.

—¡Jorge, mi amor! —gritó desde el pasillo—. Espera, no te marches así. Perdóname, por Dios. No me dejes. ¡Te necesito!

Impertérrito, apretó el botón para descender al vestíbulo, pero el ascensor se encontraba ocupado. Los gritos de ella le devolvieron a la realidad. Desesperado, con ganas de salir, se giró y corrió hacia la puerta de emergencia, para emprender el descenso por las escaleras.

Tras salir del edificio y sentarse de vuelta en el coche, en silencio hizo una señal al conductor con el índice para que siguiera adelante.

No encontraba las palabras. Había sido traicionado, herido en lo más hondo de su ser. Se sentía humillado.

Dentro de su bolsillo sonó su teléfono móvil.

Tras mirar el número intuyó de quién era la llamada, y soltó un sonoro bufido.

—Comisario Jorge —dijo la voz penetrante por teléfono—, es usted un incompetente y un inútil. Le pedimos que se olvide de este caso y borre cualquier prueba que pudiese existir. Este asunto está terminado. ¿Se entera? A ese indio que tiene retenido métanlo en una caja con siete cerrojos y plomo añadido para que no vuelva a la superficie después de arrojarlo al océano. Más adelante…

Jorge no dejó que terminara, hervía de rabia contenida.

—¡*Scher dich zum teufel*! (Váyase a la mierda) —gritó—. Ya estoy cansado de obedecer sus órdenes. Ustedes no son más que unos cobardes que usaron al pueblo alemán hasta dejarlos inservibles. Son los seres más nauseabundos que ha producido jamás Europa. ¡Maniacos asesinos! Puedo olvidar lo que hicieron con los judíos y demás gente despreciable, pero nunca olvidar cómo huyeron y se ocultaron como perros. Después de destruir Alemania para su provecho y su maniaca ambición, dejaron al pueblo alemán inutilizado, abandonado, en el estercolero, mientras que ustedes sí encontraban tiempo para escapar, ¿verdad? Ahora no le voy a permitir seguir con sus locas obsesiones en mi país, Argentina. Se va

a meter la amenaza por el culo. ¡Cobarde! ¡Hijo de puta!… ¿Me oye? Se lo diré más fuerte: ¡es usted un cobarde y un hijo de puta!

El policía que conducía el vehículo a su lado no daba crédito al estado en el que se encontraba su jefe. Puso toda su concentración en la carretera, haciendo ver que era lo único que le llamaba la atención.

Jorge colgó tras darse cuenta de que el interlocutor ya había acabado la llamada y no había terminado de escucharle. Más tarde se daría cuenta de que había echado su carrera y empleo a perder.

* * *

Ricardo y sus hombres habían registrado todo el aeropuerto. Habían interrogado a posibles sospechosos, pero eran tan solo indios turistas o miembros de una asociación textil que habían viajado a Argentina para participar en una feria.

No había ni rastro de Dawood. Revisaron las imágenes grabadas de aquella mañana por la cámara de seguridad. Intuyeron ver a un hombre de mediana estatura acercarse en el momento en el que sacaban detenido de la terminal a Sultán. Sin embargo, aun maximizando digitalmente la pantalla, aquella figura no era identificable. Incluso rastrearon las imágenes de las puertas de embarque de vuelos internacionales, pero no consiguieron nada.

—Lo siento —se excusó Ricardo nada más bajar del coche Jorge—. Además, todos los indios parecen iguales, como los chinos.

—¡Maldita sea! —gritó Jorge tras escuchar a su asistente el resumen sobre las pesquisas realizadas.

Ricardo le observaba atónito. Nunca lo había visto tan sudoroso, y con tal nerviosismo. La mano le temblaba como si fuese un alcohólico en situación extrema. Unos metros más allá sus hombres esperaban órdenes a las puertas de la terminal internacional. Su ayudante, al notar aquel estado inusual en su jefe, para que nadie más lo viese con aquel aspecto, mandó al equipo al interior de la terminal a esperar órdenes.

Jorge, sin darse cuenta de que su estado alterado e intranquilo era prácticamente visible, se debatía sobre qué hacer y dónde ir. Tenía la mirada puesta en el suelo, caminaba con nerviosismo

dando pasos a corta distancia y de un lado a otro.

Otra llamada sonó en su teléfono móvil. Un número desconocido. Descolgó, dispuesto a descargar de nuevo toda su ira con una mayor retahíla de insultos. Pero la llamada era del hospital José de San Martín. Un doctor le comunicaba que su esposa había sido internada en cuidados intensivos. Había intentado suicidarse mezclando una gran dosis de pastillas y alcohol.

Según le explicó, la criada de la residencia, al oír un sonoro golpe, entró en la biblioteca y, al verla en el suelo, llamó a urgencias de inmediato.

—Tuvimos que hacerle un lavado de estómago —le dijo el doctor—. Unos minutos más y habría fallecido. Lo sacamos todo con el tiempo justo. Encontramos un frasco de pastillas… ¿Sabía usted que su esposa tomaba Demerol?

Jorge no contestó. Sabía que Elena había estado tomando esas pastillas. Recientemente había consumido alcohol, cocaína, alguna vez, y un rosario de analgésicos muy completo había estado suministrándose recientemente, pero Demerol era lo peor. A Jorge le prescribió aquel fuerte medicamento el veterano doctor de la sociedad secreta neonazi. Hermann Goering las había tomado en su día; según había oído contar, cuando le capturaron se tomaba una dosis de dieciocho cápsulas diarias; los médicos militares tardaron unos tres meses para reducirle la dosis.

—Bueno, señor…, el Demerol es un narcótico sintético que crea dependencia con facilidad. Yo de usted denunciaría al médico o doctor o analista psiquiatra que se lo haya recetado a su esposa. Si su mujer tiene un problema con la bebida la mezcla es una auténtica bomba para el cuerpo. Puede producir la muerte inmediata. Debería haber sabido que su esposa tiene un grave problema con el alcohol antes de habérselas recetado.

Jorge seguía en silencio.

—¿Me oye?

—Sí, sí, le escucho.

—Señor… desconozco lo que incitó a su esposa a llegar a ese extremo. Yo la atendí en su casa. Debo realizar un parte médico. Habrá un parte policial. Intento de suicidio…

Jorge al oírlo se sentó en el borde de la acera, ajeno a cualquier acontecimiento que sucedía a su alrededor. Su semblante cambió

radicalmente.

A su lado, los taxis bajaban a los pasajeros con rapidez, y otra vez emprendían la marcha, ya que no se podía estacionar frente a la terminal del aeropuerto. Un coche a escasos metros estacionaba y abría el maletero; los pasajeros, una familia con un bebé llorando sin parar y tres niños pequeños, salían del vehículo con celeridad, mientras el conductor sacaba los equipajes y, con ayuda del padre de familia, rápidamente los colocaba sobre el carrito metálico de ruedas para entrar de inmediato en el interior del aeropuerto.

—¿Se repondrá?

—Puede darle gracias al Señor. Se está recuperando, sí. Pero necesita mucho descanso, está muy débil.

Jorge dio un suspiro de alivio al saber que Elena había sobrevivido.

—Quizás me extralimité con mi conversación. Pero déjeme hacerle saber que el alcoholismo de una esposa puede ser, sin duda alguna, una dolencia muy grave para un marido sensible que de verdad la ama. En estos momentos —añadió el doctor— necesita una medicina que yo no puedo suministrarle, que es el amor de sus seres queridos. No ha dejado de repetir su nombre, y considero necesaria su presencia como apoyo psicológico para mi paciente. Ella le ama a usted de verdad.

Al colgar, Jorge tenía la boca seca y la lengua se le pegaba al paladar como si se hubiese soldado al mismo.

Ricardo, de pie, le observaba sorprendido por el aspecto exhausto del hombre al que admiraba; tuvo la impresión de unos ojos tristes, derrotados, con los párpados caídos, como un sabueso que ha hecho una larga carrera sin gran placer por su parte. Con sorpresa pensó que rompería a llorar.

—Quiero que recojas a los hombres y os vayáis a la central —le ordenó a su ayudante—. La operación ha terminado. Diles a nuestros chicos del convento que se deshagan del indio y hagan desaparecer su cadáver, como están acostumbrados.

Jorge se dirigió a la parada de taxis.

—¿Y usted dónde va, jefe?

Jorge se dio la vuelta, dio unos pasos atrás, se acercó a Ricardo y le entregó la placa y la pistola.

—Yo me voy junto a mi mujer, donde debo estar.

Sentado en el taxi caminó del hospital por primera vez en muchos años sentía verdadero miedo. Algo, estaba seguro de ello, le estaba diciendo que debía cambiar la actitud hacia Elena. Era algo que antes le había llamado la atención, pero que había ignorado.

* * *

Dawood había estado conduciendo la moto hasta la entrada de la ciudad cuando se percató de que estaba sin gasolina.

Había comenzado a atardecer. Las parejas en el malecón paseaban como suelen hacerlo en las noches de verano, con las manos entrelazadas, disfrutando de la juventud y del amor. Al cabo de dos horas llegó andando a las inmediaciones del restaurante Casa Julio.

Desde la esquina de enfrente no vio presencia policial. No la habría porque, dedujo, todo lo acontecido era un secreto más de estado. Aunque el dueño del restaurante hubiese informado a la policía sobre el incidente en su local, habría quedado en nada.

Al entrar, el dueño, con rostro macilento por lo sucedido en su propiedad escasas horas antes, se puso blanco nada más verlo.

—Mi maleta —dijo Dawood haciendo un gesto con el puño cerrado como si estuviese agarrando algo por el aire.

Aunque alguien hubiese abierto la maleta no habría podido encontrar el dinero escondido en el doble forro cosido empleando tela del revestimiento de otra maleta igual a la suya.

El orondo señor, aterrorizado por lo que pudiese ocurrir, sin abrir la boca se encogió de hombros. Ni siquiera pudo pensar que aquella persona se habría dejado algo.

La atractiva camarera dio unos pasos, se puso delante de Dawood y, realizando un leve gesto con la mano, dando a entender que sabía de qué hablaba, se volvió y caminó hacia la habitación destinada como guardarropa, situada en el lado izquierdo del local. Allí sacó la maleta con ruedas. Volvió al interior del restaurante y la dejó sobre el suelo frente al desconocido.

Ella y Dawood se quedaron mirándose. Él la cogió por la cintura y la acercó hacia sí. Luego la besó con fuerza en los labios. No se resistió, al contrario, su boca se alzó para que le besara. Él sintió

que el cuerpo de la joven temblaba. Ella abrió los labios, separó los dientes y apareció la lengua como una saeta. Después de un momento, él se inclinó y cogió la maleta; en silencio salió por la puerta, porque decir adiós sabía que era como morir un poco. Ella se quedó allí, mirándole cómo se iba; sus ojos se habían vuelto soñadores.

Dawood se mezcló entre los viandantes.

Pronto un triste sentimiento nubló su reciente sensación de placer. Mientras caminaba por la acera quedó infeliz pensando en la muerte de su amigo Sultán. Acosado, solo, llevaba consigo el sentimiento de una gran injusticia y, sin embargo, un curioso orgullo de seguir continuando hacia delante.

Se acordó de su hermano Sabir. Al igual que Sultán, este había tenido la necesidad de formar parte de una organización, de ser entrenado para obtener experiencia en extorsión, sometido a disciplina y órdenes bajo su mando. Cuando Dawood fue al depósito de cadáveres para identificar a su hermano, había confiado en que fuera un desconocido. El primer sentimiento que tuvo tras mover la sucia sábana blanca que lo cubría no fue de horror. Salió a la calle en busca de un puesto callejero, y sentado sobre un viejo taburete de plástico se sentó a tomar un té masala. La sensación dolorosa y desagradable no le comenzó hasta la siguiente taza de té. Lo mismo le estaba sucediendo ahora tras haber ejecutado a su amigo Sultán.

Dawood era consciente de que, en primer lugar, debía encontrarse a salvo, y ya experimentaría entonces la fría satisfacción calculadora de que alguien iba a sufrir a consecuencia de todo lo acontecido en Buenos Aires.

La única forma de salir a salvo del país era personarse en la embajada de Pakistán. Cuando se presentó en el vestíbulo diciendo que se encontraba de vacaciones por la Patagonia, pero que los servicios secretos argentinos le habían descubierto, los funcionarios pakistaníes no dieron crédito a lo que veían sus ojos. Tuvieron que llamar al ministro del Interior en Islamabad y al ISI para que les confirmasen que aquel hombre era quien decía ser. Le hicieron pruebas fotográficas y por videoconferencia le interrogaron.

El asilo, le dijo el embajador, era imposible; no podían causar un

revuelo diplomático anunciando en los medios de comunicación que se encontraba en su embajada Dawood Ibrahim; sin embargo, le acogerían durante veinticuatro horas, en las que sin más dilación lo meterían en el primer vuelo privado con pasaporte diplomático para Pakistán.

De aquel modo, el intento de la captura de Dawood quedó cerrado, terminado y puesto en conserva con naftalina. Para los tres funcionarios extranjeros que idearon aquella operación, su participación en aquella historia no fue más que un grano de arena en el desierto del olvido. Nadie, jamás, llegaría a saberlo.

La muerte de un diplomático iraní no fue noticia durante mucho tiempo, y menos aún cuando en aquellos días hubo una competencia excesiva: un mundial de fútbol; un accidente aéreo en el que perdieron la vida cientos de personas; las dimisiones de varios ministros en el gobierno de un país sudamericano tras ser acusados de recibir sobornos del contrabando de drogas; la visita a Buenos Aires de un actor de Hollywood; un atentado terrorista en un país europeo; graves inundaciones en el norte de la India, con miles de afectados y desplazados; un país sacudido por la lacra del terrorismo islámico; la abdicación de un rey; actos terroristas de un grupo guerrillero en un país africano; un terremoto que sacudió Japón; el divorcio de una celebridad pública; un español ganador de un importante campeonato de tenis; una joven y atractiva actriz negra consiguiendo un Oscar en la celebración anual de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas en Los Ángeles; la pérdida de un gato; y un problema eléctrico que dejó fuera de funcionamiento el lavavajillas de una señora.

* * *

Con el paso del tiempo Dawood se convirtió en una persona indispensable para el gobierno pakistaní. Con dólares estadounidenses financió al Banco Central de Pakistán tras declararse este en quiebra, e incluso contrató para su servicio de seguridad a jefes de inteligencia del presidente de Pakistán. La revista *Forbes* lo incluyó, con el número 50, en su lista de los hombres más poderosos del mundo, atribuyéndole una fortuna

valorada en más de 6,7 billones de dólares estadounidenses.

El dinero en metálico escondido en su maleta de mano lo transfirió a la viuda e hijos de Sultán, una familia numerosa de doce miembros. A ellos, a través de un abogado, les abrió una cuenta bancaria destinada para su educación en los mejores colegios privados de la India y en universidades en el extranjero.

En Karachi comenzó nuevos negocios, como el inmobiliario. Además, hizo una inmensa fortuna con los diamantes en África y sobre todo con el apaño de partidos de críquet.

En Melbourne, Australia, durante el descanso de un partido internacional de críquet entre la India y Pakistán, tras salir del cuarto de baño el entrenador nacional indio, dispuesto a discutir estrategias de juego, se quedó helado al ver dentro del vestuario a Dawood, «el terrorista más buscado del mundo», animando a sus jugadores. A cada uno de los internacionales indios les prometió regalarles un coche de lujo si ganaban al equipo pakistaní. Para evitar sobornos y «mordidas», como en toda organización oficial de deporte, en el críquet está terminantemente prohibida la entrada a los vestuarios de personal ajeno al equipo. El entrenador, por precaución respecto a su seguridad, mantuvo en silencio aquel incidente, y no lo reveló hasta tiempo después, durante el transcurso de una entrevista para una revista deportiva, causando así un gran revuelo mediático en la India.

Un audaz escritor, que en una ocasión trató de escribir su biografía, descubrió que era imposible llegar hasta el fondo de cada uno de los rumores que corrían sobre su pasado. Incluso encontró contradicciones en las muchas acusaciones de crímenes que se le atribuían.

EPÍLOGO

El teléfono sonó en la mesilla de noche. Se incorporó. Apartó la sábana y puso los pies en el suelo. Miró el reloj electrónico con cara de pocos amigos y supo de inmediato que algo habría sucedido.

Necesitó decisión para levantarse. Los años, con su dureza y sus dificultades, le habían dejado huella. Su cerebro comenzó a trabajar. Sabía que era urgente y tenía todo listo para cualquier imprevisto. Dejó que el teléfono siguiese sonando unos segundos más hasta finalmente descolgarlo. Como sucedió tras la captura de Osama Bin Laden, le informaron de que debían trasladarle a un lugar secreto por seguridad.

Ya se había cambiado su severo pijama de seda por un atuendo juvenil y deportivo: una vistosa chaqueta de cachemira de color chillón y unos pantalones de franela de Savile Row.

Se enderezó frente al enorme espejo de pared y se sintió complacido. «Seguro que aquel loco de Bin Laden no tuvo tiempo ni de cambiarse la sucia ropa —pensó hacia sus adentros—. En fin…». Se puso de perfil. No había tenido mejor aspecto desde hacía años.

Antes de que transcurriesen los veinte minutos de aquella confidencial y secreta llamada telefónica, Dawood salió por la puerta principal de su mansión «la Casa Blanca», situada a dos kilómetros de la base aérea pakistaní de Karachi.

Un comando de fuerzas especiales fuertemente armado le esperaba en el camino de gravilla, iluminado por las lámparas que bordeaban el jardín. Como si fuese a salir por un paseo en el campo, se dirigió a su garaje privado. Tras abrirse automáticamente la ancha puerta metálica, contempló toda su gama de coches de lujo, de las clases más altas, como Land Cruiser, un Cadillac

CTS

, un

BMX
i8, un Lamborghini y varios Mercedes. Esta vez decidió coger un Porche 918 Spyder Weissach Edición Especial de color rojo.

—*Bully Kutta* —dijo casi como un murmullo tras apretar el botón del mando a distancia que colgaba del llavero para abrir la puerta del conductor.

No sabía que acabaría incorporando ese nombre de raza de perro no solo a su memoria sino a su misma carne, como algo mágico, un sonido encantado en su pronunciación. «Bully Kutta», como unas palabras claves, como aquella «Rosebud» que el ciudadano Kane de Orson Welles pronuncia un momento antes de morir y que resulta ser el de un pequeño trineo con el que había jugado de niño.

No había sido la primera vez que su seguridad estaba en peligro y tenía que salir de su propia vivienda de tal modo, ni sería la última.

Dawood sonrió dolorosamente para sí al sentarse en el coche recordando que, en cierta ocasión, cuando todavía era un niño, después del colegio había ido con su padre, Ibrahim, a ver una película muda que proyectaban en un sucio y desvencijado cine de Bombay; era un serial de poca duración y siempre dejaban al público en suspenso al finalizar un episodio. «Continuará», anunciaban. Entonces, él y su padre seguían el camino a casa.

Poniendo la llave en el interruptor, cambió la marcha y condujo hacia atrás el vehículo, pulsó el botón del mando a distancia y la enorme puerta metálica del garaje comenzó a cerrarse lentamente. Entonces se dijo: «Continuará».

Antes de salir escoltado por la gran verja de entrada a su mansión, bajó la ventanilla y miró hacia el estrellado cielo de aquella madrugada con una especie de ruego secular; no rezaba a ningún Dios, solo expresaba su deseo de que si algún día tenía que morir, en la India y en el mundo entero, relataran otra clase de leyenda.

AGRADECIMIENTOS

El autor desea dar las gracias a Sonia Braganza, Jeeya Mahajan, Deepshika y Ashwin. A Nuria Ochoa Gómez, por su detenida lectura de los primeros borradores y corrección del manuscrito. A María Antonia Orozco, por su fe en el proyecto. A Sheeba y Nadia, por haber contribuido valiosamente a este libro. A María y Antonio Braganza, que consiguieron que mantuviera la dirección y el equilibrio durante el arduo y largo proceso de pasar *Matar a Dawood* de idea a manuscrito.



ALFREDO DE BRAGANZA (Alicante - España). Acreedor de premios internacionales por su faceta de guionista, productor y director cinematográfico, ha viajado por diferentes países y trabajado en diversos campos. Durante muchos años ha vivido en la India. Inicia su carrera literaria con una biografía novelada, sorprendiendo a los lectores por sus singulares dotes narrativas y poderosa imaginación. Posteriormente, confirmó su talento con varias obras en las que se desmarca de su trayectoria inicial con el género del *thriller*. Actualmente trabaja en su siguiente novela.